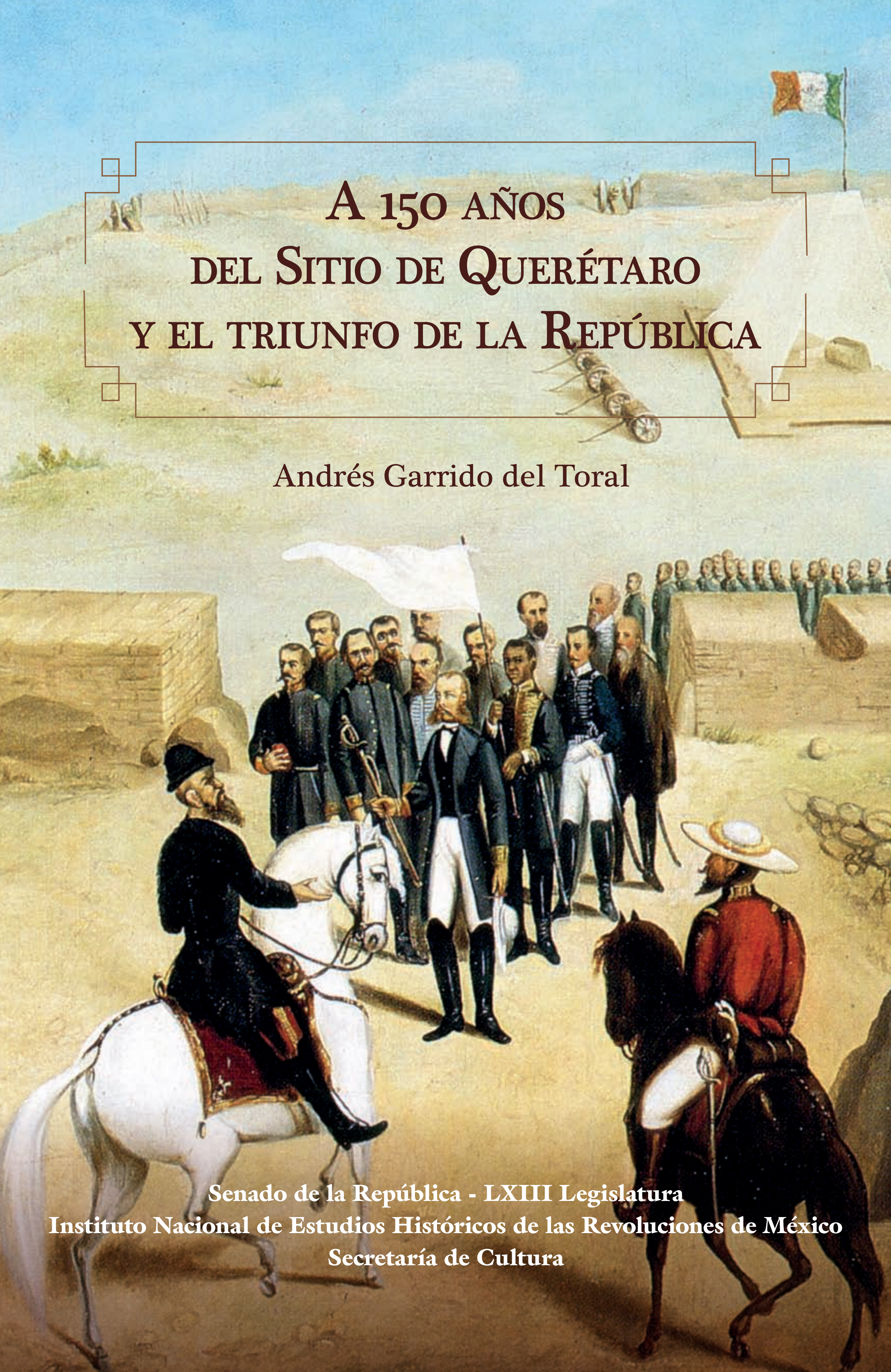


A 150 años del Sitio de Querétaro y el triunfo de la República

Andrés Garrido del Toral

Senado de la República - LXIII Legislatura
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México
Secretaría de Cultura

A 150 años del Sitio de Querétaro y el triunfo de la República

A 150 años del Sitio de Querétaro y el triunfo de la República

Andrés Garrido del Toral

F1233
G37
2017 Garrido del Toral, Andrés.
A 150 años del Sitio de Querétaro y el triunfo de la República / Andrés Garrido del Toral; Patricia Galeana, presentación, México, Ciudad de México: Secretaría de Cultura, INEHRM, 2017.
444 páginas

ISBN: 978-607-8507-77-1, *A 150 años del Sitio de Querétaro y el triunfo de la República*.

México - Historia - Intervención Francesa, 1861-1867. 2. Querétaro (México) - Historia - Sitio, 1867. I. t. II. Ser.

Primera edición, 2017.

Producción:
Secretaría de Cultura
Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

ISBN: 978-607-8507-77-1, *A 150 años del Sitio de Querétaro y el triunfo de la República*

Impreso y hecho en México

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Contenido

Los queretanos y el Imperio

El cronista de la ciudad y del estado de Querétaro, Andrés Garrido del Toral, nos entrega una crónica de lo acontecido en el que fue el último bastión del Imperio, cuya caída significó el triunfo de la República.

A diferencia de otras obras que centran su atención en Maximiliano, Miramón y Mejía, el autor nos presenta a la cuidad y a la población como protagonistas de los hechos históricos. Si bien utiliza fuentes históricas de primera mano, el cronista relata también anécdotas y leyendas que nos permiten conocer el imaginario colectivo sobre los acontecimientos. Sin tomar posición en los temas controvertidos, deja que el lector llegue a sus propias conclusiones.

Describe el Querétaro de 1867, sus principales edificaciones y la situación que prevalecía en la ciudad. Destaca la religiosidad de su población, con lo que explica su conservadurismo y el apoyo que brinda al Imperio contra los liberales republicanos.

Refiere también las diferencias entre los imperialistas y los franceses, entre Maximiliano y el jefe del ejército Aquiles Bazaine; así como las de Leonardo Márquez, Miguel Miramón y Tomás Mejía. El autor considera que Maximiliano no

comprendía que estaba perdido sin el apoyo francés. Sin embargo, sus intentos por abdicar parecen decir lo contrario.

También nos muestra las dificultades de los republicanos encabezados por Mariano Escobedo, para hacer un sitio efectivo sobre la ciudad, y sus problemas para encontrar recursos.

Cerrado el sitio, el cronista narra los intentos frustrados de los imperialistas por romperlo y las penurias de la población, así como los intentos fallidos de fuga.

Va relatando día con día lo que sucede, hasta la rendición de la plaza y la prisión, juicio y ejecución de Maximiliano, Miramón y Mejía. Respecto del tan "juzgado" juicio, reconoce su legalidad, aunque encuentra "contradicciones" entre el trato a Ramón Méndez y a los demás imperialistas, por ser pasado por las armas sin juicio de por medio. Al respecto, cabe recordar que Méndez ejecutó en Uruapan a los generales republicanos José María Arteaga y Carlos Salazar, así como a sus oficiales, sin juicio alguno, amparado en la Ley de Maximiliano del 3 de octubre de 1865. Por otra parte, el caso de Méndez no se puede equiparar con el de Maximiliano, Miramón y Mejía, dada la relevancia política de los personajes.

El autor reitera que los conservadores y los europeos consideraron el juicio una farsa. Al respecto, fue el historiador Konrad Ratz, quien tradujo el juicio al alemán en 1985, fue hasta entonces que se conoció en Austria.

A 150 años de distancia podemos ubicar hechos y personajes en su justa dimensión. El gobierno republicano podía haber ejecutado a Maximiliano, Miramón y Mejía en el acto, sin juicio alguno, de acuerdo con la Ley de 25 de enero de 1862; sin embargo, quiso mostrar en el juicio las razones que le asistían.

Para comprender la trascendencia y el significado de los hechos históricos con que culminó el tiempo eje de México, cuando se definió su Estado republicano, federal y laico, es indispensable conocer el *Manifiesto justificativo de los castigos nacionales en Querétaro.* En este documento, el presidente Juárez señala claramente las razones del juicio y de la denegación del

indulto: "Fue justa la pena, porque así ha podido la nación conciliar la clemencia respecto a la multitud de criminales, con la impasible severidad de la justicia. Sus efectos naturales en el otro continente, también nos dicen que fue justa".[1]

Para concluir estas líneas cabe reiterar que la República nunca dejó de existir, por lo que a diferencia de la monarquía francesa que fue restaurada después del Imperio napoleónico, aquí no se restauró la República, ésta triunfó frente a la Intervención Francesa y los imperialistas.

En el marco del sesquicentenario de estos acontecimientos que constituyen el tiempo eje de la historia nacional, cuando se dio la segunda independencia de México, nos congratulamos en publicar la presente obra.

Patricia Galeana
Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México

•

[1] Benito Juárez García, *Manifiesto justificativo de los castigos nacionales en Querétaro*, México, 17 de julio de 1867.

Introducción

En enero de 1867, a Maximiliano solamente le quedaban como bastiones imperiales las ciudades de Querétaro, Morelia, Veracruz, Puebla y México, y abandonado por Napoleón III y el ejército galo, estaba por resolver a qué ciudad del interior partiría para librar la batalla que, sabía, iba a ser la definitiva. Maximiliano no pudo concretar su sueño de gobernar un país pacificado, por las siguientes razones: su pensamiento liberal, que chocaba con los conservadores que lo patrocinaban; el ratificar las Leyes de Reforma ante el enojo del papa Pío IX y del partido clerical; el nombramiento de liberales moderados en su gabinete; su carácter aparentemente frívolo, inclinado al romance clandestino, al cultivo de las artes y recolección de insectos; su desapego a la gravedad que requerían los asuntos de importancia para el pseudoimperio y que terminaban resolviendo Carlota Amalia o sus principales colaboradores; el retiro de las fuerzas francesas y el dinero prestado por Napoleón, El Pequeño, con intereses de usurero y que fue pésimamente usado, por una parte, y, por la otra, una gran porción que nunca llegó a las arcas imperiales; pero sobre todo, la amenaza de Estados Unidos sobre Francia y Austria para que terminaran esa quimera de imponer un imperio en

América, donde el principal dueño del nuevo mundo era una República federal y, en consonancia con la doctrina Monroe y del Destino Manifiesto, jamás iba a permitir la consolidación de un enclave europeo en su traspatio, para lo cual le advirtieron a Napoleón III y al emperador Francisco José, hermano de Maximiliano, que evacuaran México de manera inmediata o los norteamericanos y prusianos movilizarían tropas hacia Austria-Hungría y hacia el Valle de Anáhuac. Si los norteamericanos dejaron entrar a tierra azteca a los franceses, en 1863, fue porque estaban muy ocupados resolviendo sus conflictos internos en la Guerra de Secesión que finalmente ganaron los federalistas norteños, identificados con Juárez y la República, al contrario de los sureños confederados que mantenían relaciones de amistad con los imperialistas.

Algo que poco se sabe es que en los últimos días de 1866, Maximiliano le escribió al general republicano Porfirio Díaz, ofreciéndole la entrega y el mando de las ciudades de Puebla y México con todo y tropa imperial, porque sin duda el archiduque sabía que Díaz era el más decente de sus enemigos. Cabe mencionar que el oaxaqueño no aceptó y, al contrario, a través del general Leyva le informó a su maestro Benito Juárez de las intenciones de Maximiliano.

•

La ciudad de Querétaro en 1867

El Querétaro de 1867 tenía una población fluctuante entre 40 mil y 37 mil habitantes, porque después de la retirada de las tropas galas un gran número de habitantes del campo y de las poblaciones cercanas buscaron refugio en la capital queretana con la falsa ilusión —desgraciadamente para ellos— de que iban a estar a salvo de la guerra y sus horrores.

En aquella época existían en el interior de Santiago de Querétaro muchos terrenos cultivados como hortalizas y huertos, donde se cosechaban gran parte de los víveres para el abastecimiento local. Como era el centro comercial más importante de la región, se acumulaban grandes cantidades de azúcar, sal, maíz, frijol y otros cereales para ser distribuidos hacia el consumo, existían para ello grandes depósitos y almacenes. Debido a que los transportes eran de tracción animal, gran parte de los habitantes poseían caballos, acémilas y burros, ya fuera para su uso personal o para tiro de vehículos y arados. Abundaban las aves de corral y los cerdos de cría familiar, contándose además con ganado vacuno para la producción de leche y para el cultivo de la tierra. Por estas razones, la población estaba en posibilidad de satisfacer su consumo de víveres por bastante tiempo, aun cuando no pudieran recibir nuevas remesas. Los

largos años de guerra civil y de la ocupación francesa habían disminuido bastante la producción agrícola y ganadera, particularmente en las tierras próximas a las líneas de operaciones de los ejércitos confrontados, los cuales se aprovisionaban incesantemente en éstas llevando a la ruina a los propietarios. Por estas circunstancias, al empezar 1867, ni Querétaro ni en las poblaciones y rancherías vecinas se disponía de los mismos volúmenes de satisfactores de las épocas de paz, a pesar de que acababan de levantarse las cosechas de 1866.



Vista de Querétaro, tomada desde el templo de la Cruz, según litografía de C. Castro para el Álbum Mexicano, Fotomecánico, INEHRM.

Además del cerro de El Cimatario, rodean la ciudad los promontorios de San Gregorio, San Pablo, Patehé, el de Las Campanas y el de El Sangremal, que tendrían gran importancia militar en las acciones futuras. El convento de La Cruz domina toda la ciudad, pudiendo ser considerado como ciudadela por la fortaleza y extensión de su construcción, que fue —no el primer templo construido en Querétaro, ya que ese fue el de San Francisco— el más importante colegio de la propagación de la fe cristiana y del que saldrían los misioneros —como fray

Junípero Serra— a evangelizar el yermo territorio del norte novohispano hasta la Alta California, en la mismísima frontera con Rusia por el lado de Alaska (la cual llegaba a la actual ciudad de San Francisco, California). En su flanco poniente, el cerro de La Cruz podía ser subido por un camino pedregoso e intransitable, como si jamás lo hubiera pisado planta humana.[1] Al costado sur del convento y perdidas entre los órganos del pedregal hay infinitas chozas donde se abrigan los últimos indígenas originarios de la raza conquistada en Querétaro. Entre estas pequeñas chozas destaca la iglesia de San Francisquito.

Las calles queretanas son irregulares, casi rectilíneas o inclusive en forma de biombo, pero en su mayoría se cruzan en ángulos rectos. Las casas, casi todas, de un solo piso, de construcción muy maciza y con azoteas que se prestan para la defensa. Los pisos en su mayoría eran de piedra, por lo que la madera se usaba solamente para las vigas, puertas y ventanas. Aun los vecinos más potentados tienen pocos muebles, concluyendo que la capa más pobre de la población dormía y comía sobre alfombras de paja. Por esta razón, era imposible reducir a cenizas una ciudad de cantera y canto. La existencia de tantos conventos e iglesias fuertes y señoriales mansiones facilitaron que Maximiliano y sus compinches decidieran ir a la Levítica Ciudad a dar la que sería la última de las batallas.

Este era el clima político y de beligerancia, pero, una vez que Querétaro se convirtió en bastión imperialista, las pasiones a flor de piel no dieron lugar a muchos actos de generosidad y los miembros de una familia acabaron por delatar la filia política de sus propios padres y hermanos en una auténtica guerra sin cuartel.

Desde la navidad del año pasado —es decir, 1866—, el general Tomás Mejía había evacuado con tufo de derrota San Luis Potosí y llegó a la capital queretana 48 horas antes de que

[1] José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo. El Emperador Maximiliano y su Corte. Memorias de un secretario particular*, París-México, Librería de la Viuda de C. Bouret, 1905, p. 329.

feneciera ese año, por lo que fue el primer general imperialista en concentrarse en Querétaro, notoriamente quebrantado del alma ante la desgracia de su derrota frente a Escobedo y el ominoso futuro que se avizoraba, y además gravemente enfermo luego de 11 años de cruenta e ininterrumpida lucha caracterizada por las privaciones que al fin habían hecho mella en su magra humanidad. Pero le faltaba aún apurar la copa de hiel hasta las heces… No se ha podido determinar con exactitud la clase de enfermedad que aquejaba al general de la Sierra Gorda —que frisaba entonces los 47 años de edad— cuando llegó a Querétaro a fines de 1866, pero a juzgar por las diversas crónicas consultadas, sus cercanos se inclinaron a creer que padecía fiebres reumáticas y algo parecido a una anemia con gran pérdida de líquidos del organismo por diarreas constantes, que paulatinamente le iban minando el cuerpo y que en los meses siguientes se agravó cuando los juaristas cortaron el agua durante el sitio impuesto a la ciudad. El médico Vicente Licea, amigo de Mejía, se negó a atenderlo por el profundo dolor que le causó a aquél la pérdida de su hija, pero sí pudo saber que la "penosa enfermedad" que aquejaba a don Tomás no lo dejaba "montar a caballo",[2] por lo que parece ser que se trataba de fuertes hemorroides. En todo caso, el agotamiento físico del general indígena era tan acusado que difícilmente podía ya sostenerse en el caballo, y pasó muchísimos días postrado, más que acostado, sobre el lecho de su casa ubicada en la calle de El Descanso (hoy Pasteur 47) en pleno centro citadino.[3] Ante la negativa de Licea para atender al general serrano, éste decidió mandarlo traer por la fuerza aunque sin violencia ni vejaciones, pero de todos modos lo tuvo encerrado en su casa de El Descanso hasta que se sintió mejor el pinalense.

[2] Andrés Garrido del Toral, "La defensa de Vicente Licea sobre su participación en El Sitio de Querétaro", en *Revista Querétaro, Tiempo Nuevo*, núm. 104, México, 1994, p. 35.

[3] Luis Reed Torres, *El general Tomás Mejía frente a la Doctrina Monroe*, México, Porrúa, 1989, pp. 273-276.

De los retratos que se conservan de don José Tomás de la Luz Mejía Camacho, se puede apreciar su naturaleza autóctona, su cabello negro e hirsuto, sus rudas facciones, su estatura breve, su tez sumamente oscura pero amarillenta, su severidad y modestia en el vestir —con uniformes virtualmente desprovistos de condecoraciones y con calzado sumamente gastado— y su mirada serena clavada siempre en el lente fotográfico. Era un hombre honesto a carta cabal y adicto a la causa, sumamente religioso y generoso con el enemigo. Los historiadores ubican su lugar de nacimiento en Pinal de Amoles Querétaro en 1820 —concretamente en el rancho El Toro de la actual delegación de Bucareli— (don Tomás declaró en el juicio que lo llevó al paredón que nació en Pinal de Amoles sin distinguir si se refería al municipio o a la cabecera municipal), pero otros —con vocación guanajuatense— lo quieren hacer oriundo de Tierra Blanca o de Santa Catarina, Guanajuato, pero es más lógica la primera versión, sobre todo por haber residido durante su niñez en la Sierra Gorda perteneciente a Querétaro y donde se dice aprendió el arte de la guerra de parte de su padre Cristóbal Mejía, antiguo insurgente serrano.

Mientras tanto, en esos primeros días de enero de 1867, llegó Miramón a Querétaro, y lo primero que hizo fue visitar a Tomás Mejía en su postración mórbida porque el ex presidente de México, o sea Miramón, pretendía que don Tomás distrajera a las fuerzas de Escobedo —a la sazón en San Luis Potosí— mientras Miramón caería intempestivamente sobre Zacatecas, en la retaguardia del enemigo, tras una serie de movimientos sigilosos para cruzar una amplia faja de territorio sin ser sentido por los republicanos. Empero, la enfermedad de Mejía le impidió participar en la operación y entregó entonces las fuerzas a su mando al general Severo del Castillo para que coadyuvara al éxito de aquella misión típicamente audaz al estilo miramoniano. Pero si bien la primera parte del plan se cumplió cabalmente con la toma de Zacatecas, sede del gobierno juarista, Miramón sufrió una terrible derrota en San

Jacinto perdiendo al grueso de su ejército —después de que en Zacatecas pudo vestirse de gloria al estar a escasos metros de aprehender al licenciado Juárez y su comitiva en las faldas del cerro de La Bufa—, en la que se aprisionaron a 109 franceses que fueron fusilados por órdenes de Mariano Escobedo, incluyendo en la lista de ejecutados a Joaquín Miramón, hermano de El Macabeo mexicano.

Regresando a los albores de 1867, es necesario explicar al lector que, a raíz de la Intervención francesa, la división política del país cambió de estados a departamentos y que los gobernadores fueron sustituidos por prefectos imperiales que eran nombrados por el comandante en jefe de la expedición napoleónica o lo serían por el emperador cuando llegara. Durante la intervención, Querétaro tuvo a los siguientes prefectos imperiales: Desiderio Samaniego, Manuel Gutiérrez (padre del poeta Manuel Gutiérrez Nájera, que pasó allí parte de su niñez), José Antonio Septién Villaseñor y Manuel Domínguez. A los dos últimos les tocó desempeñar el cargo durante la segunda estancia de Maximiliano en esta ciudad, la que lo llevaría a la muerte.

El ingeniero Septién fue considerado durante todo el siglo XIX como el mejor historiador local,[4] su obra máxima es la *Memoria Estadística del Estado de Querétaro*, y desde luego que era un hombre muy respetado. Gobernó del 3 de septiembre de 1866 al 20 de febrero de 1867 y la única razón de su nombramiento fue que era secretario de la prefectura dimitente. Todavía le tocó recibir a Maximiliano el 19 de febrero de 1867, pero éste venía acompañado de Manuel Domínguez, subprefecto imperial en San Juan del Río —que había gobernado Querétaro durante la guerra de Reforma—, y al ser muy adicto a Maximiliano, —y ante el ruego de Mejía y Márquez porque su hermano, Nicolás Eloy Domínguez, era médico militar de la división de don Tomás— éste le dio el nombramiento

4 Fernando Díaz Ramírez, *Historia del Estado de Querétaro*, t. III, México, Gobierno del Estado, 1979, pp. 144-159.

de prefecto imperial de todo el departamento, logrando convencer a don José Antonio Septién que repitiera en el cargo de secretario.[5]

Don Manuel Domínguez nació en San Juan del Río en 1830 y fue un médico notable y humanitario, gracias a lo cual tuvo a bien dictar las disposiciones necesarias y acertadas para que la ciudad pudiera subsistir a pesar de los horrores de tres meses de sitio. Y más, mucho más le deberían los liberales queretanos que se quedarían dentro de la urbe durante los 71 días de anillo de circunvalación, a los que siempre protegió para evitarles venganzas, represalias y humillaciones. Por ello, al caer la plaza en manos de los republicanos, los liberales queretanos fueron en masa a solicitar de Escobedo —comandante en jefe del Ejército del Centro desde enero de 1867— la inmediata libertad del médico Domínguez, a lo cual accedió el general neoleonés, sólo a condición de que se fuera de Querétaro para evitar verse comprometido y regañado.

Antes de este nombramiento, solamente la autoridad militar de Tomás Mejía Camacho y la eclesiástica del canónigo Manuel Soria y Breña mantenían el orden en la ciudad —que no en el campo— ya que en éste las depredaciones eran espantables al grado de hacer que los hacendados se concentraran en la población. El padre Soria y Breña, también abogado de profesión, gobernaba la sede que dejó vacante el obispo Bernardo de Gárate, teniendo como catedral —desde el 25 de julio de 1865— el templo de San Francisco, abierto al culto por petición de los queretanos a Maximiliano. Desde la intervención francesa los sacerdotes habían vuelto a tener preponderancia; entre ellos había muchos verdaderamente notables por sus obras pías, como José María Ochoa, Pedro Ladrón de Guevara, José María Alegre, Luis Gonzaga Borja, Ismael Antonio Jiménez, Patricio de la Fuente, Florencio Rosas, José Francisco Figueroa, Esteban G. Rebollo, Hilarión Noriega,

[5] James Fortson, *Los gobernantes de Querétaro*, México, Gobierno del Estado, 1987, pp. 98-99.

Rosalío García y Agustín Guisasola. Se decía que no había mucha unión entre los clérigos porque el padre Nicolás Campa era abiertamente liberal y porque unos sacerdotes pedían la cabeza del rector del Seminario, don Manuel Castro y Castro.[6]

Más temerosos viven los religiosos regulares (los que viven en órdenes conventuales) que los seculares, especialmente los agustinos y oratorianos de San Felipe, ya que habían vuelto a ocupar sus antiguos edificios violentando las Leyes de Reforma, y temían represalias de los republicanos que ya hacían sentir su presencia en las poblaciones cercanas a Querétaro, como es el caso de Casas Viejas (hoy San José Iturbide).

Los liberales queretanos más connotados de la época eran don Próspero Cristóbal Vega, don Jesús M. Vázquez, el padre Campa, don Hipólito Alberto Vieytez, don Hilarión Frías y Soto y su hermano Luciano, además de don Bernabé Loyola que era yerno de don Timoteo Fernández de Jáuregui, imperialista importantísimo y dueño de la hacienda de Juriquilla.

La entrada a la ciudad por parte de Miramón el 8 de febrero de 1867 fue penosa por sus tropas fatigadas, derrotadas, sin armas y faltas de ropas, municiones y alimentos. La Cruz fue el punto escogido para que pernoctaran las tropas citadas. Miramón recibió el día 9 del mismo mes, casi en secreto, a una comisión de queretanos que le propusieron un plan que lo beneficiaría y que —según ellos— convendría también a la nación: igualmente le propusieron pronunciarse en contra del Imperio aquí en Querétaro, y que seguramente Mejía lo secundaría al igual que el general y prefecto interino Manuel Escobar. Una vez pronunciado —soñaban los queretanos— se debía hacer llamar Presidente de la República y que poco a poco el ejército se iría agrupando en torno suyo.[7] El Macabeo agradece el ofrecimiento pero rápidamente declina ya que "había prometido defender una causa y parece indigno defeccionar

[6] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Guía histórica del Sitio de Querétaro y triunfo de la República en 1867*, México, Gobierno del Estado, 2a. ed., 1973, pp. 20-21.

[7] *Ibidem*, pp. 22-24.

y tiene que ser leal hasta el último momento, señores, hay que ser caballero ante todo", agregó y despidió a quienes integraban la comisión.



Miguel Miramón (Junta de regencia), detalle, 1864, Colección Museo de la Ciudad de México.

Entre tanto, allá en la hacienda de Juriquilla, su propietario, don Timoteo Fernández de Jáuregui, entregaba sus ocho hijos a su yerno Bernabé Loyola para que éste los cuidase en su hacienda de San Juanico, ya que el longevo suegro se marchaba a la Ciudad de México por el temor a la ola liberal, y sabía que Bernabé simpatizaba con los juaristas, así que en caso de ganar éstos su familia tendría alguna protección asegurada. Bernabé, como todos los agricultores de los alrededores de la ciudad de Querétaro, vivía con la zozobra de los saqueos y préstamos forzosos impuestos por el general Tomás Mejía, de quien se decía su amigo; pero al que más le cargaban la mano era a él —Bernabé— por tener ideas liberales. Su mujer, una valiente señorona de filia conservadora, se encargaba de ver por

él cada vez que lo encarcelaban por expresar su ideario político, poniéndole papelitos escritos dentro de los tacos de carne y frijoles que le enviaba a prisión a través de un fiel criado que los ocultaba en el pecho. En aquellos recados, la fiel esposa le ponía al tanto de muchas cosas y lo animaba a no desmayar y a no manchar la frente de sus hijos. Su comandante de prisión a cada momento le repetía que lo iban a fusilar o que iban a aplicarle el castigo árabe consistente en enterrarlo verticalmente de cuerpo entero dejando sólo la cabeza de fuera. Don Bernabé esperaba que tanto el prefecto departamental como el prefecto municipal intercedieran por él por ser parientes de su mujer, pero se equivocaba. Las boyadas de las haciendas y toda clase de ganado fueron saqueadas por las fuerzas imperiales desde antes del Sitio. A un tal matancero Piña se le entregaban los bueyes dejando a los agricultores sin animales para arar la tierra. Por medio de don Timoteo Fernández de Jáuregui, los terratenientes pasaron sus quejas a Maximiliano, pero éste sólo dijo: "¿Ya ven ustedes lo que les pasa en Querétaro?", o sea, contestó una perogrullada y no resolvió nada. La queja llegó a las autoridades imperiales a nivel local y eso hizo que éstas aumentaran su rencor y mala voluntad hacia los agricultores queretanos. El señor Hermenegildo Feliú, dueño de la hacienda de Chichimequillas, logró defenderse alegando que era chileno y escapó a la Ciudad de México.[8]

•

[8] *El Sitio de Querétaro*, versión periodística de *El Sol*, México, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, 1994, pp. 172-173.

Querétaro, entre mochos y liberales

El ambiente en Querétaro estaba completamente caldeado, las familias mismas tenían fracturas internas y mucho de la animadversión del queretano hacia la causa progresista fueron los excesos de la soldadesca liberal al aplicarse las Leyes de Reforma, entre 1855 y 1863, sobre todo al destruir las capillas situadas frente al templo y convento de San Francisco y el robo de los retablos de oro de la iglesia de La Congregación de Guadalupe a manos del general Antonio Carvajal, subordinado del gobernador José María Arteaga, al que sus logros en materia de educación primaria no le ayudaron mucho a la hora en que los mochos queretanos contaron los saldos de la guerra de Tres Años, además de la iracunda arenga del clero local, considerado de entre lo más retrogrado en la visión europea.

Con mucho poder terrenal, fuerza militar y riqueza material, la religión católica en Querétaro constituía en esos años una forma de sentir, pensar y vivir lo cotidiano. Los campesinos, peones, jornaleros, arrieros, aparceros, indígenas, obreros, terratenientes, comerciantes, empresarios, profesionistas liberales, políticos e intelectuales adoptaban como suya una concepción del mundo con un fundamento religioso, que no sólo era filosofía pura y abstracta, sino, sobre todo, conciencia y acción colectivas.



Jose María Arteaga, Fotomecánico, INEHRM.

Esta defensa de los queretanos al catolicismo no fue producto de una perversa maquinación del aparato eclesiástico, con enajenantes y controladoras prácticas, sino que, de manera natural, el habitante de la ciudad no sólo defendía a la institución religiosa sino su propia visión del mundo, de su forma particular de sentirse, pensarse y actuar en el mundo diariamente; desde el amanecer y hasta que llegaba la noche, el pueblo queretano comía, bebía, aspiraba y exhalaba religiosidad. También es necesario destacar que la estrecha relación iglesia-feligreses no sólo se limitaba al espacio de los ritos religiosos o de la teología en abstracto, sino que había una gran dependencia de sobrevivencia material. Es decir, estaba la presencia de los ministros del culto, sacerdotes, frailes, monjas y hermanas de la caridad en el gobierno, escuelas, hospitales, dispensarios, distribución de despensas básicas, comunidades indígenas, en las labores productivas y en las actividades culturales. De modo que las reformas liberales afectaban de manera directa su forma de vida, ya que atentaron directamente no sólo contra una creencia inmaterial, no, aquellas normas le pegaron en servicios que eran esenciales para su

reproducción material.[1] Parecería injusto entonces endilgarle al creyente y a su iglesia la ausencia de libre albedrío, de pensamiento libre, de autonomía de acción y decisión, y reducirlo a un mero sujeto pasivo.

¡Cuántos agravios vivió el queretano parroquial de parte de los juaristas! Quema y saqueo de bibliotecas y pinacotecas conventuales, solamente el convento de la Cruz tenía ocho mil volúmenes que se perdieron.

Pero también los escasos liberales queretanos tenían en su mente y en el corazón la llegada a Querétaro del presidente Benito Juárez el 4 de junio de 1863, quien marchaba a San Luis Potosí empujado por la toma de la metrópoli por el enemigo francés (Juárez ya había estado en Querétaro en 1858 rumbo a Guadalajara). Esa fuerza invasora también había tomado Querétaro el 17 de octubre de 1863 bajo el mando del general Duay, cuyos subordinados Jeanigros, Babouin y Chabrol eran odiosos a los queretanos por sus violentos latrocinios y reclutamientos forzosos durante casi tres años.

Igualmente chocaban los agravios que hacía Miramón, en 1867, contra los potentados locales, forzándolos a préstamos sin retorno, como era el caso de don Bernabé Loyola y su esposa Catalina Fernández de Jáuregui, dueños de la hacienda de San Juanico; doña Guadalupe Piña de Mena, de la hacienda de La Capilla; don Manuel Acevedo, de la hacienda de Casa Blanca; don Eduardo Gutiérrez, de El Jacal Grande; doña Guadalupe de Samaniego, de las haciendas de Carretas y Callejas; don Gil Ramírez, de la hacienda de Carrillo y doña Dolores de Ecala, propietaria de la de Alvarado. El mismísimo Cayetano Rubio no iba bien en sus negocios de hilados y tejidos por el olor a guerra que se respiraba en la ciudad. Los productos poco se vendían y escaseaba el empleo, y por ende, el numerario. Muchos pobres estaban desvalidos. El prefecto

[1] Hugo Azpeitia (pról.), *Iglesia y sociedad en Querétaro. Los años de la Reforma (1854-1880)*, Ramón del Llano, México, Gobierno del Estado, 2000, pp. 1-3.

municipal, Francisco Bustamante, despidió a todos los empleados públicos por no tener con qué sostenerlos y además cerró la casa de beneficencia que había fundado el padre Agustín Guisasola, en 1864, con la cooperación de Maximiliano y Carlota. Mientras tanto, allá en la Ciudad de México, entre el archiduque y el círculo de conservadores que le rodeaban no existía ningún vínculo de unión sincera y leal, y las desconfianzas mutuas hacían imposible el acuerdo necesario para imprimir una dirección acertada a los negocios públicos. Al retirarse las tropas francesas de Querétaro —en donde estuvieron desde el 30 de noviembre de 1863— ésta quedó desguarnecida y un batallón de cazadores galos obligaba a los agricultores vecinos a proporcionar gente sin lograrlo. Uno de esos hacendados, el liberal Bernabé Loyola, retenido indebidamente y preso en un cuarto con centinela a la vista, refiere que sufrió el tormento del hambre y la sed durante tres o cuatro días y que el vizconde de Germiny —joven oficial amigo suyo— lo visitó e hizo salir a los soldados que lo vigilaban y le dijo: “No dé usted nada —refiriéndose a que no alistara peones de su hacienda [San Juanico] al batallón de Cazadores—, porque si da usted algo no sería digno ni de que se le estrechara la mano”.[2]

En los primeros días de febrero de 1867 —concretamente el día 5— se presentó frente a Querétaro una avanzada republicana al mando del jefe Carvajal; en los primeros, momentos operó con éxito sobre una partida imperial, pero luego fue enteramente batida por Mejía al dar las cinco de la tarde, quedando en poder de éste la artillería, trenes, armamento y muchos prisioneros. El brigadier liberal Francisco P. Méndez participó en aquel encuentro con grado de oficial y quedó en poder del enemigo —narró el episodio al historiador y periodista conservador Ángel Pola—, luego salvó la vida merced a la intervención del militar indígena, que enfermo y todo acudió a la prisión para detener a Antonio Gayón que ya había mandado formar cuadro para ejecutar el fusilamiento frente a

[2] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 9.

una cerca. Los imperialistas acelerados eran encabezados por El Coyote, un ayudante de Mejía. Éste mandó a los detenidos al convento de San Francisco y que se les guardasen todas las consideraciones precisas. Fueron exonerados, por Maximiliano de trabajar en las obras de fortificación de la ciudad a pesar de los deseos de Márquez, quien quiso otra vez pasarlos por las armas cuando se supo la muerte de Joaquín Miramón en San Jacinto. Esta vez, Maximiliano, a súplica de Mejía, ordenaría los últimos días de febrero de 1867, a su ayudante, el capitán Lecerf, que inmediatamente sacara a los prisioneros del calabozo franciscano y los pusiera a disposición del cuartel general. Este triunfo de Mejía sobre los chinacos Carvajal y Cuéllar fue uno de los factores que levantaron el ánimo del emperador antes de la lucha definitiva.

•



Fernando Maximiliano de Habsburgo, Anónimo, Colección Gustavo Amézaga Heiras.

Querétaro, destino final

¡Al fin libres!, fue la exclamación de Maximiliano a sus colaboradores, situados furtivamente en la azotea del Palacio Imperial en la Ciudad de México a las siete de la mañana del 5 de febrero de 1867, al contemplar la salida de las últimas tropas francesas al mando del mariscal Aquiles Bazaine, del que el archiduque se negó a despedir. Poco emperador debe haberse sentido en aquellos momentos el archiduque. "El partido conservador se aliaba con él como un compañero de armas, no como una masa de súbditos peleando por su señor; éste y aquél iban a jugar en el mismo tablero, pero cada quien empeñaba su interés propio".[1]

Unos días antes, el cándido Maximiliano había escrito una carta al presidente Juárez en la que le proponía la celebración de un congreso constituyente, convocado en forma conjunta, para que en él se definiera, de una vez por todas, el destino de México. El zapoteca, convencido de su triunfo final, ni contestó, ya que tenía 40 mil soldados en ese momento —los que llegarían a 50 mil al final del Imperio—, además de que en el frente re-

[1] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, México, Editorial México Universitario, 2a. ed., 2003, p. 24.

publicano se habían proveído de rifles, municiones y cañones adquiridos a precios económicos en Estados y Unidos y otros más comprados al mismísimo Bazaine, comandante en jefe del ejército francés, que por vengarse de la rebeldía de Maximiliano le daba estos golpes bajos. La respuesta de Benito Juárez llegó desde el punto de vista militar, ya que el general Mariano Escobedo, hasta ese entonces comandante del Ejército del Norte, fue designado supremo comandante del Ejército Republicano en Querétaro, lugar a donde fue enviado, lo mismo que el general Ramón Corona, jefe del Ejército de Occidente, y el general y escritor Vicente Riva Palacio, jefe del Ejército de Oriente.



Mariano Escobedo, Fotomecánico, INEHRM.

Los generales más destacados del bando imperial, Miramón, Mejía y Leonardo Márquez, coincidían en un principio en batir en detalle a los cuerpos del Ejército Republicano, es decir, llegar a Querétaro pero no permanecer ahí, si no que cada divisionario saldría a buscar a su cada cual. Como la ciudad levítica era el cruce de los caminos más importantes del país, la razón militar más importante para decidirse por Querétaro fue esa, además de otros motivos, como los políticos, que consistían

en alejar de la Ciudad de México las calamidades de un sitio largo. Una vez en La Jerusalén de Tierra Adentro —como llamó a Querétaro Guillermo Prieto—, Maximiliano debía tomar el mando supremo del gobierno y del ejército para evitar rivalidades entre los generales, ya que Márquez y Miramón no podían verse ni en pintura por viejas querellas, entre otras, el que el Tigre de Tacubaya —sobrenombre de Márquez— imputara sus crímenes en contra de médicos y enfermeras civiles de Tacubaya, en 1857, a don Miguel Miramón.

El general imperialista Ramón Méndez, que había combatido en Michoacán, recibió órdenes de alcanzar en Querétaro a los generales Mejía y Miramón. El 13 de febrero de 1867, con el archiduque a la cabeza, salió de México —vía la garita de Vallejo— una pequeña fuerza militar de infantería y caballería compuesta de 1 499 hombres,[2] y como se había mantenido en secreto la decisión, atravesaron las calles de la ciudad sin que la mayor parte de los habitantes se diera cuenta; así pues, sólo uno que otro madrugador o trasnochado pudo ver la comitiva imperial. Después de la retirada de los franceses, el austriaco imperial quiso que su "ejército nacional" fuera dirigido exclusivamente por mexicanos, por lo que el conde Khevenhüller y sus Húsares rojos tenían que quedarse en la capital, a pesar de su deseo expreso de acompañar a su soberano. Pronto éste se arrepentiría de esta resolución tomada por motivos "nacionalistas", porque debilitó la fuerza combativa de sus tropas.[3]

Como también en Querétaro tuvo que gobernar, Maximiliano necesitaba de un ministro, y con este fin trajo a su ministro de Justicia e Instrucción, Manuel García Aguirre, quien tendría pocas oportunidades de desarrollar su ministerio, y en cambio se dedicó a arrimar el hombro ayudando a levantar barricadas y parapetos.[4] El traidor de Santiago Vidaurri vino a Querétaro muy a su pesar, y al igual que Márquez, su inten-

[2] Eran dos mil de tropa según Blasio en su *Maximiliano íntimo*…, p. 313.

[3] Konrad Ratz, *Querétaro: Fin del Segundo Imperio mexicano*, México, Conaculta/Gobierno del Estado de Querétaro, 2005, pp. 101-105.

[4] *Ibidem*, p. 106.

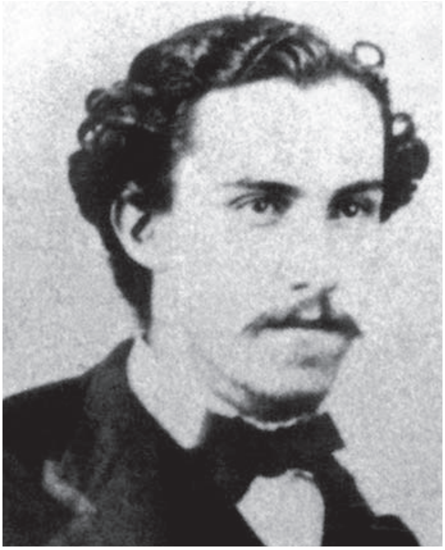
ción no era quedarse hasta el final triste, pero aun así tuvo ocasión de demostrar sus nefastos talentos: imponía los préstamos forzosos en contra de la población al igual que el decomiso de colchones, camas, blancos y alimentos. Llegó a ser el gran organizador del pillaje imperial.



Príncipe Félix de Salm-Salm, Cruces y Campa, Colección Gustavo Amézaga Heiras.

El llamado príncipe Félix de Salm Salm, nacido en Westfalia, Prusia, era un mercenario que lo mismo se vestía de general republicano en la guerra de Secesión que de imperialista en México (nótese la incongruencia) y ayudante de campo de Maximiliano, de quien, al igual que su esposa Inés, llegó a ser de todas sus confianzas. Se puede decir que donde hubiera conflicto, en cualquier parte del mundo, él estaba presente. Aunque en un principio el archiduque lo descartó para la campaña de Querétaro, Félix pudo colarse como coronel del estado mayor de Santiago Vidaurri. Este aventurero había abandonado en su juventud al ejército alemán por cuestiones de deudas y en sus correrías siempre estuvo presto al duelo y a la lucha; en una de

ellas, conoció a una joven y hermosa artista ecuestre, canadiense de nacionalidad[5] pero de origen francés,[6] cuyo carácter se parecía al de Salm. Se casaron y la antigua caballista, actriz y cantante se convirtió en una respetada y buena esposa.



José Luis Blasio, secretario particular de Maximiliano, autor del libro *Maximiliano íntimo*, París y México, 1905, © (224633), México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

Cuán poco era el respeto hacia su emperador, que muchos ministros renunciaron en esos días y el austriaco tuvo que sustituirlos haciendo nombramientos precipitados, aparte de que su "Concejo de Estado" le había prometido millones de pesos para la campaña de Querétaro y solamente le entregaron cincuenta mil pesos. No es fácil saber cuáles eran los verdaderos

[5] Guillermo Sandoval, *La conspiración frustrada*, México, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, 2006, pp. 24-25. El autor ubica el nacimiento de Inés en la villa Saint Armand West, condado Missisquoi, Quebec, Canadá.

[6] Rafael Tafolla Pérez, *El Imperio y La República*, t. 23, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención), 1963, p. 149.

propósitos del archiduque en aquellos momentos. Lo único que puede afirmarse es que, confiando muy poco en los conservadores, acariciaba los proyectos más extraños e inverosímiles, como el de tratar de entenderse directamente con los jefes liberales con la promesa de salir él mismo del país y que Miramón, Márquez y Teodosio Lares serían arrojados del poder. También se manifestaba el desprecio de Maximiliano a sus ministros cuando, en cartas a sus amigos extranjeros, los llama "las viejas pelucas de México". Si aceptó ir a Querétaro fue por honor y por su idea formativa, y siempre reacio a la falsedad y a la mentira. Era "demasiado vienés para entender a la mexicanidad".[7] "Su honor empeñado imprudentemente en aquella lucha era lo único que lo mantenía en el puesto". Entre los civiles mexicanos que siguieron al archiduque a Querétaro se encontraba su joven secretario particular, José Luis Blasio, pequeño de estatura pero terco de mente y siempre muy cortés, que se convirtió en la sombra de su jefe, que no se apartaba de su lado, que se alojaba puerta a puerta con él y que conoció sus costumbres y necesidades.[8]

Como único europeo civil —aparte del camarista Grill y el cocinero Tüdös—, acompañó a Maximiliano su médico particular, Samuel Basch, quien escribiría un diario en 1868 con sus recuerdos, los que fueron cuestionados punto a punto, coma a coma, por el queretano Hilarión Frías y Soto, ya que el médico superior con rango de capitán en el cuerpo de voluntarios austriacos incurrió en errores garrafales como el de manifestar que desde la ciudad sitiada se veían los cerros de Guadalajara.

En aquella época, un viaje de México a Querétaro en diligencia normalmente duraba dos días si es que no había llovido. Sin embargo, la columna imperial con jinetes, infantes, carros y artillería necesitó una semana para recorrer estos

[7] José C. Valadés, *Maximiliano y Carlota en México. Historia del Segundo Imperio*, México, Diana, 2a. reimp., 1977, p. 367.

[8] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 109.

doscientos veinticuatro kilómetros, en medio de ataques de la guerrilla republicana que a cada momento salía al paso. El 17 de febrero en San Juan del Río, la última población de importancia en el camino a Querétaro, Maximiliano mandó publicar una orden del día en la que puso arreglo en la organización de ejército. Él mismo sería generalísimo; Márquez quedaba solamente como jefe del Estado Mayor y no como comandante en jefe del ejército, como era su pretensión; Miramón estaría al frente de la infantería o primer cuerpo del ejército; Severo del Castillo mandaría al segundo cuerpo al que se le uniría Méndez, y finalmente Mejía mandaría a la caballería o tercer cuerpo. A Vidaurri pensaba mandarlo al norte del país a una campaña de recuperación aprovechando que Santiago todavía era gobernador imperial en Nuevo León. En estos momentos de euforia, Maximiliano pensaba que la retirada francesa era una bendición en lugar de lo contrario, ya que en su ánimo excitado no comprendió que lo que había levantado a su efímero Imperio eran las bayonetas galas y, ya sin ellas, el final se acercaba, ¡era el principio de su fin!



El general Leonardo Márquez, jefe del Estado Mayor, © (181572), México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

Todavía el soñador austriaco le ordenaría a su consejero, el supuesto sacerdote Agustín Fischer, que se encontraba en la capital, le enviara a los Húsares rojos y una cantidad aceptable de pesos o maximilianos de oro (monedas con su efigie), recién acuñados, para propagar la imagen del Imperio entre la gente. Ni los pesos ni los húngaros llegaron…[9] A través del padre Fischer, el 15 de febrero, Maximiliano y Santa Anna tuvieron contacto epistolar, dándole largas el austriaco a una petición del llamado Vende Patrias, pero sin quitarle “esperanzas” en su pretensión. Las relaciones que hayan existido entre el archiduque y el tirano jarocho es asunto que todavía no parece claro.

Los imperialistas pasaron la noche del 18 de febrero en El Colorado, pueblecillo distante de Querétaro a unos 19 kilómetros, en la finca de don José María Acevedo, y el día 19 a las 9:30 de la mañana llegaron a la Cuesta China, desde donde el camino desciende en rápida pendiente a la Ciudad Santa de Tierra Adentro, como también la llamó Guillermo Prieto. Allí se preparó el archiduque para la solemne entrada. Miramón y Mejía —que se hallaban en Querétaro— subieron a la Cuesta China a encontrar a su emperador con sus estados mayores y con los oficiales superiores de la guarnición. Entre tanto, los soldados se alistaron como mejor se pudo para la parada militar; el príncipe vestido de gala, con las grandes insignias de la Orden del Águila en su uniforme, se puso a la cabeza de la fila, como primer actor de una comedia trágica, cambiando su manso caballo Anteburro para montar el brioso y bello Orispelo. Lentamente bajaron por el camino montuoso, y eran las 11:30 cuando llegaron a la garita de México (actual esquina de Independencia y Ejército Republicano, hoy existe en ese lugar una escuela primaria pública) donde los aguardaban del Castillo y Manuel Ramírez de Arellano. José Luis Blasio, el flamante secretario particular, no perdía de vista a una mula y dos oficiales que iban

[9] *Ibidem*, p. 111.

cargando y cuidando, respectivamente, los 10 mil pesos que Maximiliano se reservó para la casa imperial, de los cincuenta mil que le dieron sus ministros. El objeto de esta reserva era abastecer la despensa del archiduque con provisiones para que nada faltara en su mesa.

Desde la garita hasta el centro de la ciudad, en cuya calle principal, la de Las Monjas (actual calle Madero), estaba el Casino Español (hoy pasaje de La Llata), destinado para la habitación de Maximiliano, se apiñaba una multitud que saludaba al séquito imperial con gritos entusiastas; no había ventana ni balcón ni puerta que no ostentara cortinas y banderolas y hermosas mujeres que lanzaban flores y batían manos al paso del soberano y de su comitiva. Por el aire volaban millares de hojas, en las que se leía un himno dedicado a Maximiliano.

A mí no me parece tan objetiva la crónica de la época que llama "cálida, cordial y entusiasta" a la multitud que recibió al archiduque, ya que poco se sabe del valor real que tienen en México esas ovaciones oficiales, que simulan tan perfectamente el júbilo público. "Recuérdese, sobre todo, que la mayoría de la población de Querétaro es enteramente clerical, y no podía, por tanto, recibir con aplauso al rey excomulgado por haber puesto en todo su vigor las Leyes de Reforma".[10]

La autoridad repica las campanas, adorna las calles y tira cañonazos; algunos ociosos concurren al acto; miran y escuchan las aclamaciones pagadas a los paleros y se retiran en silencio, eso es todo. Muchos vecinos fueron obligados por Miramón y el prefecto imperial a adornar los frentes de sus casas con papel tricolor, banderas, cortinas y flores. En todo caso, fuera de la parte oficial, el pueblo se limitó a presenciar el espectáculo por simple curiosidad. Una comisión formada por don Manuel

[10] Hilarión Frías y Soto, "Rectificación a la obra del Conde E. de Kératry", en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del Imperio en el año de 1867*, Ramón del Llano (comp.), México, UAQ/Miguel Ángel Porrúa, 2009, p. 27.

Acevedo, don Mariano Pimentel, don Mariano Maldonado, don Salvador Arana, don Francisco Montes, don Santiago Torres, don Vicente Serrano, don Manuel García Sánchez y don Silvestre Méndez, trabajó casa por casa avisando de la llegada del emperador y cómo debían de adornar sus fachadas. Los liberales, rabiosos e impotentes, cuando menos no ornaron sus casas ni acudieron a recibir a Maximiliano y sus aliados.

También el alto clero fue avisado para que dispusiera de la nueva catedral, San Francisco, para el cántico del himno de acción de gracias, que tuvo lugar una vez que terminó la ceremonia oficial. El desfile duró poco por la fatiga de las tropas y en la recepción oficial hablaron Miramón y el prefecto municipal Escobar, quien llamó a su emperador Maximiliano el Grande, y éste a su vez en su discurso concluyó con un "¡Viva la Independencia!", que pronunciado por un invasor en la cuna de la Independencia nacional sonó a sarcasmo.

Con las limitaciones propias de la hora, se organizó un banquete en el propio Casino Español al que el emperador no acudió; el evento fue organizado por los generales encabezados por Miramón. El archiduque no acudió seguramente porque ya sabía que a Miguel le habían ofrecido la presidencia de la República y por ello le tenía desconfianza.

Dicen que en el banquete se ahondaron más las diferencias entre Márquez y Miramón, pues a la hora de los brindis, El Chacal de Tacubaya, es decir Márquez, pronunció un discurso en que prácticamente se burlaba de la derrota de El Macabeo en Zacatecas y se refirió a "la temeridad juvenil" de éste, y por poco llegan a las armas si Miramón no se contiene, a pesar de que palideció de ira. Con este fracaso interno concluyó el primer día de Maximiliano en Querétaro.

Después de la recepción en el casino, Maximiliano caminó con su séquito por la calle del hospital de la Limpia Concepción, abarrotada de curiosos, para acudir al *tedeum* en San Francisco. Como dije en su momento, la suprema autoridad religiosa era el licenciado Manuel de la Soria y Breña, que había sido rector

del Colegio Civil desde 1857 hasta 1860. Era un otomí de tez color olivo, aspecto ascético, pero de habla suave y diplomática, con mente privilegiada e ilustradísima.[11] En esa ocasión, el archiduque no pudo prever el papel de confesor que el padre Soria jugaría poco después al final de su cortísima vida.



Iglesia de San Francisco, 1864, Fotomecánico, INEHRM.

La ciudad presentaba las huellas del debate que del intelecto se ha llevado a las armas; allá, frente a San Francisco, lo que fueron templos y el cementerio, en escombros. En otros tiempos, San Francisco era un vasto complejo de edificios que comprendía iglesia, convento, huertos, patios, callejones, cementerio y capillas anexas. La plaza de igual nombre —que los queretanos llamaban Plaza de Abajo— era muy pequeña (la mitad del actual Jardín Zenea). En el convento en cita se ubicó el hospital de sangre imperialista y el parque de armas y la gran torre, la mayor de la ciudad, serviría de mirador, especialmente al general Mejía.

[11] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, pp. 26-127.

El principio del fin

Calladamente Maximiliano caminaba, la mañana del 22 de febrero de 1867, seguido de su joven y fiel secretario José Luis Blasio; sus pasos se dirigían al cerro de El Sangremal, y al llegar a La Cruz contemplaron con placer la ciudad, pero pronto la mirada del Habsburgo se llenó de sombras cuando, al recorrer al oriente los cerros de Pathé y la Cuesta China, al sur El Cimatario, al norte los cerros de San Pablo y San Gregorio y al oriente el Cerro de las Campanas, cayó en la cuenta de que en caso de un sitio, Querétaro era indefendible, tenía una sola salida y ésta era por el poniente. "Me he metido en una ratonera", exclamó el archiduque. Retornaron al casino los paseantes y pidieron su almuerzo. Allí recibió el rubio barbado noticias de los movimientos de tropas afectas y desafectas a él.

Quiso y pudo el monarca un día reunir en su mesa a sus antiguos oficiales de órdenes que se encontraban en la triste ciudad, entre los que cuento al ministro Aguirre, Pradillo, Ormachea, Basch, Blasio, al coronel Joaquín Rodríguez y al coronel Laurent, estos dos últimos por intrigas palaciegas habían sido separados de la Corte, y que fueron quienes trajeron de Miramar la respuesta de aceptación de Maximiliano al trono

de México. En esa comida íntima se habló extensamente de los días felices del Imperio, los que, cual nube al viento, se habían ido para no volver más.

El general Mariano Escobedo se encontraba en el pueblo de Dolores Hidalgo y trató de establecer contacto con el general Ramón Corona y el general Nicolás Régules que se situaban en Morelia, de la que expulsaron al general Ramón Méndez. Se empezó a apretar el cerco sobre Querétaro desde Guanajuato y Michoacán y las tropas de Ramón Méndez desde la noche anterior se encontraban en Celaya, a donde llegaron sedientas y fatigadas. No les quedaba más a los imperialistas que salir a batirse en detalle con ambos ejércitos enemigos, yendo al encuentro primero de uno para obtener la victoria militar y con ello la psicológica, para que las tropas triunfantes pudieran ir así a derrotar al otro.



General Mariano Escobedo, Cruces y Campa, Colección Centro de Estudios de Historia de México Carso.

Esto sucedió el 22 de febrero de 1867 y, después de acalorados debates entre Miramón y Márquez, se acuerda que para el 26 de febrero se iniciaría la salida para detener el peligroso agrupamiento de las fuerzas liberales, cosa que no sucedió por

la necedad de Márquez, cuyo principal argumento era que tanto el ejército de Corona como el de Escobedo estaban formados por chusmas sin disciplina, sin armas suficientes, con jefes de ningún valor, y que ni uno ni el otro resistiría el choque, que se desbandarían llenando al país de gavillas, que era mejor derrotarlos definitivamente juntos en una dura lección que dejaría al territorio patrio completamente pacificado.[1] Malas noticias recibió también Maximiliano desde Puebla y la Ciudad de México, las que están a punto de ser cercadas por Porfirio Díaz Mori, además de que el ministerio imperial —su ministerio— ya no lo obedece, no le envía dinero, no hace que se muevan hacia Querétaro las tropas extranjeras que quedaron en la capital. Aun así mandaron al archiduque a acorralarse en esta ciudad. Entre tanto, los queretanos vivían entre la euforia que les proporcionaba tener aquí a Maximiliano con sus oropeles imperiales opacados y la pena de la carga que, para una ciudad escasa de recursos, que los tiene sólo para una población determinada, significaba la presencia de tropas mal disciplinadas y empobrecidas.

Méndez se puso en marcha hacia Querétaro, Escobedo llegó a San Miguel de Allende y Corona dejó Morelia rumbo a El Bajío. Cuando Méndez llegó a Apaseo, el 23 de febrero, Maximiliano salió a recibirlo rodeado de un brillante cortejo, acompañado de Miramón y Márquez, y montado en su lujoso caballo Orispelo. Por cierto que con Méndez venía el oficial Antonio Gayón, quien en pleno porfiriato llegaría a gobernador del Estado de Querétaro por esas cosas tan extrañas que tiene la vida.

Maximiliano escuchó el himno patrio y las marchas militares de rigor; después se acercó al cuerpo que llevaba su nombre, tomó su bandera y dirigió palabras de encomio y promesas de victoria, a lo que respondieron los soldados con repetidos "¡Viva el emperador!" Maximiliano se retiró para acudir a otro acto de carácter militar que en los llanos de Carretas tendría

[1] *El Sitio de Querétaro, op. cit.*, p. 174.

verificativo. Penetraron las tropas de Méndez a la ciudad y tomaron posesión, improvisando como cuarteles los antiguos conventos abandonados que se habían preparado para dicho efecto. El ejército de Méndez contaba con cuatro mil hombres, resultando así la fuerza más significativa que tendría la causa imperial para sostener un sitio tan largo; si no hubiera sido por este refuerzo, el Sitio de Querétaro se habría reducido a unos cuantos días. Ese mismo día, durante la revista que tuvo lugar en Carretas, los imperialistas pudieron comprobar que sus tropas eran muy vulnerables por las siguientes causas: la política fatal de los ministros, los últimos desastres militares, la retirada francesa y de la legión extranjera, el licenciamiento de los Cazadores franco mexicanos, caballos desnutridos y heridos, tropas improvisadas que ni para exploradores o zapadores servirían, forzados a servir a través de la leva y el disponer sólo de cuarenta piezas de artillería. Definitivamente, lo mejor del ejército imperialista estaba en la gente de Méndez, cuya fuerza fue dividida en dos: la infantería para Miramón y la caballería para Mejía, que en la jerarquía militar impuesta por Maximiliano eran superiores en rango a Ramón Méndez, el llamado "asesino del general José María Arteaga".

Al siguiente día, 24 de febrero de 1867, se realizaron en la catedral franciscana honras fúnebres por el descanso del alma de Joaquín Miramón, hermano de El Macabeo. Todos los oficiales fueron invitados a asistir y el archiduque honró la ceremonia con su presencia, además de que la iglesia estaba repleta de partidarios imperialistas. Concluida la misa se entonaron los responsos en tanto que en el exterior del templo franciscano la infantería imperial hizo una descarga que dio fin al homenaje post *mortem* que el gobierno imperial dedicó a Joaquín. Trémulo de ira, el general Miramón se dirigió a La Cruz y escribió una proclama incendiaria contra los republicanos y Benito Juárez, que terminaba con estas palabras crípticas: "Ay de los vencidos". Don Miguel nunca temió por la vida de su hermano, ya que esperaba que se lo canjearan por 12 prisio-

neros republicanos que tenía en su poder. ¡No admitía todavía que Joaquín hubiese sido pasado por las armas! El rencor le hacía pensar que el duelo a muerte contra Juárez no tendría arreglo como se lo llegó a proponer optimista su esposa Concha Lombardo.

En otro lugar del mismo Querétaro, Márquez recibió carta del gabinete imperial de la Ciudad de México, en la que Teodosio Lares le escribió que no esperara ayuda alguna para resistir, y que si se llegara a juntar algo sería imposible hacerlo llegar a Querétaro, que en todo caso se recogería por tropas del emperador en Cuautitlán o en Arroyo Zarco. Esto suponía dejar desguarnecidas las dos ciudades y la pérdida casi segura de ambas. Maximiliano ya advertía en aquellos momentos la red de embustes que se le había tendido para sacrificarle estérilmente. Concentradas en la Jerusalén de América todas las fuerzas reaccionarias, se habían posesionado de los sitios más importantes de la ciudad, procediendo luego a construir trincheras para el caso de un ataque sorpresivo de las guerrillas republicanas que no lejos de la ciudad operaban.

La sede oficial del prefecto Manuel Domínguez era el Palacio Municipal, llamado Prefectura durante el Imperio, edificio ubicado al norte de la Plaza de la Independencia y que data de 1770 como Casa del Corregimiento (después conocido como Casa de La Corregidora, que ni ostentaba ese título doña Josefa Ortiz de Domínguez y, en todo caso, era la esposa del corregidor). Este edificio está asociado con una puntada del general Tomás Mejía en la guerra de tres años el día 2 de noviembre de 1857, cuando el serrano tomó Querétaro. Decidió arengar desde el balcón del palacio al pueblo congregado en la plaza, y montado a caballo atravesó el patio, subió la escalera principal, pasó por la columnata del primer piso y por el salón principal y, todavía a caballo, se presentó en el balcón ante el pueblo que se quedó pasmado. Mientras, en la planta baja del edificio, los presos liberados incendiaban los archivos municipales y estatales

para destruir sus antecedentes en expedientes penales. Así se perdieron documentos valiosos de la época de la insurgencia.

En la plaza, se encontraba una columna larga y delgada con la estatua del Marqués de la Villa del Villar, patrono de la grandiosa obra del acueducto. Durante el sitio ésta sería derribada por un cañonazo republicano. La plaza estaba desforestada, era un asoleadero estéril; en su esquina occidental, en el callejón Ciego o de Cabrera (hoy Libertad), se ubicaban las casas de los generales imperiales Severo del Castillo y Ramón Méndez. Por cierto que éste era un indio bajito y de fuerte humor, sarcástico, atroz, valentón y que nunca pisó el Colegio Militar, pero por su talento y fidelidad llegó a ser un mílite principal del Imperio y temido por sus enemigos.

Maximiliano sigue alojándose en el Casino Español, pero a principios de marzo traslada el cuartel general imperial a una tienda en el Cerro de las Campanas, puesta a su disposición por el general Mejía, muy cerca de la famosa cueva de la que abundaré más adelante. En cambio, sus generales siguen instalados en sus propios cuarteles, porque cada uno de ellos, distanciados entre sí, guarda celosamente su espacio de poder.[2]

El cerro mencionado tendría unos veinticinco metros de altura sobre el terreno en esa época y situado a unos dos kilómetros del centro de la ciudad. Era escarpado y rocoso en su lado norteño, como ya dije, pero en los demás puntos cardinales presentaba un suave declive. Por orden de Maximiliano, se levantaron fortificaciones de adobes, guarnecidas con nueve cañones, y trincheras. También Miramón se instala allí, cerca de la gruta romántica, alojándose en su elegante tienda de campaña ofrecida por Mejía y comprada por el general Almonte en París.[3]

Así las cosas, las tropas imperialistas reunidas en Querétaro ascendían a nueve mil hombres, y su organización fue la siguiente, una vez que hubo una ligera variación respecto a lo

[2] *Ibidem*, pp. 134-135.
[3] *Ibidem*, p. 136.

anunciado por Maximiliano en San Juan del Río unos días antes: Fernando Maximiliano de Habsburgo, general en jefe; Leonardo Márquez, cuartel maestre general; Miguel Miramón Tarelo, general en jefe del cuerpo de infantería; José Tomás Mejía Camacho, general en jefe del cuerpo de caballería; Mariano Reyes, comandante general de ingenieros; Manuel Ramírez de Arellano, comandante general de artillería; y Ramón Méndez, jefe de la brigada de reserva.



General Leonardo Márquez, México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

En una junta de guerra, que se celebró en estos días en el cuartel general para acordar el plan de campaña, se pudo notar el favor especial con el que el archiduque distinguía a Márquez, pues en todo momento prevaleció la opinión de éste y además se le confió el mando superior de las tropas. Lastimado en su orgullo, Miramón escribió una carta a Maximiliano en la que le decía que ni sus antecedentes ni su dignidad le permitían servir a las órdenes de Márquez, por lo que le pedía que después de la primera batalla que se diera, se le relevara del mando de la infantería. El Habsburgo le contestó que se mantuviera dentro de los límites de la disciplina, a lo que respondió don Miguel,

con su vanidad herida, formulando algunas acusaciones contra el Carnicero de Tacubaya y agregando que "aceptaba aquella situación porque Márquez no sería más que el conducto (un mandadero) por donde recibiría las órdenes de Su Majestad", aunque esta especie de transacción fue sólo un paliativo, píldora dorada que prendió la concordia con alfileres,[4] pues casi al mismo tiempo circulaba Márquez entre la tropa imperial un escrito de su emperador en que se desaprobaba solemnemente la conducta de Miramón desde la apertura de la campaña.[5] Por cierto que Márquez era un hombre pequeño, muy delgado, tirándole a lo raquítico, huesudo, teñido de bilis y desfigurado su rostro por una herida de bala.[6]

El 26 de febrero de 1867 es acordada la salida del ejército imperial de la ciudad de Querétaro para batir en detalle las tropas de los generales Ramón Corona y Mariano Escobedo. Se esperaba un gran movimiento de tropas pero finalmente no hubo nada. Como fue Miramón quien hizo la propuesta, bastaba que tal idea partiera del ex presidente de la República para que Márquez se opusiera, y como éste gozaba de absoluta confianza en el ánimo del tornadizo archiduque, prevaleció la opinión del segundo y permanecieron en la más completa inacción. Maximiliano rehusó jugar una carta que ya tenía en la mano —y en el único momento posible—, por la intervención —según él— de unos cuantos vecinos "notables" cuyo nombre nadie conoce. Así, prácticamente los imperialistas se encierran en Querétaro, puesto que las fuerzas republicanas —lenta pero en forma segura— se acercan a la ciudad, en donde se ha dicho que sólo la completa destrucción de uno de los dos enemigos en pugna podría traer a México la paz. Corona y Escobedo ya se encuentran en territorio guanajuatense.

4 José Fuentes Mares, *Miramón el Hombre*, México, Joaquín Mortiz, 3a. ed., 1978, pp. 194-195.

5 Resumen integral de *México a través de los siglos*, t. V, *La Reforma*, México, Editorial Compañía General de Ediciones, 18a. ed., 1978, p. 514.

6 Hilarión Frías y Soto, "Rectificación a la obra del Conde E. de Kératry", *op. cit.*, p. 44.

Se corre la noticia de que los imperialistas acuartelados en el convento de El Carmen (hoy escuela primaria Riva Palacio) cometen desórdenes en estado de ebriedad, producto de la inactividad de la soldadesca y la despreocupación de la que hacen gala muchos oficiales, sobre todo franceses remisos. Aun en medio de las dificultades castrenses, Maximiliano tiene tiempo y ánimo de entablar relaciones amistosas con el joven sacerdote Francisco Figueroa y pasear desde La Cruz hasta el centro de la ciudad, pasando por la Alameda, que en las mañanas es el sitio preferido de los soldados para lucir caballos, sillas plateadas y trajes nacionales. Después de este paseo matinal, soldados y oficiales acuden a misa, en donde pueden ver a su antojo grupos de hermosas muchachas, con las que a señas comprometen una entrevista o, si son ignorados, ir a hacer el oso por las tardes bajo un balcón florido esperando que la Dulcinea salga por el galán y le dé la más mínima esperanza.

La crónica de la época cuenta que gracias a este estado de alerta, más de una intriga parroquial llegó a su desenlace, y que más de un combatiente herido fue cuidado por bellas manos, lo que contribuyó a su curación; otros, menos dichosos y heridos de muerte, fueron enterrados en campo santo y llorados por peregrinos y bellos ojos. Sus cuerpos no fueron echados a una fosa desconocida, sino en un sitio donde no faltara quien fuera alguna vez a arrodillarse y a evocar tiernos o dolorosos recuerdos.

Aprovechando la estancia de tanto desocupado, una compañía dramática queretana organizó, para el 27 de febrero, una función de teatro que tiene verificativo en el coso Iturbide. Allí están muchas familias de la localidad y por supuesto muchos oficiales, vestidos de la mejor forma posible. La iluminación es espléndida y la orquesta interpreta magnífica entrada y comienza la obra *Matilde*, que es la dramatización de la novela del mismo nombre del autor Emilio Sue. Al terminar la obra, las familias decentes se retiraron a sus hogares y los oficiales calaveras, poco cuidadosos del porvenir y ene-

migos del silencio, van a concluir su noche a los muchos centros de diversión que se han abierto y que tienen el rumboso nombre de Fondas Francesas.



Coronel Julián Quiroga, México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

Mientras tanto, en el cuartel general imperialista, el archiduque recibe la noticia de que sus ministros quieren deponer de la secretaría al padre Fischer y que se niegan a mandar dinero para fortificar Querétaro ante el inminente sitio. No veía un solo peso de los 11 millones que los señores consejeros del Imperio le prometieron en la junta del 14 de enero de ese año. El Habsburgo sigue durmiendo en el Casino Español, donde improvisó un salón para jugar su acostumbrado partido de boliche, mientras dictaba interminables cartas a su médico Basch y a su secretario Blasio. Se termina el 28 de febrero y con él el segundo mes del año, así que el 1 de marzo revisó la organización del ejército a detalle, no nada más en los primeros niveles, y dispuso que con el general Miramón

irían el general Severo del Castillo, el coronel Farquet, el coronel Calvo, el general Moret, el general Manuel Escobar, el general Herrera y Lozada, el general Pedro Valdés, el general Silverio Ramírez y el general Casanova; con el general Tomás Mejía van el coronel Félix de Salm Salm, el general José M. Gutiérrez, el general Mariano Monterde y el coronel Julián Quiroga (hijo natural de Santiago Vidaurri). ¡Estaba dispuesto a conseguir por sí mismo y con nueve mil hombres lo que no consiguió un ejército de 30 mil soldados franceses, belgas y austriacos!

La construcción de trincheras continuó en la ciudad, tanto las fabricadas por la soldadesca como las realizadas a la fuerza por los queretanos varones entre los 16 y 70 años, que habían sido reclutados por los "suavecitos" de Santiago Vidaurri y Francisco Redonet, el corriente del coronel Tomás Prieto y el iracundo Ramón Méndez, encargados de recaudar fondos e imponer pesadas contribuciones a la población. ¡Jefe de familia que no cooperaba con granos, armas, agua, ropa blanca o habitaciones para la causa del Imperio, era hecho preso y llevado en leva! Por cierto, en las trincheras construidas frente al Río Querétaro pululaban prostitutas de bajísimo perfil que ofrecían sus servicios a los soldados en condiciones antihigiénicas, por lo que se desató en la ribera citadina una verdadera fuente de infecciones venéreas. Los ricachones que intentaban evadir el servicio militar obligatorio deberían pagar un rescate diario de ochenta pesos como mínimo. Maximiliano quería alcanzar la cifra de 150 mil pesos por este rubro.

Desde luego, llevarse dinero, bienes o víveres sólo era posible en las casas o fincas de potentados que tuvieran, además, la condición agravante de expresar opiniones liberales o nacionalistas. Entre los afectados estaba Bernabé Loyola, administrador de la hacienda de San Juanico, situada en la salida a Tlacote, misma que era famosa por su piano y elegante mobiliario, y el mejor pianista de la región sería el entonces niño

Fernando Loyola, hijo de don Bernabé, poco tiempo después de estos acontecimientos.

También era conmovedor observar a las mujeres y niños que seguían a la tropa imperial, auxiliando a sus hombres en la preparación de alimentos, provisión de agua, cosiéndoles la ropa o curando sus heridas.



General Leonardo Márquez Araujo, Valleto y Cía., Colección Universidad Iberoamericana.

En el cuartel imperialista se aguardaba la llegada del general Rafael Olvera, oriundo de Jalpan y futuro gobernador de Querétaro en el porfiriato, quien era el hombre más popular en la Sierra Gorda después de Tomás Mejía, y que debería traer de dos a tres mil indios montañeses. Relata Alberto Hans que una de las causas por las que los queretanos pasaron de la simpatía a la adhesión por el emperador fue porque éste, en vez de embarcarse rumbo a Europa como se le aconsejaba, se lanzó atrevidamente al peligro para tratar de salvar su imperio, y esta resolución quijotesca o caballeresca conmovió al vecindario de

la ciudad de Querétaro, a la que mientras el archiduque llamó su "querida",[7] el torvo Leonardo Márquez la llamaba "ratonera militar", por sus escasos elementos defensivos. ¡Pero quién se lo mandó! Fue de los que se llevaron al baile al inestable Maximiliano mal aconsejándolo y luego paralizando los planes ideados por Miramón para batir en detalle y no dejar que los liberales acorralaran la ciudad.

¡Corona ya se encontraba el 2 de marzo de 1867 en la llanura de Celaya!, y el ataque republicano era esperado por el rumbo del Cerro de las Campanas, el cual no llegó porque el jefe republicano, Escobedo, prefirió estrangular la ciudad con más tropas, entre 30 y 40 mil hombres. Los oficiales imperialistas recibieron órdenes de afilar sus sables y despojarse de cualquier estorboso bagaje. ¡No había que dudarlo! El ejército saldría de la ciudad para ir a enfrentarse al enemigo por el rumbo del poniente para el 4 de marzo.

Los jefes y oficiales imperialistas no dormían con la tropa en los cuarteles improvisados en los ex conventos; para ellos se destinaron cuartos o residencias enteras de particulares —más el lugar de aposento del caballo respectivo—, recogiendo previamente en la prefectura municipal una boleta de alojamiento, la cual indicaba domicilio y nombre del propietario del inmueble. ¡Esta obligación no siempre era agradable al propietario, por muy conservador o imperialista que fuera!, como lo reconoce Hans en sus memorias.[8]

Las familias que hospedaron imperialistas de importancia solían convivir con éstos en tertulias nocturnas agradables, hacían votos por "el señor Emperador" —como llamaban a Maximiliano— y temían que después de la retirada de éste (supuestamente), se quedara la ciudad indefensa y expuesta a excesos republicanos. Todos tenían algo de qué quejarse con motivo de la guerra civil y de la guerra intervencionista que

[7] Alberto Hans, *Querétaro. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano*, México, Editorial Jus, 1962, pp. 50-51.
[8] *Ibidem*, pp. 57-58.

les hicieron tener pérdidas incalculables de todo tipo, que casi estaban en la ruina —aun los más poderosos—, y temían por sobre todas las cosas un triunfo republicano que significaba para ellos, decían, nuevos préstamos forzosos, levas, requisiciones interminables y nuevas insolencias que soportar.

Mientras, el general Miguel Miramón estableció su cuartel general en la calle tercera de San Antonio 13 (hoy Hidalgo 18, donde fue la casona de la familia Legarreta y más tarde Banamex y notaría pública de los Pérez Alcocer), en un antiguo palacio señorial que construyó el conde de Sierra Gorda y en donde vivió con gran estilo —según las cotillas de Querétaro, que hasta amoríos con ciertas damas de la ciudad le colgaron—, además de excesos alcohólicos que empeoraron su dolencia hepática, y por lo cual buscó al médico Vicente Licea que cuidaba también a Mejía.[9]



General Miguel Miramón, Comandante en Jefe de la Infantería, México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

En esa época Miramón inicia un diario personal sin saber que lo terminará en prisión rumbo al cadalso. El Macabeo no

[9] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 141.

estaba contento por tener como jefe de la segunda de sus dos divisiones a Severo del Castillo —la relación era más bien tirante—, ya que lo consideraba como uno de los principales culpables de su derrota en San Jacinto, la que le costó un hermano y el eclipse de su brillante carrera militar. No obstante, el mercenario Salm Salm describió a Del Castillo como "hombre sencillo y honrado y el mejor de los estrategas de todos los generales mexicanos". Difiero de Salm Salm en su apreciación, porque el mejor de todos fue Miramón y los hechos hablan por sí solos, independientemente de la disminución auditiva de Severo del Castillo que lo ponía en desventaja a la hora de hacer la guerra.

El coronel —y días después general— Manuel Ramírez de Arellano disponía de 522 artilleros bien entrenados con cinco baterías de campo y dos de montaña, con un total de 40 piezas. Se aloja el valiente y talentoso artillero por Capuchinas en la casa (hoy Hidalgo 27 y 29) donde se firmaron los Tratados de Guadalupe Hidalgo, en 1848, para poner fin a la guerra que nos costó más de dos millones de kilómetros cuadrados a manos de los pérfidos seguidores de la doctrina Monroe y del Destino Manifiesto.

Por muy diferentes motivos (algunos antiéticos como los de Márquez, otros nobles como los de Mejía), los generales de Maximiliano no estuvieron de acuerdo en seguir en Querétaro al comenzar marzo de 1867, "el peor lugar del mundo para defender, pues desde los cerros que lo rodean se puede alcanzar cualquier casa a tiro de cañón", como lo sostiene Salm Salm. Márquez reconoce por fin que la posición de la recostada ciudad entre promontorios es "anti militar" y recomienda la retirada de todas las tropas a la capital. Tomás Mejía, confiando en su gran popularidad entre la población queretana, aconseja resistir en una posición bien fortificada —como la Sierra Gorda— a la espera de una coyuntura favorable para aniquilar al adversario. Miramón piensa y plantea triunfos tácticos a través de salidas relámpago. Méndez permanece en silencio y

a Maximiliano le ha costado trabajo toda su vida tomar decisiones, así que siendo imposible convenir en alguna estrategia determinada, el ejército imperial sigue esperando inactivo la llegada de Escobedo al mando del ejército del Norte que está en San Miguel de Allende, y el de Ramón Corona y Nicolás Régules, al frente del ejército de Occidente que se encuentra ya en Apaseo; todavía estaban divididos los ejércitos juaristas ese 4 de marzo.

Sin embargo, Miramón consideró que ya no era tiempo de realizar el plan por él propuesto en el sentido de atacar en detalle, dado que los ejércitos republicanos estaban a no más de dos días de marchas forzadas de Querétaro y naturalmente, dado el caso de que se atacara a uno, el otro ocuparía de inmediato la ciudad.

Cómo le pesaba al archiduque que las ciencias pacíficas no pudieran florecer y prosperar al lado de Marte —se quejaba de no tener tiempo ni disposición para hacer sus investigaciones científicas—, y había descubierto en Querétaro una nueva especie de chinches a las que llamó *Cemex domésticus Querétari*, que según él tienen un doble aparato perforante y aspirante y era el asombro de todos los recién llegados.[10] En cartas a sus allegados destacaba el benigno clima queretano y de que gracias a eso habían cesado sus recurrentes fiebres. Por cierto que la copiosa correspondencia de Maximiliano era dictada por él en alemán, y el único de sus más cercanos colaboradores que dominaba ese idioma era el médico Samuel Basch, por lo que le tocó jugar un papel protagónico a la hora del envío de órdenes castrenses o gubernamentales, o la correspondencia íntima del enamoradizo austriaco. El mismo Basch duda de que las cartas por él escritas y firmadas por Maximiliano hayan llegado a su destino en su totalidad. Por otra parte, ante la falta de recursos materiales y dinero, los oficiales fueron puestos a medio sueldo y a la soldadesca sí se le dotó diariamente de sueldo.

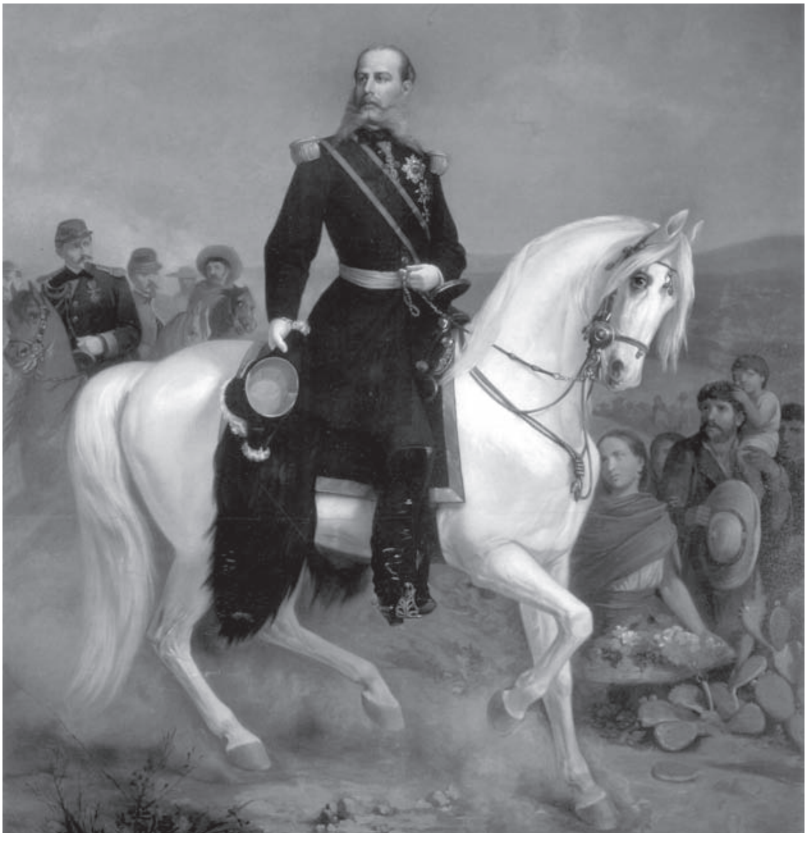
[10] Samuel Basch, *Recuerdos de México*, México, Editorial México Universitario, 3a. ed., 2003, p. 154.



El doctor austriaco Samuel Basch, médico particular de Maximiliano, inspector general de hospitales de Querétaro durante el sitio, México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

A diferencia de su tropa, el archiduque daba en aquellos días pruebas de extraordinaria actividad militar. Asistía regularmente a los consejos de guerra, visitaba los hospitales y cuarteles, platicaba con los soldados, les regalaba pequeños objetos, les preguntaba por su familia y llegó a ser un verdadero ídolo entre el ejército imperialista. Había sabido también ganarse el cariño de los habitantes de la ciudad porque diariamente se paseaba solo, sin acompañamiento de ninguna clase, cariñoso y afable con damas, niños y ancianos. Se le veía sin espada, sin divisas, sin condecoraciones —aun cuando iba uniformado—, con una levita azul y un bastón bajo el brazo. Si salía a caballo llevaba el traje de charro mexicano: sombrero ancho, chaleco y calzoneras ricamente adornadas con botonadura de plata. Muchas veces se mezcló entre la multitud que asistía a revistas y desfiles, conversando con los que tenía al lado, fumando su puro, pidiendo y dando lumbre, como cualquier paisano. Según su médico Basch, su emperador sólo utilizaba en el Casino Español dos piezas: una como dormito-

rio y la otra como gabinete de trabajo donde daba audiencias y recibía visitas. Después de trabajar durante el día, se distraía un poco por la noche jugando el ya mencionado boliche. Su hora acostumbrada de acostarse eran las nueve de la noche y de levantarse las cinco de la mañana, a menos que se lo impidiese un asunto grave.[11]



El emperador Maximiliano a caballo, 1865, Jean-Adolphe Beaucé, Óleo sobre tela, Museo Nacional de Historia-Castillo de Chapultepec, Secretaría de Cultura-INAH.

Cuando el ejército imperialista necesitaba ser movido por una sola mano enérgica y decidida, Maximiliano, por el contrario, siguió con vacilaciones que le imprimían los altos

[11] *Ibidem*, pp. 158-160.

jefes militares que estaban a su lado y que jamás tenían un plan único y preconcebido. La dirección y la estrategia de la campaña estaban pues confiadas a todos los que lo rodeaban y formaban un conjunto de elementos heterogéneos, que da por resultado un invencible antagonismo en los actos administrativos y militares.

Por eso se vio con frecuencia que abortaron todos los planes, y que los golpes de audacia que quería dar Miramón eran santos fracasos por la nula cooperación de los demás generales, por eso también el ejército imperial conservaba una actitud pasiva; y cuando debió atacar y tomar la ofensiva, antes que lo rodearan los ejércitos del Norte, Occidente y Mediodía, es decir, del Centro. Márquez creía —y estaba mal— que el ejército del Norte era superior en número al suyo.

No es cierto que con gusto paguen los queretanos los préstamos forzosos, ni las gabelas que les impone el extranjero como la de uno por ciento del valor de cada finca urbana o rústica.[12] Prisiones, cateos, hambre y viejos y mujeres conducidos a las trincheras para arrancarles el dinero y alimentos, es la secuela que dejó Maximiliano en esta tierra; crueles vejaciones, tortura, infamia, para llenar de oro a sus oficiales que lo gastaban noche a noche en mesas de juego, mientras que la población de la periferia de la ciudad y de las haciendas, estancias y ranchos, vivía en la zozobra total porque se habían multiplicado los gavilleros, sobre todo en el camino a México donde andaba la tal Carambada.

En la ciudad, se organizó un amplio grupo de confiables espías, que podían dar informes de los movimientos imperialistas; eran encabezados por don Bernabé Loyola. Los informes en clave que se enviaran a las afueras serían a través de agentes secretos pero no profesionales, hasta que las condiciones de la guerra lo permitieran.

[12] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 11.

El 5 de marzo hubo movimiento inusitado en Plaza de Armas, parecía que Miramón salía al encuentro de los republicanos y a las cuatro de la tarde hasta hicieron ejercicio de fuego.

Al anochecer de ese día hubo consejo de guerra y decidieron quedarse a fortificar la plaza, utilizaron a voluntarios y numerosos presos, trazaron la línea de trincheras en el Río Blanco y desde la garita de Celaya hasta la hacienda Casa Blanca, quedaron como centro una reserva de soldados en el Cerro de las Campanas y otra en la Alameda, formando un triángulo dicha posición defensiva.

Noche tensa vivió Querétaro en ese día, considerado como histórico, pues toda la periferia estaba cubierta de tropas. Llanto y angustia hubo en los hogares y muchos vecinos pasaron la noche en vela y en oración. Varios sacerdotes estuvieron entre la soldadesca de las orillas confesando a quienes lo deseaban. Como el día siguiente era miércoles de ceniza, se ha pedido a los religiosos que la impartan en las líneas de defensa para recordarles: “polvo eres y en polvo te convertirás”.

Todavía las luces del alba no bañaban la ciudad cuando ya se escuchaban las campanas de los templos llamando a misa de cuatro para que acudieran los fieles al recordatorio de la ceniza. Desde su provisional alojamiento, Maximiliano se desprendía por entre las todavía oscuras calles para dirigirse al Cerro de las Campanas. Iba a caballo, rodeado de su Estado Mayor, sus oficiales de órdenes y de su secretario particular, a quien había ordenado que estuviera siempre a su lado por lo que pueda ocurrir en ese día nada seguro. También ocurrieron a ese punto el resto de tropas, ocasionando pavor en los hogares el ronco rodar de los cañones, los cascos de la caballería chocando contra las piedras y la acompasada marcha de las infanterías por las calles en tinieblas. La ciudad se quedó sin tropas, sólo quedaban guardias de servicio porque el ejército imperial había salido hacia el Cerro de las Campanas.

Comienza a amanecer cuando la comitiva llega a la colina y poco a poco la luz matinal pugna por descubrir entre la neblina el espléndido paisaje en la mañana cuaresmal. En los templos se oraba para que no continuara más la guerra que por años desangraba al país y para que la ciudad no fuera destruida en ese día que iniciaba la cuarentena de sacrificio, oración y penitencia. Huye la bruma y hacia el norte y occidente, entre el brillo del sol, se ve como rara floración el brillo metálico de una extensa línea: ¡son las bayonetas de las armas juaristas que se ven por primera vez en Querétaro, que relucen al sol como heraldo de triunfo![13] Es que, descolgándose de Apaseo casi a la medianoche, los ejércitos del Centro y Occidente, al mando de Corona, han llegado a El Castillo (hoy Castillo Guanajuato, cerca de Huertas La Joya), y las del general Escobedo, que forman el ejército del Norte, llegaron a la hacienda de Alvarado (hoy restaurante Los Laureles situado a nueve kilómetros en la carretera a San Luis Potosí) y se adelantaron hasta la garita de San Pablo, la cual, todo el tiempo anterior a la llegada republicana, había sido sitio inexpugnable de Tomás Mejía y sus indígenas serranos. En dicho lugar campeaba una vegetación raquítica, de sólo unos cuantos mezquites, magueyes, órganos con los brazos al cielo y arbustos.

Al galope recorre Maximiliano la línea imperial desde el Río Blanco hasta Casa Blanca, recibiendo las aclamaciones de sus tropas con toques de clarín, pero nada lo aleja de sus preocupaciones y retorna al hoy cerrillo más glorioso de México en donde encuentra a Miramón, quien insiste en que de inmediato se ataque al enemigo que está a la vista, pero Márquez se opone afirmando que es más conveniente esperar el ataque republicano. "¡Si Usted se cree mucho por haber sido Presidente de la República, yo tengo más antigüedad en el ejército que su Señoría!", alegó el segundo al primero. Contra lo esperado, no se produjo el combate y fue una gran falta —según el dicho de Hans— porque los republicanos se aprovecharían

[13] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Guía histórica…, op. cit.*, pp. 48-50.

de esa indecisión y ésta es la mitad de la derrota en semejantes circunstancias.[14] Por su parte, los republicanos no atacaron con el objeto de esperar más refuerzos que llegaban a marchas forzadas. Contrariado por estas diferencias, Maximiliano se vuelve a la ciudad a las ocho de la mañana para tomar ceniza en catedral y dedicar las horas restantes a resolver emergencias. Inquieto durante el transcurso del día, apenas prueba alimento y tras descansar brevemente regresa al Cerro de las Campanas a las cinco de la tarde en que las luces vesperales dejan ver las bayonetas republicanas que están allí amenazantes. Pasan unas horas y el austriaco toma la decisión de ya no volver a la ciudad, estableciendo de inmediato su cuartel general en ese sitio. Ordena que su médico acuda de inmediato olvidando que le había pedido que llegara al cerro hasta el otro día. Cuando dieron las diez de la noche se dirigió a sus tropas pidiendo respeto para los vencidos en caso de triunfo e informando de la importancia de los próximos acontecimientos.

Allá en la calle de la Verónica, en la mansión de Bernabé Loyola, éste les recomendó a sus colegas agricultores y hacendados que dulcificaran su mal carácter al tratar con las fuerzas beligerantes, a fin de evitar un conflicto personal; que dieran lo que pudieran, sobre todo a los liberales. Muchos no atendieron este consejo y sus haciendas fueron llevadas a la ruina en los próximos meses.[15]

Todo ya es silencio en el cerro ese 6 de marzo de 1867; Maximiliano ordenó que alguna tropa regresara a la ciudad y permite que su secretario particular Blasio durmiera en ella. Bestias y soldados descansaron entre la yerba, cactus, musgo y piedras, siempre en tensión, esperando el alerta de los vigías que trataban de atisbar en la cerrada oscuridad algún movimiento de las tropas que ominosamente están al frente y al lado norte. Maximiliano se dispuso a descansar por unas horas a campo raso, en el suelo, de manera pintoresca, sobre un co-

[14] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 61.
[15] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 175.

bertor y un sarape de Saltillo de colores jaspeados, pues sucesos muy importantes le esperaban al día siguiente. Los oficiales de órdenes, los de campo, los criados y Blasio durmieron alrededor de su jefe sobre esteras de palma y gruesos tapetes llamados cocos. Los días siguientes dormiría el hijo de Austria en una casa de campaña y a su lado instalarían las suyas Miramón y Mejía. Para los delicados señoritos de la ayudantía imperial eran una verdadera tortura las noches pasadas a campo raso, no tanto por el frío invernal ni porque dormían a la luz de las estrellas, sino por el incontable número de sabandijas de tierra y aire que los molestaban desde el anochecer y hasta que salía el sol.[16] Educado en el honor, el austriaco no podía torcer el camino de sus mayores. En lo que conciliaba el sueño se reafirmó en su convicción de que aceptó la corona de México no para satisfacer a Carlota, ni por acceder a la solicitud napoleónica, ni por los ruegos de los llamados emigrados o notables, ni por las malquerencias de su hermano el emperador de Austria; aceptó el trono de Moctezuma por creer verdadero el voto unánime de los mexicanos.[17] Recordó que al tomar el mando del ejército en San Juan del Río el 17 de febrero de 1867, no tenía idea en dónde sería el encuentro con los soldados republicanos. También lo ignoraba el presidente Juárez —ahora instalado en San Luis Potosí—, quien había ordenado a sus generales que continuaran avanzando hacia la Ciudad de México.

En el campamento republicano situado en San Pablo, el general Escobedo comentaba a sus subalternos alrededor de un vivac que "todavía el 17 de febrero el Presidente de la República ignoraba la marcha de Maximiliano a Querétaro. La Ciudad de México, hacia donde se dirigían él, Corona y Porfirio Díaz , era el punto de encuentro que esperaba fuese el final del Imperio; pero al llegar a San Luis Potosí, Juárez tuvo la noticia de que el emperador, al frente de su ejército estaba en Querétaro", y que además, él —Escobedo— "había recibido la

[16] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 338.
[17] José C. Valadés, *op. cit.*, pp. 367-368.

orden de proceder sin consideraciones , incluso con crueldad, contra los partidarios que todavía tenía el emperador, para quitar a todo el mundo el deseo de ponerse de su lado”. [18]

“Si Maximiliano no esquiva el combate retirándose a México pronto será derrotado definitivamente”, escribió Juárez a su yerno Pedro Santacilia, aunque poco tiempo después cambiara de parecer y escribiera que “como Querétaro era una ciudad escasa de recursos y el enemigo no puede salir por víveres fuera, pronto se verá acosado por la miseria, por lo cual tal vez no convenga un asalto en el que necesariamente perderíamos gente, sino esperar que el tiempo solo derrote al enemigo”.[19]

Según el maestro José C. Valadés —siguiendo a Ocaranza—, Juárez, como perfecto político que era, nunca eligió a sus capitanes de la guerra ni a sus colaboradores entre los hombres más capaces y diligentes. Siempre buscó para entregar el mando guerrero o civil a los mediocres. Le disgustaban y les hacía a un lado a quienes consideraba caudillos o futuros caudillos. No ocultaba el querer sobresalir entre la medianía. De aquí su desdén a González Ortega, el desprecio a Porfirio Díaz y el rencor a Ramón Corona quien se sintió herido horriblemente al llegarle a Morelia la noticia de que Escobedo tendría el supremo mando militar. La hoja de servicios de Escobedo era de más bajo nivel que la de Corona, pero además —dice el autor— “era bien conocido por su negligencia y falta de espíritu de soldado. Todo en él era negativo”.[20] Aunque a decir verdad, tampoco Corona tenía participación en batalla formal alguna, sus méritos fueron en la guerra de guerrillas, sin negar que era un excelente político y que tenía idea de cómo organizar y dirigir soldados. Al único republicano que Miramón respetaba por ser egresado del Colegio Militar y su compañero de aulas fue a Sóstenes Rocha, con quien continuó comunicándose en pleno Sitio. “Ese es un ingeniero pinta mapas que ha conocido

[18] *Ibidem*, pp. 372 y 376.
[19] *Ibidem*, p. 376.
[20] *Ibidem*, p. 377.

las cárceles del Imperio y se peina el bigote con esmero, y a cuyo lado la gente muere envuelta en la bandera” —sostenían sus enemigos imperiales.



El general republicano Ramón Corona, Arias, 1867.

Las tropas republicanas tenían un valor combativo muy desigual; en parte estaban mal equipadas, carecían de abundantes municiones, de suerte que a menudo no podían aprovechar bien la capacidad de fuego de sus excelentes fusiles Remington norteamericanos de repetición. Ni napoleones, ni aníbales, ni césares, ni morelos ni simones bolívar había entre ellos. En sus vidas han cosechado más derrotas que triunfos; generales apaleados centenares de veces, no tienen mayor virtud que la persistencia contra los gringos, contra Santa Anna, contra los mochos e invasores galos. Su número era sólo suficiente para guarnecer con una línea muy débil las alturas que rodeaban a la ciudad, sin poder, sin embargo, mantener suficientes reservas detrás de ellas. Apenas algunos aprendieron ayer a ponerse firmes y otros sólo han sido chinacos de guerrilla —que fueron los verdaderos vencedores de los franceses junto con el clima malsano de los trópicos— y que hoy en Querétaro se aburren

de estar viendo de lejos al enemigo. Así, las fuerzas sitiadas tenían la posibilidad de salir todavía.[21]

Era muy comentado entre la chusma y no chusma de queretanos que la ciudad contaba con un sistema de túneles desde su fundación para refugio de ricos, escondite de tesoros y comunicación de casa a casa o de convento a convento durante las guerras fratricidas y contra extranjeros. También existen sistemas hidráulicos desde el siglo XVI que pasan por el subterráneo citadino y en donde cabe perfectamente un hombre parado, hechos a la usanza romana e hispánica, con tubos de barro, acequias, cloacas, alcantarillas, cisternas, ojos de tormenta, etc.[22] En las criptas de Capuchinas, Santiago y Santa Clara todavía se pueden advertir restos de esas comunicaciones subterráneas, tal y como es el caso también del que existe entre el templo de la Merced Vieja y el Antiguo Obispado (casonas señoriales en la hoy esquina de 15 de mayo y Próspero C. Vega, en la cual el túnel atraviesa la calle de acera a acera). A su vez, la famosa cueva del Cerro de las Campanas, nido de enamorados a los que el mismísimo Maximiliano sorprendió infraganti, tenía una longitud de siete metros, es decir, nada de que se comunicaba con el convento de La Cruz atravesando la ciudad. Ningún túnel tuvo esas dimensiones, pero sí hay que dejar constancia de que existieron muchos de ellos con un objetivo claro y concreto: ¡pero nunca la conseja queretanísima de que hay un túnel desde el Cerro de las Campanas hasta La Cruz, y que fue construido del 15 de mayo al 19 de junio de 1867 para salvar a Maximiliano!

[21] Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, p. 152.

[22] Antonio Loyola Vera, en su tesis doctoral sobre los sistemas hidráulicos en Santiago de Querétaro, consigna que, a finales del siglo XVI, la ciudad ya contaba con un complicado sistema de acequias para regar las huertas y mover un molino del que se había dado merced a Diego de Tapia en 1595 (seguramente en el lugar que hoy ocupa el Seminario Diocesano donde antes estaba el Molino Blanco y posteriormente la fábrica de La Purísima).

El día 7 de marzo de 1867 la ciudad ya estaba rodeada, si bien los sitiadores sólo formaban una débil cortina fácil de romper en todas partes.

•

Sitiadores y sitiados

Siguiendo su vieja costumbre, Maximiliano ha dormido sólo hasta la madrugada y de inmediato se levantó para inspeccionar la construcción de trincheras y parapetos en el cerro. Los soldados, desplegando una actividad febril, se dedicaron a limpiar de yerbas y cactus y a aplanar el terreno en la parte más alta de la eminencia, ayudados por vecinos y presos comunes y de guerra. Luego se aprestaron a subir hasta la cima los cañones. Al emperador le preocupaba la distribución de víveres entre los soldados, los cuales a pesar de todo estaban en buen ánimo con su monarca.

El archiduque recibió a su secretario particular con una broma diciéndole: "Vamos a mi gabinete de trabajo" y bajaron hacia donde se encontraba la cueva, en cuyo fondo había un banco de granito y césped.[1] Allí no solamente despacharon la correspondencia diaria sino que además tomaron su almuerzo bien servido consistente en pavo asado, carne fría, huevos, queso, pan y una botella de vino, pero que a Maximiliano no le pareció del todo bueno y se resignó a exclamar: "a la guerre comme a la guerre", sin embargo, el aire campestre —que abre

[1] Afirma Blasio que sólo él, Maximiliano, Basch y Severo, el criado, conocían la cueva.

el apetito— suplió la cantidad y calidad de los alimentos. Habían colocado las servilletas sobre el banco natural de la cueva y se sentaron como pudieron. Terminado el almuerzo, Maximiliano encendió un puro y se recostó a reposar en su sarape, saboreando el gorjeo de los pajarillos en el tranquilo y dulce silencio de aquel bucólico gabinete imperial. Inmediatamente después visitaron el ala derecha del frente, cerca del Río Blanco, ocasionando que hubiera gran barullo que se escuchaba hasta el cuartel general. Como desde la madrugada se esperaba el ataque republicano, la tensión nerviosa había fatigado a todos y el austriaco decidió estar solo y se fue a descansar a la gruta. Cuenta el médico Samuel Basch que el descubrimiento de la cueva fue de Maximiliano, quien la llamó "un descubrimiento maravilloso", la cual se encontraba en el costado septentrional del cerro, es decir, mirando a San Pablo, y estaba oculta entre la altísima nopalera donde revoloteaban graciosos colibríes.[2] Le contó el emperador a su médico que a la hora del almuerzo con su secretario Blasio, se encontró a media gruta a una pareja de enamorados indiferente a los ecos de la guerra, y que asustados con la imperial aparición huyeron a toda prisa.

Hacia el anochecer pudieron advertirse claramente las tropas republicanas por las fogatas encendidas en los cerros de alrededor. Había una gran tensión dentro de la ciudad hasta donde llegaban alarmantes rumores propiciados por los imperialistas en el sentido de que se estaba en peligro porque los juaristas, en número de 30 mil, caerían sobre la población dispuestos a destruir casa por casa y a castigar a los vecinos por traidores y reaccionarios. La alarma fue mayor porque Márquez mandó al prefecto imperial a embargar cuantas mulas de carga encontrase, y que se pusieran a disposición del comandante del tren de equipajes, coronel Francisco Lozano. Por la noche, llegó al cuartel general del Cerro de las Campanas un desertor republicano, que temblando y medio desnudo se echó a los pies de Maximiliano, rogando que se respetara su vida. Se

2 Samuel Basch, *op. cit.*, pp. 164 y 165.

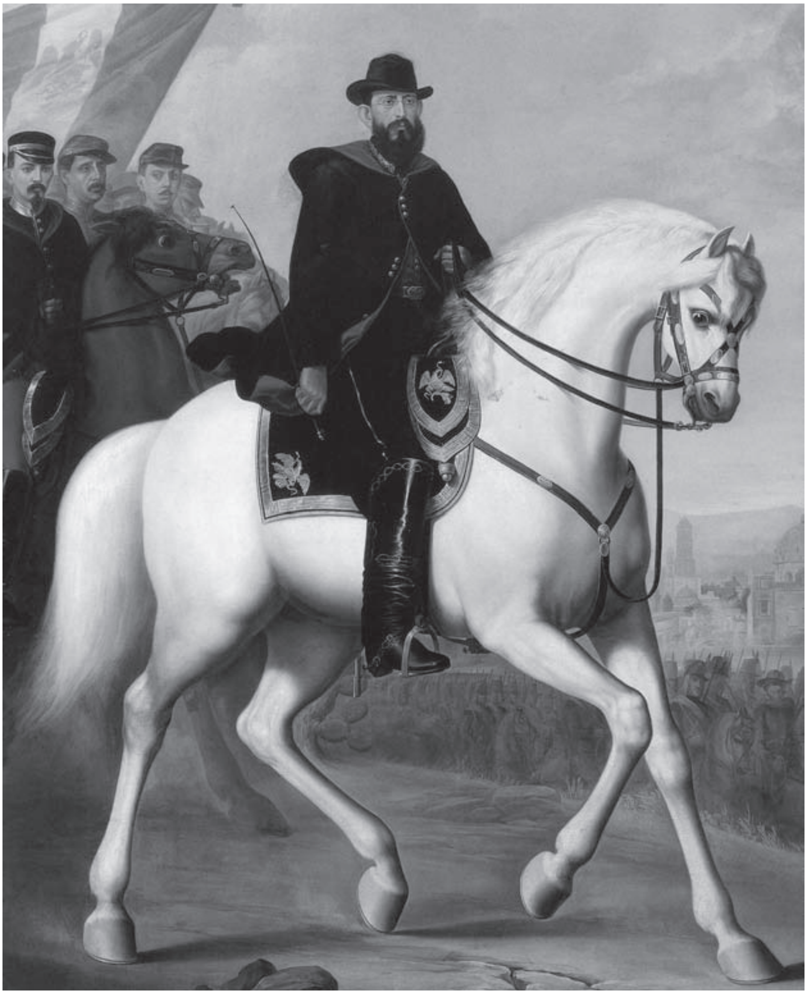
le hizo levantar y se le aseguró que nada le pasaría y que mejor proporcionara información sobre sus ex compañeros, fuerzas y planes al general Márquez. Contó este sujeto que en el campo contrario se daba muy mal trato a la tropa y que la mayor parte de los soldados estaban sirviendo contra su voluntad.

El jueves 7 de marzo se dio a conocer la organización de la fuerza sitiadora que se compuso de la siguiente forma: comandante en jefe general Mariano Escobedo; ejército del Norte (técnicamente era el ejército del Noreste según el general Rubén Darío Somuano)[3] al mando del general Jerónimo Treviño, constaba de tres divisiones de infantería a las órdenes de los generales Sóstenes Rocha, Silvestre Aranda y Francisco Otalora Arce; el ejército de Occidente era comandado por el general Ramón Corona, ayudado en sus divisiones por los generales Manuel Márquez, Félix Vega y Nicolás Régules. Además, Escobedo creó una unidad especial para acciones en caso de emergencia, llamada Legión del Cuartel General, dirigida por el general Amado Guadarrama. El jefe del estado mayor era Jesús Díaz de León y el comandante de artillería el general Francisco Paz. Como puede apreciarse, en lo que son nombres de prestigio castrense la alineación imperialista era más completa que la republicana, la que también contó con militares destacados como los generales Vicente Riva Palacio, Echeagaray, Aureliano Rivera, Ignacio R. Alatorre, Antonio Neri, Juan N. Méndez, Benigno Canto, Antonio Carvajal, Florencio Antillón, Refugio González, Vicente Jiménez e Ignacio Zepeda y los famosos coroneles Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Naranjo, José y Pedro Rincón Gallardo, Miguel Palacios, Ricardo Villanueva, Florentino Mercado, Julio M. Cervantes y Juan de Dios Arias.[4] Sin embargo, lo cierto es que los republicanos habían mejorado notablemente a través de largo tiempo

3 Rubén Darío Somuano López, *Liberación de la patria mexicana en Querétaro*, México, Sedena, 1967, p. 103.

4 Agustín Rivera, *Anales mexicanos: La Reforma y el Segundo Imperio*, México, Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas de 1963, 1963, p. 286.

su capacidad combativa: estaban mandados por jefes valientes hechos y entendidos en el fragor de la guerra, no en la escuela, abundantes pertrechos de todo tipo, excelente artillería, algunos instructores estadounidenses y rifles yanquis de repetición de 16 tiros.[5]



El general Mariano Escobedo, vencedor de Querétaro, Anónimo, Óleo sobre tela, Colección Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, Secretaría de Cultura-INAH.

5 Luis Reed Torres, *op. cit.*, p. 281.

Se dice que Escobedo mandó llamar a reunión a todos los grandes generales que iba a tener a su mando para un intercambio de impresiones, y que ahí les espetó que les reconocía su capacidad y preparación, razón por la cual cualquiera de ellos pudiera ser el jefe de las operaciones a llevarse a cabo en Querétaro, pero que el presidente Juárez lo había designado a él.[6] Esto viene a colación porque nadie tenía duda de que militares de carrera como Ramón Corona y Sóstenes Rocha no bajaban a Escobedo de inculto en el arte de la guerra,[7] aunque valiente. Llama la atención las edades tempranas de los protagonistas del sitio en estudio: Riva Palacio tenía al comenzar éste 32 años de edad, Ramón Corona 29, Mariano Escobedo 41, Miramón 35, Maximiliano 35, Manuel Ramírez de Arellano 36, y los viejitos eran Mejía y Márquez con 47 años ambos. En conclusión, los protagonistas de un bando y otro —en su gran mayoría— eran hombres jóvenes con suficiente experiencia militar, de fecunda iniciativa, con diferencias profundas en sus objetivos de lucha.

El general Corona se instaló en San Juanico y allí recibió a Escobedo para acordar el asedio a la ciudad. Los republicanos maniobraron frente al enemigo al pie del Cerro de las Campanas y detuvieron e interrogaron a toda persona que pretendió salir o entrar de la población. Ya estaban frente a frente las tropas, pero todavía los juaristas sin ocupar posiciones definitivas como para que pudiera considerarse como cercada la ciudad. Sólo se escuchaban los tiros que las avanzadas de ambos ejércitos se lanzaban entre sí.

Ese 8 de marzo Maximiliano visitó el ala izquierda del frente, es decir, la que mira a El Cimatario, en donde, entre otros, se encontraba el Batallón Iturbide, al cual entregó la bandera imperial en impresionante ceremonia, ya que el austriaco llegó vestido de gran gala seguido de Márquez y su estado mayor,

6 Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 112.

7 Sóstenes Rocha, "Apuntes históricos sobre El Sitio de Querétaro", en *El Sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 3a. ed., 1982, p. 7.

así como de Ramón Méndez. Después se dirigió a ver la fortificación del cerro de La Cruz en donde estaban el hospital y los almacenes de artillería. Se recibieron más desertores de las líneas enemigas. Con mucha arbitrariedad se obligó a los habitantes de la ciudad y muchos presos a que llevaran al Cerro de las Campanas la madera que necesitaban para las obras de defensa.

Hay que advertir que en aquellos momentos estaba la prisión del palacio de la prefectura municipal (hoy Palacio de Gobierno) atestada de criminales, porque al retirarse a Querétaro las fuerzas que ocupaban los distritos del interior, aun los más lejanos como Maravatío, San Miguel Allende, Celaya, Huichapan, Cadereyta, San Juan del Río y Jalpan, se habían traído consigo a los reos, los cuales quedaron hacinados en esta tierra por centenares. Pues bien, ésos fueron empleados por el Imperio en trabajos de zapa primero, y después fueron incorporados en los batallones, tanto para aumentar el número de sus tropas como para utilizar en algo a aquellos hombres cuya manutención tanto costaba en esos días de miseria. Estos prisioneros se sumaron con gusto a las tropas sitiadas porque así les sería más fácil fugarse, eludiendo de este modo la pena a que habían sido condenados, incluyendo algunos sentenciados a la pena capital. Concluido el Sitio, muchos presos desaparecieron y más tarde se presentaron en los caminos reales, armados y formados en cuadrillas, para asaltar y robar.[8]



Vista general de Querétaro antes de la captura de Maximiliano, *ca*. 1867, P. Blanchard, Litografía coloreada, Colección Particular.

[8] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…, op. cit.*, pp. 388 y 389.

Nuevamente hay consejo de guerra en el Cerro de las Campanas, el que fue convertido definitivamente en una fortaleza, después de ser un templo de sacrificios indígenas, y los cañones están debidamente emplazados hacia el norte y el poniente, sin la nopalera y pedregal que impedían los movimientos. Maximiliano tuvo también ese día una larga conferencia con el ministro Manuel García Aguirre, mostrándose indignado aquél por la falta de recursos en que lo tenían los ministros radicados en México. La caballería de Corona ya se encontraba en la garita de Celaya (hoy avenida Prolongación Pino Suárez casi esquina con Tecnológico) y por la noche el general Escobedo se descolgó desde San Pablo y ocupó el cerro de San Gregorio y sus laderas que corren hacia el Río Blanco. Advertido de este movimiento, a media noche, se despertó al archiduque para que resolviera lo que hubiera que hacerse ante la posibilidad de que las tropas republicanas atacaran. Se citó a un urgente consejo de guerra, aprobándose verificar un movimiento de conversión consecuente con el movimiento del enemigo, y así, la reserva que había estado en la Alameda se pasó al llano tendido entre la falda del cerro y las últimas casas de la ciudad por el rumbo de Santa Ana. Ahora sí han quedado unidas las tropas republicanas mano con mano. Ya que los generales del Imperio se bloqueaban entre sí, el general Escobedo tomó la iniciativa en la lucha apoyado en su superioridad numérica: cinco contra uno. Su plan era cercar a Querétaro y tomarla por un asalto masivo. El día 8 de marzo se puede decir que iniciaron los combates, cuando las baterías imperiales dispararon sus primeros tres cañonazos contra unos jinetes de Corona que hacían un reconocimiento del terreno. Los juaristas querían tomar también la hacienda de El Jacal pero fueron rechazados por los tiradores de Quiroga. A pesar de ello, trasladaron su flanco pasando por El Pueblito, el camino a Amealco y el lado norte de El Cimatario para llevar dos cañones de largo alcance a la altura dominante de la Cuesta China, operación que lograron completar durante la noche. La chinaca de los estados

(para los republicanos) de México y Morelos llegó a reforzar también.

Escobedo ya era figura familiar entre los rancheros, hacendados y vecinos de los alrededores de Querétaro, con su larga barba negra, sus anteojos colocados sobre una nariz respetable y una fisonomía huesuda como de mercader judío, encerrado en su gabinete. Detestaba a los extranjeros en general y a los franceses en particular. Don Mariano era el mejor apoyo militar de Juárez así como Sebastián Lerdo de Tejada fue el mejor apoyo político. Mariano comenzó su carrera en el Plan de Ayutla contra Santa Anna y dos veces fue prisionero de Mejía en la guerra de Reforma, quien le perdonó la vida en ambas ocasiones.



General Ramón Corona, Bayley & Cramer's, Colección Centro de Estudios de Historia de México Carso.

Ramón Corona, que mandaba a las divisiones de Sinaloa, Jalisco y Colima, gozaba de una reputación de hombre enérgico bien adquirida. Es uno de los mejores jefes del ejército y el que derrotó en más batallas a los franceses. Parecía joven todavía y su semblante es de buen corte y ligeramente bronceado. Enemigo de los yanquis desde la invasión de 1846-1848.

Nicolás Régules era un español de aspecto triste de las provincias vascongadas que sirvió en otro tiempo en las tropas carlistas en España; allí sirvió como sargento y después vino a México una vez que fueron derrotados los seguidores de don Carlos. Odiaba por sobre todas las cosas al imperialista Méndez desde la campaña de Michoacán y no le perdonaba el fusilamiento de los generales Arteaga y Salazar. Era un especialista en la guerra de guerrillas.

Vicente Riva Palacio era un hombre digno bajo todos los conceptos, admirado y querido por sus correligionarios y la ciudadanía en general. Es también poeta, cuentista, escritor político e historiador notable. Se lanzó voluntariamente a la guerra contra la intervención después de la batalla de Puebla del 5 de mayo de 1862 junto con otros jóvenes de buena familia, a su costa y sin buscar nunca —como tantos otros— un medio de hacer fortuna a expensas del país. Su conducta digna y humana durante la guerra y la paz le atrajeron consideraciones especiales de Maximiliano, Aquiles Bazaine y Ramón Méndez.

No sucede lo mismo con Francisco Otalora Vélez, a quien los imperialistas consideran un tránsfuga y cuya conducta merecía ser juzgada severamente. Fue un antiguo amigo de Miramón, al que debió su pronta elevación, pero al ver las tropas francesas partir y con el pretexto de un piano de su propiedad no devuelto por su bienhechor —Miramón—, se disgustó con éste y fue a ofrecer su espada a la República, donde fue aceptado por su fama de valor y su experiencia.

El general artillero Paz era muy instruido en su arma y un adversario terrible bajo el punto de vista científico.

El general Sóstenes Rocha era un antiguo capitán de ingenieros del ejército de Miramón, que se pasó con los rojillos y al que se le dio inmediatamente una posición brillante por su preparación, valentía y disciplina, pero dicen que se comportaba como duro y rencoroso.



H. Iriarte, Sóstenes Rocha, Litografía, 1867, en Juan de Dios Arias, *Reseña Histórica de la Formación y Operaciones del Cuerpo del Ejército del Norte durante la Intervención Francesa, sitio de Querétaro y noticias oficiales sobre la captura de Maximiliano, su proceso íntegro y su muerte*, México, Imprenta de Nabor Chávez, 1867.

Al amanecer se encontraron en el convento de La Cruz el general Ramón Méndez y su jefe de artillería, Alberto Hans, quien informó a su superior de la situación en que se encontraban, según él, los republicanos: "Su organización es de lo más mediana, sus batallones formados de prisa y por consiguiente demasiado débiles y diezmados por la deserción, su caballería sólo impone por su número y algunos escuadrones están bien armados". Para Méndez no eran más que "una bola de insurrectos que tratan de derrocar al gobierno existente y sólo le inspiran un odio mortal y un desprecio profundo. ¡A fuerza de derrotar a los republicanos, les enseñamos a vencernos! Muchos de sus oficiales, jóvenes de aspiraciones sin límites, estudiantes perezosos, médicos sin enfermos, abogados sin causas, todos ambiciosos, se embriagaban con su propio entusiasmo y manifestaban una inteligencia, una audacia y un fanatismo

que ciertamente no equivalían ni a su instrucción militar ni a la fuerza que dan la disciplina, el espíritu de cuerpo o el pundonor, pero que suplían a ellas algunas veces. Tuvieron conciencia de sus progresos y de nuestra degeneración, así que nos atacaron con un aplomo que asombra. Su odio hacia nosotros era mayor aún que el nuestro hacia ellos; se propusieron tratarnos sin cuartel y hacernos pagar el haber traído un monarca y tropas del exterior."[9]

Algunas escaramuzas sin importancia tuvieron lugar, pero el intercambio de balas fue de verdad y hubo un regular saldo de víctimas.

Múltiples son los incidentes que ocurrieron en la ciudad por la requisa de animales de carga que se ordenó, por lo que muchos queretanos trataron de impedir a toda costa que se les arrebataran sus propiedades. Cierto grupo de comunicativos vecinos afectos al Imperio, no sólo ayudaron con lo que tenían, sino que por la vía desleal de la denuncia trataron de que se quitara su patrimonio a los que no habían cumplido con la exacción imperialista.

También los seguidores del Imperio empezaron a fortificar el cerro de El Sangremal y el convento de La Cruz, dado que por los cerros del oriente y del norte, Escobedo avanzaba lenta pero seguramente sobre aquel punto de la ciudad. El 9 de marzo tuvo lugar otro consejo de guerra en el que Márquez y Miramón vuelven a discutir acremente por haberse dejado sitiar sin batir en detalle a los ejércitos republicanos. En el consejo llevado a cabo el día 10 del mismo mes de marzo, Márquez emite una de las opiniones más desconcertantes, que consiste en pedir que Maximiliano no tome la ofensiva en Querétaro —porque nada bueno puede esperarle— y que lo más pertinente era que el emperador retornara a la Ciudad de México, cosa que éste rechazó y apoyó a El Macabeo en la idea de salir al campo y atacar. Después del consejo, Maximiliano salió a visitar las líneas, aun las más avanzadas, y alcanzó a observar

[9] Alberto Hans, *op. cit.*, pp. 75-79.

desde el Cerro de las Campanas la vistosa revista republicana que tenía lugar en los llanos de San Juanico. Todavía tuvo la humorada de decir: "En esa revista no veo más que un acto de justo respeto del enemigo hacia mí, como soberano".

Entre tanto, más allá de estas bromas ilusorias, Escobedo y Corona ordenaron un movimiento envolvente de cambio de posición, que se practicó con un gran rodeo. Dejando la artillería en San Pablo, las fuerzas de Escobedo se retiraron, en apariencia, hacia Santa Rosa Jáuregui, siguieron hacia Montenegro, Chichimequillas, La Griega, e hicieron su reaparición por La Cañada, sin ser advertidos por los imperialistas. Éstos creyeron que era una verdadera retirada y quisieron salir a atacar por la retaguardia a Escobedo, sin artillería, pero temieron que Corona tomase la ciudad desguarnecida. ¡Nuevamente Márquez falla en sus predicciones! Esta fue la causa principal de que la ciudad quedara sitiada según don Bernabé Loyola, sin que lo sospecharan o imaginaran las fuerzas imperialistas, cuya situación comenzó a tomar caracteres muy graves, aun cuando todavía tenían salidas libres por el sur y el poniente.[10]

Los generales imperialistas le aconsejaron al archiduque que no se expusiese inútilmente a un seguro peligro y que desde esa noche volviese a la población. Tomás Mejía le dice en su tosco estilo: "Es menester que se cuide señor; porque si le sucede una desgracia cada uno de nuestros generales ha de querer ser presidente". Maximiliano contesta con mucha afabilidad que "en los momentos de crisis un emperador tímido haría mucho daño" y que su determinación es mantenerse en el cerro de referencia. Ya no dormía a la intemperie el emperador, por fin había aceptado la tienda de campaña de Almonte. Recibe en ese día imágenes de santos que le enviaron de todos los conventos. El coronel Quiroga —al que se presume hijo natural de Vidaurri— salió de la población rumbo a Hércules y obtuvo, a la mala, doscientas reses.

[10] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 176.

Para el día 11 de marzo ya se ven coronados por tropas republicanas todos los cerros que rodean Querétaro, aunque el cerco aún no está consolidado, es decir, todavía en algunos puntos, algún atrevido puede pasar rumbo a El Pueblito, Huimilpan o a la Ciudad de México. Amaneció la población con la alarma de que casi todas sus fuentes estaban vacías, pues unos soldados republicanos, provenientes de la fábrica de La Purísima (hoy seminario diocesano) habían roto el tercero de los arcos del acueducto (de oriente a poniente), y desde La Cruz se veía que caía del arco roto una enorme cascada del vital líquido que se regaba por el llano, y entre tanto trabajaban activamente los pozos y cisternas que en casi todas las casas —sobre todo de pudientes— existían. También la falta del precioso líquido fue mitigada por la existencia de unas setenta artesas públicas y privadas.[11] Hacia las once de la mañana, Ramón Méndez, al mando del regimiento de la Emperatriz y unos Húsares, practicó un reconocimiento por el pedregoso rumbo de San Pablo; en las alturas del cerrillo se encontró con fuerzas republicanas a las que no se atrevió a atacar, sino que se replegó a la ciudad dejando como retaguardia a unos tiradores que lo cubrían. El hijo de Austria había ordenado, por la mañana, que varias columnas salieran a los alrededores de la ciudad para procurarse medios de subsistencia.

Ese día comenzó el amago en contra de la ciudad;[12] la artillería republicana ya se escuchaba y los generales Sóstenes Rocha y Carvajal estaban en acción. Contestaron los imperialistas desde el Cerro de las Campanas tirando cañonazos contra una columna republicana de 100 jinetes. Miramón realizó a las cinco de la tarde una de sus audaces correrías hasta La Cañada para perseguir a Carvajal y cobrarle el robo al templo de La Congregación. Dos muertos republicanos, dos caballos,

[11] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 155.

[12] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 2a. ed., 1973, pp. 54-57.

60 bueyes, 100 cabras, 12 mil tortillas y una gran cantidad de maíz fue el botín logrado.[13]



General Severo del Castillo, Cruces y Campa, Colección Gustavo Amézaga Heiras.

El 12 de marzo se mandó a las tropas imperialistas realizar un reconocimiento por el camino de San Luis, con orden de tomar —si era posible— la garita, los recursos y el templo de San Pablo. El general Severo del Castillo fue el encargado de este ataque con una parte de su división, a la que condujo vigorosamente y logró su objeto: reconoció que el enemigo sí se encontraba en ese sitio como se creía. Los cazadores francomexicanos penetraron el patio de la garita pauliana —edificio muy grande— y desalojaron al enemigo, apoderándose también de la pequeña capilla de indios, gusto que les duró muy poco porque inmediatamente retrocedieron hasta el río con bajas de siete muertos. Un comandante, de apellido Villasana (Villanueva dicen otros), fue gravemente herido y al día siguiente murió, nombrando el emperador en su lugar al

[13] Samuel Basch, *op. cit.*, pp. 168-170.

príncipe de Salm Salm. También resultó herido en un brazo el republicano general Villaseñor. Este movimiento —el primer triunfo imperialista en el Sitio— les hizo creer a los sitiados que el enemigo aceptaba por fin la batalla que se le ofrecía, pero no sucedió así. El pueblo de San Pablo todavía no estaba lo suficientemente artillado, por lo que Escobedo regañó severamente a su comandante. Por cierto que ese batallón de cazadores franco-mexicanos estaba integrado por trescientos hombres, mitad mexicanos y mitad franceses, por lo que Maximiliano mintió en las cartas enviadas a Europa donde decía que su ejército estaba formado exclusivamente por mexicanos en las operaciones de Querétaro, además de que contaba con algunos belgas y austriacos.

A las once de la mañana de ese día, formadas las tropas de Ramón Corona frente al Cerro de las Campanas, son fusilados y colgados frente a los imperialistas algunos espías de éstos que fueron sorprendidos fuera de la ratonera.

Ante los sucesos del día anterior por la tarde —la salida de El Macabeo hacia La Cañada—, el general Ramón Corona, posesionado de la Cuesta China, extendió su línea hasta la garita de La Cañada (hoy avenida de Las Peñas en la colonia Calesa) y situó su cuartel general sobre el cerro de Los Molinos de Carretas (hoy Loma Dorada), cercando Rocha y Régules el oriente y poniente; Escobedo el norte, por lo que solamente faltaba hacerlo de manera férrea y definitiva por el sur. Al darse cuenta de estos movimientos, los imperialistas celebraron un nuevo consejo de guerra alrededor de las siete y media de la noche: existía la obligación de hacer cambios en la defensa de la plaza; las fogatas y grandes luminarias que se advertían en el pueblo de San Pablo, San Gregorio, Patehé, Carretas y la Cuesta China, y que ya escasean por el poniente, indicaban claramente que el Cerro de las Campanas no tenía por qué seguir siendo la atalaya más importante de los sitiados, había perdido mucho de su importancia como centro, así que tomaron el acuerdo de que el cuartel general fuera —a partir de

ese día 12— el convento de La Cruz, más seguro y cubierto, y desde donde se podían dominar las posiciones republicanas situadas al oriente y norte. Consecuentemente a este cambio de frente republicano, se toma también el acuerdo de extender la línea de defensa, menoscabando la del poniente, para extenderla desde San Gregorio, pasando por el río y apoyando su centro en el Puente Grande (hoy Universidad e Invierno) y concluyéndola por el sur a la altura del barrio de San Francisquito, la Alameda y Casa Blanca. La línea de circunvalación medía ocho kilómetros.

El día 13 de marzo —a las diez de la mañana— realizó un recorrido el séquito imperialista desde el Cerro de las Campanas hasta La Cruz, donde se instaló definitivamente el cuartel general y la habitación del rubio príncipe, quien cruzaba las calles meditativo y serio, pues para su alma supersticiosa era un martirio volver a viajar en día 13, como lo hizo el 13 de febrero que salió de la Ciudad de México. Hasta el mediodía duraron las obras para adaptar el recinto crucífero en habitaciones destinadas a los ayudantes personales de Maximiliano y algunos oficiales. Ninguno de los encumbrados generales se digna a vivir en el incómodo recinto. Ellos acuden sólo para los consejos de guerra que tienen lugar antes de cada acción importante. Esta falta de comunicación la atribuye el doctor Ratz a las rivalidades entre los jefes imperialistas y a la necesidad psicológica que tenía Maximiliano de vivir "un buen retiro" que le permitiera trabajar o descansar.[14] No había ningún lujo en ese lugar, pues se trataba de las antiguas celdas de sencillos y humildes monjes, pobres en lo material y riquísimos de espíritu, el que los llevó de Centroamérica hasta la Alta California. El alojamiento del archiduque estaba en el primer piso, en una sencilla celda dividida en dos espacios por una mampara: uno fue la antesala y el otro el dormitorio, que recibía luz sólo a través de una puerta que daba al pasillo descubierto al lado del patio y que estaría amueblado con una cama de latón, un agua-

[14] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 160.

manil, una percha y unas cuantas sillas. Blasio quedó a un lado de su jefe, guardando la maleta llena de condecoraciones imperiales y monedas, así como almacenando en su propia celda los vinos y provisiones para la mesa imperial. Se alojaron una gran cantidad de soldados en dicho lugar, por lo que en las noches era imposible conciliar el sueño entre los continuos "alerta" de los centinelas y el ruido de casquillos y armas al ser relevados.

El convento y la iglesia formaban un cuadrilátero de 140 por 126 metros cuadrados y el primero estaba circundado por una barda de casi tres metros de altura. Desde las alturas del poniente, los republicanos observaron la mudanza imperial y se dieron cuenta de los descuidos en la fortificación del cerro de El Sangremal, que estaba rodeado de abundante nopalera propicia para el avance de tropas juaristas sin ser vistas. El punto más vulnerable era el panteón, situado en el extremo oriental, y por causa de Márquez carecía de defensores. Todos los cercanos al monarca le aconsejaron que se ocupara el cementerio, que se reforzara, que se desembarazara de aquellos tupidísimos nopales, pero La Hiena de Tacubaya no hizo caso. Por cierto, desde este lugar se contemplaba la bandera republicana ondeando en lo más alto de la Cuesta China. En las azoteas del convento estaban colocados los cañones y en el ala sudoeste del edificio se había establecido un hospital de sangre. Aprovechando estas circunstancias, los cañones republicanos se perfilaron hacia La Cruz, soltando a las 6:30 de la tarde una abundante lluvia de proyectiles. Los mochos se vieron imposibilitados para contestar el fuego y sólo les consolaba la fortaleza del convento, cuya tapia por primera vez recibió el bautizo de fuego en este Sitio que en forma definitiva ha comenzado. ¡Solamente en la Cuesta China estaban ocho mil chinacos! Imagínense en los otros puntos, donde se contaron hasta treinta y un mil efectivos en contra de los nueve mil imperialistas encerrados en la levítica Señora del Bajío. Ese mismo día instaló su cuartel general Vicente Riva Palacio en la hacienda de Carretas, donde unas

horas antes Miramón anduvo con su tropa reconstruyendo la parte del acueducto destruida por los republicanos de Ramón Corona. Difícil era que El Macabeo, con una comitiva vistosa, pudiese resolver el problema sin que los juaristas se dieran cuenta.

Mientras tanto, en un templo citadino, un hombre de mediana edad, de nombre Bruno María Reynoso,[15] pianista y profesor de piano, se prepara espiritualmente para emprender una misión que puede costarle la vida misma: ¡Debe salir de la huerta de La Cruz, a gatas, por todo lo alto del acueducto hasta llegar al cerro de Carretas y arreglar el daño hecho por los republicanos en la acequia que corre por lo alto de los arcos! En gran problema estaba metido nuestro personaje, ya que debía colocar pencas de maguey sobre el arco averiado para que pudiera pasar algo de agua a la ciudad; y todo esto sin ser sentido por los republicanos, y además no dejar huella de su trabajo, porque si los chinacos descubrían su artilugio seguramente reforzarían la vigilancia sobre el acueducto. Así que en los próximos sesenta y tantos días de sitio, el joven Bruno María Reynoso tuvo que atravesar a las dos de la madrugada la cañería, colocar las pencas de maguey, dejarlas allí hasta las cuatro, y luego retornar entre las sombras y a paso de gato por la formidable arquería construida entre 1726 y 1735.

Allá en La Cruz, ante la inminencia de un ataque más vigoroso por parte de los juaristas, Maximiliano firma dos documentos: uno, en el que renuncia a su trono mexicano desde el momento en que caiga preso y sin esperanza de rescate, y otro, en el que dispone que a su muerte por causa de guerra o enfermedad, sus archivos europeos y mexicano queden en propiedad de su esposa Carlota. En el campo republicano se proyecta para el día siguiente el primer asalto masivo.

15 María Gloria Reyna Ochoa Ruiz, *Miguel Ruiz Moncada y el cine*, México, Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, 2012, pp. 3-10.



Carlota, Anónimo, siglo XIX, Óleo sobre tela, Colección particular.

En el campo imperialista seguía el mal ambiente: Méndez, envidiaba los éxitos, simpatía personal, la cortesía, generosidad y hábitos de hombre civilizado de Miramón. Éste veía a Méndez como un michoacano dotado de instintos salvajes y crueles. Mejía se sentía incómodo porque él no era un político sino un militar generoso, retraído y leal, que aunque se diera cuenta de los problemas que aquejaban al mando del ejército, carecía de la habilidad necesaria para ser un factor decisivo en los consejos de guerra. Ramírez de Arellano, en cambio, era por completo adicto a Miramón, y hacía todo lo posible para oponerse a las maniobras de Márquez y Méndez, con lo que la división sería mayor. ¡No auguraba el conjunto ningún éxito![16]

[16] Luis Islas García, *Miramón, caballero del infortunio*, México, Editorial Jus, 2a. ed., 1989, pp. 255-257.

Cabe mencionar que todos los barrios y pueblos situados en y después de la Otra Banda estuvieron siempre, durante el Sitio, en poder de los juaristas, los que esa noche desplazaron con muchos trabajos —por lo accidentado del terreno y falta de caminos— sus baterías hacia los cuatro puntos cardinales.

La batalla del 14 de marzo y sus efectos

Atónitos, estremecidos, temerosos y medrosos se encuentran los vecinos de la ciudad, que asisten por primera vez en su historia a una acción de armas verdaderamente terrible, ya que en las luchas de Independencia y de la Reforma las batallas tuvieron verificativo muy en las afueras de la capital queretana. En todos los frentes se combate, iniciándose los diversos ataques republicanos desde las cuatro de la mañana y concluyendo hasta bien entrada la noche. Ordena Escobedo que sus tropas realicen un ataque falso sobre La Cruz, que se puede convertir en real y que defiende Méndez con su brigada de reserva. Convento, cementerio, capilla y huerta de La Cruz están vulnerables por necedad de Márquez, que sólo cuentan con cuarenta austriacos al mando del capitán Linger de la guardia municipal. Así las cosas, las fuerzas al mando de Sóstenes Rocha —que habían bajado de la Cuesta China y ocupado la garita de México y la hacienda de Callejas desde las siete de la mañana— cargan sobre el ala derecha del recinto crucífero, con el encargo de no descuidar la salida de la ciudad y tener en observación a la caballería imperialista de Mejía que se tiende desde la Alameda hasta Casa Blanca. El republicano general Canto carga sobre el centro de la fortaleza de La Cruz.

Los imperialistas contestan el fuego a Rocha desde La Cruz y la Alameda y el duelo es tremendo, pero se reponen pronto los republicanos, toman la iglesia de San Francisquito, y desde ese lugar hacen fuego sobre La Cruz. Los republicanos dan muerte a Linger y se apoderan del cementerio, capilla del mismo y parte de la huerta de La Cruz, la cual estaba comunicada con el resto de la ciudad a través de trincheras cavadas en las últimas horas.[1]

También hay otro ataque real de los chinacos sobre San Gregorio para tomar esa posición que se hallaba descuidada y mal defendida por el imperialista Severo del Castillo —quien apenas la empezó a custodiar la noche anterior—, la cual conquistan y echan fuera de ella a los afectos al Imperio. Por todo lo largo del Río Blanco —de insignificante anchura y vadeable por todas partes— también se combate; de las alturas de San Pablo y de San Gregorio bajan tropas juaristas en número de 12 mil que asedian de continuo el flanco poniente de los defensores. En el Puente Grande hace nutrido fuego un cañón rayado causando estragos a los sitiados, pero un contraataque vigoroso de Salm Salm hace replegar a los republicanos, dejando en manos de los imperialistas el cañón Parrot de ocho libras que mucho daño estaba haciendo, pero apoderándose aquéllos del mesón de la Otra Banda y del Puente Colorado que une a la ciudad con el barrio de San Sebastián. A pesar de la superioridad numérica de los sitiadores, los sitiados lograron salir de sus trincheras y perseguir a sus enemigos, apoderarse de un cañón y hacerles trescientos prisioneros a los que matan inmediatamente queriendo vengar a los ajusticiados de San Jacinto.[2] Uno de los prisioneros se salvó al alegar que era imperialista, pero fue llevado a la fuerza al bando contrario, y que lo probaría llevando la pieza de artillería secuestrada, cosa que así sucedió. Salm Salm pide refuerzos pero Miguel López, otros oficiales y Márquez se los niegan, cosa que les echaría

1 *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 22.
2 Konrad Ratz, *op. cit.*, pp. 165-167.

en cara en sus cotidianas bravatas en los cafetines queretanos. Mientras tanto, Severo del Castillo recibe orden de replegarse hacia La Cruz que corría grave peligro de caer definitivamente, cuyo cementerio sólo era defendido por 15 austriacos en ese momento, al mando del capitán Swoboda. Protegidos por los nopales —que no habían sido cortados por la indolencia de Márquez—, las piedras gigantes, tumbas y árboles, los republicanos logran escalar el muro del panteón y plantar la bandera roja chinaca sobre la capilla del mismo.[3]

Fuertemente se presiona también en el suroeste de la ciudad, concretamente en las haciendas de Casa Blanca y El Jacal, por el ataque de "diversión" o distractor de nueve mil hombres de Ramón Corona quien quiere provocar al general Jamás Temió a una salida que deje desguarnecida la Casa Blanca y ocuparla, cuartel general del serrano, situación que salva Mejía con su caballería que persigue a la republicana hasta la guanajuatense población de Estancia de las Vacas, haciéndole sesenta prisioneros y el doble de muertos y heridos. Maximiliano se presentó a este importantísimo acto de su tragicomedia como lo que era: un primerísimo actor vestido de gran gala de general de división y tocado con sombrero charro blanco de ala ancha, bordado en oro y plata. Acude primero a La Cruz y luego a la plazuela del lugar acompañado de Márquez, Basch y Méndez, a donde acude Miramón para pedirle instrucciones y que se le dé carta blanca. Así, éste se deshace dando órdenes, en ir de un lugar a otro, en levantar el entusiasmo donde se presenta y aun en desobedecer a la superioridad cuando obliga a Castillo a no replegarse a La Cruz sino que lo apoye para neutralizar el ataque enemigo sobre el Río Blanco. El oficial austriaco barón de Fürtenwarther, armado de un magnífico anteojo, participa al emperador de lo que observa en los diferentes frentes de batalla desde el campanario de La Cruz, cuyas campanas sonaban cuando los proyectiles enemigos chocaban contra su bronce. El sitio en el que se encuentra Maximiliano no tiene

[3] *Ibidem*, pp. 168 y 169.

nada de seguro expuesto como está a una lluvia constante de balas y granadas, una de las cuales reventó a seis u ocho pasos de distancia del príncipe, quien, a pesar de que sus ayudantes se tiraron al piso a la hora de la explosión, continuó de pie.[4]

Cuando la tarde estaba encima, en La Cruz los republicanos habían ganado posiciones considerables y era tanta la desesperación entre los defensores de la azotea del convento que arrojaban piedras arrancadas de los pretiles. El teniente imperialista Juan de Dios Rodríguez intenta una salida por una horadación —en la que podían pasar de uno en uno solamente — hecha entre el convento y huerta citados, y carga contra los juaristas apoyado por una pieza de artillería que estaba en poder de éstos. En la acción resulta mortalmente herido Juan de Dios y el general Méndez ordena retirada. Márquez personalmente inicia el contraataque —por sentirse culpable y para demostrar su superioridad militar a Méndez— y logra recuperar a las seis de la tarde el cementerio y la huerta de La Cruz, cuya ocupación pudo haber hecho caer el convento y con ello terminar el sitio a favor del bando liberal. En estos hechos destaca el coronel Joaquín Rodríguez por su temeridad, a grado tal que Maximiliano le llama la atención para que no se exponga, ya que un ayudante de Márquez salió con las ropas quemadas y torcido el sable delante de aquél. También a Méndez le mandó decir con su ayudante Ormaechea que le prohibía exponerse. Protegidos por la metralla de Hans actuaron los imperialistas para echar fuera a los republicanos que ya habían hecho otro agujero sobre la pared del convento, hasta que Manuel Ramírez de Arellano los aleja con granadas y personalmente les dirige algunos tiros de metralla. Los juaristas abandonan el reducto de La Cruz y las humildes casas anexas que, como cosa curiosa, permitían a éstos acercarse fácilmente al antiguo convento sin ser vistos. Todo un destacamento republicano cae prisionero al ser sorprendido en una casa del rumbo de El Sangremal que se incendiaba y de la cual no pudieron salir.

[4] Samuel Basch, *op. cit.*, pp. 174-175.

Una nueva carga de caballería juarista al mando del general Treviño se desprende desde El Cimatario y nuevamente es rechazada, ahora por Quiroga y sus tiradores y por Mejía, que es ayudado por los cañones de Miramón dirigidos desde la Alameda hacia el sur, desbaratando a la caballería enemiga. Ante tal suceso, Rocha se retira de San Francisquito por la carga de infantería y artillería que le propina su amigo y condiscípulo Miramón, y por el valle de Carretas llega a su posición original en la Cuesta China, según se le ordenó al no poder sostener el barrio de "los brujos", como era llamado ese antiguo núcleo indígena fundado al mismo tiempo que la ciudad en el primer tercio del siglo XVI. Desde que El Macabeo tomó la iglesia de San Francisquito, ubicada al sur de La Cruz, su campanario sirvió de atalaya o puesto de observación al mismísimo Maximiliano cuando éste decide no hacerlo desde la torre de La Cruz o de San Francisco.

Concluidos estos movimientos, Maximiliano y sus acompañantes recorren la línea del río a caballo al trote, bajo una lluvia de fuego que les arrojan los republicanos situados en las colinas del norte: Santa Catarina, San Gregorio y San Pablo. La comitiva imperial llega al Cerro de las Campanas, pasa al galope por la hacienda de Casa Blanca y luego retorna a la ciudad, en medio de la fusilería enemiga a la que acompañaban toques de clarín y gritos de entusiasmo juarista. A las cinco de la tarde había cesado el combate en las dos líneas, señal de que la chinaca se había retirado ordenadamente y únicamente en el Puente Grande continuaba la pelea.

Por la noche, todo quedó prácticamente en el estado en que se encontraba, salvo que los chinacos han ganado San Gregorio,[5] con lo que se estrechó más el círculo en torno a Querétaro, pero quedando menos guarnecido el sur porque no han llegado los refuerzos pedidos a Porfirio Díaz para

[5] Asegura Sóstenes Rocha en sus "Apuntes históricos…" que lo único importante de la ocupación del cerro y capilla de San Gregorio era para apoyar la línea de circunvalación del norte, fuera de lo cual carecía de importancia estratégica y no tenía ninguna táctica y llama incompetente al general Canto.

cerrar totalmente el círculo de hierro. ¡Todavía era posible que algunos arriesgados cruzaran por El Cimatario para salir o entrar a la "triste ciudad", como dos de los cinco correos enviados por Salm con mensajes escondidos en velas de cera![6] Desde la azotea de su casa, don Bernabé Loyola ha seguido las peripecias de estos ataques que han puesto un crespón de luto a la ciudad. De una y otra parte son muchos los heridos y muertos que tienen que atenderse y llorarse, así que en toda la noche se escuchan lamentos en la gran ciudad y sus alrededores. ¡Nunca había tenido en ella un hecho de armas como este que se acaba de presenciar!

Todos los hospitales militares están repletos: el de San Francisco y el de La Cruz por los imperialistas; y el de la hacienda de Alvarado y la fábrica de La Purísima por los republicanos. Los médicos de uno y otro bando son insuficientes para atender heridos de gravedad. Escobedo ordenó que sus heridos fueran trasladados en los carros hipomóviles de sus trenes.

Hasta muy entrada la noche aciertan a salir los queretanos a las calles en busca de alimentos, pues durante todo el día han permanecido cerrados los comercios, los mercados y los centros de trabajo, y sólo algún templo ha abierto sus puertas pues la mayoría de los sacerdotes han salido para atender moribundos en los frentes de batalla. Inmediatamente se dispusieron misas de difuntos para el día de mañana y el entierro en los diversos camposantos disponibles de los muchos muertos en esta primera acción importante de armas. A pesar de que la oscuridad cubría el horizonte, continuó el asedio —aunque esporádico— de los sitiadores sobre La Cruz, pues las luminarias de los sitiados que por descuido no se apagaron, señalaban el blanco perfecto para la artillería republicana situada en el cerro de Patehé.[7]

[6] Pedro Pruneda, *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867*, México, FCE, 1996, pp. 214-234.

[7] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, pp. 59-61.

Muchos chinacos han caído prisioneros —750 según cuenta Basch a partir de un boletín de noticias publicado el 12 de abril de 1867—[8] y han sido introducidos a la plaza desde las dos de la tarde, quienes son visitados e interrogados por Maximiliano, los cuales le dan a éste varias lecciones de patriotismo que encolerizan a los radicales mochos de Márquez y Méndez, seres de oscuridad que jamás conocieron la tolerancia ni entendieron que existen personas que tienen derecho a pensar diferente. Entre los aprehendidos se encuentra un norteamericano, empujado bruscamente por la soldadesca y dueño de una tranquilidad y dignidad envidiables, herido en el cuello y que sangraba abundantemente —a quien despojaron de un rifle de repetición marca Winchester— al que Maximiliano le inquiere el por qué se batía en su contra, a lo que el sajón contestó: "porque soy republicano"[9] y para defender la independencia de este país. El archiduque se lo encargó a Méndez, pidiéndole que el gringo estuviera incomunicado respecto de los imperialistas que lo querían linchar, pero que se le diera lo que necesitara en su triste situación. Durante este diálogo, el norteamericano nunca se quitó el sombrero, sea porque no sabía o había olvidado las reglas de urbanidad o por hacer ostentación de su carácter republicano, por lo que el colérico Méndez se lo quitó de un manotazo haciéndole ver a gritos su desatención.

Sóstenes Rocha se retiró de San Francisquito porque se lo ordenó Ramón Corona con un cañonazo previamente pactado desde el cerro de Los Molinos y no porque Miramón lo haya inquietado, "sin embargo reconozco que los imperialistas se batieron con denuedo, aunque los nuestros probaron a Maximiliano que saben combatir con brillo y que son más que una banda de malhechores".[10] Por el lado contrario, Miramón ocupó prácticamente el primer puesto, el que las intrigas y los prejuicios habían dejado en otras manos. Pero como es natural,

[8] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 178.
[9] *Ibidem*, p. 175.
[10] Sóstenes Rocha, *op. cit.*, p. 12.

su éxito provocará envidias y oposición intrigante entre los generales cercanos al archiduque.

Esa noche del 14 de marzo de 1867, muchos oficiales imperialistas se reunieron en el hotel del Águila Roja a beber y platicar lo acontecido, y antes de brindar por los más populares generales —que eran Miramón y Méndez— manifestaron su admiración por la organización de los republicanos, que habían dejado de ser a partir de aquella batalla una simple chusma. Para no variar, en la crónica de Alberto Hans, dice éste que se presentaron —una vez más— algunos desertores del campo enemigo, los cuales excusaban su acción argumentando que eran antiguos imperialistas cogidos a la fuerza por el enemigo el cual los tuvo en la miseria y maltratados física y moralmente. Piensa Hans que "no debe uno fiarse mucho de la declaración de esos individuos que exageran siempre el mal lado de la situación del enemigo para hacerse interesantes o para excusar su conducta".[11]

La batalla la perdió el Imperio a pesar de la parada de honor que con todo el aparato militar se hizo a Maximiliano y de los repiques y salvas con que las autoridades locales celebraron el pretendido triunfo. Los sitiados alegan que el enemigo no ha logrado ocupar la ciudad y esto les basta para cantar victoria y el Himno Nacional, como si hubieran roto el sitio. ¡Imagínense a Maximiliano y Miramón abrazados en la plazuela de La Cruz anunciando su victoria y la salvación de su Imperio!

Algunos liberales, que sufren un inmenso despecho al ver el júbilo de los monarquistas tocando dianas y otras músicas militares, sostienen que el Ejército Republicano sólo había querido hacer un reconocimiento, pero nada de esto es cierto. La batalla del jueves 14 de marzo fue sangrienta y terrible, y durante las siete u ocho horas de álgido combate el ruido de la fusilería y artillería llegó a ser espantoso. Un sol seco y ardiente no bastaba para disipar la capa de humo y pólvora que cubría

[11] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 96.

a la ciudad por el norte y el oriente. El espacio estaba cruzado incesantemente por toda clase de proyectiles.

La ciudad estaba desierta y su población sumida en la más espantosa ansiedad, porque ninguno de los habitantes podía salir a satisfacer sus necesidades de noticias, comercio o laborales en virtud de que las balas de rifle y de cañón, además de las granadas, llovían por doquier. ¡Ni siquiera subir a sus azoteas o asomar por sus ventanas! Pero tal vez, Escobedo ni pensó ocupar la ciudad ni intentó un reconocimiento, sólo movió sus tropas para tomar su primera línea de sitio y tener en jaque al enemigo, de tal suerte que éste no pudiera fugarse, y aguardar la llegada de las demás tropas que deben cerrar el anillo de circunvalación enorme (ocho kilómetros).

¡Estremecedor es el balance de lo ocurrido en combate: se reportaban pérdidas para los republicanos consistentes en mil hombres muertos y cuatrocientos heridos; entre ambos tipos de bajas se contaron a ocho jefes y treinta oficiales, entre ellos el valiente coronel Francisco Nieto! Al decir de Sóstenes Rocha, sólo reconocían 700 hombres fuera de combate por el lado juarista,[12] sin distinguir entre muertos y heridos. Los imperialistas sólo reportaron 418 occisos. Basch comenta que si no se sacó mejor provecho en ese día fue por culpa de Márquez, al que llama "malísimo general", que debería haber sufrido el castigo de sus errores.[13]

Sin embargo, a pesar de la terrible carnicería humana, hay entusiasmo tanto en las filas sitiadoras como en las sitiadas porque ya se han medido y saben a qué atenerse para los sucesivos hechos de armas que decidirán la suerte en esta contienda. Los sitiados hacen ver a Escobedo que su defensa es dirigida por un equipo que conoce su oficio, pero también saben los imperialistas que no tienen probabilidades de un éxito definitivo si no reciben a tiempo refuerzos de la capital. Escobedo no tenía prisa como ellos, los imperialistas.

[12] *Ibidem*, p. 12.
[13] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 182.

Querétaro tenía en aquella fecha un perímetro de 10 kilómetros y, en consecuencia, establecer el sitio con 18 mil hombres permitiría una densidad muy débil. La táctica republicana empleada señaló un dispositivo de tres líneas sucesivas, denominándose Cadena, Sostén y Reserva. En las dos primeras se dejaba un intervalo de dos metros o poco más entre cada dos hombres, según la configuración del terreno, y una distancia de 50 a 100 metros entre las dos filas. La tercera estaba formada por columnas de sección por dos o por cuatro en fondo. Este tercer escalón se mantenía a una distancia de 100 o 150 metros de la segunda línea para disponer de terreno suficiente en donde poderse desplegar igualmente en una fila al intervenir en combate.[14] El armamento de la infantería era tan sólo el fusil individual, a veces con bayoneta, que permitía una velocidad de tiro muy lenta. La caballería estaba armada con sable para el combate a caballo, y se le proporcionaban fusiles cuando el mando militar tenía que emplearla en el combate a pie, aun cuando algunas unidades republicanas estaban dotadas del rifle de repetición que ya hemos mencionado. Únicamente la artillería era el arma de acción colectiva y disponía de proyectiles denominados de *metralla* y de *fragmentación* contra personas, y *macizos* contra atrincheramientos y edificaciones.

Envía un lacónico mensaje al presidente Juárez con un propio a caballo, escoltado por un pelotón de caballería. Con su serenidad habitual, el presidente zapoteca dispuso que los gobernadores de Jalisco, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas remitieran a los sitiadores víveres, municiones, medicinas, médicos y enfermeros con el objeto de atender a los heridos, intensificando también el reclutamiento de hombres para cubrir las vacantes producidas por las bajas. Exigencias en papel, en río de carencias. También se quejaba Escobedo de los celos regionales de los gobernadores de los estados en poder de la República, los cuales si llegaban a enviar recursos para la causa los hacían llegar exclusivamente para las tropas oriundas de sus

[14] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 127.

demarcaciones y a los demás que se los llevara pies de cabra. Es patético pasar revista y observar los uniformes azules y grises remendados, los calzones y cueras blancos de los sureños y los capotes verdes de los sonorenses rotos. Muchos soldados republicanos desertaron desde el inicio del Sitio, no para irse al lado opositor, sino que al quedarles cerca sus respectivos lugares de origen, se fueron a ver a su familia y a comer viandas caseras o simplemente a descansar. Esto se explica porque la mayoría de los chinacos estaban acostumbrados a combatir en partidas clandestinas sin la formalidad y disciplina de un ejército regular, obligados a depender en su comida o rancho y en su paga de una intendencia de avituallamiento que casi siempre fallaba. Escaseaban hasta las tiendas de campaña y petates precisamente en esa adelantada época de lluvias.

Decidió igualmente el mando republicano que se reconstruyera la línea telegráfica directa desde el cuartel general de Escobedo hasta el Palacio Nacional ubicado en San Luis Potosí, ya que la enorme importancia de los acontecimientos requería contacto permanente. Esta línea telegráfica que iba de San Luis Potosí a San Juan del Río, pasando por Querétaro, ya existía desde que se instaló el Imperio. Fue tendida por el austriaco Julio Ulitzny, oficial del cuerpo mexicano de voluntarios austriacos y director de telégrafos con Maximiliano.[15]

No fue posible intentar de inmediato un nuevo ataque, porque la existencia de municiones era insuficiente, y consumirlas sin tener la seguridad de vencer al enemigo en pocas horas de combate, podría obligar al retiro del ejército de la República en su mejor oportunidad para derrotar en definitiva a los retrógrados.

El día viernes 15 de marzo, el general Escobedo visitó el hospital de la hacienda de Alvarado felicitando a cada uno de los heridos por su brillante comportamiento, vertiendo palabras de aliento a todos —al día siguiente lo haría con los de La Purísima y los de la fábrica de Hércules.

[15] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 242.

Mientras los deudos lloraban a sus muertos y los galenos hacían milagros con los heridos, Maximiliano, en compañía de Márquez y Méndez, condecoró en la plazuela de La Cruz la bandera del Tercero de Línea y la del Batallón del Emperador imponiéndoles la Cruz del Águila Mexicana y efectuó una reunión con sus generales principales, poniendo de manifiesto que el ejército enemigo lo habían impresionado a él y a Ramón Méndez por haber demostrado absoluto dominio del mando en la conducción de grandes unidades y magnífica instrucción en sus tropas. Así como antes fueron expertos guerrilleros, ahora estaban convertidos en buenos soldados de línea, sabiendo emplear hábilmente el fuego y el movimiento en operaciones clásicas de guerra regular. Además se reclamaron los imperialistas lo que hicieron o dejaron de hacer, culpándose mutuamente de la difícil situación en que se encontraban. Finalmente resolvieron preparar un poderoso ataque para desalojar a los republicanos de las alturas de San Gregorio y San Pablo, que representaban el mayor peligro para la defensa de la plaza por su preeminencia táctica. Este ataque debía lanzarse al amanecer del día 18 del mismo mes, retirando durante la noche el efectivo que defendía el frente del convento de La Cruz, en donde solamente permanecerían las unidades de las líneas de seguridad, apoyadas por dos baterías de artillería. Era tanta la importancia estratégica de la loma de San Gregorio que un soldado liberal anónimo escribió lo siguiente: "Es el punto militar más importante de la plaza de Querétaro, forma un arco de más de noventa grados que comprende parte de la población y la domina a toda ella: si desde este punto se hubiera bombardeado, no habría resistido [Querétaro] dos días; pero esto no se ha hecho no sé si por Filantropía [*sic*] o por falta de bombarderos…".[16]

También Maximiliano se presentó en los hospitales —hasta El Casino Español fue improvisado como tal— para ver a los

[16] Ramón del Llano Ibáñez, "Carta de soldado liberal", en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano…*, *op. cit.*, pp. 150-155.

heridos, muchos de los cuales presentaban lesiones de gravedad y tremendas mutilaciones que les originaban insoportables dolores y sin que fuera posible proporcionarles ni siquiera una mediana atención, porque se carecía igualmente de personal facultativo y especializado, así como de medicinas, material sanitario y muchos otros elementos, confiándose principalmente en la resistencia física de los individuos para que al reaccionar sus propias defensas orgánicas consiguieran su alivio.[17] Tiene Maximiliano un rasgo de humana consideración al visitar a su coronel Juan de Dios Rodríguez que está moribundo, pálido y tendido en un camastro con colchón de paja; sabiendo que su subalterno está próximo a morir, allí mismo le impone la condecoración respectiva y la promesa de hacerlo coronel. Todavía el enfermo pudo decir a su soberano que se consideraba dichoso muriendo por él y estrecharle la mano. A éste se le llenaron los ojos de lágrimas. Juan de Dios sobrevivió y algunas semanas después estaba al frente de su batallón. En el cuarto de al lado sufría el capitán primero Antonio Salgado de una herida de cañón en un pie, lo mismo que un alemán con la cara desfigurada y un lancero con las entrañas expuestas por un lanzazo. En las largas salas hospitalarias de La Cruz se atendían por igual heridos de uno y otro bando. En una casita del barrio de Patehé[18] se encontró en estado de descomposición lanzando fétidos olores el cuerpo del capitán imperialista Domínguez.

A pesar de la escasez de municiones, se hacía necesario sostener la presión de los sitiadores sobre el enemigo, tanto para hostilizar los trabajos defensivos que éste realizaba sin interrupción en todos los frentes, como para conservar la iniciativa, por lo que la artillería republicana hacía tiros intermitentes —pero sistemáticos— de día y de noche, y la fusilería del primer cuerpo de ejército que tenía bajo el alcance de sus fusiles a las

[17] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 140.

[18] Al conjunto de viviendas ubicadas al sur del convento de La Cruz, como las hoy ubicadas en avenida Independencia y colonias La Pastora, Jardines de Querétaro, Patehé, San Isidro y San Javier, se les conocía en 1867 como barrio de Patehé. Patehé o Pathé al parecer significa *cantera*.

líneas contrarias, también efectuaba su fuego de igual forma, cruzándose incluso insultos de viva voz que eran escuchados perfectamente por uno y otro bando, ya que la distancia que los separaba era de unos 30 metros.

La población trata de volver a la situación normal, tanto más cuanto ya se siente la falta de víveres, sobre todo entre el bajo pueblo. Muchos curiosos han acudido al Puente Grande —pese a la prohibición de la prefectura— atraídos porque allí el día 14 de marzo se vertió tanta sangre, fresca aún en sus orillas, que el agua se tiñó de rojo. Miramón que está siempre nervioso deseando acción, logra que se le autorice un asalto a la línea norte, el que con todo cuidado prepara antes de irse a descansar. Sin embargo de lo anterior, Maximiliano le comenta esa noche a su médico de cabecera que esté listo, puesto que mañana entre las dos o tres de la madrugada es posible que salgan. ¡Continúa el doble juego del enfermizo y dubitativo austriaco desde su llegada a Querétaro!

Un ingeniero militar fue el encargado por Escobedo de tender la línea de telégrafos que comunicaría a éste con el licenciado Juárez en la capital potosina. Al ejército de Querétaro le correspondería la construcción solamente en el tramo que va desde Hércules hasta San José de Iturbide, y los gobiernos juaristas de Guanajuato y San Luis Potosí la concluirían. Para ejecutar semejante obra, el ejército sitiador enroló hombres entre los pueblos de San Pablo, Santa Rosa Jáuregui, La Cañada, San Miguel Carrillo (hoy Carrillo Puerto), San Antonio de la Punta, Santa María Magdalena, Hércules y las haciendas de San Juanico, San José de los Álamos, Carretas, Callejas, El Jacal, La Solana, Miranda, Peñuelas, Menchaca, Amazcala, La Griega y La Laborcilla. Una de las principales acciones en la realización de este tendido fue el cortar árboles en el todavía verde Cimatario, al que dejaron herido de muerte por la desforestación causada.[19] Al queretano auténtico se le rasaron los

[19] La siguiente y definitiva desforestación sería con la construcción de las vías de los ferrocarriles Central y Nacional en el porfiriato.

ojos de ardientes lágrimas cuando contempló los claros depredados en su querido monte, pero se consoló pensando que la guerra así lo exigía.

Pasando a lo militar, el esperado imperialista general Rafael Olvera se detiene en la hacienda de La Esperanza, a un día de Querétaro, y se da la vuelta al comprender que ni siquiera puede acercarse más a la urbe a brindar atención a sus correligionarios. Mientras por el sur, concretamente por el camino a México, ya se acercan a reforzar el sitio las tropas de Vicente Riva Palacio y Juan N. Méndez, las cuales advertían mayor irregularidad que las fuerzas republicanas asentadas en Querétaro, pues el armamento de éstas era de diferentes calibres y carecían de parques y provisiones, por lo que fue preciso municionarlas inmediatamente y mejorar su organización que era mala por la sencilla razón de que fueron tropas formadas tomando de aquí, allá y acullá en las diferentes zonas del país.[20]

El 16 de marzo de 1867, sí se verificará el asalto que ha planeado el general Miguel Miramón y que tiene más que nada la intención de vengar el éxito republicano sobre el cerro de San Gregorio, pues precisamente se cargará sobre éste y también sobre el de San Pablo la mañana de este día, tal y como se planeó la noche del 15 de marzo. Pero todo estuvo en contra de los imperialistas: la reserva situada en La Cruz y que debía moverse al Río Blanco fue relevada tarde y no pudo llegar a tiempo; entre la plaza de San Francisco y el Puente Grande —por donde debía pasar la artillería y la caballería— había una trinchera y carros destruidos que obstruían el paso y, para cuando fueron retirados los obstáculos, también era demasiado tarde; y aún más, desprovista La Cruz de la reserva de Méndez, pareció que se iba a provocar un ataque republicano sobre la fortaleza, lo cual alarmó más de la cuenta a Márquez que se lo comentó a su jefe imperial —el cual se encontraba en el Cerro de las Campanas desde las 5:30 de la mañana—, quien irreso-

[20] Francisco Otalora Arce, *El Sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1967, p. 17.

luto como siempre, mandó a La Hiena de Tacubaya para que en persona le transmitiera la contra orden a Miramón de que suspendiera el ataque y se replegara a defender El Sangremal. ¡Esto pasó cuando ya El Macabeo arengaba espada en mano a su tropa y tenía colocados 18 cañones en posición de ataque! El ex presidente hizo el coraje de su vida —puesto que creyó que todo era una intriga de Márquez—, envainó su espada y arrojó su sombrero al suelo, lo mismo que su talento y pericia castrenses, pues cuando llegó pálido y llorando a la plaza de Armas encontró a Vidaurri y le pidió dijese a Maximiliano que en adelante se concretaría a obedecer órdenes y nada más, pues ya nada opinaría ni propondría. "Decid al emperador que ya no cuente conmigo para ningún proyecto de ataque ni para ningún consejo de guerra". El viejo regiomontano, traidor a Juárez, tuvo la discreción de no comentar nada a su jefe para no ponerlo en contra del impetuoso Macabeo y trató de calmar a éste. ¡Más tarde se aclaró que nadie pensaba atacar La Cruz!, todo se debió a que los republicanos apostados en los cerros del oriente habían intensificado el cañoneo.

El emperador reconoció el error involuntario del comandante de La Cruz —que vio moros con tranchetes—, pero demasiado tarde para reparar el mal, porque ya el enemigo veía todos los movimientos de los sitiados y el factor sorpresa, importantísimo, ya no cabía. Dijo Alberto Hans "que ese ataque nos habría dado infaliblemente la victoria, tanto más cuanto que el enemigo, que no había presentido siquiera nuestro movimiento, iba a sorprenderse completamente. El Emperador [*sic*] lo comprendió así y se aumentó su estimación por Miramón".[21] Afirma Luis Islas que "el movimiento, si tenía éxito, no era simplemente una batalla más ganada a los republicanos, sino que significaba la derrota de las mejores tropas sitiadoras, por su organización y por su mando: eran las de Sóstenes Rocha".[22]

[21] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 98.
[22] Luis Islas García, *op. cit.*, pp. 265 y 266.

Maximiliano, como siempre, sin saber qué hacer, cita a Miramón con los demás generales a un consejo de guerra en el que se discuten varios planes, entre los que se cuentan el romper el cerco por la garita de Celaya porque ya la situación se tornó angustiosa; para esto, se pretende tomar la Estancia de las Vacas y allí sostenerse para repeler la persecución de la que sin duda serán objeto por parte de la chinaca. Se esboza también la intención de ir hacia la Sierra Gorda donde Mejía está invicto, pero todo es rechazado para continuar en la plaza soportando el sitio. Miramón se tragó sus palabras cuando se enteró que el enemigo no había pensado atacar La Cruz sino en estrechar el sitio, y por eso volvió a las juntas con su superior.

Escobedo también estaba nervioso porque no llegaban aún las tropas de Riva Palacio, Joaquín Martínez y Juan N. Méndez, y el flanco sur, a lo largo de toda la falda de El Cimatario, no tenía un solo soldado republicano, pudiendo por tanto, si lo quisieran los imperialistas, salir de la ciudad por los llanos que siguen a la hacienda de Casa Blanca. Sabe que ya vienen por el camino de México los refuerzos y, por tanto, trata de comunicarse con ellos.

Para el 17 de marzo no se ha realizado acción de armas notoria porque realmente ambos ejércitos están fatigados.[23] Ramírez Álvarez, siguiendo en su confusión a Basch (nada más vean el error en las fechas), cuenta que "se tenía (para este día) planeada una decisiva salida de Miramón pero llegó la aurora y lo tomó en la cama, dado que los oficiales encargados de despertarle no lo hicieron y cuando despertó el sol impedía definitivamente todo movimiento, pues de inmediato desde

[23] Aquí Samuel Basch incurre en el error de apuntar en sus *Recuerdos de México* que abortó la acción porque Miramón se quedó dormido y que el emperador, irritadísimo, arrestó a quienes no lo despertaron. Qué laguna mental la del galeno, quien reconoce que se le perdieron varias hojas de su diario y que esta parte de su historia del sitio la deja a la ayuda de su memoria. ¡Vaya memoria!, ya parece que el cumplido *Macabeo* iba a quedarse dormido. Y luego por qué Hilarión Frías y Soto refuta una por una las afirmaciones frívolas de Basch.

las alturas que ya ocupan los republicanos podían desde luego advertirlo y neutralizarlo".[24] "Dicen las malas lenguas, que no es verdad que Miramón no haya sido despertado por sus ayudantes para el ataque, sino que se encontraba con encopetada dama de Querétaro, a quien ha hecho su amante y que no se hallaba en los brazos de Morfeo sino en los de Eros y no se dio cuenta de la hora en que debía pasar a los brazos de Marte sino mucho después; sus ayudantes han soportado el arresto que ordenó Maximiliano por cariño a su general."[25] Para darse cuenta de la situación que en el Cerro de las Campanas priva, el archiduque se dirige hacia esa posición a caballo, donde es recibido con los acostumbrados "Viva el Emperador" provenientes de la soldadesca afecta a él. Por su parte, y sabiendo que si se dan esos gritos de entusiasmo es porque cerca anda el príncipe, los republicanos responden con proyectiles de fusil y cañón, además de cantar a todo pulmón las conocidas parodias de *Adiós Mamá Carlota* y *Los Cangrejos*, obra una de Vicente Riva Palacio y la otra de Guillermo Prieto, las cuales causaban el enojo de los sitiados que a su vez devolvían el insulto gritando: "Escobedo… burro orejón".

En el importante consejo de guerra que tuvieron ese día, Maximiliano, como un niño sin amparo, se dirigió a Márquez para espetarle que no pensaba regresar a la Ciudad de México porque le daba vergüenza. Por lo demás, continuaron las exacciones a los queretanos a pesar de la pobreza en general que se vivía, y hasta los ricos se escondieron porque no podían aportar más. Se formó una junta de propietarios para negociar lo de los préstamos que deberían ascender a 150 mil pesos exhibibles en un corto plazo y, como la mayoría de los individuos que la componían eran del partido monarquista, le impusieron a don Bernabé Loyola una cuota enteramente desproporcionada de dos mil pesos a él solo, mientras que la mayoría de los quereta-

[24] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 64.
[25] *Idem.*

nos ricos dieron solamente 700.[26] También siguen los entierros de los que murieron después del día 14, por la gravedad de sus heridas, que definitivamente han sido muchos. Sabedor de que los enviados de Escobedo han de recorrer doscientos veinte kilómetros siguiendo caminos de herradura para evitar ciudades, Juárez apresuró a sus subordinados con el tendido de la línea telegráfica. Para el 18 de marzo, las tropas republicanas de refuerzo continúan en Tepeji del Río, no tanto descansando sino preparándose debidamente para su llegada a Querétaro, donde existía una gran angustia dentro de la población, ya que, cerradas todas las salidas a quienes traen alimentos diariamente de la hacienda de La Era, San Juanico, La Cañada, El Jacal, San Pablo y El Pueblito, no han podido reabastecer los mercados citadinos y ya todo escasea. Maximiliano ha decidido que Miramón salga a México para traer los recursos que con insistencia ha solicitado a su gabinete, el que sistemáticamente los ha negado ya en forma tajante o simplemente no atendiendo a sus exigencias. Este proyecto se ve frustrado por Márquez, quien se opone terminantemente a que su odiado correligionario salga de la plaza, insinuando que él —Márquez— podría realizar mejor los trabajos de suministro, ya que el valor juvenil y temerario de Miguel puede hacer que fracase el proyecto. Todavía sin noticias concretas de la situación que privaba en la capital, se creía que ésta mandaría suficiente apoyo para auxiliar a Querétaro, mientras que los imperialistas de la Ciudad de México creían que los suyos habían iniciado una vigorosa y triunfante campaña contra su enemigo, ajenos a que sus verdes aliados se habían dejado atrapar en la levítica ciudad. En las líneas de ataque y defensa cundía la monotonía.

Al comenzar el día 19 de marzo, en los lugares donde más se acercaban sitiados y sitiadores en sus respectivas trincheras, tienen lugar lances vocales que en la severidad de la guerra ponen un toque de alegría. La musa popular ha comenzado a hacer parodias de la popular canción cubana *La Paloma*, del

[26] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, pp. 176-177.

español Sebastián Yradier, residente en La Habana, y por supuesto que son distintas las versiones de los republicanos y de los imperialistas, cantándose de una y otra parte sucesivamente a modo de coplas. Si les toca el turno a los republicanos, alzan la voz tanto que se escucha hasta el interior de la plaza, cantando a todo pulmón: "Si a tu ventana llega macho reynero, métele las espuelas porque es el güero". Por supuesto que el tal Güero no es otro que Maximiliano, que no hace mucho gracejo de esta expresión popular del folclore del país. Enojados los imperialistas, contestaban cantando aún más alto: "Si a tu ventana llega un burro hornero, trátalo con desprecio que es Escobedo". Estas ingenuas ofensas se siguen y luego cambian de canción —ahora es *La Calandria*— para dirigir las puyas mochas en contra del propio don Benito Juárez: "Estaba el indio Juárez sentado en un sillón, vendiendo las naranjas a tlaco y con pilón". Después, los republicanos entonan el desquite con *Los Cangrejos*, en el que dicen: "Cangrejos muertos de hambre del 'Güero' admiración, si quieren harta carne tenemos de cañón". De los cánticos pasaban a las armas, porque ciertamente se cruzaron tiros de fusilería y muchas veces hasta de cañón. A este tipo de duelos verbales se les han llamado *justicias obligadas*,[27] y llamaban mucho la atención de los extranjeros, a los que ni les va ni les viene un albur o calambur.

Entre tanto, se tiene noticia de que el imperialista Rafael Olvera se aproxima a Querétaro por el rumbo de Cadereyta y se teme que pretenda lanzar un ataque a la retaguardia republicana y penetrar en la ciudad, lo que obligaría a la distracción de los elementos que la circundan. Ante tal posibilidad, Escobedo ordenó al general Aureliano Rivera que saliera con una brigada de caballería al encuentro con Olvera en los llanos cadereytenses.

El 20 de marzo llegaron los refuerzos republicanos a Arroyo Zarco, lo que le dio confianza a Escobedo en una victoria final. En el otro bando, Maximiliano cita a un consejo de gue-

[27] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro*…, pp. 65 y 66.

rra en el que no estará la mayor parte del tiempo, ya que se ponen sobre la mesa cinco opciones a tomar y no quiere que su presencia quite libertad a sus generales para que se tome la mejor, ya que él, el jefe de todo, no se inclinaba por ninguna. Los generales eran los que mandaban y no Maximiliano, a pesar de que éste se encontraba al mando de las fuerzas, escribió don Bernabé Loyola.[28] Tomó entonces la presidencia del consejo Miramón y, como su secretario, el incondicional Manuel Ramírez de Arellano y las hipótesis presentadas fueron las siguientes:

- Hacer una retirada con todo el ejército, junto con artillería y trenes.
- Salvar al ejército dejando clavados (inutilizados) los cañones y abandonado todo el material de guerra y medios de transporte.
- Continuar la defensa de la plaza con todo el ejército.
- Dividir el ejército en dos partes, una de las cuales iría a México para traer refuerzos y levantar el sitio y la otra defendería la plaza.
- Encargar a una corta reserva la persona del archiduque —en caso de desastre— y nombrar a uno de los generales para que mandase en jefe a todo el ejército imperial, con orden de atacar el grueso del ejército enemigo.[29]

Tras la discusión, aparece Maximiliano para escuchar que se ha adoptado la idea de continuar la defensa de la plaza, pero al mismo tiempo despejar el flanco izquierdo del Cerro de las Campanas, poner en movimiento las guerrillas imperiales a la retaguardia de los republicanos, tomar una medida enérgica para que llegue dinero de México y arrancar más dinero a los queretanos para pagar las tropas. ¡La retirada equivale a la de-

[28] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 174.
[29] José Fuentes Mares, *op. cit.*, pp. 201 y 202.

rrota! La situación no es mejor en el campo sitiador, contra lo que pudiera pensarse, ya que han comenzado a padecer por la falta de elementos vitales: sus heridos no tienen medicinas, no hay alimento en cantidad y calidad necesarias, a pesar de que tienen a las haciendas de los alrededores a su disposición, pero la producción en éstas está muy mermada por tantos años de guerra civil y de intervención extranjera. ¡Ya no tienen agua para beber y la primavera pegó en serio con sus calores! Así que en tanto las acciones bélicas vuelven a reanudarse, los jefes trataban de aliviar estas necesidades.

El 21 de marzo llegaron los refuerzos de la República a San Juan del Río, esperando continuar al día siguiente para tomar posesión de las faldas de El Cimatario y cerrar el anillo de circunvalación. Dentro de la ciudad, el archiduque ha decidido enviar a Márquez a México para traer los recursos necesarios. Entre otras medidas obligadas para su Imperio, nombra a Leonardo Márquez como lugarteniente del Imperio, y que acompañe a éste Santiago Vidaurri como secretario de Hacienda, además de suprimir cargos ministeriales y fusionar otros y nombrar nuevos ministros por la desilusión que le causaron los que dejó encargados desde el 13 de febrero de 1867. El monarca todavía tiene humor de escribir ese día una carta a Schaffer en que llama en italiano "viejas mujeres pelucas" a sus ministros y que ponga el destinatario de la carta a buen recaudo la plata, los carruajes, caballos, vinos y vajillas imperiales, como si se estuviera despidiendo de este mundo. Los poderes y facultades dados a Márquez eran los más amplios y plenos. En una carta enviada el mismo día a Carlos Sánchez Navarro, le pide a éste cuidar mucho del archivo particular e imperial, y en caso de urgencia mejor quemarlo. Así como Maximiliano se acordó de la fecha del natalicio de Juárez, también los chinacos lo celebraron arrojando granadas en grandes cantidades contra la ciudad donde pusieron espanto en la sufridísima población. Arreglada la secreta salida de Márquez a México y una vez acabado su correo lleno de nimiedades, se prepara una espectacu-

lar salida de Miramón rumbo al poniente, ya que desde el día 20 por la tarde, éste había recibido noticias de que desde el Cerro de las Campanas se había visto una polvareda aproximándose a San Juanico y, al enviar un reconocimiento en la madrugada del 21, se precisó que habían llegado muchos carros y carretas con cargamentos de víveres y otros efectos.[30] El gobernador de Guanajuato, León Guzmán, mandó a sus aliados sitiadores dinero, víveres, municiones, ambulancias, botiquines y mineros reclutados para hacer las obras de zapa, en lo cual resultaron muy útiles.[31]

Como escaseaban los alimentos entre las tropas de Márquez, prontas para la salida, se pretende arrebatar a los republicanos varios carros de avituallamiento que les han llegado. El encargado de esto fue Miramón, el que vuelve a ser la figura más destacada de la milicia imperial, quien lo ejecutará el 22 de marzo, día en el que Maximiliano se dirige desde las seis de la mañana al Cerro de las Campanas donde todos están esperándolo para apoyar —si es necesario— el movimiento de Miramón que fue observado por su jefe y compañeros desde la cima del montículo que sería el cerro más famoso de México. El Macabeo se dirigió a la hacienda de El Jacal donde tomó varias cabezas de ganado mayor y menor que envió de inmediato a la plaza. Como relámpago siguió hasta San Juanico (vacía de propietarios pero llena de soldados republicanos) donde encontró fuerte resistencia chinaca, pero aun así los vence, después de sorprender a los centinelas y sacrificarlos arteramente. Desde San Gregorio la artillería sitiadora vomita fuego contra Miramón, además de enviarle una carga de caballería al mando del general Guadarrama, pero el héroe de mil batallas se mueve con una increíble rapidez que alcanza a tomar la hacienda y a hacerse con todo lo que había en ella: carneros, cabras y bueyes, municiones, alimentos consistentes en azúcar, frijol,

[30] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 142.

[31] Hilarión Frías y Soto, “Rectificación a la obra del Conde E. de Kératry”, en *op. cit.*, p. 40.

maíz, semillas y sal y 22 trenes repletos de elementos de boca que habían recibido los juaristas desde la capital potosina y estados circunvecinos, aunque asegura Hilarión Frías y Soto que todo lo robado era propiedad de la hacienda, no de los sitiadores.[32] El triunfo de Miramón no hubiera llegado si no fuera por el auxilio oportuno que le dio el valiente comandante de la guardia municipal de México, Joaquín Rodríguez, el mismo que las lenguas queretanas decían que era prometido de la dizque bella Carambada. Concluida la carga del botín de guerra, se inicia el movimiento retrógrado llevándose de leva a los peones de la hacienda, sintiendo Miramón en sus orejas la respiración de los chinacos. La mayoría de los peones tomados a la fuerza desertó en medio del desorden en que regresaba a Querétaro Miramón y fueron a esconderse a la casa de don Bernabé Loyola, poniéndolo en graves aprietos para su manutención. Cuando está casi terminado el movimiento de El Macabeo, hubo una terrible explosión en el interior de la ciudad: ocurrió que una granada republicana muy bien dirigida, fue a dar a la cajuela de municiones de un obús —que por fortuna estaba casi vacía—, ocasionando una conflagración o estallido que mutiló a todos los conductores, ganado y mulas e hirió a muchos soldados de infantería que estaban alrededor. El estruendo se escuchó por toda la ciudad y provocó tremendo pánico.

Hacia el atardecer, Miramón penetró a la ciudad y fue felicitado por todos, especialmente por el príncipe germano que ya comienza a tenerle confianza. A pesar del éxito obtenido en materia de provisiones, la salida a San Juanico costó muchas vidas de soldados fronterizos y caballos, entre otros el de Salm Salm, quien estuvo a punto de morir en la acción y su equino lo salvó, ya que como una maña o tic nervioso, el caballo levantaba extraordinariamente la cabeza a cada momento y en uno de esos recibió en el cráneo la bala que iba dirigida contra su dueño.[33] También se lamentaron de las bajas de 23 prisioneros

[32] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, p. 399.
[33] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 99.

franceses, 20 mexicanos, un alemán y dos austriacos en manos del enemigo. Entre entusiastas manifestaciones llegó la noche del 22 de marzo de 1867. Esa incursión sirvió para levantar la moral que estaba quebrantada, además del cargamento, valioso aporte para el sostenimiento de la plaza.

Para los liberales no fue tan gloriosa esta expedición como aseguran los cronistas del Imperio, pues en esta jornada, en San Juanico, se cometieron horribles tropelías por parte de los chinacos en contra de la propiedad privada como lo señala Frías y Soto en una importante crónica que narra lo siguiente:

> La casa de la hacienda era una habitación magnífica, y montada con un lujo europeo. Allí vivía Bernabé Loyola, el tipo del caballero, del hombre honrado y trabajador. Siendo San Juanico propiedad de familia, la cultivaba con inteligencia y asiduidad: consagrado a crear un porvenir para sus hijos, había hecho para ellos aquella elegante villa adonde los educaba perfectamente, procurándoles las comodidades y el bienestar propios a sus hábitos de cultura y buen gusto. Allí, en aquel nido levantado en medio de un jardín, pasamos los amigos de Loyola horas muy felices, gracias a la finura con que aquel labrador de alma de oro y maneras de cortesano sabía hacer los honores de la casa. Su señora era el ángel que abrigaba a todos los desgraciados, y los peones de la hacienda tenían en ella una hermana de la caridad en sus enfermedades, una mano pródiga en sus miserias, y una madre para sus huérfanos. Jamás la caridad se había encarnado en una figura más noble: Catalina era una matrona llena de inteligencia y de virtudes: era, además, una artista consumada. Pero esta familia había huido al centro de la ciudad al escucharse los primeros tiros del cañón; y dentro de Querétaro sufría mil tormentos sujeta a las crueles vejaciones de los soldados imperialistas que les arrancaban así grandes sumas de dinero. Entre tanto, desaparecía la hacienda de San Juanico. Las tropas que perseguían a Miramón, entraron a saco a la hacienda como si ésta fuera culpable de la sorpresa sufrida. En un momento desapareció todo aquel lujo. Los muebles de ricos tapices fueron hechos pedazos para alimentar el fuego de los ranchos: las cortinas, los cielos rasos y los cuadros fueron arrancados, y el piano fue destruido en

> un momento. Gracias a aquella rabia salvaje de la soldadesca, la finca se vació en un momento, quedando sólo las paredes desnudas ennegrecidas por la llama de un incendio incipiente que las lamió con sus lenguas rojas hasta que se apagó por falta de pábulo. He aquí lo que fue la célebre expedición sobre San Juanico, en la cual los dueños de la hacienda hicieron los gastos de la guerra, sufriendo las injustas iras de ambos contendientes.[34]

Esto deja claro que los propios republicanos perjudicaron a su valiente correligionario Loyola en la destrucción de la finca, y Miramón sólo se llevó los productos mencionados. Para vengar esta afrenta, los republicanos lanzaron 400 cañonazos cada hora, según Blasio.[35] No faltó quién avisara a los imperialistas que don Bernabé Loyola tenía hombres ocultos en su casa y ese aviso bastó para que éste fuera llevado a la cárcel, presuntamente por tener hombres armados para ayudar a los sitiadores. Más tarde lo soltarían por recomendación del prefecto Manuel Domínguez.[36] Por cierto que una vez que tomaron la hacienda de San Juanico las fuerzas republicanas del general Ramón Corona, don Bernabé les rogó mucho a sus trabajadores atender bien las necesidades de los chinacos, pero se dio el caso de que los subordinados del señor Loyola se condujeron con inaudita torpeza en sus atenciones que Corona mandó cortarle el pelo al escribiente de la finca y lo enroló a fuerzas en la tropa.

Hacia las 20 horas, Márquez se encuentra recostado, descansando y pensando en las próximas horas, perdidos sus ojos en el techo de su celda en el convento de los monjes crucíferos. De pronto, irrumpe en su habitación el médico Samuel Basch con un legajo grueso en las manos, que contiene las cartas del emperador dirigidas a varias personas de la Ciudad de México y del exterior. Márquez se sobresalta por la impertinencia de la visita sin anunciar, pero recibe con toda corrección la valija

[34] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, pp. 400 y 401.
[35] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 345.
[36] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 181.

imperial. Esa noche se había reforzado el toque de queda que normalmente tenía lugar en la ciudad a las ocho de la noche —al irse la luz vesperal— pero este día era especial: se trataba de que ni los mismos oficiales y tropa supieran de la salida furtiva. Hacia las veintitrés horas comienza la formación de los mil quinientos efectivos (de los cuales mil cien eran jinetes) que saldrán con Márquez, que son los de la brigada de caballería del coronel Julián Quiroga, quien cuidará la seguridad del jefe de la misión y de su padre Vidaurri durante todo el viaje. A la media noche está lista la formación y Márquez avanza con su escolta, en el más completo silencio, hacia la garita de Casa Blanca, reconociendo con todo cuidado el camino hacia El Pueblito. Sin que se diesen cuenta los republicanos —y a pesar de la luna llena— la brigada llega a El Pueblito sin mayores obstáculos y dobla hacia el sur, donde continúan su camino sin dificultad. Los imperialistas decidieron no salir por la Cuesta China, que estaba cuidada por Sóstenes Rocha, y decidieron por el del suroeste, que pasa por El Pueblito, Arroyo Hondo, Huimilpan, Amealco, Aculco, Milpillas, Acambay, Atlacomulco, Ixtlahuaca, Toluca[37] y de ahí a la capital. Más largo ese camino, pero más seguro… lejos de los republicanos. ¡Tristes presagios invadieron el campo imperial ante esta marcha que se anunciaba —por la conducta ladina de Márquez— sin retorno y con olor y sabor a traición! Había dado su palabra de honor de volver a Querétaro en el término de 15 días, costare lo que costare.[38]

En el campo republicano sólo se tiene por novedad el regreso de Aureliano Rivera de Cadereyta, quien volvió sin buenas nuevas al evadir la batalla el imperialista Rafael Olvera.

Durante la mañana del día 23 de marzo, las tropas de caballería del republicano coronel Laing —quien cubría el ala derecha frente a la garita de Casa Blanca— capturó a unos soldados imperialistas que andaban dispersos, pertenecientes

[37] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 119.
[38] Luis Reed Torres, citando a Salm Salm, *op. cit.*, p. 285.

al cuerpo de Julián Quiroga y que por atolondrados o borrachos perdieron la salida con su jefe a México;[39] éstos, al ser interrogados, informaron de lo ocurrido en la madrugada e inmediatamente se dio parte a Escobedo de que Márquez había abandonado Querétaro. Es probable que el general en jefe de los sitiadores haya supuesto que —aprovechando los huecos en el cerco suriano— los sitiados continuarían escapando por ese lugar, así que transmitió una orden secreta que, entre otras disposiciones, contenía la relativa a que los generales Carvajal y Rivera cuidaran ese flanco, además de mandar al general Guadarrama con cuatro mil jinetes en persecución de Márquez al que nunca dio alcance, pero Escobedo dio aviso al general Porfirio Díaz, al general Leyva y al coronel Jesús Lalanne para que salieran a observar y acorralaran al fugado. Como dato curioso apunto que al regresar el general Guadarrama el día 24 de marzo a Querétaro, los imperialistas observaron el contingente y creyeron que era Márquez con los refuerzos, por lo que gozosos mandaron repicar campanas, tocar diana y quemar cohetes, vitoreando al hijo pródigo, pero al ver que la columna tomaba el camino de El Cimatario y era vitoreada por los rojillos, se les acabó el gusto y cesó el jubileo.[40] Este contingente además, trajo municiones de guerra de parte de Porfirio Díaz.

Habiendo salido Márquez, quedaba una gran dificultad que vencer para esperar su regreso: la plaza estaba sitiada en regla, y no se hallaba preparada para la resistencia; las fortificaciones eran provisionales pero para fortuna de los sitiados los templos y conventos eran construcciones sólidas para una defensa decorosa. Inmediatamente se procedió a construir nuevos parapetos y a reforzar todas las líneas. Quedaba una

[39] Según el ingeniero Manuel Hernández, en sus memorias sobre el Sitio de Querétaro, apunta que la información fue hecha por un grupo de mujeres pertenecientes a la tropa de Márquez, las que se extraviaron por la noche y fueron capturadas por centinelas juaristas cerca de la hacienda de Miranda.

[40] Manuel Hernández, *Memorias del general de división Juan A. Hernández sobre La Guerra de Intervención en el occidente y el centro de la República*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962, p. 57.

dificultad mayor que todas: la falta de municiones, pólvora, proyectiles y de los útiles indispensables para prepararlos. El comandante general de artillería, Manuel Ramírez de Arellano, suplió todo con su inteligencia y actividad que le granjearon la simpatía del emperador y una gran reputación en todo el ejército imperial. Estableció una fábrica de salitre, una de pólvora, dos fundiciones de proyectiles y los talleres de maquila necesarios.[41] Pidió permiso al archiduque para arrancar y fundir el techo de plomo del Teatro Iturbide —cosa que obtuvo— y lo convirtió en balas. De igual manera utilizó, para fabricar proyectiles, campanas de las torres de las iglesias y todo el hierro que entre los sufridos vecinos pudo conseguir. Reparó el material propio que estaba dañado —al igual que el arrancado al enemigo— y encontró el modo de reemplazar las cápsulas de guerra con cápsulas de papel y cartón, delicadas, pero generalmente útiles para el fin que se les dio. Una parte de los republicanos aprehendidos fueron puestos a trabajar en estas lides.[42] Por cierto que una casa de maestranza estuvo cerca del cuartel de los Húsares (hoy Venustiano Carranza 46) y estuvo dirigida por don Vicente Palomares y don Gregorio Herrera.[43] Para el mismo objeto se improvisó el convento de El Carmen, como veremos más adelante. Como la parte sur de la línea no estaba ocupada por los republicanos que estaban a la espera de los refuerzos de Vicente Riva Palacio —también los sitiados la tenían desprovista de trabajos de defensa— no iban a gastar energía y recursos en esfuerzos inútiles. Esta fuerza republicana de 10 mil hombres llegó el día 23 de marzo procedente de Toluca, Puebla, Guerrero y el Valle de México. Escobedo salió a recibirlos personalmente, acompañado de Ramón Corona, en la hacienda de Miranda y entraron a la ciudad a las 20 horas. Como era día de sorpresas agradables para los republicanos, se recibió también un refuerzo de Guanajuato

41 Alberto Hans, *op. cit.*, p. 10.
42 *Ibidem*, pp. 103 y 104.
43 José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Guía histórica…*, *op. cit.*, p. 13.

al mando del general Florencio Antillón y otro de Zacatecas, así como municiones y pólvora de la fábrica regiomontana del coronel Manuel Balbontín. Maximiliano ha nombrado a Severo del Castillo como jefe de su estado mayor en sustitución de Leonardo Márquez. Por la mañana de ese día, una enorme cantidad de muchachos[44] del bajo pueblo sale al llano que se tiende de las últimas casas de la ciudad hacia el Cerro de las Campanas, y aventurándose más allá de éste, para recoger balas de cañón de las muchas que el día anterior y el 14 lanzaron desde San Gregorio los sitiadores. Estas balas son para venderse en el cuartel general imperialista donde las pagan "a medio" y para las circunstancias que se vivían era mucho dinero. Esta medida les sirve tanto a los recolectores como a los imperialistas que adolecen de proyectiles principalmente.

Mientras tanto en La Cruz —después de pasear por la ciudad— ¡Maximiliano soñador se atrevió a dictar a su secretario particular, José Luis Blasio, apuntes para el nuevo ceremonial de la Corte, que pretendía fuere mejor que los ceremoniales europeos! Lo que era no tener conciencia de la realidad o querer evadirla: en páginas anteriores anoté que José Manuel Villalpando sospecha que a Maximiliano le gustaba el opio como una fuga para sus dolores o sufrimientos. También pidió Maximiliano, por carta, que le trajeran sus archivos para escribir la historia del Imperio y algunos vinos de Burdeos. Lo que no dejó por escrito fue la indicación de que Márquez tenía que regresar a Querétaro con recursos y refuerzos porque ello lo habría dejado en evidencia ante su gabinete capitalino.[45] Mucho le molestó al idealista monarca el enterarse en esta ciudad de muchas mañas del padre Fischer, sobre todo de que sí era padre natural de unos niños. ¡Así, ese día, sábado 23 de marzo de 1867, por fin se completó el anillo de circunvalación y se cortó para los sitiados toda comunicación con el exterior!

[44] "Los rateros de Querétaro" les llama Basch en sus *Recuerdos de México*…, *op. cit.*, p. 184.

[45] Konrad Ratz, *op. cit.*, pp. 174 y 175.

Durante la noche siguieron los preparativos republicanos para el ataque del día de mañana, estableciendo en su cuartel general que la comunicación entre los diversos jefes juaristas sería a través de ayudantes de campo, y aquéllos tendrían libertad para auxiliarse mutuamente aprovechando el desconcierto del enemigo y oportunidades que éste les presentara, sin necesidad de pedir autorización para ello al general Escobedo.

Respiro al desahuciado Imperio

El domingo 24 de marzo, los sitiadores prepararon operaciones desde las tres de la mañana para su segundo gran asalto. Escobedo destinó para ese día 25 mil hombres con 20 piezas de artillería. Conforme al plan secreto de Escobedo, dado el día anterior, el general Treviño ocupó la línea norte, Guadarrama y Corona amenazaron el lado occidental y oriental, respectivamente, mientras que el golpe decisivo se emprendería desde el sur contra la hacienda de Casa Blanca[1] y la Alameda, confiándose ésta al recién llegado Riva Palacio y a sus tropas de refresco. Como la ciudad sitiada parece más vulnerable desde el sur —donde apenas hay fortificaciones—, el ataque se inició con la señal de un cañonazo lanzado desde el cuartel general republicano de Patehé al mediodía —a la hora de un calor insoportable— y se desplegaron la caballería chinaca desde El Cimatario y la infantería desde la Cuesta China[2] con un orden, rapidez y aplomo que no dejó de sorprender. Los juaristas tomaron la hacienda de Callejas sin mayores

[1] Considerada la hacienda de Casa Blanca como el punto más importante para romper o sostener el sitio, han acudido a ella Miramón, Mejía, Méndez y Ramírez de Arellano, que defienden bravamente la posición.

[2] Aunque Rocha en sus “Apuntes históricos…”, p. 14, dice que parecían una insignificante guerrilla descubierta, vacilante, sin sus respectivas cortinas de

contratiempos, Riva Palacio, Juan N. Méndez y Joaquín Martínez atacaron la Alameda y se acercaron a ella a no menos de 50 metros. Tal y como lo había ordenado El Macabeo, Ramón Méndez, sin moverse, dejaría acercarse a la fuerza enemiga a unos cuantos pasos. No obstante, la chinaca se estrelló contra el mortífero fuego dirigido casi a quemarropa por Ramírez de Arellano a las órdenes de Miramón, que provocaron una gran mortandad entre los de la República. Un momento de vacilación y los imperialistas habrían estado perdidos. Luego, siguió el ataque a bayoneta calada de los infantes y luego los jinetes de Mejía (el cual no estuvo presente en esos momentos por la enfermedad que lo tenía en cama), mandados por Méndez, persiguieron largamente a los juaristas en retirada desordenada, la que los colocó como presa fácil de lanceros y cuchilleros que hicieron su trabajo. Durante la ofensiva, que fue apoyada por fuerte bombardeo, el austriaco imperial se encontró en su puesto de observación en la azotea del convento de La Cruz, junto a Severo del Castillo, su oficial de ordenanza Pradillo y su ayudante Fürstenwärther. Una granada se estrelló en contra de la cúpula crucífera e hizo explosión a tres pasos del emperador, quien no sufrió daño alguno y mantuvo su acostumbrada calma, sin pensar en las consecuencias que su posible muerte acarrearía al moribundo Imperio. Tres soldados que estaban cerca cayeron gravemente heridos.

Los republicanos admitieron que subestimaron el poder defensivo del enemigo, especialmente la puntería y capacidad de fuego de su artillería, y que Riva Palacio ha estado durante algunas horas en peligro de derrota.[3] No obstante, los sitiados saben que necesitan romper el cerco como única medida para recuperar comunicación con el exterior.

Después de este asalto frustrado empezó una guerra táctica, es decir, de posiciones, en la cual los juaristas trataron de

---

tiradores y que habían cometido la torpeza de romper el fuego a larguísima distancia, lo que la hacía más nociva que útil en aquellos críticos momentos.

[3] Konrad Ratz, *op. cit.*, pp. 175-177.

romper la moral imperialista con un fuerte bombardeo. Con el objeto de coordinar el cañoneo desde los cuatro puntos cardinales, Escobedo mandó tender una nueva línea telegráfica desde su cuartel general ubicado en el cerro de Patehé, en el noreste de la ciudad. Al norte del Puente Grande se encuentra el mesón de la Otra Banda, el cual estaba ocupado por los imperialistas y era una importante atalaya en contra de los republicanos que tenían tomado el barrio de San Sebastián a unos cuantos cientos de metros. Éstos mantuvieron un fuerte cañoneo y fuego de fusil en contra del mesón de referencia —bardado de adobe— además de granadas, muchas de las cuales pasaron arriba de la muralla sin estallar y otras, por mala puntería, estallaron hasta el centro de la población. Los sitiadores tenían su parque general en el valle que se forma entre los cerros de San Gregorio y San Pablo (hoy fábrica Gerber), y de allí se abastecieron las baterías establecidas en los cerros mencionados, así como en la Cuesta China.

Estos primeros encuentros fueron adversos a los republicanos que estaban a punto de sucumbir, pero el general Rocha envió a sus soldados para reforzar el centro que había sido roto y logró detener el contraataque imperialista, haciendo que volvieran a sus posiciones originales, pues ya le habían ganado algunas a los sitiadores.[4] Rehechos éstos, se intenta un ataque definitivo sobre la hacienda de Casa Blanca, que está a punto de caer en su poder. Tomás Mejía, que veía el combate desde la azotea de su casa, se dio cuenta de la emergencia que se cernía sobre la hacienda sureña; se confesó con el padre Agustín Guisasola y a mata caballo, con las entrañas mordidas por el dolor que apenas puede sostenerse en la montura, se integró en el lugar de los hechos entre sus jinetes y al grito de "muchachos, así muere un hombre" arrebató una lanza a su ayudante y se puso a dirigir la carga de caballería que los llevó al triunfo.

[4] En esta acción mucho tuvo que ver, al mando de una caballería queretana, el republicano coronel León Ugalde, sin cuya intervención habría significado la derrota de Riva Palacio.

Para estos momentos, la artillería republicana se ha podido acercar a la plaza y ataca a la artillería enemiga que ya está en Casa Blanca. Pronto todo el sur, desde Carretas hasta Casa Blanca —pasando por Callejas y la Alameda— está cubierto de cadáveres de uno y otro bando, sobre todo de republicanos vestidos de blanco —que parecen borregos descansando— entre los que sobresale el del abogado y coronel republicano Florentino Mercado, cuya cabeza fue hecha pedazos y que, según Francisco Otalora Arce, fue asesinado a sangre fría junto con otros dos importantes jefes después de haber sido envueltos y aprisionados.[5] También se identificó el cadáver de un joven ayudante del ministro de la Guerra del gobierno juarista, quien traía documentación oficial entre sus ropas y que había venido a batirse en calidad de aficionado, llegando a Querétaro en la víspera.

Solamente en la salida —en que los imperialistas repelieron el primer ataque republicano— hicieron a los liberales cuatrocientos prisioneros. Los demás frentes no fueron atacados —contra lo que se esperaba—, salvo La Cruz, amenazada por artillería en ataques falsos, los cuales causaron más daño a la población civil que a las posiciones militares. Muchos vecinos inquietos han contemplado el combate desde sus azoteas e incluso, los más curiosos, se aventuraron hacia la Alameda, pero al sentir lo nutrido del fuego huyeron despavoridos.

Cerca de las seis de la tarde cesan los combates de ese día terrible, en que murieron 1386 soldados republicanos, 39 jefes y oficiales; y resultaron heridos 400, además de 600 entre prisioneros y desaparecidos. En resumen, dos mil bajas entre todos, aunque Francisco O. Arce, testigo de los hechos, asegura que "solamente en muertos y heridos pasó de dos mil hombres. Los desaparecidos o prisioneros hechos por el enemigo no bajaron de trescientos".[6] Tienen repletos los sitiadores los hospitales de Hércules y Alvarado, por lo que se localizan nuevos sitios

[5] Francisco Otalora Arce, *op. cit.*, p. 20.
[6] *Ibidem*, p. 21.

para llevar a los heridos, entre los que destacan El Pueblito, El Jacal y San Juanico, además de los lejanos Celaya y San Miguel de Allende, exclusivamente estas poblaciones para heridos leves que soportaran el viaje; los graves se quedaban en Querétaro.

Cuando retornan a la ciudad Miramón, Mejía, Méndez y el coronel Ramírez de Arellano, Maximiliano los recibe con los brazos abiertos en la Alameda y promueve de grado a este último con un lacónico "Sois general", sin mayor ceremonial y a la vista y oído de todos. Cabe mencionar que el archiduque, durante su efímero reinado, sólo había nombrado general a Ramón Méndez y a nadie más, por lo que el acto de justicia al valiente artillero Manuel Ramírez de Arellano fue muy significativo. A nadie escapó el fraterno abrazo que Maximiliano le dispensó a El Macabeo apenas éste pisó tierra al bajar del caballo: ya había empatía. El general Méndez dejó la reserva de La Cruz y fue designado para custodiar la línea del sur, desde San Francisquito, la Alameda y Casa Blanca, considerada en ese momento punto delicado de la defensa. Ni la victoria y el comportamiento valiente de Miramón hicieron que Méndez superara sus diferencias con éste, y al contrario, esa noche despotricó lleno de envidia en contra del héroe de Ahualulco. Luego de la jornada intensamente vivida el 24 de marzo, el general Tomás Mejía no volvió de hecho a combatir más. Virtualmente postrado en cama por su dolencia, apenas asistía a los consejos de guerra con sus colegas y el emperador, donde exponía verbalmente su parecer, signaba documentos y se retiraba.

En La Cruz, que recientemente al 24 de marzo comandaba el poco confiable del coronel Miguel López, son encerrados los republicanos que han sido apresados, donde se les ha prohibido entablar relaciones de amistad con los celadores. ¡Son otras bocas más que mantener en la hambreada plaza, por lo que se les pone a trabajar en la construcción de parapetos y trincheras en la Alameda y en otros lugares a descubierto, fácil blanco de los chinacos, por lo que una vez que se dio cuenta de ello

Maximiliano ordenó a sus ingenieros que los prisioneros fueran exentados de esas faenas! Se pusieron barricadas en las últimas calles de la población, dos o tres cuadras hacia el interior. La precaución de no hablar con los detenidos era inútil, porque los centinelas de La Cruz, compasivos y curiosos a la vez, hacían preguntas a aquéllos y los dotaban de agua en las cantidades que quisieran, porque desde el día sábado 23 de marzo no habían recibido ración del vital líquido.[7] Dice Hans que al platicar con él, muchos de ellos temblaban de emoción al confesar que eran del Valle de México y que el ahora occiso Florentino Mercado los había cogido de leva un mes antes, y suplicaban al emperador, con llanto en los ojos, no ser fusilados.

Al oscurecer, los republicanos habían empezado a recoger a sus muertos y heridos, de los cuales hubo que dejar a muchos por su elevado número y esperar al otro día para hacerlo, además del temor a un ataque imperialista en la penumbra, por lo que un número considerable de heridos abandonados en esa noche murieron por hemorragias, picados por alimañas o devorados por fieras o por aves de rapiña.[8] El número de caballos muertos también fue harto considerable.

Destacaron en la batalla los hombres de Riva Palacio, quienes apenas llegando a la plaza entraron en combate sin haber descansado las 24 horas reglamentarias.[9] En el campo juarista, el fracasado ataque produjo una depresión moral que si hubiese sido aprovechada por la guarnición imperial lanzando un contraataque hubiese tenido graves consecuencias para los liberales.[10] Sóstenes Rocha no alcanza a comprender que los generales Escobedo y Corona estaban persuadidos por completo de no repetir el combate a pesar de las grandes ventajas que la adquisición de Casa Blanca y la Alameda les hubiera proporcionado

[7] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 107.

[8] Miguel Galindo, *La gran década nacional 1857-1867. La República Liberal. Obras Fundamentales*, t. III, México, INEHRM, 1987, pp. 588 y 589.

[9] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, pp. 149-151.

[10] Afirma Agustín Rivera en sus *Anales Mexicanos…*, pp. 288 y 289, no haber encontrado un dato fidedigno del número de bajas imperialistas.

a los sitiadores, pues el ataque no tenía nada de difícil, según Rocha, si era bien efectuado, y hubiera reportado insignificantes pérdidas a los ofensores pero, a los sitiados, les hubiera sido sumamente perjudicial porque indudablemente estarían obligados a replegar sus líneas al mismísimo interior de la plaza.[11]

Consideran los imperialistas que han conseguido un gran triunfo, y sin embargo, ¡la ciudad sigue desde ayer completamente rodeada por un anillo de hierro más riguroso! ¡Querétaro está definitivamente cerrada! Esta ficción de triunfo o era una mentira oficial para disfrazar la derrota táctica y estratégica o el cuartel general imperialista estaba ciego y no quería ver la pésima situación en que se encontraba.

Cuando el Presidente de la República se enteró de lo ocurrido, recomendó al general Escobedo mantener el sitio impidiendo la entrada de refuerzos y aprovisionamientos, así como la salida del enemigo, pero procurando economizar las vidas, rechazando los ataques imperialistas y recurriendo a la ofensiva sólo cuando fuera estrictamente indispensable. Juárez consideraba que la plaza tendría que caer por agotamiento de sus defensores al faltarles víveres imposibles de restituir, al consumir pertrechos de guerra que tenían muy limitados y, sobre todo, al reducirse el efectivo de las unidades hasta ser insuficientes para cubrir sus líneas defensivas. Las cosas así, Escobedo ya no pretendió rendir la ciudad a un precio elevado en sangre y víctimas —desistiría de acciones ofensivas a gran escala en el futuro— y concentró su atención en el mantenimiento consistente y completo, metro a metro, de la línea sitiadora. ¡Ni un paso hacia atrás!

La promesa de Márquez era traer 20 mil hombres a su regreso[12] y, según Ramírez de Arellano, mínimo se requerían 35 mil para defender la plaza. Debía Márquez, según Blasio, reunir en México toda clase de recursos y volver inmediatamente

[11] Sóstenes Rocha, *op. cit.*, p. 15.

[12] Jesús de León Toral, *La Intervención Francesa en México. Historia militar*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962, p. 265.

a Querétaro, lugar que representaba la capital del Imperio; si México quedaba en el abandono, nada importaba, lo que precisaba a toda costa era salvar la situación en la ciudad donde se encontraba Maximiliano.[13] También Escobedo urgió a los gobernadores de los estados vecinos el envío de más pólvora y municiones, lo mismo que al coronel Balbontín cuyos trenes cargados iban y venían desde Monterrey, por lo que el general en jefe de la plaza queretana le pidió poner su fábrica en San Luis Potosí para que el abasto fuera más expedito. Llegaron inmediatamente herramientas de zapa, ya que se temía que el agresivo enemigo imperial rompiera el sitio o saliera en busca de la ayuda que Márquez no enviaba. Reconoce Luis Islas que "la leal población civil de la ciudad, que corrió con el ejército imperial todos los riesgos de los combates" padeció por los bombardeos más muertes que los soldados,[14] es decir, ¡hubo más muertos civiles que militares!

La salud del monarca empeoraba por el efecto de las preocupaciones, corajes y excitaciones: la fiebre y la disentería lo atacaron y debilitaron su organismo, que ya de por sí era poco resistente a la maldición de Moctezuma. En medio de estos males, Maximiliano meditaba un plan guajiro para el caso de que lograra derrotar al enemigo después del regreso de Márquez: quería convocar al tan soñado congreso constituyente, trasladar la capital nacional a Nuevo León y expedir allí la convocatoria para aquél.[15]

Se empezaron a racionar los alimentos entre la tropa y la indefensa población. Después de los estrepitosos sucesos del 24 de marzo se advierte fatiga tanto en el interior de la plaza como en el exterior. Ya están las tropas imperialistas dando raíces de carrizo a sus militantes y arroz a la caballada, pues

[13] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 344.
[14] Luis Islas García, *op. cit.*, p. 276.
[15] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 194. Aquí el médico nos hace bolas confundiendo Monterrey con Nuevo León y ubicando a la ciudad regiomontana y a la división territorial neoleonesa en el centro del país. El galeno no sabía geografía mexicana o tenía muy mala memoria.

es evidente que no hicieron un acopio grande de víveres porque no esperaban un sitio prolongado sino un ataque brusco, frontal, al decir de lo escrito por un soldado liberal que oyó lo anterior de un desertor imperial.[16]

El círculo de hierro que rodeaba a Querétaro partía al norte desde San Pablo a San Antonio de la Punta pasando por San Gregorio, La Trinidad, El Cerrito, San Sebastián hasta llegar a Patehé; al oriente desde el Cerro de Los Molinos, Carretas, Callejas y La Cuesta China; al sur toda la falda de El Cimatario; y al poniente El Jacal Grande, San Juanico, para cerrar en el pueblo de San Pablo. También la línea defensiva o interior de los sitiados había quedado establecida, con La Cruz como apoyo importantísimo al oriente, pasando por San Francisquito hasta la Alameda; por el sur de la Alameda hasta la hacienda Casa Blanca; al poniente por la hacienda de La Capilla, Cerro de las Campanas y el Río Blanco; y por el norte el Río Blanco, con punto de apoyo en el Puente Grande, quedando sin cubrir el inaccesible tramo lleno de peñascos entre el molino de San Antonio (hoy Instituto Queretano) y La Cruz, además con trincheras interiores en las tortuosas calles del rumbo.

Maximiliano ha acudido en La Cruz al lugar donde están confinados los prisioneros; son muchos los oficiales republicanos tomados en la tremenda batalla de El Cimatario por Casa Blanca, con quienes ha conversado ampliamente y a quienes ha ofrecido ayudarlos para que vuelvan a sus hogares.[17] La visita imperial fue un gran acontecimiento para los republicanos caídos en desgracia; "no olvidaré —dijo el emperador— que habéis sido hechos prisioneros combatiendo. Por consiguiente, si necesitáis alguna cosa, pedídmela, encontraréis en mí un amigo. Tened esperanzas, yo os volveré muy pronto al seno de vuestras familias".[18]

[16] Ramón del Llano Ibáñez, "Carta de soldado liberal", en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo…*, *op. cit.*, p. 258.

[17] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 77.

[18] Alberto Hans, *op. cit.*, pp. 110 y 111.

Los reos quedaron emocionadísimos, ya que estas palabras o actitudes de un vencedor para con un vencido no son muy habituales en las contiendas civiles mexicanas. El monarca les mandó dar cobijas, alimentos y dinero de su propio bolsillo, y recomendó al comandante de la prisión militar que hiciera todos los gastos necesarios para mejorar la suerte de los vencidos. Cuando el hambre comenzó a hacerse sentir, los oficiales republicanos presos no sufrieron más que sus celadores: comían y bebían lo mismo, gracias al soñador y generoso monarca.

El agricultor queretano, Bernabé Loyola, cuenta que unos trabajadores de la hacienda de San Juanico, huyendo, se refugiaron en su casa, y sabedor de ello su amigo Tomás Mejía, lo mandó aprehender otra vez, aunque fuera de su afecto, poniéndolo preso en la cárcel municipal de la Plaza de Arriba o de Armas, de donde salió horas después por orden del prefecto municipal en virtud de aclararse lo que había sucedido. Relata el propio Loyola que en seguida vinieron más préstamos forzosos e injustificados contra los citadinos: ¡un peso por cada zaguán, balcón, puerta o ventana que dieran a la calle en el plazo de tres días! Entonces, refiere el patriota liberal, se encontró en el Palacio Municipal con el general Méndez que iba acompañado de Redonet y se dirigían precisamente a recibir lo infamemente recaudado. Después de saludarlos vio que entró al despacho de éstos el señor Juan Rubio con una talega conteniendo quinientos pesos, y al hacer entrega de ese dinero abogó por el triunfo de las fuerzas imperiales. Cuando le llegó a don Bernabé su turno y le preguntaron su parecer sobre el fin de la guerra contestó: "deseando la victoria de los liberales". Entonces, refiere aquel gran hombre, que el general Méndez se quedó solo con él y le dijo: "Me gusta la franqueza; pero si vuelve usted a expresarse así, le mando dar cinco balazos". Después lo envió preso al mesón de la calle Posadas dándole un cigarro y llamándolo "amigo" con cariño.[19] Méndez tenía una lista con toda la filiación de los agiotistas locales, entre los que

[19] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, pp. 37 y 38.

se encontraba uno muy codicioso y avaro, el cual se había escondido a decir de un vecino suyo de oficio zapatero. Méndez mandó llamar a éste, el cual negó el paradero del prestamista, pero una vez que Méndez lo amenazó con darle de palos hasta que confesara, el artesano se ofreció a indagar en compañía de un guardián el lugar donde se escondía su vecino al que encontraron en casa de un amigo de éste. Los propietarios citados por Ramón Méndez padecieron de hambre y sed al estar encerrados todo el día por no poder pagar la suma exigida, la cual significaba para el señor Loyola la cantidad de 200 pesos diarios, mientras que a otros, la famosa Ley Marcial les costaba desde 45 centavos, 14 pesos y máximo 80 pesos diarios.[20]

Por la noche del 25 de marzo, los imperialistas hicieron una salida por el norte y otra por el poniente, pero los resultados fueron adversos, pues al ser rechazados por el general republicano Antillón en el barrio de San Sebastián, éste avanzó hasta el extremo sur del Puente Colorado sobre el Río; por el poniente tampoco lograron nada efectivo. A la ciudad llegaban los insoportables hedores de los cadáveres descomponiéndose en la falda de El Cimatario y que no habían sido recogidos ni enterrados. Desde San Pablo y San Gregorio siguió el fuego republicano sobre los sitiados, y era tan intenso que Maximiliano abandonó La Cruz, que era el principal blanco, para trasladarse al Cerro de las Campanas. Varios soldados imperialistas fueron heridos, aún el general Ramírez de Arellano, ante el incesante cañoneo. En el lado contrario se recibe nuevamente la noticia de que el serrano general Rafael Olvera merodea el norte de la ciudad, por lo que Escobedo envía al teniente coronel Conde para que desde la hacienda de Bolaños vigile los alrededores hasta la hacienda de Chichimequillas. También se ordena al coronel José Gil del Río, de guarnición en Arroyo Zarco, que se traslade a San Juan del Río para seguridad de la población y evitar que Olvera dé un golpe sorpresivo a la retaguardia chinaca. Por

[20] *Ibidem*, pp. 182-186.

cierto, entre los días 25 y 26 de marzo los sitiadores trataron repetidamente de destruir el Puente Colorado que comunica a la ciudad con San Sebastián, pero no lo consiguieron gracias a la defensa imperial.

El amanecer del 26 encuentra a los sitiados fabricando parque por la merma sufrida en la lucha del día 24. Las campanas de las iglesias se trocan en granadas y la techumbre del Teatro Iturbide se convierte en balas. Una de las fábricas de proyectiles improvisadas por Ramírez de Arellano se encuentra en el ex convento de El Carmen. Muchos de los fusiles viejos y usados tienen que ser reparados sin los útiles y sin la maquinaria tan indispensable en esta clase de trabajos. Sobre la población se han impuesto nuevas alcabalas que han de cubrirse a la mayor brevedad posible, so pena de ir a la cárcel, para lo cual se adaptó como tal el mesón de Posadas. ¡Si al principio los ricos y la mayoría de queretanos de todas las clases sociales adoraban al emperador, ahora odiaban a su séquito por estas exacciones! Si Márquez, Vidaurri y Méndez chocaban por su avaricia y rudeza a la hora de exigir apoyos entre la sufrida población, Severo del Castillo —que quedó en lugar de Leonardo Márquez— cometió las más grandes vejaciones y tropelías en materia de actos de crueldad y saqueos en contra de la vida y patrimonio de los ciudadanos. En los embargos autoritarios no hubo siquiera orden o método: se les ofrecían a los tributarios jugosas recompensas al triunfo de la causa imperialista; al catear las tiendas y grandes almacenes, extrayendo de ellas licores, víveres y semillas, destruían gran parte en la búsqueda, despilfarrando mucho de lo poco que había de esos efectos que finalmente eran robados por los jefes y oficiales, los cuales pudieron haberse utilizado mejor depositándolos en la proveeduría oficial del cuartel general y así hubieran resistido en mejores condiciones.[21] El general Mariano Reyes era ingeniero también y había sido alumno del general e ingeniero Severo del Castillo, por lo que no dudó en recomendar a su amigo de años,

[21] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, pp. 406 y 407.

don Bernabé Loyola, ante su viejo y sordo maestro para que le dieran un mejor trato. Del Castillo firmó un documento para la protección del señor Loyola, pero aun así, éste y su esposa embarazada sufrieron los atropellos de Redonet, incondicional de Méndez y Del Castillo, al grado de querer llevarse presa a la señora en una camilla cargada por cuatro soldados. Todo esto fue impedido por don Manuel Castañares, antiguo acaudalado que ahora vivía en casa de los Loyola Fernández de Jáuregui, merced a la quiebra sufrida por las exacciones imperiales y los préstamos voluntarios que le hizo a don Bernabé Loyola para sacarlo de la cárcel en innumerables veces. El papelito dado por Del Castillo a don Bernabé le serviría al sordo general cuando al caer la ciudad se salve de ser fusilado gracias a la intercesión de Loyola ante su amigo Escobedo. El texto del documento rezaba así: “Mi querido Redonet: Sin perjuicio de perseguir al señor Bernabé Loyola, suspenda todo procedimiento respecto a su familia. Firmado, Castillo”.[22]

Por otra parte, no había ya qué vender ni con qué comprar, todo había escaseado, tanto los alimentos de costumbre como los emergentes. Por emergentes me refiero a ¡carne de caballo y mula, tanto de los que se sacrifican en el exiguo rastro citadino como los que son recogidos muertos después de las batallas! El maíz no se podía conseguir a ningún precio y el poco que existe era escondido en el subsuelo para evitar robos o confiscación por parte del cuartel general imperial. También formaban parte de la dieta queretana de esos días las hierbas que por las lluvias no dejan de crecer, pero más temprano que tarde ¡llegarán a las mesas y a las trincheras la carne de perros y gatos! La situación es francamente insoportable.

San Gregorio se distinguió por ser el sitio en que la artillería republicana estuvo más activa, la que siguió con su tiroteo poniendo los nervios de punta entre la inofensiva población. Especialmente fue cañoneado el convento de La Cruz por ser la habitación y oficina de Maximiliano, cuyas paredes acusaban

[22] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, pp. 187-189.

ya el deterioro de los días de sitio al tener incrustadas muchas balas republicanas, las cuales no pudieron reciclar los sitiados porque serían fácil blanco de los enemigos en caso de ir a recogerlas. Dentro de sus sueños guajiros, los monarquistas consideraban que Márquez regresaría en 10 días más o menos con suficientes auxilios.

Ordenó Escobedo a sus ingenieros tender una línea telegráfica desde el cerro de Patehé —donde tenía en esa época su cuartel general— hacia los cuatro frentes sitiadores, ya que era muy difícil el envío de las órdenes y sobre todo muy tardado, se pretendía —ante la experiencia del 24 de marzo— dar mayor movilidad a la tropa. Así que tuvieron que talar más árboles en el cerro de El Cimatario, en la hacienda de San Juanico donde se hicieron de 600 vigas y en la zona llamada Los Alcanfores, en el norte de la ciudad, cerca de San Gregorio.

El 27 de marzo llega Márquez a México y se entera con sorpresa de la pésima condición que tiene la gran ciudad, cansada, empobrecida y amenazada por Porfirio Díaz que está a punto de tomar Puebla, por lo que Márquez junta hombres y dinero rápidamente y, en lugar de regresar a Querétaro, va sobre Díaz, quien lo derrotaría en la Ciudad de los Ángeles, primero, y luego lo sitiaría en México.

En la triste ciudad se ha impuesto un compás de espera pues la batalla del 24 debilitó sobremanera a los contendientes. Sigue circulando con profusión la carne de perro y gato y ha llegado la de minino a la mismísima mesa imperial: Miramón envió a La Cruz un suculento pastel de liebre —supuestamente— y todos los comensales en la mesa de Maximiliano lo saborearon y les pareció delicioso. Sólo Maximiliano estaba en el secreto de la confección del manjar y por ello sólo tomó una pequeña porción de pasta o crema, justificándose de sus viejas dolencias gástricas. Cuando prácticamente todos los comensales hubieron dado buena cuenta del pastel, llegó Miramón y muy sonriente les pregunta qué les había parecido el regalo. ¡Exquisito!, gritaron los convidados; “pues ya saben, cuando

quieran otro pastel semejante me avisan, tengo una buena provisión de gatos en la casa para enviarles de este pastel cuantas veces lo deseen". Algunos se arquearon inmediatamente para echar fuera la gatuna carne, pero la mayoría quedó como si nada.[23] Maximiliano rio mucho con la ocurrencia.

Forzadamente se lograron contribuciones que variaron conforme a las posibilidades de la persona. A quienes no tenían para pagar en efectivo o en granos se les tomaba para trabajar en los parapetos destruidos del sur y en cavar más profundo en las trincheras, auxiliando así a los de ingeniería que tenían muchos problemas. En el otro bando siguieron recibiendo refuerzos, ahora procedentes de Durango, al mando del coronel Juan Sánchez Román, las que de inmediato fueron asignadas a San Juanico con el general Guadarrama, el que esa noche recibió órdenes del cuartel general y del supremo gobierno de Juárez para que saliera con cuatro mil hombres en busca de Márquez que supuestamente vendría a Querétaro con una fuerza de unidades y 20 piezas de artillería. ¡De qué rumor tan absurdo se creía el patricio republicano y sus sistemas o redes de espionaje! El asesino de Tacubaya iba hacia la Angelópolis, la otra ciudad de los camotes.

El 28 de marzo continuaron más esporádicos, pero consistentes, los cañonazos, con más efectos psicológicos que bélicos, tanto para los habitantes civiles como para los militares encajonados. El 29 Miramón hizo gala de diplomacia para impedir que Maximiliano continuara paseando temerariamente por la plazuela de La Cruz, al mismo tiempo que dictó su inútil ceremonial de la Corte mexicana a su secretario particular en medio de la andanada de obuses republicanos que pasaban silbando sobre sus cabezas. El Macabeo le habló a Maximiliano en términos muy enérgicos y le hizo ver lo tonto de aquella temeridad, diciéndole cuán distinto sería morir así, sin gloria alguna, a morir combatiendo en una batalla. Aquí el historiador Villalpando nota un desdén del emperador por

[23] *Ibidem*, p. 79.

la vida. Probablemente, esos paseos vespertinos se observaban muy bien con algún buen anteojo, desde el cerro de Patehé o desde el acueducto roto a donde subían de tarde en tarde los chinacos para lanzar granadas y balas de fusil, pues desde que comenzaba el austriaco a pasearse, comenzaba también la granizada de fuego enemigo.

Era un día caluroso en el que relativamente no se había hecho nada en lo bélico, pero, casi a la medianoche, se dispuso en el campo liberal que Guadarrama saliera en busca de Márquez y que inmediatamente fueran repuestos sus efectivos en el ala poniente de la circunvalación. Esta operación se hizo de noche con el objeto de que los imperialistas se dieran cuenta lo más tarde posible y no aprovecharan esto para un probable asalto. Maximiliano aprovechó el día para seguir escribiendo a Viena y quejarse del mal trato recibido de parte de los franceses y alabar el recibimiento que le dieron los queretanos.

Ahora el motivo del enojo de los queretanos era que habían presenciado y sufrido los préstamos forzosos ordenados por Méndez y Severo del Castillo, que primero fueron en contra de los principales agiotistas queretanos y luego ya generalizado contra todos los varones mayores de 18 años. A los que eran renuentes se les llevaba primero a la sala de cabildos del Palacio Municipal en donde Méndez los requería nuevamente. Si continuaba la negativa eran conducidos a la prisión de La Cruz en donde si no se pagaba la exacción, los ponían a realizar trabajos ruines, no nada más a construir trincheras en sitios peligrosos. Uno de los castigos más viles era estar de pie sobre los orines frente a los excusados imperialistas y ver defecar a la soldadesca, y después limpiar la tasa sin más elementos que las manos y casi nada de agua.

"Pues resulta que hace cinco días —comenta un famoso agricultor— de plano me escondí en el sótano de la casa, pero se presentaron a ésta cuatro soldados con una camilla pretendiendo llevarse ante Méndez a mi esposa que estaba a punto de dar a luz. Un antiguo pagador imperialista de apellido

Castañares —quien pagaba a Redonet— se opone a tamaña injusticia diciendo a los mílites que antes de permitir aquel acto tendrían que pasar sobre su cadáver. Al fin, mi señora permaneció en la casa sin ser molestada.” Los encarcelados por estos motivos podían hacer méritos si denunciaban a quienes escondían dinero, granos, semillas y alimentos en general. Peor que el lavado de excusados era la amenaza de aplicarles torturas africanas, importadas a México y Querétaro por el batallón llamado Cazadores de África, del que algunos exintegrantes se encontraban acuartelados en La Cruz a las órdenes de Maximiliano.

Para el 30 de marzo Maximiliano dispuso la celebración de una ceremonia en la que premió a sus más destacados hombres de armas que se habían batido a lo largo del Sitio; todo ello con el objeto de elevar la moral entre sus tropas. Ésta tuvo lugar en la plazuela de La Cruz que fue engalanada con guirnaldas de flores y banderas y equipada con una tienda de campaña en que se instaló el archiduque para presenciar la grandiosa fiesta militar. Inició el ceremonial al son de marchas militares que se ejecutaron en homenaje a los que habían destacado en las batallas del 14 y 24 de marzo. Por propia mano, Maximiliano condecoró a los jefes, oficiales y soldados que más destacaron por su valor y pericia en los últimos combates, tocándole esta distinción también a Carlos Miramón, hermano de El Macabeo. Se entregaron medallas de oro, plata y bronce[24] y —haciendo gala de camaradería— el monarca dio abrazos “estilo compadrito mexicano” a cada uno de los condecorados. Cuando la ceremonia estaba a punto de concluir, inesperadamente se levantó Miguel Miramón y pronunció estas palabras: “Vuestra Majestad ha condecorado a sus oficiales y soldados como un reconocimiento de su valor, fidelidad y adhesión. A nombre del Ejército de Vuestra Majestad, me tomo la libertad de dar esta

[24] De cobre eran, según Blasio, que era la medalla al mérito del soldado raso, la cual no dejó de lucir Maximiliano desde ese día y hasta que fue hecho prisionero.

muestra de valor y honor al más valeroso de todos, que siempre ha estado en todos los peligros y fatigas, dándonos el más augusto y brillante ejemplo, distinción que merece V.M. antes que ningún hombre". Acto seguido, El Macabeo tomó una medalla de bronce y rompiendo las normas del protocolo la prendió al pecho de su jefe quien la recibió hondamente conmovido. El escritor liberal Hilarión Frías y Soto, poco afecto a lisonjas y condecoraciones, justifica el hecho y reconoce que en Querétaro Maximiliano fue un magnífico soldado "que con su valor se colocó más alto que su trono".[25]

Hasta el campo republicano llegaron los ecos de la fiesta imperial verificada al mediodía, por lo que reforzaron el cañoneo sobre El Sangremal para aguar el paréntesis de alegría que tenían los sitiados en su estancia forzada en la triste ciudad. Conocidas por Juárez las pérdidas republicanas del día 24 de ese mes, ordenó a Escobedo que no se realizaran más actos sangrientos y se limitara a esperar que cayera la plaza como fruto maduro. ¡La paciencia era la principal virtud del indio zapoteca y quería transmitirla a sus hombres!

El 31 de marzo, Miramón entregó a las tropas los víveres y pertrechos de guerra recaudados en San Juanico, mejorando las raciones, además de que algo se repusieron en armamento por la actividad del general Manuel Ramírez de Arellano, quien junto con su incondicional Miramón prepararon un reporte de guerra para presentar a Maximiliano y a la posteridad los yerros cometidos por Márquez para la causa que defendían. Sin embargo, el pago a la tropa no fue como se había ofrecido y comienza a manifestarse una gran inquietud. Muchos de los soldados imperialistas eran venidos de fuera y se les hacía necesario tomar como soldaderas a mujeres queretanas del bajo pueblo, las que en su gran mayoría los seguían por el interés de obtener comida, pero al ver que la situación empeoraba y que sus Juanes estaban más empobrecidos que ellas, más de alguna cruzó las trincheras para ir a ofrecer sus servicios a los

[25] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias...*, *op. cit.*, p. 413.

chinacos de enfrente y pasar alguna información. ¡Cuántas de estas esforzadas mujeres —ajenas a la guerra de ideas, pero sí muy hambreadas— murieron en su intento de cruzar la línea de circunvalación! Por otra parte, el agua del Río Blanco ya estaba contaminadísima por la sangre de los cadáveres humanos y de animales, y era imposible beber. El tifus sembraba más víctimas entre la población, y la casa de matanza (el rastro municipal) que estaba ubicada cerca del panteón de Santiago (hoy avenida Universidad y Damián Carmona) se veía más sola que nunca.

En el campo republicano se da la orden de que en la mañana del 31 de marzo, muy de madrugada, las tropas del general Rocha vayan a bañarse a La Cañada y se les ordena estar alerta para lo que pudiera ofrecerse. Guadarrama ya llegó a San Juan del Río después de haber pernoctado en la hacienda de Miranda, tendiéndose sobre todo el camino a México para rastrear a Márquez, el cual andaba ya en Río Frío, sin saberlo Maximiliano, que inútilmente lo esperaba. Los imperialistas acordaron lanzarse sobre San Gregorio y San Pablo, para recuperar el Puente Colorado, porque creyeron que los republicanos se habían reforzado hacia el poniente, debilitando el frente norte. La infantería del coronel Farquet, dos regimientos de caballería y la artillería, situados en el Cerro de las Campanas, llevarían a cabo dicha acción, comandados por Miguel Miramón.

•

Abril tempestuoso

El primero de abril llegó movido; desde la madrugada se hicieron varias movilizaciones dentro de la plaza sitiada. En la explanada oriental del Cerro de las Campanas se colocaron aproximadamente unos mil caballos de la división de Mejía que tenían como evidente objetivo apoyar un movimiento principal. Casi al unísono se desprendió la brigada de Salm Salm desde la garita de Celaya con rumbo a San Sebastián, a las tres de la mañana, en cuyo templo y en lo alto de su torre estaban los artilleros republicanos castigando severamente a los imperialistas en sus trincheras a lo largo de todo el Río Blanco, y es por eso que era tan importante ganar el barrio y templo de "los encuerados", porque el lograrlo sería camino casi seguro para tomar también La Cruz del Cerrito, San Gregorio y San Pablo. Miramón era la cabeza de este audaz ataque imperialista, su quinta salida en lo que iba del sitio. El Macabeo alcanzó un gran éxito al apoderarse de San Sebastián, simulando ataques hacia el centro y derecha de la línea norte del sitio y, auxiliado por Pitner y Félix de Salm, se echó sobre La Cruz del Cerrito, la Trinidad y San Gregorio. Repuesto el mando sitiador, una vez que Escobedo es avisado del sorpresivo y virulento ataque, se apersonó en el lugar y ordenó que se cortara el

avance del ex presidente, aislándolo de su centro de operaciones. Para el efecto envió a La Cañada por las tropas de Rocha, que gozaban de un refrescante baño, las cuales retornaron a la ciudad para participar en la lucha. Gracias al ímpetu y pericia de Sóstenes Rocha, su movimiento estaba a punto de cortar a las tropas enemigas; éstas se dieron cuenta y retrocedieron hacia el centro de la plaza, apoyadas por su artillería colocada en el mesón de San Sebastián y en el riachuelo. A las nueve de la mañana Miguel Miramón entró como campeón con varios prisioneros y dos cañones arrebatados a los rojos (así llamaban a los liberales) apostados en el sur. Esta fulgurante pero efímera salida y repentino regreso costaron muy caros a El Macabeo en bajas y en que su íntimo amigo, coronel Farquet, resultara gravemente herido de una rodilla. Salm presume que a él solo se le debía la toma de dos obuses de montaña al enemigo, pero varios oficiales mexicanos le disputan esta hazaña y el mercenario se quiso batir con ellos, lo que el emperador le prohibió. Maximiliano observó toda la lucha desde la torre de La Cruz y pensó que el fracaso se debió a la falta de coordinación entre Salm y Miramón, que no se prestaron ayuda mutua. Los chinacos se portaron muy crueles al final del combate, ya que, según el historiador Tafolla, éstos remataron a los imperialistas heridos en el campo de batalla echándolos al Río Blanco para que se ahogaran y los vieran sus compañeros ubicados en las trincheras.[1] Los republicanos hicieron 78 prisioneros en total, de los cuales 30 se hallaban heridos, y causaron la muerte a 45 más, informa el investigador Rubén Darío Somuano.[2]

En el bando de la República se lamentaban del ridículo episodio del general Antillón, a quien estaba haciendo sus necesidades detrás de una nopalera cuando el ataque de los verdes (así llamaban a los conservadores) lo toma por sorpresa y tiene que huir con el trasero al aire, siendo la irrisión de sus propios subordinados. Mientras tanto, desde San Juan del Río

1 Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, p. 157.
2 Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 156.

se dirige Guadarrama hacia el pueblo de Polotitlán en su inútil búsqueda de Márquez, que hacia ese día ya contemplaba con placer los volcanes del valle de Anáhuac y los límites con Puebla, la cual perdería el día 2 de abril, ante Porfirio Díaz, quedando al Imperio solamente Veracruz, la metrópoli y la levítica ciudad de Santiago de Querétaro.

Ese 2 de abril es designado Sóstenes Rocha —por su gran preparación científica— jefe militar en San Sebastián, e inmediatamente manda establecer una línea perfecta: para ello —y sin importarle el fuego imperialista— inicia la construcción de barricadas en todas las bocacalles de la zona; asimismo, comenzó el aspilleramiento de las paredes que dan al Río y ocupó de una manera sólida la iglesia y la torre —ésta especialmente— del hermoso barrio. En la tarde, noche de ese día las barricadas fueron convertidas en trincheras y se coronaron con sacos de tierra algunos de los edificios dominantes —como la arabesca Casa del Faldón, por lo que ese día San Sebastián se transformó en la fortaleza más inexpugnable de los chinacos para que no se repitiera la experiencia del día anterior. Se operó también del lado republicano un movimiento de avance para recoger y enterrar varios de sus muertos que llevaban un buen número de días insepultos. Igual se ordenó retirar al general Antillón de San Gregorio porque estuvo a punto de perderse dicha posición ante el empuje de Miramón.

El 3 de abril se conoció en Querétaro el triunfo de Porfirio Díaz sobre La Hiena de Tacubaya, hubo regocijo entre los rojillos, especialmente entre los que defendían la línea del estéril San Pablo y el pintoresco San Gregorio, y en la noche se advirtieron fácilmente las fogatas en dichos cerros además de las que jubilosamente fueron prendidas en El Cerrito, Patehé, Carretas, La Cuesta China y El Cimatario. Aun cuando los sitiados ignoraban esto, sospechaban que algo importante ocurría por las manifestaciones de jolgorio que se cargaban los enemigos. Rocha terminó las obras en la Otra Banda y no había dejado en todo el día de hostilizar a los mochos, especialmente a los que

se encontraban en la línea del Río. Éstos a su vez respondieron con artillerías, colocadas una bajo el Puente Colorado, otra en una casa de altos al sur del Puente Grande y otra más que estaba en la azotea del mesón de San Sebastián, que a pesar de estar del otro lado del Río Blanco, siguió en poder de los reaccionarios o cangrejos. El duelo entablado en este sector cobró muchas vidas y pérdidas materiales, dejando edificios vecinos —casas particulares— en estado ruinoso. En los otros sectores citadinos no ocurrió nada importante.

Llegó el 4 de abril y, aprovechando la quietud bélica, Maximiliano realizó varias visitas, entre las que resaltaba la hecha al cercano cuartel de Húsares ubicado en la calle de Andrade (hoy la casa de la familia Rabell en Carranza 39), en donde se percató de las necesidades que tenían sus más cercanos guerreros y trató de satisfacerlas, aunque los medios eran escasos. De ahí se encaminó a los sobresaturados hospitales, los que se distinguieron por unos trapos amarillos, colgados en su exterior, con un letrero negro que decía: Hospital de Sangre, en los cuales se alojaban a heridos imperiales y republicanos por igual, quienes piden mejorar la organización sanitaria pues ante la escasez de todo han sido pésimamente atendidos, y es que el único hospital en forma era el de Santa Rosa —obra de Carlota Amalia, esposa de Maximiliano—, mientras que La Cruz, San Francisco y el Casino Español eran completamente improvisados.

Por su parte, los juaristas estuvieron realizando movimientos de descanso en todas sus líneas, cambiando de la primera a la segunda y haciendo que escalonadamente fueran a asearse a La Cañada en el cauce del Río o en los ojos de agua naturales que allí brotaban con generosidad. Varias de las casas cercanas al Río Blanco, a La Cruz y San Francisquito acusaban ya la rudeza del sitio, pues muchas de las granadas de mano que se lanzaron contra los verdes tocaron las construcciones, obligando a sus moradores a pedir posada en el interior de la

ciudad en donde aparentemente encontrarían un poco más de seguridad.[3]

¡Por fin se entera Guadarrama que Márquez anda en Puebla y que fue derrotado! Lo que acusa un desperdicio de recursos republicanos por esa lamentable falta de comunicación.

Ante la escasez de carne roja en la plaza, Maximiliano pidió como antojo un pollo y fue atendido por sus cocineros que le prepararon un delicioso guiso, muy esmerado el trabajo culinario de la salsa, pero lo que era el ave de dicho platillo no convenció para nada al sibarita archiduque, pues el pollo estaba sumamente flaco y desgarbado, ¡parecía pichón!, y es que los ayudantes se lo habían ido a robar a una casa particular.

Teniendo en cuenta los sitiados de que la posición del republicano Rocha en la Otra Banda era sumamente mortífera para ellos, decidieron organizar para el 5 de abril la sexta salida, la que se realizó con extremo sigilo, hacia el Puente Grande, donde Rocha repelió el ataque con energía y los recibió y despidió con un vivísimo fuego que costó pérdidas de mucha consideración a los atacantes verdes. Éstos también trataron de entablar comunicación con la capital del país para saber en qué situación se encontraba ésta y si ya venía de regreso Márquez. Otra calamidad era la falta de agua, especialmente para la población civil, puesto que no existía ya ninguna reserva y la poca que brotaba entre las pencas, que algunas noches colocaba a la altura del tercer arco don Bruno María Reynoso, es a todas luces insuficiente, siendo los únicos beneficiados con ese chorrito los hospedados en el convento de La Cruz, que es el primer lugar de la ciudad que recibe el beneficio del venero acuífero.

Dentro de los duelos musicales entre uno y otro bando, los mochos adaptaron una coplilla popular para hacer burla de la salida de Guadarrama buscando a Márquez, y que tiene la siguiente letra: "Los soldados de Escobedo son jotos y correlones, se van por la Cuesta China haciéndose en los calzones". Se designó al indiscreto y metiche Samuel Basch como inspector

[3] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 86.

general de hospitales y como su ayudante al galeno alemán Prandt, porque los médicos queretanos, que atendieron caritativamente a los heridos y enfermos, no tenían los elementos materiales para cumplir con su labor, como hilo quirúrgico, colchones, vino y ropa blanca, y se presumió que el hombre de todas las confianzas del monarca tendría la tesorería imperial a su disposición para acercar los recursos sanitarios. Esta idea no prosperó porque los médicos mexicanos habían sido educados conforme a la antigua usanza y desconfiaban de un europeo.

Para el 6 de abril de 1867, los sitiados estaban desesperadísimos por el aislamiento total en que se hallaba la plaza respecto de la capital del país, y costara lo que costara se buscaron atrevidos correos extraordinarios —aunque cobraran fuertes sumas de dinero— para cruzar las líneas republicanas e internarse en el camino a México en busca de la hiena del 17 de diciembre de 1857 en Tacubaya. Siendo la misión tan peligrosa, se encontró sin embargo a un hombre del pueblo, necesitado de dinero, que estaba dispuesto a salir; aparentemente cruzó la línea de El Cimatario, no llevando más misión que la de informar sin contraseña a las fuerzas de auxilio radicadas en México para que rápidamente acudieran a Querétaro porque la situación se había tornado alarmante. Con la creencia de que el correo podría efectivamente salvar las líneas republicanas y llegar hasta donde se encontraba Márquez, todos esperaban confiadamente, pero no ocurrió así, pues poco después de haber salido el enviado de los sitiados apareció su cuerpo colgado cerca de la Cuesta China con un enorme letrero que decía: “El Correo del Emperador”. Así concluyó la vida de ese pobre hombre, que pretendió obtener un gran beneficio económico y alcanzar la heroicidad.

Escaseaban a tal grado los alimentos dentro de la triste ciudad, que en el tianguis de las afueras de El Carmen se vendía la ración —no el kilo— de carne de mula asada y con un poco de sal a un peso (aproximadamente mil pesos actualizados al año 2009 en que escribí este libro).

Casi definitivamente, el general Tomás Mejía o Jamás Temió ha seguido en cama; se decía que la tuberculosis había tornado su morena piel en amarillenta y su de por sí magra figura se había debilitado tanto que daba un lastimoso espectáculo. Pero eso no obstaba para que de vez en vez acudiera a visitar a sus tropas en Casa Blanca —donde estaban acuarteladas desde el inicio del sitio— y las preparara para futuros encuentros levantándoles la moral con su gran autoridad. Varios jefes y oficiales fueron a visitarlo a su lecho en la calle de El Descanso y le pidieron consejo para futuras acciones. También Miramón se encontraba enfermo, tal parece que se le recrudeció un viejo padecimiento hepático —que nada tenía que ver con el alcohol— y le provocaba picazón en la palma de una de sus manos, molestia insistente que a menudo lo sacaba de quicio. Ambos generales enfermos fueron atendidos por el médico Vicente Licea, "el que más tarde se cruzará con ellos en la morgue".

Se endurecieron más las penas ese 7 de abril en contra de la población civil por la escasez de maíz en los cuarteles imperialistas; ahora la sanción a quien escondiera el básico cereal era la pena de muerte.

Entre los puentes Grande y Colorado, la artillería de Sóstenes Rocha había derribado ya una casona de mampostería que daba a la ribera del Río en su afán de ganar el mesón de San Sebastián, que seguía en poder imperialista y desde el cual fue puesto en jaque el principal bastión juarista; dicho mesón había resistido a las granadas y a los cañones porque era de adobe, por lo que el objetivo era destruirlo volándolo. A este fin había dispuesto que de inmediato sus soldados comenzaran a abrir una galería por la calle que va de San Sebastián al Puente Grande (hoy Corregidora Norte), hasta llegar bajo del mesón para construir ahí la hornilla y volar el hostal de referencia.

En la casa que ocupaba Ramón Méndez en la Plaza de Armas, se celebró una reunión —de las muchas que ha habido— en la cual éste, muy resentido y destilando envidia, vertió en el influyente Salm Salm bastante veneno en contra de Mi-

ramón, transformando los actos de heroicidad de El Macabeo en acciones de egoísmo, lucimiento e interés personal de éste y en ninguna forma favorables ni al Imperio ni a la persona del emperador. Ya comenzaban a llegar rumores dentro de la plaza sobre la derrota de Márquez ante el héroe del 2 de abril en Puebla, lo que causó desaliento en las filas, y es que la noticia llegó deformada, al sostenerse que el triunfo de Porfirio Díaz sobre el brutal imperialista fue en el camino a México cerca de Querétaro.

Basch encontró que era realmente pavorosa la situación en los hospitales: no había servicios de ambulancias, no existían lechos de campaña ni botiquines ni cajas de cirugía ni agua en los sanitarios, simplemente nada, porque Maximiliano y sus generales llegaron a la ciudad prócer improvisadamente, y dichos elementos estaban agotados. Los cuchillos de amputación estaban inservibles a causa del frecuente uso, los bisturíes sucios pues no había con qué limpiarlos y todo estaba en un deterioro lamentable. Por fin Guadarrama entró en combate, hasta San Lorenzo encontró y venció a una caballería austriaca que iba en auxilio de Márquez.

Severo del Castillo ordenó el 8 de abril un cateo de cobijas entre la población civil por faltar éstas en los hospitales imperialistas, ya que justificaba su acción argumentando que los hospitalizados tienen que pasar la noche descubiertos y con altas temperaturas. El aviso a los particulares lo dio el prefecto municipal Escobar, y en un abrir y cerrar de ojos se pudo ver a la soldadesca entrando violentamente en los domicilios para despojarlos de cobijas, sábanas, sarapes y gabanes, fueron quitadas inclusive a niños, ancianos y enfermos. Una vez requisadas las mantas de abrigo, fueron enviadas a La Cruz, desde donde se distribuyeron, preferentemente a los hospitales, como era la idea original, pero también se enviaron algunas a las trincheras en las que las aguas de un temprano temporal habían hecho más penosa la guardia de los vigías, sobre todo en la noche. Los vecinos acomodados quisieron reponer su ropa

de cama, aunque fuera a elevados precios, pero en Querétaro simplemente no había comercio de nada. Una comisión de vecinos acudió a Severo del Castillo para suplicarle que no se molestara con estas exacciones a los viejitos y señoras enfermas; éste contestó que sí, pero hizo todo lo contrario. Olvidó comentar el galeno Basch —o no supo— que si los colchones y ropa blanca, arrancados por la fuerza a la población, estaban viejos y deteriorados iban a los hospitales, y si estaban nuevos o eran de lino o seda lo reservaban los imperialistas para su uso personal vendiendo el excedente.[4] ¡Corruptos!

Llegó el 9 de abril y los sitiados estaban inquietos más de la cuenta, pues seguían esperando lo que les pudiera mandar Márquez, y además tenían la certeza de que los republicanos preparaban un vigoroso ataque por el lado sur que no estaba debidamente fortificado y que no contaba con defensas naturales. Destacaban ya en la masa arbórea de la oscura Alameda las heridas provocadas por la guerra, pues se había cortado la mayor parte de la enramada de los árboles para dar de comer a la caballada y mulada, y en sus prados también comían los equinos. Los ingenieros imperialistas que fortificaban la línea de defensa sur, al mando del capitán Betancourt y los tenientes Quintana y Miranda, parecían resignados a morir al trabajar casi frente a los fusiles rojos sin posibilidad de protección, por lo que aparte de cavar trincheras también cavaban tumbas para los compañeros que iban cayendo en esta ingrata pero importante tarea. Era tanta la mortandad entre ellos que habían escogido un rincón del huerto conventual de La Cruz para convertirlo en cementerio particular del cuerpo ingenieril, pues tenían un pacto entre ellos: que nadie quedara tirado en las trincheras sin ser cristianamente sepultado. Si había un caído, inmediatamente lo sepultaban, rezaban y después continuaban su labor, no se daban abasto, pues la artillería chinaca destruía en un rato lo que tanto tiempo costaba levantar.

[4] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 418.

Para atender las carencias de los hospitales, Maximiliano propuso a la ciudadanía la creación de una junta de beneficencia, que encomendó al párroco Agustín Guisasola, sacerdote caritativo y humilde —amigo y confesor de Mejía—, al que los ministros religiosos poco continentes atacan por su sobriedad, la que no tienen ellos. De inmediato, el padre Agustín —que antes fue soldado y al que las tempestades del alma lo hicieron espiritual— busca auxilio entre los ricos vecinos, y se pueden ver a virtuosas damas queretanas haciendo de enfermeras, cosiendo ropa de cama o dando de comer a los heridos y enfermos. Dice Hilarión Frías y Soto que Guisasola no se limitó a esto, un cargo burocrático como el gris de Basch, sino que

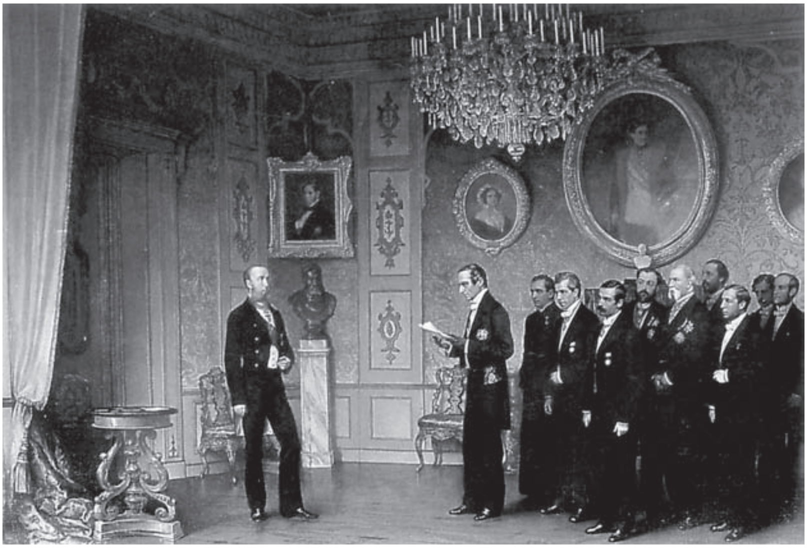
> iba a las trincheras a la hora del combate, y en medio del fuego más espantoso, ante una lluvia de balas y metralla, sereno, sin alterársele siquiera el color del rostro, llegaba a la línea de combate, adonde [*sic*] no llegaban ni los generales más audaces, y allí se inclinaba sobre el soldado herido; escuchaba tranquilamente su confesión, rodeaba de celestes consuelos su agonía, y le perdonaba sus pecados en nombre de Dios crucificado. Un día, a pesar de los regaños del general Mejía por socorrer en La Cañada a soldados republicanos heridos antes del sitio, simplemente contestó al valeroso serrano: los liberales también han tenido heridos y no traen un sacerdote que los auxilie; voy a cumplir con ellos mi misión.[5]

Sobra decir que el hedor en los hospitales de sangre era insoportable; y la cocina, no muy buena. Como no era fácil que Basch impusiera a sus colegas mexicanos sus técnicas europeas de asepsia contra infecciones en las heridas, los nacionales optaban por amputaciones rápidas, pero no indoloras, ya que el único consuelo para el enfermo era un buche de alcohol y mucho valor. Si Basch odiaba las amputaciones, más odiaba a las balas, a las que temía enfermizamente, a grado tal que huyendo

[5] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, pp. 415 a 418.

de una fusilería tiró al emperador que estaba cerca de él y casi le rompe los huesos a su jefe.[6]

El 10 de abril de 1867 hubo fiesta en el interior de la plaza queretana: perfecto marco wagneriano para una lucha sin esperanza, caricatura de representación cortesana ¡Era el aniversario tercero del día en que Maximiliano recibió a un grupo de equivocados para ofrecer el trono de tunas y nopales, y éste tuvo la osadía de aceptarla sin conocer el alma del mexicano!



La diputación mexicana ofrece la diputación a Maximiliano, 1864, Óleo sobre tela, Castillo de Miramar, Italia.

El discurso oficial, en la ceremonia llevada a cabo a las diez de la mañana en los aposentos imperiales, corrió a cargo del ministro Aguirre, que fue contestado por Maximiliano con una pieza oratoria más realista que la de su empleado y quizá recordando el orgullo alemán de su madre Sofía: "Un verdadero Habsburgo no abandona su puesto a la hora del peligro. Jamás abandonaré mi puesto, y ni un momento olvidaré que desciendo de una raza que ha pasado por crisis mucho más terribles que la que yo paso, y no seré yo quien manche la

[6] Konrad Ratz citando a Clark, *op. cit.*, p. 186.

gloria de mis abuelos".[7] También, sus generales le entregaron el documento y la medalla al mérito del valor militar, que le había otorgado Miramón el pasado 30 de marzo sin consultar a nadie.

> El proscenio de aquella escena era tristísimo; las paredes grises y polvosas de aquel sombrío monasterio estaban hechas pedazos por las balas de cañón y las granadas. La iglesia de La Cruz estaba destruida por las manos de la soldadesca que habían arrancado los magníficos altares tallados y revestidos de oro para hacer leña. Ninguna flor, ni un arco triunfal, ni una cortina en las calles, ni una ovación popular había para recordar la equivocación de Miramar.[8]

Con el objeto de abrir una salida y entrada entre la línea de circunvalación, Miramón prepara y pone en ejecución el día 11 de abril un cuidadoso plan para tomar a sangre y fuego la garita de México, importante edificio situado al sureste de Querétaro y que antes del Sitio siempre tuvo intenso movimiento económico para el cobro de alcabalas de todos los efectos y personas que iban y venían de la capital del país. Todavía las sombras de la noche cubrían el valle cuando en la plazuela de La Cruz se formó una columna poderosa imperialista, la que, al despuntar el alba de rosáceos tonos, se movió por la calzada de Los Cipreses (actual calle 20 de Noviembre, pasando Manuel Acuña) hacia el campo de combate. Esta pintoresca y arbolada calzada ya aparecía en el plano de la ciudad levantado en 1796 por don Manuel Estrella y Fernández, la que se denominaba Carrera del Acueducto, porque allí terminan los Arcos que ocupaban toda la calle, que es el costado sur del convento crucífero. Se le comenzó a llamar "de los cipreses", por la gran cantidad que de ellos se asomaban por la barda del huerto del convento vecino, los que fueron cortados para dar

7 Alberto Hans, *op. cit.*, p. 113.
8 Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, p. 420.

de comer a la caballada imperialista.[9] Apoyaron el avance de esta formación sólida fuegos convergentes de La Cruz y San Francisquito, dirigidos en contra de las tropas republicanas comandadas por los generales Riva Palacio y Vicente Jiménez y el coronel Ignacio Manuel Altamirano. ¡La inteligencia cultural de México en un campo de batalla!

El ataque imperial fue formidable a través de los dragones de la emperatriz, el batallón del emperador, los cazadores de África y los Húsares que tuvieron el encargo de cubrir La Cruz y extenderse por el llano de Carretas, al que se acercaron temerariamente hasta cruzar sus bayonetas con las de sus enemigos, cargando vigorosamente sobre la garita de México y casas circunvecinas, las que en su mayoría eran fincas campestres para los fines de semana de los ricos queretanos. La resistencia chinaca fue verdaderamente heroica durante la lucha que se desarrolla en el lapso de una hora. Fue encarnizado el combate y quedaron muchos muertos y heridos, entre éstos contamos a los imperialistas: capitán Pitner, teniente La Roche, al conde Rotosky y al joven y famoso Lubic, por quien Maximiliano tiene especial estimación y de quien, se decía, pertenecía a las mejores familias de Polonia. Salm se salvó de morir con la cabeza deshecha por un riflazo que le fue dirigido desde la garita en cuestión, casi a quemarropa, y que un subordinado desvió el fusil enemigo con el brazo. Rechazado el asalto de Los Cangrejos, los liberales obtienen un triunfo definitivo para sus aspiraciones y una clara advertencia para aquéllos: no podrán abrir ninguna brecha, no digamos para salir de la plaza, ni siquiera para tener comunicación con el exterior. Esa noche del 11 de abril, Escobedo recibió informe de Guadarrama en el que le avisó que Márquez se había encerrado en México, hasta donde lo siguió el Ejército del Sur, al mando del valiente y joven Porfirio Díaz.

[9] Valentín Frías, *Las calles de Querétaro*, México, Gobierno del Estado y Presidencia Municipal de Querétaro, 3a. ed., 1995, p. 100.

Ante lo ocurrido el 11 de abril, experiencia amarga para los sitiados, el 12 del mismo mes —ya eran 37 días de sitio—, Miramón y Ramírez de Arellano envían una larga y sombría carta a manera de parte de guerra a Maximiliano en la que le manifiestan su pesimismo sobre la situación imperante, evaluando errores pasados y presentes, y sobre todo culpando a Márquez y su tardanza, "quien no puede o no quiere llegar a la vista del enemigo que nos asedia", dicen en el párrafo inicial. Entreviendo los peligros de una salida general advierten que:

> Al sonar aquella hora suprema, lo decimos con el más profundo sentimiento, caracteres débiles o asustadizos propondrían a Vuestra Majestad que clavásemos nuestra artillería y que abandonásemos todos nuestros trenes. En tal conflicto muchos se ocultarían en la ciudad para sustraerse a los inmediatos peligros de nuestra salida; la mayoría de los que marcharan con el ejército sólo procurarían ganar terreno, alejándose del teatro del combate; muy pocos lucharíamos por honor y por salvar a V.M. y en último resultado el abandono de la plaza se convertiría en una evasión de siete mil hombres llenos de terror y pánico y víctimas de la más cabal de las derrotas. Los cañones abandonados sucesivamente al enemigo; un reguero de muertos y heridos; los cobardes arrollando a los valientes y arrastrándolos en su precipitada fuga; la caballería contraria cargando sobre los dispersos y acuchillándolos sin piedad; una deserción fabulosa y algunos hombres tomando las veredas y extraviando el rumbo para salvarse…

Para concluir esta técnica y pesimista misiva, los generales proponen a Maximiliano que escoja entre dos opciones: salir el emperador de la plaza con mil hombres y obligar a Márquez a prestar ayuda a los sitiados o enviar a Mejía con esos mil caballos y que regrese con la ayuda esperada. En ambos casos los generales se comprometen a quedarse en la ciudad para mantenerla en poder de los imperialistas hasta la llegada de los auxilios o el desgraciado evento de tener que romper el sitio a viva fuerza. Comenta Miguel Galindo que el plan propuesto para

que el monarca saliera con mil de caballería es poco práctico y lo único que se pretende con él es “deshacerse de Maximiliano echándolo como carnaza a los sitiadores”.[10]

Otra vez intentaron los sitiados comunicarse con Márquez, y para tal empeño se auto propuso ante el mismísimo emperador un connotado joven llamado Pedro Sauto, de los Malo Sauto y otras apreciables familias queretanas y sanmiguelenses conservadoras. Dijo el joven Sauto que no sería objeto de sospecha republicana porque diría a los chinacos que iba a resolver al campo asuntos de familia, la cual era propietaria de haciendas en Guanajuato y en Querétaro, como por ejemplo la hacienda de La Monja. Salido del caserío, llegó sin la menor novedad a la línea republicana situada en San Gregorio y saltó el foso de la trinchera blandiendo una bandera blanca; alegó que estaba cansado de las vejaciones de los imperialistas y deseaba servir en las filas de la República, iba bien vestido y pertenecía a una conocida y rica familia local; tenía amigos y conocidos entre los republicanos que abonaban su actividad agrícola de rico ganadero; estaba a punto de lograr su propósito cuando por precaución un oficial fuereño y rudo ordenó que se le entregara uniforme de chinaco y se le revisara ropa y equipaje con detenimiento: nada se le encontró. Pensaba ir a la hacienda de La Monja y de ahí dar un gran rodeo hasta alcanzar por el oriente el camino a México. Ya se despedía de los militares cuando a uno de ellos se le ocurrió regresarlo para examinar el sombrero: allí precisamente llevaba oculto en el listón de seda un billete de finísimo papel con la firma de Maximiliano[11] dirigido a Márquez, llamándolo de urgencia a Querétaro. Inmediatamente se avisó a Escobedo, quien no dudó en ordenar se fusilara inmediatamente a quien había intentado burlar la vigilancia juarista. Solamente atinó el joven Pedro a rogar que se le diera aviso a su familia cuando supo de su inapelable

[10] Miguel Galindo Galindo, *op. cit.*, p. 590.

[11] Algunos autores afirman que le descubrieron el billete al cambiarse de ropa. Ramírez Álvarez lo cuenta como yo en el desarrollo de este trabajo.

sentencia. Cinco tiros sonaron esa misma tarde y, de frente a las trincheras imperialistas, cegaron la vida del joven que intentó realizar un servicio en favor de miles de familias sitiadas, al que además colgaron ya muerto del palo más alto para que no dejaran de contemplarlo los partidarios de Maximiliano,[12] sacrificio totalmente inútil por la difícil situación de Márquez en México. La pasión nunca es una buena guía para alumbrar el camino de la historia.

Infame decreto publicó el cuartel general imperial que ya no nada más obligaba a trabajar a todos los varones entre 16 y 60 años de edad, sino también a los inválidos y enfermos. Quien no se presentara en las trincheras en un plazo de 24 horas, podría acudir a pagar una multa cargadísima al cuartel de La Cruz, pero si no lo hiciese se le llevaría a la fuerza a los lugares de más peligro. Sobra decir que los que se ocultaban, para no prestar este servicio social obligatorio, eran condenados a trabajar sin paga para el Imperio durante el lapso de dos años. Para qué quería dinero el Imperio si no había mercado, y los pocos víveres que había se tomaban por la fuerza, dando a cambio recibos de la proveeduría. El sueldo de nada servía al soldado y al recluta porque no había nada qué comprar. Dice Hilarión Frías y Soto que se trataba acaso de que los jefes superiores pudieran improvisar una fortuna para salvarse a la hora de la derrota o para pasar la vida en el destierro o en el retiro.[13]

Konrad Ratz asegura que el único periodista que quedó atrapado en el sitio de Querétaro fue Mr. Clark, del *New York Herald*[14] y que alcanzó a publicar detalles de éste al regresar a su tierra.

Hasta el 13 de abril se conoce la triste suerte de Pedro Sauto en la ciudad, regándose la indignación contra los sitiadores. De inmediato se organizaron rogativas por el alma de quien había tratado de servir a una causa evidentemente perdida, se-

12 José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 360.

13 Hilarión Frías y Soto, "Rectificación a la obra del Conde E. de Kératry", en *op. cit.*, p. 42.

14 Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 183.

gún lo dan a entender los informes secretos entre los más inteligentes generales imperiales.

Maximiliano, después de leer con cuidado el parte informativo de El Macabeo y Ramírez de Arellano, decidió quedarse en la plaza, a ser parte de la gloria o la desgracia y enviar a México al valiente Tomás Mejía con quien habló del proyecto y a quien dio plenos poderes para destituir a Márquez. El oriundo de la Sierra Gorda le pidió tres días más a su emperador para restablecerse un poco más de sus dolencias y poder montar a caballo, para ello consultó con el médico Licea. Ante los jefes imperialistas se presentó una mujer desaliñada y les contó una interesante historia que de pronto se creyeron: aseguró que logró romper el cerco chinaco y que había visto a Márquez por Cuautitlán rumbo a Querétaro.[15] Investigando más a fondo y observando que la fémina miraba constantemente hacia el suelo y desviaba el ojo izquierdo hacia la siniestra —como lo hacen todos los mentirosos y mentirosas— les resultó una embustera, pues no venía de México sino que fue retenida por ladronzuela y a un oficial republicano se le hizo fácil gastar una broma a los sitiados enviándola con tan importantes buenas nuevas. ¡Rieron a carcajadas los republicanos y la misteriosa fémina fue enviada a fregar excusados y a preparar comida para la soldadesca de La Cruz!

El 14 de abril de 1867 siguieron los trabajos de fortificación en el sur imperialista, pero también empezaron a construir nuevos parapetos a la izquierda del convento de La Cruz, ¡como si adivinaran que por ahí entraría su caballo de Troya personificado por Miguel López! La moral era muy pobre porque sabían que salir era ir al desastre y resistir por más tiempo el sitio era más que imposible. Los víveres alcanzaron un precio de fábula que ni la población civil ni los oficiales se podían dar el lujo de pagar y sólo los soldados, a quienes diariamente se les daba una ración —no tres— comían, más menos que más.

[15] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 98.

La gente del pueblo prefirió quedarse en sus casas y no salir a la calle por miedo a la tortura psicológica y material del incesante cañoneo republicano que dejaba todos los días hombres, mujeres, ancianos y niños heridos o muertos hasta en sus patios y huertos. La ciudad estaba prácticamente paralizada y ni las cantinas abrían por falta, no de clientela, sino de productos y poder adquisitivo.

Los republicanos estaban en profunda calma diciendo que se "habían de comer esa tuna" con el simple paso del tiempo. Esa noche Maximiliano salió a recorrer las líneas defensivas, lo cual no era del agrado de sus allegados por el peligro que implicaba, sin embargo, el hijo de Austria desoyó consejos y, recordando que era marino, tomó sus catalejos y verificó los puntos estratégicos como si desde su nave otease el mar. El día 15 de abril se desayunaron con la noticia de que Mejía no se había recuperado de sus males y por lo tanto no podía salir a la capital del país, obligando a su cuartel general a tomar otras providencias para lograr el propósito anunciado en la apocalíptica carta. En el cuerpo de ingenieros se trataba muy mal a los que no fueron a trabajar en las trincheras de muy buena gana, dándoseles de cintarazos en las desnudas espaldas para que trabajaran con dinamismo y sin miedo. Los allanamientos de domicilios particulares ya se extendían hacia bienes inmuebles eclesiásticos en busca de alimentos.

Sin embargo, en el campo republicano también había faltantes de recursos, pues a pesar de que se les enviaba ayuda de los estados vecinos, los artículos de boca escaseaban en los alrededores de Querétaro, por haber tenido que mantener a millares de soldados que doblaban la población a que estaban acostumbrados los productores locales y, además, el agua del Río Blanco era inservible, aún para las bestias, por la cantidad de hombres y animales muertos que yacían en su lecho.

Urgentemente se citó a consejo de guerra el 16 de abril, en el que Maximiliano pretendió que estuvieran todos los generales y, como Mejía seguía postrado en su lecho, se decidió que

la importante reunión se celebrara en la casa de éste. Dramáticamente sentados en derredor del enfermo que seguía recostado, se debatió sobre estas hipótesis: 1. ¿Se debía continuar la defensa de Querétaro o había llegado el momento de abandonarla? 2. Si continuaba la defensa de la plaza, ¿cómo hacerse de víveres, forraje y dinero? 3. ¿Qué debería hacerse con la caballada? 4. Una vez que se crea conveniente continuar la defensa ¿qué tiempo se debería permanecer en Querétaro aún en ese estado de estrechez? 5. ¿Se debería de nombrar una comisión de generales para proporcionar recursos pecuniarios al ejército? 6. ¿Era conveniente la salida de esta plaza de los señores: general Pantaleón Mariano Moret, coronel Campos y príncipe de Salm Salm a la cabeza de la caballería? Muy larga y acalorada fue la discusión que provocó cada uno de los puntos a tratar en esta reunión, pues eran tan enconados los resentimientos que había entre los generales que sus opiniones eran disímbolas, como en una cena de negros. Como resolución tomada, de inmediato se envió al general Moret y a los coroneles mencionados a México con el objeto de traer recursos, aun contra el consentimiento de Márquez, a quien ya se consideraba como traidor; pero todavía tenían la esperanza de que éste pudiera revalorar su conducta y volver. Se empiezan a hacer los preparativos para la salida de Salm y compañía y se redacta un pormenorizado documento para violentar el retorno del hijo pródigo, o tomar las medidas pertinentes; la salida será el 17 de abril. "Seguramente el desgraciado príncipe debía tener ya muy débil la cabeza cuando confiaba a un extranjero como Salm una misión tan delicada, dándole poderes más amplios que los que tenía Márquez, el cual supuestamente representaba a la soberanía".[16]

Durante todo el día 17 de abril se preparó la salida, entre lo que sobresale la instrucción para que varios diplomáticos extranjeros puedan llegar a Querétaro y asegurar un trato humanitario de los republicanos sobre los sitiados y para que hagan

[16] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, p. 425.

saber a Juárez que Maximiliano dejará el mando del país a una asamblea nacional. También llevaba como pueril encargo Félix de Salm el traer kilos y kilos de condecoraciones. Mi pregunta obligada es: ¿y para qué? Por su lado, el médico Basch escribió una extraña e impertinente carta al cónsul norteamericano en México, Marcos Ottenbur, en la que le dice en un tono lastimero que "los mejores ciudadanos norteamericanos no están peleando con los juaristas, ya que dos soldados de esa nacionalidad que fueron hechos presos y traídos a La Cruz, luego que vieron al emperador le pidieron ser admitidos en la filas imperialistas". ¿Nada más por contemplar al austriaco? ¡Qué poder de convencimiento! También se quejaba el galeno de que los republicanos parecían comanches o apaches a la hora de fusilar a sus rehenes, y que Maximiliano tenía en Querétaro a 600, entre los que se contaban 12 oficiales, y que a pesar de que sus generales le pedían venganza, el emperador fue magnánimo.

Esa noche del 17 de abril era de luna llena y el valle podía contemplarse en todo su esplendor con mucha claridad, los republicanos habían colocado abundante caballería por el lado del Cerro de las Campanas y sobre vigilado el punto. Por allí iban Pantaleón Mariano Moret, Campos y Salm Salm, a quienes se les había entregado la caballería menos útil para la defensa de la plaza, es decir, 600 caballos escuálidos y enfermos. Desde el cerro mencionado y el Río Blanco se apoyaba con los guerrilleros Zarazúa y Macario Silva a estos enviados para que lograran su salida, la cual se hizo inútil por el bien cerrado cerco republicano, por lo que Salm y compañía regresaron después de dos horas descorazonados e impotentes entre las fosas y acequias del occidente queretano a rendir un desalentado informe a sus superiores dando como pretextos mil razones. Solamente Zarazúa y cincuenta[17] de caballería consiguen escaparse, ignorándose la suerte que pudiera correr con el ínfimo grupo que lo acompañaba. Todos los documentos que

[17] Cien hombres de a caballo y no cincuenta, manejan la mayoría de los autores como Somuano, Hans, Basch, Tafolla, de León Toral, etcétera.

llevaba Salm —incluyendo poderes para arrestar ministros que no obedecieran sus órdenes y la solicitud de 200 mil pesos al padre Fischer— fueron devueltos a la secretaría particular de Maximiliano, quien esperaba una nueva oportunidad para tener comunicación con la capital del país, único medio a su alcance para salvarse, según él. En caso de haber tenido comunicación con Márquez, dudo mucho que éste le hubiera hecho algún caso al enviado imperial. ¡Al mismo Maximiliano lo despreciaba!

Salm se hizo el ofendido por estar a las órdenes de Pantaleón Mariano Moret, hombre de cortos alcances,[18] sin embargo, así tenía que suceder por ser éste general y Salm coronel, a pesar de las promesas del emperador de ascenderlo de grado, quien no pudo vencer la oposición de los generales mexicanos que no *tragaban* al mercenario alemán. Apenas conocido en el cuartel general de Escobedo el atrevido escape de los guerrilleros Zarazúa y Macario Silva, y teniendo en cuenta que venía de San Luis Potosí un convoy de municiones enviadas por el gobierno juarista,[19] se ordenó a un núcleo fuerte de hombres de caballería que custodiara dicha carga pues no se sabía de las intenciones del guerrillero de innoble apellido. La salida de Zarazúa y Silva no resultó muy importante para la República, pues éstos no tenían poderes para marchar a México y destituir a Márquez ni tenían el prestigio de otros enviados para convertirse en un dolor de cabeza en los planes de Escobedo.

Ese 18 de abril empeora más la situación en la plaza sitiada pues los pozos casi están secos por completo y el sol primaveral es calcinante. La sed se constituye en el jinete apocalíptico más feroz, a lo que se debe de enfrentar la población y, por tanto, la soldadesca, como si fuera nuncio de la muerte en el escenario de tragedia que vive Querétaro. Posesionados de la línea del Río en casi toda su extensión —menos en el Puente

[18] José C. Valadés, *op. cit.*, p. 382.

[19] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 103.

Grande y mesón de San Sebastián—,[20] ni siquiera la caballada puede acercarse a beber en la pútrida agua. Muchos de los caballos, moribundos por la sed, el hambre y las heridas, han sido sacrificados y con su carne se abastece la ración diaria a los soldados; también las mulas de las baterías se hallan en estado lastimoso, atadas días y noches, mal alimentadas, flacas y llenas de mataduras, pese a los cuidados que se les prodigan para contener su sufrimiento, el que las deja con un aspecto horroroso, por lo que son sacrificadas. Una pequeña porción de estos cárnicos llega al pueblo, el que tiene que pagar precios muy elevados.

Ante esta situación cunde más y más la desmoralización entre las tropas que ya no reciben ninguna clase de pago, lo que naturalmente obliga a muchos soldados a desertar, pasando a los republicanos que, si bien no viven en Jauja, sí tienen alguna satisfacción a sus necesidades elementales. Por culpa de que no se ha dado sanitaria sepultura a los cadáveres de humanos y bestias, la peste se apoderó de la levítica ciudad aumentando sus males, sumados a los que traen las tempranas lluvias que alivian el calor pero propagaban el escurrimiento de aguas negras y la descomposición de fiambres.

En cuanto al aspecto bélico, los chinacos siguen verificando ligeras escaramuzas y cañoneando las líneas retrógradas que responden tímidamente, ya que el poco parque de que disponen se ha de utilizar en un combate importante que se esperaba de un momento a otro.

El día 19 de abril, recibe en su casa Tomás Mejía a dos subordinados suyos, el coronel Silverio Ramírez y el comandante Adame, quienes le llevan una carta a nombre de la soldadesca en que pintan con colores vivos y un realismo espantable la situación de la plaza; ahí mismo le piden interceda ante Maximiliano para que éste entre en tratos con Mariano Escobedo a fin de que cese el sitio, toda vez, según dicen, que no es posible la conservación del Imperio en México, debiéndose por

[20] Que es el mismo también llamado mesón de la Otra Banda.

tanto dar por vencido para que acaben las penalidades de miles de seguidores y de la población misma. Recibió Jamás Temió la misiva y la importante petición y releyó todo concienzudamente; después tomó una resolución que se aproximaba a lo que se le había pedido: enviar la carta a Maximiliano para que éste conociera el sentir de los que a diario se mueren en la raya sosteniendo un moribundo Imperio. Apenas recibió la misiva el archiduque montó en cólera vivamente indignado contra los autores de la misma y, contrariando su costumbre de bondad y serenidad, da una disposición terminante: que se arreste y encarcele a éstos y a varios jefes y oficiales que pensaban como ellos y aguarden el juicio correspondiente por traición, porque según él, ya no tiene confianza en los suyos. Entre la tropa, estupefacta por lo que ocurre, se dejan oír palabras de apoyo a la hora del arresto, que fue a las tres de la tarde, para Silverio Ramírez y para Adame, argumentando la plebe que en las sesiones del consejo de guerra se ha propuesto lo mismo por los generales superiores y no pasa nada ¡Y tienen razón los que piensan así! "Lo que en el pobre es borrachera, en el rico es alegría", dice el pueblo mexicano.

Regresa Guadarrama a la línea de circunvalación y es ampliamente felicitado por sus compañeros de armas por su contribución a la derrota de Márquez. Nuevamente se reciben informes de que el imperialista Olvera merodea por la hacienda de Chichimequillas, así que se reitera a quienes lo vigilan el que estén en alerta para evitar un asalto sorpresivo de los soldados de la Sierra Gorda.

El 20 de abril se imponen nuevos préstamos forzosos a los vecinos. El rudo general Méndez manda llamar a los sospechosos de tener dinero a su oficina del palacio de la Corregidora, convertido en palacio departamental y en donde despachan los funcionarios que sirven a Maximiliano en lo administrativo. Entre los más prominentes sospechosos se encuentran don Bernabé Loyola y don Juan Rubio, a quienes se les exigen mil pesos por cabeza, afirmando Loyola que no puede dar nada

porque simplemente ya no tiene para dar; Rubio da quinientos esperando que sus deudores le paguen a la vez. Otro de los sospechosos era el agiotista Guadalupe Barragán, quien fue sacado de su escondite por un ayudante de Méndez, y quien no quiere dar los cincuenta pesos que se le impusieron. Entonces Méndez le dice que lo va a poner de pie encerrado en un círculo sin poderse mover fuera de él; si sale del círculo recibe de palos y se devuelve al redondel, en donde por cada hora que dure su rebeldía se le aumenta un peso más. Ante la amenaza responde el agiotista pagando inmediatamente. Otros vecinos se han escondido en los agujeros que cavaron en el interior de sus casas, las cuales son cateadas cruelmente por los ya odiosos imperialistas. Los vecinos que pueden huir a otro lado de la ciudad lo hacen dejando sus casas solas, pero son encontrados irremediablemente por los alcabaleros una vez que se interroga a sus vecinos y se les obliga a develar el paradero de los medrosos en el pago.

Miramón ha sufrido otra pérdida irreparable: su amigo el coronel Farquet, que resultó herido en la batalla por la garita de México, ya iba saliendo de sus males cuando una intempestiva gangrena puso fin a su vida. Los funerales tienen lugar el 20 de abril en San Francisco, a los que concurrieron muchos jefes y oficiales, en medio de imponentes coros, cientos de cirios encendidos y las notas impactantes del gran órgano catedralicio. En la humilde caja de madera se depositaron el cuerpo y la espada del bravo coronel, que fue metida en una tumba hecha en el mismo suelo de la catedral, la que Miramón roció de agua bendita para después separarse del grupo fúnebre y retirarse montando en su caballo con rumbo desconocido, sumamente triste pero resuelto a fungir como padrino de los dos huerfanitos hijos de Farquet, porque la esposa de éste había muerto poco antes en Morelia al dar a luz a su segundo hijo. Cabe resaltar que Farquet, al igual que Miramón, fue niño héroe en las batallas de Chapultepec y Churubusco, durante la invasión

norteamericana. Esa mañana arribaron 500 refuerzos más al campo republicano provenientes de Huetamo Michoacán.

Ha pasado el día 21 de abril sin que ningún acontecimiento lo señale y sólo por la noche ocurre algo insólito que pone en sobresalto a Maximiliano, que se encuentra de por sí sumamente nervioso y pronto a tomar decisiones intempestivas. Parece que insidiosamente el general Ramón Méndez ha hecho creer al emperador que esa noche será arrestado —el propio Maximiliano— por Miramón, quien entrará en tratos con los juaristas para entregarlo, salvándose mediante este procedimiento.[21] Inmediatamente el monarca se medio viste y llama con urgencia a Félix de Salm Salm, quien encuentra en paños menores a su jefe, el que le impone de la situación y le solicita tomar las medidas necesarias para contrarrestar la supuesta acción de El Macabeo. Salm se dirige una cuadra abajo, al cuartel de los Húsares, los soldados más cercanos a Maximiliano, y despertando a los jefes los alerta para que estén pendientes por lo que pueda suceder esa noche de negros presagios, provocados por Méndez en el carácter medroso del archiduque, ajeno a las intrigas proverbiales de mexicanos de bajo perfil. Con la rapidez que reclaman las circunstancias, un considerable número de húsares acude a la celda del emperador —que ya se vistió completamente— y esperan el presunto ataque. Pasa el tiempo y éste nunca tiene lugar: los informantes de Salm le cuentan a éste que Miramón, después de sus acostumbradas actividades nocturnas recorriendo la plaza, se ha retirado a su domicilio en donde al parecer se encuentra dormido, pues no se advierte ningún movimiento ni en el interior de la casona del conde de Sierra Gorda, ni en su exterior. Por lo pronto, Maximiliano vuelve a acostarse y les pide a los húsares vigilar hasta que despunte el alba, y al llegar ésta se retiran los soldados de élite sabiendo que el supuesto arresto era fruto de insidias. El monarca, probablemente amargado por las muchas intrigas entre sus generales, está intimando más y más con Salm Salm, a

[21] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 106.

quien Miramón no baja de muy vanidoso, muy engreído y que no sabe entender a los soldados mexicanos, por ello, el mercenario alemán prefiere comandar belgas, alemanes, franceses y austriacos. Mientras esto tiene lugar en la conventual ciudad, Campbell, el embajador de Washington ante el gobierno republicano, le sugiere a éste que al caer presos Maximiliano y sus partidarios reciban el tratamiento humano concedido por las naciones civilizadas a los prisioneros de guerra.[22]



Príncipe Salm-Salm (Litografía tomada de Salm, 1868).

Debido al escape del guerrillero conservador, coronel Zarazúa, y su compañero Macario Silva el pasado 17 de abril —del que se supo que huyó hacia Santa Rosa Jáuregui y tomó a la Sierra Gorda por ser gente de Mejía—, el 22 de abril deciden los republicanos fortificar su línea sitiadora en el Cerro de las Campanas y nuevamente aparece otro ahorcado frente a las trincheras imperialistas: se trataba de otro correo enviado al mortal peligro por la ansiedad de Maximiliano de tener noticias de Márquez. Aquél sostiene muy temprano una entrevista con Miramón, en la cual se desvanecen las sospechas de la

[22] José Fuentes Mares, *Miramón el Hombre*..., *op. cit.*, p. 205.

supuesta detención y entrega. Después de esta entrevista, don Miguel acude al Puente Colorado,[23] autorizado por su emperador y acompañado de Ramírez de Arellano, para sostener una charla con su antiguo compañero de aulas en el Colegio Militar, el general Sóstenes Rocha, de la cual no había dicho nada ni siquiera a su hermano Carlos, que se hallaba casi siempre a su lado, para lo cual se suspenden todas las hostilidades sobre el Río Querétaro. Por medio de un mensajero del campo contrario, Miramón recibió una carta de su noble amigo el coronel liberal José Rincón Gallardo, quien desea encontrarse con él. Este oficial y su hermano Pedro proceden de una familia de nobles desde la época virreinal; su madre, la marquesa de Guadalupe, era muy amiga de Maximiliano y dama de Carlota. Evidentemente los juaristas consideraban que había llegado el momento de negociar la rendición de los verdes. También estaría en la plática otro viejo amigo de Miguel, el coronel republicano Montesinos, y el propio Rincón Gallardo. Eran las nueve de la mañana la hora en que se llevó a cabo esta corta pero crucial plática en la que Rocha instó a Miramón a decirle a Maximiliano que capitulara lo más rápido posible, prometiendo la libertad a los jefes imperialistas de la plaza, incluida la del llamado emperador.[24] Miramón no llevaba poderes ni instrucciones para acceder a tanto, así que se negó y preguntó a su fraterno por qué los juaristas no se adherían a la idea de convocar a un congreso constituyente que decidiera la forma de gobierno en México, ya que desde hacía dos años había vencido el período presidencial de Juárez. Para concluir, Rocha invitó a Miramón a pasarse en lo individual a las filas chinacas pero éste se negó terminantemente, lo mismo que a hacer un alto temporal al fuego, retornando así con su acompañante a informar de lo acontecido al ahora inseguro y acalambrado

[23] Ratz asegura que fue en el Puente Grande, *op. cit.*, p. 182.

[24] Aquí rectifica Frías y Soto a Basch (*Rectificaciones a las memorias…*) llamando absurda a esta pretensión, pues los republicanos no ofrecieron nunca la libertad a Maximiliano; detenerlo era el principal objetivo del sitio porque así se obtendría la paz pública, p. 429.

Maximiliano, después de dar un fraternal y apretado abrazo a sus viejos compañeros de escuela.



El coronel republicano y banquero José Rincón Gallardo, Colección particular.

En el *Boletín de Noticias* que publican los imperialistas en la plaza, nuevamente se da a conocer la mentira de que ha llegado un correo de México con la buena nueva de que Márquez triunfó en la capital y dentro de pocos días llegará a Querétaro para acabar con los sufrimientos de esta benemérita y patriótica población. Esto es una vil mentira a todas luces o una broma macabra filtrada por los rojos sitiadores o un ardid del cuartel general de La Cruz para levantar el ánimo de la gente queretana que está enloquecida de dolor. Cuando la perra es brava, hasta a los de casa muerde. ¡Cómo es posible que Severo del Castillo haya compelido violentamente y en horario nocturno al queretano más amigo de Maximiliano, Carlos M. Rubio, en cuya casa se quedó en agosto de 1864, para exigirle 1384 pesos so pena de enviarlo a trabajar a las trincheras de más peligro! Se salva el rico industrial ofreciendo hacer el 23 de abril, a una hora decente, los trámites para la entrega.

Vuelven a enviarse tres correos más por parte de los imperialistas: una mujer, un indígena y un oficial. Los primeros atraídos por la oferta de una fuerte compensación en lo económico y el último por una condecoración y un ascenso. El destino de los tres resulta completamente misterioso, pues nunca vuelven a saber los sitiados de dichos enviados.[25] El 23 de abril se da una nueva oportunidad a los húsares para entrar en acción, desprendiéndose del cerro de Sangremal contra una división republicana atrincherada en Patehé, y sin entablar formal combate hay un encuentro cuerpo a cuerpo en el que los Húsares logran hacer veintidós prisioneros al enemigo, uno de los cuales es oficial, los que de inmediato son conducidos a La Cruz en donde se les somete a largos y rigurosos interrogatorios. Se da la orden de vigilar si hay un movimiento republicano en el camino a México, pues si lo hay, es verdad que viene Márquez a Querétaro, pensaban ilusamente los mochos. Las cotillas queretanas decían que Márquez andaba por Salvatierra, a no más de dos jornadas de Querétaro, todo por haber visto que el general Guadarrama reacomodó sus tropas por el rumbo del camino a Celaya.

Maximiliano prometió al clerical y piadoso pueblo queretano devolver todos los préstamos forzosos en caso de alcanzar la victoria, pero también regalar un crucifijo de oro macizo para el altar mayor de La Cruz.[26] Ante notario público y con testigos, acude don Carlos María Rubio para protestar por la extracción autoritaria que le hicieron los imperialistas esa última vez. Ese 23 de abril de 1867 los republicanos lograron apoderarse de la ribera sur del Río Blanco, ya que anteriormente sólo eran dueños de la ribera norte. Durante la noche desertan algunos soldados imperialistas, mexicanos y extranjeros, informando a los republicanos que la situación es cada vez más insostenible y que adentro de la plaza se prepara un gran asalto para fecha próxima sin poder precisar el frente específico

[25] Luis Islas García, *op. cit.*, p. 281.
[26] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 214.

de ataque. Por cierto que para ese día, la fuerza de la República en Querétaro ya cuenta con una legión extranjera de 150 soldados norteamericanos y no nada más uno que otro mercenario sajón aislado como lo fue al principio del sitio. También se sufre en este bando por la escasez de agua: nada más para los humanos requieren diariamente de un mínimo de 75 mil litros, y para el ganado de 180 mil.[27] En materia de víveres, se calcula que el requerimiento diario era de 12 mil quinientos kilos de tortillas, 150 mil piezas de pan, 5 mil kilos de carne, 1 500 kilos de frijol, 500 kilos de azúcar, 200 kilos de sal, 36 mil kilos de grano para forrajes y 9 mil pacas de pastura, sin considerar leche, café y leña para cocinar.[28]

Desesperados esfuerzos realizan el 24 de abril los imperialistas para levantar la moral de los sitiados o, en el mejor de los casos, romper el sitio. El coronel Antonio Gayón recibe orden de efectuar una salida en contra de las tropas juaristas que se encuentran cerca del Cerro de las Campanas, hasta las que llega sorpresivamente, pero es rechazado de inmediato, pudiendo traer consigo unos veintiocho prisioneros provenientes del famoso batallón republicano llamado Supremos Poderes, que mucho daño han hecho a los sitiados con sus heroicas acciones y caracterizados por sus uniformes grises de paño, galones amarillos y chaco negro.[29] Éstos son llevados a La Cruz, la cual, debidamente fortificada, estrena baterías cañoneando despiadadamente la garita de México desde las once de la mañana. Esta acción es contemplada con placer desde lo más alto de la torre por Maximiliano, Miramón, Salm, Miguel López y el mayor Malbourg, quienes reciben un tremendo baño de tierra cuando un obús republicano llega como respuesta, quizá, descubriendo que Maximiliano estaba trepado en el campanario sin campanas. Bajan llenos de polvo y tristeza al darse

[27] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 167.
[28] *Ibidem*, p. 168.
[29] Los soldados del batallón de Supremos Poderes, junto con los Cazadores de Galeana y la Legión del Norte, fueron los más destacados cuerpos bélicos republicanos en el sitio de Querétaro.

cuenta que las dos sorpresas en contra de sus contrincantes fueron un fracaso. Esa noche de 24 de abril son aprehendidos un capitán y un sargento republicanos, que en completo estado de embriaguez cruzaron sin querer las líneas enemigas, los que fueron remitidos a La Cruz y a Casa Blanca respectivamente. Dichos beodos informaron a los imperialistas de la derrota de Márquez en San Lorenzo, Puebla, ante Porfirio Díaz.

El 25 de abril se apodera de Maximiliano la desesperanza, a grado tal que hablando de ello con Basch le dice "Debo estar dispuesto a todo; y en caso de que tal suceda, estoy resuelto a escribir en el acto a Juárez, que si quiere sangre tome la mía y se contente con ella". Mas para el indio zapoteca no era momento de iniciar una relación epistolar sobre tópico tan macabro y no se tomó la molestia de contestarla al generoso donador de sangre, pues más temprano la tomaría con o sin el consentimiento de éste. Como también considera la opción de salir a la Sierra Gorda donde Mejía está invicto, se pasa el día en los preparativos para asaltar San Gregorio y a San Pablo que considera las llaves para llegar a la serranía. A este propósito se dan las órdenes necesarias que consisten en que el capitán francés Curie —con el batallón de cazadores de África y otro cuerpo— debe tratar de sorprender a los republicanos por el lado norte de la ciudad, mientras la brigada de Salm Salm estará pronta para apoyar en un ataque que debe de ser rápido y violento, pues esta línea es la mejor que tienen los chinacos. Si esta acción tiene éxito, el general Valdez ocupará el cerro de San Gregorio y enseguida al escarpado San Pablo y, si se malogra, deberá proteger a las tropas imperialistas en su retorno a la ciudad. Se designa a Miramón para que dirija este ataque que debe iniciar movimientos a las 24 horas —cero horas del 26— por lo que don Miguel se retira a dormir a su casa desde donde habrá de salir en unas horas para realizar la sorpresiva envestida. Unas horas antes, en la casa del vicecónsul español Ángel de la Peña, tuvo lugar un exceso de la rapiña imperial al violar los cobradores el domicilio de éste para embargarle

almacenes de maíz. Inmediatamente el funcionario hispano llamó a un notario público, con el objeto de que diera fe del abuso imperial, por no haber ninguna autoridad ante quién pedir protección o justicia.

Miramón comprendió mal la orden respecto del movimiento que se iniciaría contra San Gregorio, pues habiendo entendido que era a las dos y no a las doce a.m. (cero horas) del 26 de abril, cuando se dispuso a hacerlo era ya demasiado tarde, pues se había tocado diana en el campo enemigo y estaba más alerta que nunca. ¡Otra vez se rumoró que Miguel Atenógenes andaba de amoroso, razón por la cual se le hizo tarde!

Ante Maximiliano, los generales Miramón, del Castillo y Ramírez de Arellano planean la forma de abandonar, ahora sí, la plaza, pues se enteraron, por carta del ministro imperial de gobernación, José María Iribarren,[30] de la derrota de Márquez con todos los pormenores de la misma, perdiéndose cualquier esperanza de que pudieran llegar refuerzos, por lo que hay que tratar de salvar la vida de los principales jefes y de Maximiliano. Varias importantes conclusiones tienen lugar en esta reunión, que de inmediato se ponen en práctica. Ante todo, se pretende encubrir la noticia de la derrota de Márquez para que el pueblo no se espante ni desanime; así que echaron las campanas al vuelo en todas las iglesias, templos y capillas para dar a entender que La Hiena de Tacubaya estaba cerca, y eso despertó el entusiasmo de los sitiados. Este repique vespertino se escucha por largo rato y desconcierta a los mismos republicanos que —conscientes del estado de la plaza— no adivinan cómo pueden celebrar algo, además tocando dianas estruendosas. Don Hilarión Frías se mofaba de estas manifestaciones optimistas de los sitiados: “estas mentiras imperiales eran ya

[30] Con esta carta enviada por el nuevo ministro de Gobernación se prueba que algunas medidas tomadas por Maximiliano y dadas a Márquez y Vidaurri sí se cumplieron, como las de destituir y nombrar ministros en el gabinete imperial con sede en México. Aun así Frías y Soto tilda de falsa a esa carta, que cuando menos, supongo yo, era verdadera en el fondo al describir la derrota de Márquez.

contraproducentes, porque en vez de ser creídas, irritaban a los habitantes de la ciudad que adivinaban la verdad, y sólo veían en aquellas farsas un irritante sarcasmo".[31]

El plan imperial, para el 27 de abril, era atacar El Cimatario, mientras que Severo del Castillo tomaría la hacienda de Callejas, apoyado desde San Francisquito, para impedir refuerzos republicanos desde el sur, y concentrar gran parte de la artillería en la Alameda y distribuir por ese rumbo botes de metralla. Maximiliano ordena a Basch empacar los archivos y todas sus pertenencias, que deberán ser llevados por los húsares en la probable salida de la ratonera, como él llamó a Querétaro en los primeros días del Sitio.

Los republicanos recibieron el convoy de municiones de la capital potosina, por lo que repartieron las mismas entre las fuerzas más necesitadas, dejando para la mañana siguiente repartir el resto. Miramón será el jefe de las fuerzas imperiales que ascenderán a tres mil hombres en la salida y su punto fuerte será la Alameda. La caballería de Mejía, quien siguió enfermo, será mandada por el general Gutiérrez y la hacienda de Casa Blanca protegida por el general Ramón Méndez. Objetivo único: salir de Querétaro, rompiendo el cinturón de plomo y pólvora.

Cada día crece la seguridad de que el ejército imperial encerrado en Querétaro está perdido sin remedio porque, aunque las bajas de las tropas en cada salida no han sido muchas, han fallecido algunos de los mejores y más valientes oficiales y su ausencia se hace sentir en las filas cansadas de lucha. Como refuerzo a lo anterior, comento que al empezar el Sitio la fuerza imperialista era de nueve mil hombres y ahora, 26 de marzo, quedan 7 000 soldados, a los que si sumamos los 1 500 o 1 600 que se llevó Márquez, el total de pérdidas de los sitiados entre desaparecidos, heridos y occisos es de apenas 500 o 400. Entonces, su principal enemigo a vencer es la desmoralización que da no tener un rumbo, el no saber adónde vas,

[31] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, p. 431.

como nunca lo supo Maximiliano de Habsburgo, quien a esas alturas ya protestaba hasta por la ración de pan escasísimo que le hacían unas pobres monjas, empleando para ello la harina que en su origen estaba destinada para confeccionar hostias, o rezongaba de un pollo asado de pésima calidad que le enviaban particulares del bajo pueblo, que preferían dar estos alimentos al intruso que proporcionárselos a sus escuálidos hijos. En la cabecita loca de los jefes imperiales rondaba la idea de estar sitiados o cercados también por traiciones. Se preguntaban sin obtener respuesta: ¿cómo obtienen tanta información de nuestros movimientos los republicanos? Al final del Sitio sabrán del sistema de señales en las azoteas a través de banderas de colores apuntando a las alturas que rodean a la ciudad, utilizando una tecnología parecida a la clave Morse, ideada y financiada por el libérrimo don Bernabé Loyola.

•

27 de abril: la batalla por el Coyote Macho

Entrada la medianoche (madrugada del 27 de abril), Ramón Corona visita en la hacienda de Carretas a Vicente Riva Palacio y a Ignacio Manuel Altamirano para advertirles de la posibilidad de la décima salida imperialista y que lo mejor era estar en alerta, compartiendo después una frugal cena y procediendo a dormitar vestidos sobre un gran banco de la finca —el único que allí había—, agrupándose alrededor de dichos jefes los ayudantes de Corona que habían tenido participación en la conversación. Durmieron poco y mal, hasta que un cañonazo los despertó a las cinco de la mañana.[1] En la garita de México se encontraba dormitando con sus valientes surianos el general Vicente Jiménez y en la hacienda de Callejas hacían lo mismo los coroneles Vicente Villada, Franco y Carrillo. En el sur estaban Régules y Francisco Vélez y en El Jacal vigilaba el general Manuel Márquez. Todavía las sombras de la noche cubrían la ciudad cuando ya Maximiliano estaba de pie rodeado de Salm, Basch, Blasio, Pradillo y Miguel López, disponiendo que los Húsares y su guardia personal se

[1] Ignacio Manuel Altamirano, "El 27 de abril en Querétaro", en Ramón del Llano Ibáñez, *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano*..., *op. cit*., p. 177.

concentraran en la plazuela de La Cruz, listos todos para una eventual salida. Las valijas y caballos estuvieron listos para marchar desde las cuatro de la mañana. Mientras tanto, por los escarpados de la ladera sureste de El Sangremal, avanzan lentamente las fuerzas de Severo del Castillo tratando de que sus pisadas no sean escuchadas en las trincheras republicanas, ocultándose entre la nopalera y el organal.

Antes del amanecer se hallaban ya listas las tropas reaccionarias y orientadas de acuerdo a sus objetivos, y a partir de las cinco de la mañana se desencadenó de un modo preciso la maniobra prevista, iniciando los del Imperio con un intenso cañoneo desde La Cruz sobre la garita de México. Hasta allá llegan Corona, Riva Palacio y Altamirano, diciendo el primero al último que dijera a Jiménez que se sostuviera y que pronto le llegarían refuerzos. Desde la azotea del pórtico principal de la garita de México responden los cañones republicanos pero, ¡oh sorpresa! Se creía que nada más era el ataque de artillería y tarde se dieron cuenta de que los fusileros de Severo del Castillo ya estaban venciendo los muros y parapetos de adobe y sacos de tierra. Una bala de cañón bien dirigida arrancó la cabeza de un sargento y el brazo de otro, de apellido Tlatempa, salpicando de sangre, trozos de carne y sesos a los generales Jiménez y Vélez, así como al coronel Ignacio Manuel Altamirano.[2]

No me explico por qué los sitiados no encontraron al principio ninguna resistencia —ni en la garita de México defendida por el general Vicente Jiménez ni en las posiciones frente a la Alameda, de donde se retiraron los sitiadores a gran distancia—, si parecía que los republicanos ya sabían lo que intentaban los imperialistas gracias al sistema de espionaje establecido desde la plaza.

La caballería del general Aureliano Rivera, mandada en auxilio de Jiménez, fue arrollada por la embestida de las fuerzas sitiadas que, apoyadas en la garita de México y en la hacienda de Callejas, ampliaron la brecha abierta en el sur y llegaron

[2] *Ibidem*, p. 180.

hasta la hacienda de El Jacal, rompiendo así la línea de circunvalación en un trecho de varios kilómetros y amenazando la retaguardia de las unidades que aún se sostenían en los extremos. La mayor parte de los defensores republicanos de El Cimatario, que parecía un hormiguero, al mando de Corona —eran unos 10 mil hombres— abandonó sus puestos en los primeros minutos y se replegó totalmente derrotado por las faldas de la montaña, y sus 21 piezas de artillería, escritorios, caballos, mulas, archivos y equipajes del cuartel general del Ejército de Occidente cayeron en manos de Miramón que los hizo conducir —cargando con éstos los prisioneros juaristas—, desde luego, al centro de la ciudad junto con numerosos carros de víveres y municiones arrebatados a los rojos. Una multitud hambrienta del pueblo de Querétaro —incluyendo mujeres y niños familiares de los soldados sitiados—, creyendo que escapaba el ejército imperialista de la ciudad, ha ido tras él y, aprovechando la confusión, se han volcado sobre los víveres,[3] apoderándose también del escaso numerario, ropa, cadenas y recuerdos de familia de los muertos y heridos, cual aves de rapiña al olor de la sangre. Los artilleros de Hans ven pasar nada más a los de caballería e infantería cargando víveres, mulas, cabras, caballos, vacas y hasta finos licores sin que para ellos haya nada, pues no pueden moverse por razones de su arma.[4] Ya es completamente de día y la luz permite ver la magnitud del desastre en la línea sur y tan pronto el general Vélez se da cuenta, rinde parte al cuartel general situado en Patehé, donde el general Escobedo ordena a las fuerzas de reserva que acudan a cerrar la línea rota y asigna al general Ramón Corona refuerzos, como eran el Batallón de Galeana, el de Cazadores de San Luis y un regimiento norteño, los cuales contraatacaron furiosamente y destrozaron a la escolta imperialista que trasladaba los víveres hacia la plaza, que pudieron ser recuperados en parte. El archiduque se trasladó al campo de acción y felicitó allí

[3] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 114.
[4] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 124.

mismo a Miramón por los espléndidos resultados de su ataque; al tiempo que El Macabeo contestó: "Señor, en esta batalla el general Méndez se ha manejado como siempre". Al regresar vanidoso para ostentar sus logros en el poblado, don Miguel es recibido por el populacho metiche y madrugador con un grito de entusiasmo: ¡Viva el general presidente!, "el cual les dolió como gancho al hígado a Maximiliano, Méndez y a Salm Salm". Ebrio de triunfo, Miramón propone a Maximiliano no verificar la salida rumbo a la Sierra Gorda sino mejor aprovechar la confusión y atacar la línea del Río Blanco, la que está seguro de romper, y después de eso ¡no habrá huida sino un triunfo total! Solamente que El Macabeo impetuoso —e ignorando junto con Ramírez de Arellano la noticia de que se acercaban unos 300 o 400 jinetes chinacos por el sur— no contaba con que Escobedo mandó abrir fuego en todos los frentes.

Mientras los republicanos se recuperaban de la sorpresa y enviaban nuevas unidades a El Cimatario, el ejército sitiado estuvo en condiciones de salir definitivamente por ese punto sin sufrir grandes pérdidas, pero el sólo hecho de transportar el botín adquirido al interior de la ciudad demuestra que no sabían lo que querían, que les ganó la avaricia o que nunca pretendieron abandonar la plaza en ese preciso día. Poco después, los generales liberales Naranjo, Antonio Guadarrama y Tolentino llegaron a mata caballo por el suroeste de la ciudad y con tres mil dragones arrojaron de El Jacal a los infantes del general Ramón Méndez y se dirigieron apresuradamente a Casa Blanca. El regimiento de la Emperatriz, lanzado por el propio Maximiliano a recuperar los convoyes perdidos, fue rechazado por el general Corona. Al amparo de la artillería imperial de la Alameda y de Casa Blanca, pensando que eran pocas las fuerzas rojas que estaban nuevamente en El Cimatario, Miramón organizó un contrataque enviando dos batallones y dos regimientos contra los chinacos que se aproximaban por la Alameda, y con otros cuerpos de infantería se enfrentó resueltamente al darse cuenta de que no iba contra una biso-

ña y corta tropa sino contra el glorioso batallón de Supremos Poderes y varios cuerpos más que condujo ocultamente entre las hondonadas y depresiones de las faldas de El Cimatario su amigo Sóstenes Rocha —y por esa razón no había visto a qué formidable enemigo se iba a encontrar—, el cual ya había regresado urgentemente del Cerro de las Campanas y de paso recuperó la garita de México y la hacienda de Callejas. Se desplegaron los rojos y esperaron la acometida de El Macabeo, la cual fue contenida por un nutrido fuego de rifles de repetición de ocho y dieciséis tiros que hacían caer enemigos como moscas[5] y por la carga de caballería de Guadarrama y los regimientos de Parras y San Luis. Miramón dispuso al fin la retirada y la persecución contra él, además de Maximiliano y su comitiva —que por primera vez participó en una desbandada—,[6] la que tuvo que detenerse entre la Alameda y Casa Blanca a causa de las poderosas descargas de artillería que desde los dos reductos hacían sus imperiales ocupantes a las órdenes de Ramírez de Arellano, quienes tuvieron que sacrificar en ese cañoneo a sus propios correligionarios de la retaguardia, maniobrando con indiferencia sus baterías con estilo deportivo como si estuvieran en un simulacro.[7] Este sorpresivo contraataque republicano no solamente rompía el sueño de escapar de Querétaro ese día, sino acaso la salvación futura. La gente del pueblo que había subido a El Cimatario para darse al pillaje de los bienes republicanos, y se rezagaron por ambiciosos, sufrieron el castigo de éstos al recuperarse y algunos fueron atravesados y muertos por las lanzas.

Así llegaron las primeras horas de la tarde y los soldados republicanos habían recuperado las posiciones perdidas en el sur y el oriente; "los laureles de la mañana se convierten en cipreses al atardecer" pues los imperialistas que han dado muerte a 1600 republicanos, herido a 700 y aprisionado a 600 y que

[5] *Ibidem*, p. 129.
[6] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 189.
[7] Luis Islas García, *op. cit.*, p. 293.

han tomado 21 piezas de artillería con sus trenes y carros de municiones y víveres se han agotado inútilmente, pues no lograron el objetivo propuesto por calentársele el cerebro a Miramón y no poder conservar la hacienda de Callejas y distraer al enemigo el lento de Severo del Castillo. Seriamente escarmentados, contaron 900 muertos y 483 heridos, además de un gran número de caballos ensillados, rifles y sables perdidos.

Dice Altamirano que de haber logrado Severo del Castillo apoderarse de la garita de México habría tenido que retirarse el Ejército Republicano de Querétaro por haber perdido 10 mil hombres, la posición de El Cimatario y del oriente, lo que dejaba a dicho bando reducido al ejército del Norte, a la caballería y a una parte de las tropas de México. "La resistencia de la garita [de México] tuvo más trascendencia ese día de la que se supone".[8]

Declinó la tarde y, mientras en el cuartel general reaccionario todo era rabia e impotencia, en el chinaco había entusiasmo por haberse repuesto de la derrota inicial, además de que el general Francisco O. Arce avanzó y ocupó la llamada Cuesta de Costilla, de donde partía el camino carretero que los señores Rubio y Maximiliano diseñaron para llegar hasta Tampico en 1864, y que por la guerra sólo quedó en ese entonces hasta la Sierra Gorda.[9] En la línea norte, que sólo fueron espectadores en el combate más cruel y encarnizado de los que ha visto Querétaro, cantan alegremente los soldados después de cruzar el Río Blanco y hacer una trinchera más al sur entre el panteón de Santiago y la casa de Matanza (actual plazuela Damián Carmona junto al mercado de La Cruz y a la que se llamaba Casa de Matanza por ser el rastro de la ciudad, en sustitución del que estuvo en la hoy calle Juárez esquina con avenida Zaragoza).

[8] Ignacio Manuel Altamirano, *op. cit.*, p. 183.
[9] Es la actual calle de 5 de Mayo, entre Tres Guerras y Circunvalación, debajo de La Cruz.

En esta trinchera hacía su guardia el humilde centinela llamado Damián Carmona, del quinto batallón de San Luis Potosí, mientras sus compañeros eufóricos entonan *Los Cangrejos* y *Adiós Mamá Carlota*, y justo cuando iban en la parte de "adiós mi tierno amor…" llega a la trinchera republicana una granada enviada por los imperialistas de La Cruz, quienes se sintieron aludidos por las parodias chinacas. La granada estalló muy cerca de Damián Carmona y los fragmentos del proyectil le arrebataron su fusil en pedazos, alzando una polvareda que hizo invisible la escena. Despejada la visión, los compañeros del potosino pueden ver a éste de pie, impertérrito, firme, sin su arma ¡claro! Vuelto el silencio al lugar después del estruendo, sin moverse, Damián Carmona gritó a su superioridad: "¡Cabo de cuarto!" El nombrado respondió: "¿Qué ocurre?" Por toda respuesta Damián dijo: "Estoy desarmado". Inmediatamente se le entrega otro fusil y como si nada hubiera ocurrido Carmona permanece tranquilo y atento al servicio que se le ha encomendado. Sus compañeros en seguida informan a su jefe, el coronel Verástegui, de lo acontecido y éste se presenta en el mismo lugar de la hazaña y dirigiéndose al valeroso centinela le dice: "Por la serenidad y valor que llena de gloria y honra a los hijos de San Luis, en este mismo momento lo asciendo a cabo". Recibió su recompensa modestamente Damián Carmona en tanto que sus compañeros de armas aplaudieron y vitorearon.[10]

A esa misma hora, José Luis Blasio, el secretario particular imperial, fue a visitar a los prisioneros republicanos recluidos en La Cruz, y al conversar con ellos le dijeron que había llegado a tal punto el pánico entre los soldados liberales que en ese momento los sitiados habrían podido salir con todo su ejército.

La acción de El Cimatario pertenece al tipo clásico de los éxitos que se convierten en derrotas por la falta de una eficaz y eficiente acción, oportuna y adecuada. No sólo no se reforzó en

[10] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, pp. 116 y 117.

el momento preciso a Miramón con todos los medios disponibles para levantar el sitio y salir con el hambreado y sediento ejército de la triste ciudad, sino que también se desaprovechó la coyuntura favorable para enviar cuando menos a un jefe o a varios jefes, debidamente escoltados, a reunir los elementos con los que se pensaba resistir el sitio. Y es que el brillo de la victoria deslumbra a veces.[11]

Mientras El Macabeo escribe su parte informativo sin resignarse a haber dejado ir el triunfo, Escobedo escribe a Porfirio Díaz solicitando más refuerzos porque si no, llegará hasta el extremo de justificar "alzar el sitio antes de que el enemigo me las destruya [sus tropas] en ataques parciales",[12] ya que los acontecimientos del día le han demostrado que los sitiados no están muertos todavía, y que en una de ésas, Miramón se les va hasta la ciudad de San Luis Potosí a cazar juaristas. En el interior de la población y de los cuarteles había jolgorio como si se hubiera obtenido un sonoro triunfo, pero es que el instinto de supervivencia les decía a los monarquistas que "en lo sucesivo cuando menos se podría pasar por entre las líneas enemigas cuando se quisiera".[13] Las provisiones y los animales introducidos a la ciudad aliviaron un poco los sufrimientos de la soldadesca verde —y nada más—. Muy limitado abastecimiento fue para los civiles. "Si los sitiados hubieran querido escaparse, habrían podido evacuar la ciudad completamente, sacrificando sólo su artillería y sus trenes, porque durante algunas horas conservaron la posición".[14]

Esa noche, en el cuartel general republicano, quisieron justificarse del desastre inicial de ese día varios jefes y oficiales ante el reclamo del general Sóstenes Rocha. Para todos tuvo e increpó al general Félix Vega, quien acabó huyendo hasta la misma Celaya sin gastar un solo tiro; al literato Riva Palacio

[11] Jesús de León Toral, *op. cit.*, pp. 282-283.
[12] José Fuentes Mares, *Miramón el Hombre*, *op. cit.*, pp. 207 y 208.
[13] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 130.
[14] Hilarión Frías y Soto, "Rectificaciones a la obra del Conde E. de Kératry", *op. cit.*, p. 48.

le reprochó que fue a esconderse con su tropa a las montañas del oriente queretano; al general Jesús Díaz de León le espetó que se acobardó a la hora de tratar de recuperar la posición en el sur y no lo acompañó; y al pundonoroso coronel Juan C. Doria[15] le restregó que no le entendió nada en la reconquista de El Cimatario por estar fuera de sí:[16] "La causa de semejante desastre fue que los escuchas y avanzadas de la línea que cubría el ejército del centro fueron copados por sorpresa por la vanguardia del general Miramón, así es que, al acercarse a la base de operaciones, se creyó que esa fuerza era republicana y se le dejó pasar",[17] se justificaban los jefes increpados encabezados por Corona —que no estaba en el sitio asignado al comenzar los disparos— y esperando que Escobedo asintiera disculpándolos. También se quisieron excusar con la angustiosa carencia de municiones en el frente sur, ya que la mayoría de los soldados sólo disponía de una parada de cartuchos y los demás ni eso.[18] Rocha también se lamentaba diciendo "hubiéramos tomado a Casa Blanca [*sic*] y aún quizá la plaza si fuertes reservas nos hubieran seguido y secundado; pero cuando ya estábamos cuando mucho a tiro de pistola del referido saliente [Casa Blanca] y que notaba yo una extensa vacilación en sus defensores, recibí orden del General en Jefe para suspender el ataque concretándome únicamente a ocupar la línea que el general Corona había perdido".[19] También a Escobedo le tocó recibir algo de la molestia del gran estudioso de la guerra como era Rocha, al que en ese momento y por su valerosa intervención lo ascendieron de general brigadier a general de brigada. No hay cómo

[15] Realmente fue el héroe de la jornada este valiente coronel Doria, quien días más tarde se entrevistaría con Maximiliano en el presidio de éste, quien lo felicitó por su conducta del día 27 de abril de la cual fue testigo el monarca al estar —según él— a 30 varas del coronel republicano. Miguel Galindo Galindo, *op. cit.*, p. 593.

[16] Sóstenes Rocha, *op. cit.*, pp. 20 y 21.

[17] Manuel A. Hernández, *op. cit.*, pp. 59 y 60.

[18] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 170.

[19] Sóstenes Rocha, *op. cit.*, p. 23.

ganar para que al herido le duela menos y el asustado pierda el espanto.

En otra carta dirigida al ministro de Guerra juarista, Escobedo cuenta que los prisioneros nacionales y extranjeros hechos a los imperialistas declaraban sentirse felices de haber podido escapar de sus posiciones sitiadas, porque a pesar de perder su libertad, siquiera podrían comer algo y tomar agua con los republicanos, haciendo relatos patéticos de la situación en la plaza y pidiendo su incorporación en las filas de la República.[20]

El día 28 se respiraba un silencio de muerte, contrastando con el bullicioso día de ayer, pues el desaliento en los dos bandos es patente, aunque por diferentes razones, pero donde coincidían era en la preocupación por recoger heridos —cuyos gemidos se oían hasta las trincheras— y enterrar a sus numerosos muertos que quedaron tendidos como lagartos en la falda de El Cimatario, que hace 24 horas apenas se veía por causa de los copos de humo blanco, gris y negro que ocultaban su ladera sur. Vuelve a preocupar una epidemia de peste por los muchos cadáveres de bestias y hombres insepultos, pero nadie se atreve a pasar las líneas para recogerlos pues han quedado a tiro de bala y los fusileros de uno y otro campo están a la espera de cazar enemigos. Los imperialistas de la Guardia Municipal, encabezados por un oficial de origen francés apellidado Domet, pudieron traer a algunos heridos republicanos hacia la plaza para salvarlos, llamando la atención un infeliz que tenía una bala en un ojo y las rodillas y un puño rotos, cuyos gritos lastimeros no impedían que le dijera al médico que lo atendía que “si lo iban a fusilar era inútil que lo curaran, prefería morir inmediatamente”. Fue llevado al hospital y seguramente murió por la gran pérdida de sangre que soportó hasta lo último. Los imperialistas tenían a su disposición los panteones de Santa Ana de 1826, el de El Espíritu Santo de 1637 —año de la peste— y el de La Cruz de 1683. Por su lado, los republicanos podían utilizar los de Santiago de 1531, San Isidro de 1840 y

[20] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 117.

el de San Sebastián de 1718.[21] El problema es que ya estaban saturados por tanta mortandad.

La situación en los hospitales de la ciudad era más delicada por los muchos heridos que se recibieron el 27 de abril —donde ya no existía la posibilidad de curar a los de otras batallas— con el agravante de que ningún médico queretano acude ya de manera caritativa a ellos por la insolente manera en que los ha tratado el germano Basch, a pesar de las rogativas que les hacía "la divina providencia de los pobres": el padre Agustín Guisasola. El archiduque ha ordenado que se deshagan las maletas preparadas para la huida desde antenoche.

Contrastando con el dramatismo que se vive en el campo imperial, un sargento republicano de las filas del general Nicolás Régules estuvo bebiendo de más para festejar el triunfo del día anterior y en la oscuridad nocturna y mental se atravesó inconscientemente al campo enemigo allá por las tortuosas calles que suben a La Cruz desde la ribera del Río. Fue recibido con un balazo imperialista que sólo le voló el quepí —que recogió trabajosamente del suelo— y al ser detenido por centinelas enemigos todavía no le caía el veinte, y exigía lo llevaran con su general Régules para quejarse del trato recibido; por ello, al preguntársele la razón por la que se había pasado al bando imperialista contestó: "yo, ¿pasarme con los traidores? ¡Jamás! No voy a servir con esos bandidos que nuestro general Régules va tal vez a fusilar mañana". Estando presente el general Ramón Méndez le siguió la broma diciéndole: "No mientas… a pesar de tus protestas querías ir a incorporarte con Méndez", a lo que el temulento ebrio contestó: "¿con ese bandido que mató a mis generales Arteaga y Salazar que valían cien veces más que él? ¿Con ese hijo de puta que huye desde Zamora y al que nunca podemos darle alcance? ¡Nunca! Estoy borracho, no loco". Todos rieron por la ocurrencia del borrachito, menos Méndez que al oír eso de que había huido de Régules montó en cólera y le soltó: "debes saber que hablas con el mismo

[21] Valentín Frías, *op. cit.*, pp. 126 y 127.

Méndez", a lo que el temulento contestó: "¿vos Méndez? Mi general, queréis burlaros de mí o meterme miedo; si ese bandido de Méndez está ahí en la ciudad, enfrente de nosotros, mi general; se esconde, pero le cogeremos y le fusilaremos como a un perro". "Da gracias a Dios de que estás borracho y de que se encuentra aquí el Emperador; sin eso ya estarías colgado frente a esta casa", le comunicó Méndez y le ordenó salir. Dice Hans que no pudieron convencer al sargento borrachillo que se hallaba entre los que él llamaba traidores, hasta que yendo camino de La Cruz y penetrar en las primeras calles entrevió su triste realidad y el miedo que no anda en burro disipó algo su acusada embriaguez. "¡Calla —dijo— pues es verdad… y yo que creía estar en el campo de nuestro general Corona…!"[22]

Para el 29 de abril continuó el cañoneo sobre la plaza —cada dos horas se disparaba una bala de cañón— y monótonamente se agravaban todos los problemas en el interior de la misma. Aun la carne de caballo y mula era cada día más mala, pues ya no son los caballos sacrificados en la casa de matanza los que sirven de alimento, sino los que mueren por inanición ante la falta de forrajes y quedan algún tiempo expuestos al ardiente sol con las consecuencias sabidas. Esa falta de alimento provocó que unos oficiales mochos entraran a una semicerrada fonda del centro de la ciudad y pidieran con avidez algo de comer, sobre todo carne, por no haberla degustado hacía mucho tiempo. El posadero francés —de los no pocos que había en Querétaro en ese tiempo— sirvió a precio de mercado negro dizque un buen cabrito, preparado exquisitamente y que fue devorado por los ávidos militares. Interrogado el posadero sobre cómo tenía un cabrito tan gordo en medio de la escasez —pues no había alimento para el humano, menos para los animales— tuvo que confesar que realmente se trataba de un perro, el que estaba gordo porque diariamente se atravesaba al campo de nadie a alimentarse entre la carroña de cuerpos humanos y de animales muertos en las batallas. El asco hizo

[22] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 130.

presa de los golosos que quisieron emprenderla en contra del figonero, pero éste se disculpó señalando que sólo la exigencia lo había obligado a matar a su querido perro, al que no pensaba sacrificar.

Maximiliano escribió a su ministro de Gobernación una carta optimista y mentirosa, donde le relató parcialmente los sucesos del día 27, pero no le dijo de la derrota posterior. También Escobedo escribió una carta a don Benito Juárez diciéndole que prefería que no fuera por escrito el plantearle los pormenores de su difícil situación y que para ello le enviaría como mensajero al teniente coronel y abogado Manuel Azpíroz. "Eran graves las noticias".

Trabajando incesantemente de día y de noche, los republicanos han reconstruido el 30 de abril la línea sur desmoronada por el ataque del 27.

Nuevamente la ciudad vive estrechada por ese cinto de plomo y pólvora y sólo una pequeña porción está dominada por los imperialistas que día a día se vienen abajo. Desde su atalaya de Patehé, el general Escobedo confirmó ese estado en que se encontraban los sitiados y está pensando un ataque definitivo contra la plaza que se veía muy próxima a caer, pero no se decide por un asalto general, disculpándose nuevamente con aquello de que no quiere sacrificar gente, aunque algunos le achacaban estas dudas a su manifiesta incapacidad militar o a los celos profesionales que sentía por Corona y que teme —decían— le gane la partida del reconocimiento de Juárez.[23] La desunión y desmoralización que reina entre los enemigos verdes no les permite seguir la defensa. Por cierto que los jefes imperialistas continúan indagando cómo se enteran los chinacos de todo lo que ocurre en el interior de la plaza, pues no hay movimiento que ignoren, ni proyecto que anticipadamente dejen de conocer, sobre todo en los últimos tres días. Ignoran los jerarcas monárquicos que Bernabé Loyola y sus incondicionales formaron un verdadero grupo de informantes y contra-

[23] José C. Valadés, *op. cit.*, p. 385.

espionaje, del que sólo sabían algunos vecinos del ala liberal. Los espías de Méndez y Severo del Castillo sospechaban del médico Vicente Licea y del padre y abogado Nicolás Campa que realizaba ocultos encargos con el objeto de que concluyera de una vez la terrible situación que se vivía en Querétaro y que afectaba a todos los habitantes, no nada más a los partidarios del usurpador.

Confiados tan sólo en la buena estrella de Miramón, los monarquistas quieren repetir la acción del 27 —la única posibilidad ya no de victoria sino de salvación— y para ello dan órdenes tan secretas que no han trascendido, puesto que tienen mucho temor de que el enemigo, enterado por sus clandestinos informantes, frustre una vez más la que sería la undécima salida para romper el cerco. Si se lograba detener una parte del Ejército republicano en un punto, mientras El Macabeo atacara con su energía indomable, por otro lado de la línea, ésta sería quebrantada. La dificultad es que ya no había parque —se dio la orden de economizar municiones tirando sólo a muy corta distancia— y las fuerzas en servicio cada día eran más reducidas: sólo contaban con cinco mil hombres y se requerían de 30 a 35 mil para poder salir triunfantes de un sitio como ese.

Estaban en Querétaro 13 generales imperialistas y de éstos, cinco pasaban de los 65 años, además de estar enfermos cuatro, uno de los cuales era el importantísimo Tomás Mejía. Sólo se ha notado que levantaron otro parapeto en la parroquia indígena de San Francisquito, fortaleza imperial que jugó un papel preponderante en el parcial fracaso republicano, pero aun así el Macabeo quiere intentar esa undécima salida sobre El Cimatario nuevamente, pensando que el resultado de la del 27 puede ser superada si se ocupan bien de la garita de México y de la hacienda de Callejas. Estos planes eran fruto del genio de Miramón que comprendió muy bien que a tres días del fatal 27 de abril la situación en la plaza era mucho peor que antes de esa fatídica salida.

Miramón logró tener una prolongada conversación con el archiduque a solas, la cual tuvo inquietos a los malquerientes de aquél, pues pensaron que convencería a su jefe de quedarse tres o cuatro meses más en la ciudad.[24] El llamado "empeorador" siguió visitando presos a pesar de las calenturas terciarias que le aquejaban, pero siempre tenía palabras cordiales y animadoras para sus soldados, pues en esto de decir cosas placenteras no tenía igual. No sé quién era más peligroso: si don Benito Juárez con dos leyes en la mano o Maximiliano con una flor en la solapa y un piropo en el labio. Dije labio y no labios, porque como buen hijo de la familia de la dinastía Austria, no tenía bien marcado el labio inferior, es decir, parecía chivo o cabrito y por eso se dejaba crecer mucho la barba. Por otra parte, el rubio imperial desconoció la orden dictada por Miramón para que las mulas de los carros de artillería fueran sacrificadas para ser consumidas por la tropa. ¡Pobre Maximiliano, siempre en las nubes! Jamás pensó que el proyectado abandono de la ciudad y el cruzar las líneas enemigas equivalía a una marcha hacia la muerte. Sólo el desquiciamiento que se produce en las grandes crisis, y el sentido de la última agarradera, innato en el hombre, podían aconsejar tal paso a esas alturas.

Aunque lo ignoraban los sitiados, también los sitiadores sufrían embotellamientos en el acarreo de municiones, debido a la falta de vehículos y el mal estado de los caminos por causa de las tempranas lluvias.[25]

En esos días se hizo una notable fotografía de Maximiliano cuyo origen lo explica Basch en su diario con fecha 2 de mayo, la que fue idea del padre Aguirre, capellán de campo del monarca. Para el irónico Basch, el sacerdote se aprovechaba de su posición para obtener un último recuerdo de aquél mientras aún viviera.[26] Dicha fotografía es la única que sin duda alguna se hizo Maximiliano en Querétaro, dice Ratz, y en ella luce la

[24] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 229. Así pensaba Miramón antes del 27 de abril, de ahí el temor.

[25] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 190.

[26] *Ibidem*, pp. 190 y 191.

medalla de bronce al mérito militar que le entregó Miramón el 30 de marzo y lleva bajo el brazo izquierdo su catalejo de marino que usaba en sus reconocimientos de los puntos de la defensa. El semblante que luce es de funestos presentimientos.

Después de un peligroso viaje de cuatro días, se acercó a Hércules la princesa de Salm Salm, con miedo a los cañones de ambos bandos, acompañada de su fiel criada Margarita y de su perro Jimmy, además de su inseparable pequeño revólver de siete tiros. Llegó a la fábrica de la familia Rubio porque traía cartas para don Carlos, ignorando que éste se encontraba en la ciudad, pero de todos modos Escobedo le ofreció alojamiento en la lujosa casa que se encontraba en dicho centro fabril.

El coche de la princesa era de color amarillo y tirado por cuatro mulas, el cual fue custodiado en todo el camino por una escolta proporcionada por Porfirio Díaz. Por todo esto, al ser visto en la Cuesta China por tirios y troyanos dicho carruaje, llegaron a pensar que era el mismísimo Benito Juárez el que había llegado a Querétaro.[27] Arriba de una tosca silla mexicana de palo —Inés, bañada y arreglada—, se dirigió al campamento del general en jefe, el cual ya había sido avisado de la bella visitante por un miembro de la escolta que se adelantó desde El Colorado. Doña Inés es saludada en primer lugar por un capitán rubio de apellido Enking, el cual se vanagloriaba en forma grosera de conocerla muy íntimamente, pero la dama ni siquiera recordaba su cara. El general Escobedo la recibió en su muy pequeña y extraordinariamente miserable tienda de campaña, apuntalada por todas partes con palos y remendada pobremente con tablas y telas de lienzo. Había en ella una tosca mesa hecha de tablas y un cajón de palo blanco que servía de asiento.[28] El republicano se portó amable pero no dejó pasar a la plaza sitiada a la hermosa mujer, la cual ansiaba entrar porque sabía que su marido estaba herido. Escobedo sólo se

[27] Princesa Salm Salm, "Diario", en *El Sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 3a. ed., 1982, pp. 142-143.

[28] *Ibidem*, p. 143.

comprometió a darle una carta para el presidente Juárez, quien tal vez accedería a su deseo. Manifestó el de Galeana que conocía muy bien a Félix Constantino Alejandro de Salm Salm por valiente y atrevido y —según ella— lo iba a tratar bien en caso de caer en sus manos, además de permitir que en caso de ser herido, la misma princesa lo cuidaría. Inés resolvió denegar la oferta de pernoctar en la casa de la fábrica y se trasladó a San Pablo para tomar a las tres de la mañana la diligencia que en tres días la dejaría en San Luis Potosí.

Durante muchas tardes del Sitio, el entonces chiquillo Valentín Frías tuvo ocasión de ver al emperador y sus generales al visitar éstos las trincheras levantadas en la esquina de "Sal Si Puedes" con la calle de Zamora (ahora esquina de Reforma con Pasteur), las cuales habían sido levantadas con adobe sacado del interior de la casa de la familia Frías. Comenta el después historiador y cronista local que: "Al llegar, salíamos todos al zaguán a saludarlo y él contestaba con un saludo muy cortés, llegando alguna vez a tener pequeños diálogos con nosotros. Hablaba con el oficial de la trinchera y se retiraba de nosotros despidiéndose con mucha finura".[29]

•

[29] Valentín Frías, *op. cit.*, p. 186.

El final, asoma su cara de histrión

Desde muy temprano, en ese 1 de mayo de 1867, estaban en el templo de San Francisquito escogidas tropas al mando del coronel Joaquín Manuel Rodríguez, a las que más tarde se sumaron Maximiliano de Habsburgo, Ramírez de Arellano y Miramón. El efímero emperador mandó llamar a Rodríguez y le dijo: “Rodríguez, la importancia del ataque que vais a mandar es capital para la salvación de la plaza. No dudo que cumpliréis como siempre con vuestro deber, os prometo una recompensa digna de vos”. A lo que respondió el coronel inclinándose con respeto: “Señor, hoy me nombrará general Vuestra Majestad o seré muerto”. Sucedió entonces que Ramírez de Arellano cañoneó sin piedad la garita de México y el coronel Rodríguez encargó a Pradillo —el mozo de Maximiliano— su Cruz de Guadalupe, una carta para su novia y otra para su vieja tía que lo había educado con el encargo de hacerlas llegar. Se le conminó ir a pie porque a caballo sería más visible para el enemigo y contestó que era mal andador y que desde su montura podía ver mejor a los que estaban a su mando. Acto seguido, pálido y con la mirada extraviada,[1] se lanzó contra la hacienda de Callejas a galope tendido matando

[1] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 135.

al defensor republicano, el general Carrillo, tomando además la fábrica aledaña, que no era otra que la de San José de la Montaña (hoy en Calzada de Las Artes y todavía está allí el edificio de referencia). En forma temeraria se dirigió después contra la garita de México, que estaba debidamente preparada por los sucesos que se vivieron en la cercana hacienda y, a pesar de que varios cazadores y guardias imperialistas la escalaron, en su techo estaban los republicanos esperando con fuego de fusilería, destrozándole el corazón —literalmente— al enjundioso coronel Rodríguez, a quien el padre Cabrera le inventó como novia y prometida a la fea Carambada. Para reforzar a quienes defendían la garita citada llegó Vicente Riva Palacio, ordenando a la vez que se atacaran La Cruz y San Francisquito. Huyendo los imperialistas por el nutrido fuego sitiador, estuvieron a punto de abandonar el cadáver de Rodríguez —al que ya habían sacado de debajo de su caballo—, pero otra vez acudió el humanitario Domet en compañía de dos soldados —que inmediatamente después cayeron muertos— a rescatar al amigo caído. Desde la torre del templo indígena de San Francisquito, Maximiliano y Miramón contemplaron el fracaso de que no sólo no tomaron la garita de México, sino que perdieron Callejas y jamás pudieron intentar llegar a El Cimatario. Todavía recibieron un cañonazo desde El Cimatario (Coyote Macho) que los bañó de piedras y pólvora. Al regresar a La Cruz, una bala le ocasionó una fuerte contusión en el hombro a Ramírez de Arellano cuando bajaba de la torre. Derrotadas y desalentadas, volvieron las tropas verdes a la plaza llevando sobre el caballo de Rodríguez el cuerpo de éste, el que será inhumado el día 2 de mayo a las siete de la mañana en sentida ceremonia que presidirá Maximiliano en La Congregación acompañado de los más connotados jefes, con excepción del mórbido Mejía y de Miramón que llegó tarde por razones del servicio y porque no se le avisó a tiempo. A las nueve de la mañana, encabezados por el austriaco, partió el cortejo del convento de La Cruz hasta el templo guadalupano, con tambores enlutados

y clarines con sordina; cuatro sargentos cargaron el féretro. El archiduque se encontraba muy afligido en el funeral, hasta donde se oyó como música lúgubre el cañoneo chinaco, y cuando se cargaba la caja mortuoria para ser enterrada en el propio templo, derramó el monarca muchas lágrimas por el coronel a quien tanto quiso desde Miramar, en aquel lejano 1864; lo mismo hicieron los indígenas miembros de la guardia municipal, que dejaban rodar por sus bronceados rostros lágrimas por el jefe caído, y que estaba allí, en el altar mayor del templo guadalupano de Querétaro, con el rostro color cera, tieso y helado. Se retiraron los sitiados después de las honras fúnebres en medio de una tristeza generalizada como si presintiesen que algo malo, muy malo, va a ocurrir pronto; habían perdido muchos compañeros el día de ayer, se les mandaba al matadero a diario y no se les pagaba; muchos llegaron a exclamar con despecho que no se volverían a batir. Como ya no había más pertrechos de boca ni de guerra, Severo del Castillo ordenó el embargo del comercio de la apreciable familia Sosa[2] para hacerse de ropa. El día 3 de mayo, día de la Santa Cruz, se prepararon los imperialistas por orden de Miramón para intentar salir por los cerros de San Gregorio y el de San Pablo —ambos en poder republicano desde el principio del Sitio— rumbo a la Sierra Gorda, guiados por Mejía. Miramón atacará dichos cerros —más difíciles de tomar que El Cimatario—, los cuales deberá ganar y retener, mientras que su inútil correligionario Severo del Castillo se irá contra Callejas y la garita de México antes de que El Macabeo avance, ya que se trata de que Severo distraiga a los chinacos, Escobedo mande cubrir la hacienda y la aduana, y así Miramón entre como cuchillo en mantequilla sobre los montículos del norte.

Impaciente, Miramón esperó la acción de Severo del Castillo, pero ésta no se dio y así, sin este movimiento combinado, El Macabeo inició en solitario y logró vencer a las dos primeras

[2] La casa Sosa Hermanos se convirtió después en sombrerería La Popular del apreciado Pepe Sosa.

líneas republicanas, en la hacienda de La Era, pero cerca del cementerio aledaño a San Pablo —al que minutos antes ya había tomado— fue rechazado por los generales Alatorre y Naranjo, bajo la dirección personal de Mariano Escobedo que llevó las reservas que el ineficiente de Severo del Castillo no distrajo, y se regresó derrotado a ocupar de nuevo sus trincheras. Han dejado el campo de batalla sembrado de víctimas y, entre ellos, al teniente coronel Ceballos herido gravemente, al comandante Franco —ya muerto— así como al teniente coronel Sosa, recién nombrado comandante de la guardia municipal en lugar del occiso coronel Rodríguez. Tuvo un valiente comportamiento en la acción el coronel Echagaray[3] que arrebató con sus manos fusiles que disparaban desde el cementerio cercado por los rojillos, al que felicita personalmente Maximiliano al serle presentado por Miramón como el jefe más valiente de los imperialistas. Aun cuando los republicanos ganaron el asalto, tuvieron que lamentar las heridas del general Treviño y 200 muertos que quedaron sembrados entre las milpas de San Gregorio y San Pablo.

A don Juan Antonio de la Llata, uno de los propietarios del Casino Español, Severo del Castillo le exigió seis mil pesos en efectivo, y como aquél no entregó dicha cantidad en forma inmediata, durante 18 días lo tuvieron expuesto en una peligrosa trinchera del lado oriente del convento de La Cruz y después lo encerraron en un sótano sin darle alimentos, hasta que su estimada familia y amigos reunieron y entregaron el dinero pedido. En esa forma quedó liberado, pero aún después lo siguieron molestando los esbirros del Imperio.[4] Ese día 3 de mayo de 1867, Juárez le escribió una carta a su yerno Pedro Santacilia donde expresaba que: “Calculo que México será ocupado antes que Querétaro y que acaso Porfirio será el

[3] Sobrino del héroe del mismo apellido que se batió contra los norteamericanos en la intervención de 1846-1848 y del general republicano de los mismos apellidos, según Alberto Hans, *op. cit.*, p. 142.

[4] Manuel María de la Llata, *Así es Querétaro*, México, Ex Libris, 3a. ed., 1991, p. 149.

que venga a completar la obra. El pueblo de todo Querétaro nos es hostil: no sale siquiera un hombre o una mujer a dar algún aviso a nuestros jefes de lo que hace el enemigo".[5] De la misma manera se expresó un soldado liberal anónimo en una carta dirigida a su amigo el licenciado Antonio García Carrillo de Saltillo a quien escribió: "¿Creerás que en ninguna de las casas ni calles que hemos ocupado hemos encontrado una sola persona? Mejor abandonan sus hogares y sus intereses que permanecer entre nosotros: en el tiempo que llevamos de estar aquí, ningún vecino de Querétaro ha salido a traernos noticias del enemigo; por el contrario, los vemos diariamente sobre las azoteas de sus casas asechándonos con empeño, y muchos de nuestros valientes han sucumbido ante los golpes traidores de esos fanáticos vulgares".[6] Sin embargo, los juaristas sabían —gracias a los desertores del bando imperialista— que los hombres que defendían al Imperio en Querétaro en su mayoría eran reclutas, es decir, hombres llevados a sus filas por la fuerza, por lo que "la confianza que en ellos tenía el emperador era reservada".[7]

Fracaso tras fracaso, la desmoralización era mayor en la plaza ese 4 de mayo, creyendo con sobrada razón que iban a morir de sed, hambre o bajo la metralla enemiga que no los dejaba ni de noche ni de día. "Causa lástima ver a los infelices pidiendo un pedazo de pan".[8] El cuartel general sitiado inventa uno más de sus embustes y propaga la noticia de que el 1o. de mayo, durante el intento de salida, pudo introducirse a la ciudad el sargento José Guadalupe Valencia, que trajo noticias muy buenas del general Márquez. El mismo Blasio aseguró que eran ya muy pocos los que en Querétaro creían en la vera-

[5] Jorge L. Tamayo, *Epistolario de Benito Juárez*, México, FCE, 1957, p. 675.

[6] Ramón del Llano Ibáñez, "Carta de soldado liberal", en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano…*, *op. cit.*, p. 258.

[7] Blanca Estela Gutiérrez Grageda, "Ciudad Estrangulada. Querétaro 1867", en *Revista Ciencia UAQ*, número especial de ganadores del Premio Alejandrina 2007, México, 2008, p. 37.

[8] Carlos Miramón, "Querétaro 1867", en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano…*, *op. cit.*, p. 160.

cidad de tales noticias.[9] Ese 4 de mayo, también se publica el más cruel de los bandos imperiales: pena de muerte a los que tengan almacenados alimentos y no los entreguen antes de 24 horas en los cuarteles, pues las tropas no tienen ya con qué tenerse en pie, para lo cual se le da mucha publicidad a dicho documento. No falta algún acobardado que entrega lo poco que tenía para mal comer con su familia y que a cambio recibe puros vales cambiables al triunfo. Los soldados y civiles dueños de caballos y mulas que no pueden ser mantenidos los venden a los carniceros a media onza de oro,[10] ofertas que vuelan por la demanda de familias ricas que son quienes pueden pagar tan elevado precio. Por cierto que el áureo metal que circulaba más o menos abundante al principio del Sitio casi ha desaparecido de la circulación; se rumora que los altos jefes imperialistas lo han escondido para llevárselo como protección para comprar su rescate en caso de caer presos ante el enemigo. Declinó el día con el temor de que los de afuera van a atacar la ciudad por estar de fiesta.

Cabe mencionar aquí que los humildes soldados indígenas, abandonados y despreciados hasta entonces, tenían una conducta hacia Maximiliano muy diferente de la guardada por austriacos y belgas que no cesaban de asaltarle con exigencias y reclamaciones de toda especie. En Querétaro, ningún soldado indígena reclamó nunca su sueldo, aunque le hostigaran el hambre y la sed.[11] Para el déspota de Basch, las soldaderas y niños que acompañaban a los soldados imperialistas fueron un estorbo y causa de la ruina en materia de víveres, además que con sus quejidos y lamentos de hambre y sed distraían a sus amasios y, éstos, desertaban para acallar a sus mujeres brindándoles agua y comida en el campo enemigo.[12]

Apenas amaneció el domingo 5 de mayo, Escobedo visitó a cada una de las unidades militares, entonándose el Himno

[9] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 358.
[10] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 124.
[11] Alberto Hans, *op. cit.*, pp. 143 y 144.
[12] Samuel Basch, *op. cit.*, pp. 224 y 225.

Nacional y homenajeando a la Bandera, entonces la artillería republicana lanzó al viento salvas de entusiasta conmemoración recordando que justo, hacía cinco años, los humildes soldados mexicanos derrotaron en Puebla al mejor ejército del mundo. "Mueran los traidores hijos de puta", gritaban los chinacos desde todos los puntos y se acercaban peligrosamente a las trincheras imperiales para lanzar más injurias. Respondieron los defensores de la plaza, sobre todo los del batallón del emperador y dicha guerra verbal llena de interjecciones no terminó hasta que los superiores pusieron orden. Durante todo el día festejaron los rojos y delante de los hambrientos enemigos verdes se sirvieron y consumieron buenas raciones de carne roja y aguardiente de la Sierra Gorda. El esperado ataque nunca llegó y sólo se sobresaltaban los vecinos por la tarde con los cañonazos —resintieron los edificios—, toques de bandera y dianas. Cuando los sitiados creyeron que el peligro había pasado, se incendió toda la circunferencia del sitio con enormes cohetes que se lanzaban por todos lados, dando un hermoso espectáculo que, si no fuera presagio de un cruel ataque, hubiera sido divino por su luminosidad. A las ocho de la noche, después de los fuegos artificiales, siguieron fuegos de verdad, ya que desde las alturas que rodean la población bajaron los chinacos que hicieron replegar a los sitiados más allá de sus trincheras, haciendo parecer que el sitio se estrechaba más. Era tal el estruendo que los vecinos creyeron que esa noche caería Querétaro en manos de los juaristas, pero fue más el efecto psicológico que la realidad porque todo ese argüende era producto de los alcoholes ingeridos por los festejados. Los imperialistas respondieron atacando San Sebastián y relativamente pronto terminaron el ataque y su respuesta. Dieron las diez de la noche. Los republicanos encendieron luminosas fogatas en los cerros que ocupaban y, en medio del jolgorio, Escobedo vio tan entusiasmadas a sus tropas que decidió escribir nueva misiva al general Porfirio Díaz para que olvidara la angustiosa carta del día 27 de abril en la que el llamado Burro Orejón

casi tira la toalla por no tener elementos para sostener el cerco. Se rumoraba que en esa carta, Escobedo de plano le ofrecía al Caudillo del Sur la jefatura del ejército sitiador en Querétaro, si eso quería; allí estaba el mando y la gloria… pero Díaz no respondió.[13] Escobedo, mientras tanto, mandó llamar a sus ingenieros y telegrafistas para que la línea telegráfica funcionara de manera más eficaz al advertir cualquier movimiento imperialista en los diferentes puntos de la línea sitiadora, ya que las experiencias del 27 de abril y 1 de mayo demostraron que había problemas de comunicación interna.

El lunes 6 de mayo sucumbe —entre otros— una pobre mujer que nada tenía que ver con las acciones bélicas, pues estaba en su casa, acostada en su cama, y una granada republicana que entró por su ventana la mató de manera certera, sin tener la oportunidad de recibir auxilio material o espiritual. También se recuerda como espantosa escena la que ocurrió en la calle de Los Cipreses, cuando una batería republicana, situada al pie del acueducto, tiraba en contra de los ingenieros que hacían fortificaciones en el ala izquierda del convento crucífero y cuando las balas chinacas no se amortiguaban contra las paredes, rebotaban y enfilaban por la calle citada; resultó pues, que las soldaderas de esos ingenieros y de los soldados les llevaban alimentos a sus amasios hasta el cuartel general y de repente se escuchó silbar una bala como rayo y dos de las desgraciadas mujeres cayeron mutiladas. Alberto Hans se acercó a auxiliarlas y se percató que una tenía la pierna izquierda hecha pedazos y estaba sin sentido, y que la segunda tenía un hombro hecho añicos y pedía un confesor. El franco-alemán las hizo llevar al hospital de sangre situado en La Cruz, cargadas por algunos hombres de las casas vecinas y ya no supo de ellas. “No es el plomo el que mata, sino el destino el que hace morir”.[14] Otra vez, el efímero emperador

[13] Paco Ignacio Taibo II, *El general orejón ese*, México, Ediciones B (Ficcionario), 2007, p. 56.

[14] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 148.

llama la atención de los chinacos por su brillante uniforme al subirse a la torre de La Cruz y una bala cae junto a él en una pared de adobe a centímetros de la cabeza de Miguel López. Hans se lamenta que éste no haya muerto ese día para desgracia de los sitiados.[15] A pesar de esas pruebas de fuego —literalmente dicho—, Maximiliano nunca perdió su postura de príncipe, ya que al caerle o pasarle cerca una granada o una bala, jamás apresuró el paso y nunca hizo uno de esos movimientos instintivos de inclinación.

Las tropas sitiadoras siguieron artillando contra los edificios civiles de la ciudad, no así en contra de los parapetos del ejército sitiado. Se vio arder la hacienda de San Juanico, a la que presuntamente las fuerzas republicanas prendieron fuego al igual que a otras fincas de campo.[16]

En el pueblo se rumoraba que los ayudantes de la casa imperial se quedaban con parte de la comida del monarca, el cual casi no comía carne por sufrir disentería, pues los muy chapuceros y ventajosos se atienden primero y luego dan sobras a los de la oficialidad. No sufrían por nada estos afeminados señores, porque vecinos acomodados todavía le envían de comer a Maximiliano, sobre todo las monjas carmelitas que estaban alojadas en el convento de Teresitas. El descontento del pueblo era grande y podía darse el caso de que la población hiciera justicia por su propia mano, sobre todo por los injustos y crueles cateos de que eran objeto. Maximiliano fue vegetariano y los miembros de su estado mayor se alimentaban tomando vino y comiendo pollo y pavo enviados a su jefe.

El día martes 7 de mayo se caracterizó por las epístolas que se redactaron en el cuartel general del Imperio, dos mentirosas y otra terriblemente cruda y onírica. Las primeras fueron publicadas en el embustero Boletín de Noticias del gobierno imperial que se difundía entre el vecindario para intentar ha-

[15] *Ibidem*, p. 149.
[16] Carlos Miramón, “Querétaro 1867”, en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano…*, *op. cit.*, p. 161.

cerle creer que Márquez y Vidaurri se acercaban a Querétaro con mucha tropa, víveres, carros de municiones y fondos monetarios. La real, producto de una mega calentura, es la que Maximiliano dictó a Ramírez Arellano para hacerla llegar a Márquez, después de 64 días de sitio en la que le pide que diariamente le mande de México tres correos escoltados por 25 o 50 jinetes para que puedan entrar a la plaza por sorpresa y le den noticias de cuándo viene a atacar a los sitiadores. Asimismo, el austriaco amenaza a Márquez de que si no manda la ayuda, ante la patria y la historia, él [Márquez] será el único culpable de las consecuencias que resulten de su tardanza. ¡Qué ingenuidad la de Maximiliano! Se supone que ya sabe de la derrota del chacal y que además es imposible que mande los tres correos diarios y las noticias de cuándo se llegará hasta la retaguardia republicana y que los jinetes enviados de México van a poder entrar a Querétaro y hasta tres veces al día ¡Qué inocente es este pobre *empeorador*! ¿Cómo le harían los correos para cruzar la línea y que no les descubrieran los importantes planes imperialistas? ¿Cómo saldrían de México ante el sitio de Porfirio Díaz? Simplemente, señor Maximiliano, ¿cómo harían llegar su patética carta a Márquez? Si su ascendiente Carlos V resucitara para leer este bodrio, se volvería a morir por tener un pariente tan tonto. "Es más peligroso un pendejo con iniciativa que uno calladito, calladito...", dijo repetidamente en sus obras el gran José Fuentes Mares. "Tenía Maximiliano mal puestos los aposentos del cerebro",[17] dijo Tafolla parafraseando a Cervantes respecto de su inmortal Quijote loco.

Por otra parte, era clarísimo que los sitiados no podían llenar los claros que diariamente hacían en sus filas las balas enemigas.[18] Siguieron los casos de deserción entre la soldadesca imperial, que llegaron a las filas contrarias uniformados verdes harapientos, sedientos y hambrientos. Maximiliano le pregun-

[17] Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, p. 599. La redacción fue de Ramírez de Arellano pero Maximiliano la firmó.

[18] Víctor Darán, *El General Miguel Miramón. Apuntes Históricos*, t. II, México, El Tiempo, 1887, p. 155.

tó a López el porqué de tantas deserciones en el regimiento de la Emperatriz, al que hasta hace poco había mandado, y el coronelillo infiel evitó con respuestas vagas el dar una respuesta categórica. "Contestaba puras evasivas y Maximiliano se lo permitía", dijo Basch.[19] El monarca estaba tan desesperado que le mencionó ese día a su médico de cabecera que mejor hubiera vuelto a Orizaba porque le pesaba "como mexicano tener que ver con tanto canalla y tantos pícaros".[20] Ese 7 de mayo de 1867 muere en París José María Gutiérrez de Estrada, con el dolor de ver de regreso a la ciudad luz al ejército de Bazaine sin haber consolidado el Imperio que él, junto con otros necios, había fundado. La ligereza en algunos casos es venial y en otros es crimen; la buena fe no puede calmar los remordimientos.[21] *Culpa lata dolo comparatur.*

Para el miércoles 8 de mayo, las posiciones de sitiados y sitiadores no han variado respecto de lo que se logró el 27 de abril, así que el austriaco mata el tedio visitando hospitales y trincheras acompañado de su fiel perro lebrel de nombre Bebello que le hace fiestas a su dueño acompañándolo por doquier y que se deja querer por la soldadesca que hipócrita o sinceramente le hace cariños. Con todos se porta bien el can meneando la cola en gesto de aceptación, menos con el coronel Miguel López a quien le ladra, le enseña los dientes y trata de morderlo. Este animal huyó con las tropas de Miramón desde San Jacinto, y al llegar a Querétaro se hizo mascota de los imperialistas y luego se aficionó grandemente a Maximiliano, pues éste lo alimentaba mejor que a la tropa, al igual que a los dos caballos de su propiedad.

Al regresar ese día de las visitas de estímulo, el efímero emperador ofreció a sus íntimos una comida a base de pescados en conserva, pan y vino, lo que era un verdadero lujo para los días de carestía que corrían, ya que la gente cercana a

[19] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 225.
[20] *Ibidem*, p. 225.
[21] Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 293.

Maximiliano ha comido a últimas fechas sólo tortilla y frijoles, y en lo más animado del banquete —amenizado por el cañoneo chinaco—, el coronel Loaiza se envalentonó y subió a la azotea del ex convento para observar el fuego enemigo. Apenas hubo asomado la cabeza al final de la escalera cuando una granada reventó a sus pies haciéndole pedazos sus dos piernas. A sus gritos acudieron los comensales —entre ellos el archiduque— y de inmediato Basch amputó las dos extremidades por lo delicado de la situación —temiendo una gangrena—, fue llevado a su casa horas después en medio de terribles dolores.

El jueves 9 de mayo fue llevado misteriosamente por Ramírez Arellano, a la Plazuela de La Cruz, un obús tomado a los contrarios en la batalla del 27 de abril, el cual se denominaba La Tempestad y tenía una leyenda: "Última razón de las naciones"; se destinó el proyectil para ser usado por la artillería de Alberto Hans en una broma macabra que los generales Miramón y Manuel Ramírez de Arellano —los únicos jefes imperiales que se llevaban bien— le querían hacer a Escobedo: se trataba de dirigir el obús contra la tienda del cuartel general republicano emplazada en Patehé, mandó la acción el verde capitán Antonio Salgado; contestaron los juaristas enviando una verdadera granizada de fuego que parecía una lluvia de aerolitos, la que hirió a una mula, atravesándola una bala que entró por un muslo y salió por la cabeza del noble animal, aunque parezca increíble, azotándola contra un muro y regresando al suelo para caer patas arriba y partida en dos.

A los pocos días —estando prisioneros Hans y compañía al caer la ciudad en manos chinacas— se enteraron los bromistas sitiados que efectivamente, esa tiendita con bandera apostada en el noreste citadino, en el cerro de Patehé, era la de Escobedo, que junto con sus ayudantes habían montado a caballo y huido al sentir La Tempestad y otros regalitos enviados desde La Cruz.

Blasio acudió a la casa del amputado Loaiza por encargo de Maximiliano y se enteró por la esposa del coronel que éste

falleció a consecuencia de la sangre perdida al ser herido y durante la amputación. Esa noticia puso en pena los corazones de los militares sitiados porque el coronel Loaiza era una chispa de alegría, siempre con la sonrisa en el rostro y una broma a flor de piel. En la fortaleza de La Cruz, el encargado de la misma, Miguel López, logra que su íntimo amigo e incondicional subordinado Jablonsky reemplace con tropas a su mando al confiable batallón que ya se tenía en el cementerio crucífero desde hace tiempo. Se ignoran los motivos del reemplazo, pero en todo caso se ve con desconfianza, por los que a diario tienen que soportar a López y su engreimiento e ignorancia.

Justamente el día 9 de mayo, Porfirio Díaz le escribió al presidente Juárez que estuvo a punto de salir rumbo a Querétaro con dos divisiones para tomar la ciudad de una vez por todas, pero que ya no lo creía necesario porque las condiciones morales y materiales de los sitiados había cambiado después de la derrota del 27 de abril. El aire de la zona urbana queretana hedía por la gran cantidad de cadáveres al descubierto.

El viernes 10 de mayo de 1867 recibió una visita de manera inesperada el general Escobedo: se trataba de una mujer que se había desprendido de la línea que iba de San Francisquito a La Cruz, y dice llevarle una propuesta del sargento extranjero Engle, el que pedía hablar con el general en jefe en la hacienda de Callejas de un asunto de mucha, pero mucha importancia. Escobedo accedió a la petición que tiene lugar en la mencionada hacienda (hoy convertido su casco en negocio, situado en avenida Constituyentes, frente al auditorio Josefa Ortiz de Domínguez). Le dijo el sargento al general que le entregaría el punto que tenía a su cargo dentro de la ciudad si le daba a cambio suficiente dinero para irse a su patria. Escobedo, seco como siempre, no contestó nada y el mercenario se reconcentró a su sitio dentro de la ciudad.

Durante ese día hubo una ceremonia de especial relieve y solemnidad, que tuvo verificativo en el palacio departamental en que se convirtió la Casa de la Corregidora; allí se reunie-

ron quienes, distinguidos en los diversos combates, se hicieron acreedores a alguna recompensa y recibieron de manos de Maximiliano las condecoraciones que supieron ganarse. Entre los premiados figuró Alberto Hans. Como Leonardo Márquez no regresó a Querétaro y, desde luego, a él se le encomendó que llevara las cruces para las condecoraciones, Maximiliano sólo entregó los listones y tuvo la ingenuidad de decir a algunos de los condecorados: "Cuando venga Márquez venid a verme y personalmente os entregaré la Cruz", pero ya ni él mismo creía en lo que decía. Por falta de metal, en lugar de cruces se dieron gafetes de papel.[22]



Mariano Escobedo, general en jefe del ejército sitiador, Museo Etnológico, Viena.

Entre los sitiadores privaba el más grande optimismo, pues desde las posiciones que ocupaban advertían el estado de desmoralización en que se encontraban las tropas sitiadas y esperaban de un momento a otro la caída de la plaza como una cosa cierta, y para ello el general Mariano Escobedo tomaba las medidas conducentes, tales como prevenir a los jefes que

[22] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 180.

en caso de ser tomada la plaza se haría cargo cada uno de su guarnición; pero también se previó la posibilidad del rompimiento del sitio y la persecución de los sitiados que lograra salir, especialmente con la caballería encomendada al general Amado Guadarrama.

Continuando la felonía de arrebatar a todos cuanto se pudiese de lo poco que tenían, el cuartel maestre y jefe de Estado Mayor, Severo del Castillo, por conducto de su esbirro Tomás Prieto, que se hacía llamar proveedor general del ejército, echó mano de la que había en La Aduana y en el Diezmo Viejo (frente a la actual Catedral). Los señores Luis Rivera McGregor y Joaquín Aparicio tuvieron que cumplir la orden, no sin protestar contra ella, de entregar las pertenencias de la Administración Local de Rentas de Querétaro. Sacaron de la aduana 103 bultos entre los que había puros, tabaco, cacao, sardinas, canela, vino tinto, coñac, jerez, almendras y otros ricos aprovisionamientos, por los que se dejaron los consabidos vales; varias horas llevó este saqueo que concluyó a la una de la tarde. Quienes se encargaban del edificio del Diezmo no protestaron, y así el saqueo no constará en ningún documento oficial como sí consta el de la aduana. Se fusiló a un oficial imperialista que se había presentado intempestivamente ante Maximiliano para pedirle que cesara aquella inútil defensa y rindiera la plaza.[23]

Algo como un vértigo espantoso se había apoderado de los imperialistas, que dio ensanche al robo y a la depredación. No quedó entonces ultraje por cometer y nacionales y extranjeros experimentaron toda la crueldad de una soldadesca codiciosa y desesperada.[24] "Los hombres enfermos, los viejos, las señoras y los niños en lactancia, no escaparon al rigor de una coacción verdaderamente salvaje. Los ciudadanos vieron allanadas sus casas, maltratadas a sus esposas y a sus hijas, fracturadas las puertas de sus hogares, y todo esto autorizado

[23] *Ibidem*, p. 181.
[24] Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, p. 597.

por el Príncipe…"[25] Al español Juan de Llata y a los mexicanos ancianos Luis Zaldívar y Pedro Castera se les puso en una trinchera a recibir fuego de los sitiadores hasta que no entregaran el dinero que se les había pedido; otros, como el hispano Luis Mutuzarria y los queretanos Guadalupe Barragán, Joaquín Borbolla y hasta el padre Ladrón de Guevara, sufrieron privaciones y castigos horrendos en los oscuros calabozos y sus propiedades puestas a saco.[26]

El sábado 11 de mayo se reunieron, sin Maximiliano, sus generales en consejo de guerra para tomar las medidas que debían ponerse en práctica y ya terminar de una vez por todas con el sitio que era insostenible. Una sola propuesta y un solo acuerdo hubo en el cónclave: romper el sitio para salvar, como fuera posible, los restos del Imperio, encaminándose quien pudiera hacia la Sierra Gorda y tratando de seguir luchando si fuera posible, si no, de allí proseguir hasta el Golfo de México donde, en Tuxpan, abordarían la corbeta Elisabetta al mando del capitán Groller para salir fuera del país quien pudiera y/o quisiera hacerlo. Con el objeto de que concretara la resolución y la propusiera al monarca, se designó al talentoso Ramírez de Arellano para redactarla, firmaron el dramático y escueto acuerdo los generales Mejía, Miramón, del Castillo y el propio redactor. Entre las razones que se tuvieron para tomar esa medida se encontraron la falta de pago a las tropas y a la oficialidad, la falta de parque, pan, maíz, café, aguardiente y aun leña para calentarse en las lluviosas y frías noches. Ante tan realista pintura de la situación, Maximiliano acordó positivamente la propuesta y se encomendó la salida al general Miramón para que determinara el cuándo y cómo del movimiento, que, pese a tener muchos riesgos, era la única forma de salvar la piel. Fijándose para el día siguiente la salida, los sitiados se dieron a la tarea de construir puentes con la madera de la plaza de toros

[25] Juan de Dios Arias, *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del Ejército del Norte durante la Intervención Francesa*, México, Imprenta de Nabor Chávez, 1867, pp. 109 y 110.

[26] Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, p. 598.

que se encontraba cerca de la Alameda, ocupando en esta tarea a los civiles que no habían pagado las exacciones. Y hablando de ellas, continuaron los abusos de Severo del Castillo y de su perruno subordinado, Tomás Prieto, que también vendían a la fuerza a los comerciantes queretanos parte de los productos robados a la aduana local, como fue el caso de don Vicente Chávez al que obligaron a que les comprara 30 arrobas de tabaco a siete pesos cada una, el cual alegó no tener tanto dinero y a punta de amenazas y golpes le quitaron 110 pesos dizque a cuenta de la operación mercantil. Justo a las ocho de la noche, el comandante de guardia José de Jesús Santa Anna, de la línea interior, perímetro del centro, envió un comunicado al coronel Miguel López informándole que el coronel Pedro A. González no había cubierto el servicio de trincheras en el perímetro citado en reiteradas ocasiones… ¡Seguramente algo tramaba el tal López! Maximiliano aprovechó para firmar un cuarto y último decreto en que ordenaba instalar una regencia en caso de su muerte, la cual debería convocar a un congreso nacional que determinara la forma de Estado y de gobierno para México. Tomó también medidas radicales y secretas por lo terribles que eran dichas disposiciones: para salir debe abandonarse a la infantería y a la artillería[27] y que Dios los bendiga.

El 12 de mayo hay lugar para bromas entre los sitiadores que quieren burlarse de los sitiados a los que saben hambrientos. Disponen de un buey muy flaco y lo envían a las trincheras imperiales con un letrero entre los cuernos que dice: "Para que tengan que comer y vivos caigan en nuestras manos". Los verdes no se dejaron vencer y de inmediato escogieron entre los macilentos caballos al más magro de todos, le pusieron una leyenda que decía: "Para que nos alcancen cuando rompamos el sitio", y lo mandaron a las fortificaciones rojas. Quién sabe cómo llegaron "libros de órdenes" republicanos a campo im-

[27] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 193.

perialista, pero los verdes leyeron en ellos que los chinacos tenían pavor de ser atacados o de que les rompieran el sitio.[28]

Siguen en la plaza los preparativos para romper el cerco, y en La Cruz se comienzan a destruir los papeles que no son de capital importancia y a tener listos los objetos más indispensables así como el poco dinero que se tiene a disposición, un poco más de 200 mil pesos. Durante la mañana de ese domingo 12, Miramón reúne a los jefes y les da a conocer el plan para levantar el sitio, que les permitirá la salida esa noche. Primeramente hace el razonamiento de que a la altura en que se encuentra la cuestión militar propondrían una capitulación honrosa y legal con el sitiador para casos semejantes, establecido por la humanidad y sancionado por el derecho de gentes en todos los pueblos civilizados, "mas esto no es posible cuando se lucha con un enemigo salvaje, sin fe y sin honor, que tiene por principio violar las capitulaciones que celebra..." Ante esto, Maximiliano tenía que establecer las negociaciones bajo el más riguroso secreto, pues sabidas éstas, de seguro lo habrían desconocido, además de que veía su ejército tan reducido, desmoralizado, hambriento y víctima de la peste que intentar romper el sitio los llevaría a una catástrofe espantosa.[29]

El Macabeo continuó presentando el plan que se reducía a: "Atacar al enemigo hasta derrotarlo completamente, venciéndolo en todos los puntos de su línea; si las tropas imperiales fueran rechazadas en este ataque, evacuar inmediatamente la plaza, inutilizando completamente la artillería y todos los trenes, y rompiendo después el sitio a todo trance, único medio de salvar de la barbarie del enemigo el mayor número de soldados del ejército imperial. Es decir, que el rompimiento del Sitio se hacía depender de una derrota de los mismos que habían de romperlo. Tan disparatado plan, y por lo mismo de imposible ejecución, da una idea del estado que guardaba el ánimo de los

[28] Carlos Miramón, "Querétaro 1867", en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano...*, *op. cit.*, p. 163.

[29] Miguel Galindo Galindo, *op. cit.*, pp. 609-610.

imperialistas, quienes en su desesperación lo aceptaron como último recurso de vida." [30] La idea dominante era romper el sitio y salir, y con tal objeto se mandaron construir siete puentes de madera para arrojarlos sobre las paralelas y atacar durante las horas de oscuridad la línea sitiadora por distintos puntos. Miramón, en un arrebato de audacia y nobleza, sugiere que lo importante es que salga de la ciudad el archiduque con la caballería y que él se quedaría a resistir en Querétaro.[31] Para Darán, Maximiliano nunca confió en El Macabeo plenamente por los rumores insanos de Salm y López, pues cada vez que Miramón se alejaba de la ciudad rumbo a la línea de circunvalación Maximiliano lo mandaba llamar o abortaba los proyectos temiendo que el ex presidente los abandonara en una salida fruto de sus conocidos golpes de timón.[32]

El general Mejía —que se levantó de su lecho de dolor muy molesto, culpando de la situación a la derrota imperial en Matamoros en junio de 1866 y a la negligencia de Márquez— pide a Maximiliano dos días más para poder reunir, a su llamado autorizado, un buen número de hombres del pueblo que se echen contra los republicanos con la seguridad de que los derrotarán y podrán todos libremente abandonar la plaza. El número de combatientes improvisados que promete Mejía reclutar es de seis mil a ocho mil. "Si el emperador hubiera mandado a un sargento en lugar de Márquez, lo hubiera hecho mejor",[33] salió diciendo el siempre tranquilo pero ahora exaltado don Tomasito Mejía.

Por su parte, el general Escobedo nuevamente recibe una propuesta de entrega de la plaza, o cuando menos de un punto de la misma, de parte del sargento Miguel Colich, quien simplemente se concreta a proponer eso a cambio de que se le respete la vida, no resolviendo nada el mañoso neoleonés. Aprovechando la altura de algunas azoteas —como don Ber-

[30] *Ibidem*, p. 600.
[31] Víctor Darán, *op. cit.*, p. 156.
[32] *Ibidem*, pp. 178-179.
[33] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 230.

nabé Loyola cuya casa en Plaza de Armas era de las más altas de la urbe— algunos queretanos siguen enviando a los republicanos avisos de lo que ocurre dentro de la ciudad, particularmente un liberal de nombre Juan Sánchez a quien le apodan Juan Camote, que por tener su casa en la calle de la Media Luna (hoy calle 16 de Septiembre, octava oriente), muy cerca de las trincheras chinacas, puede comunicarse sin trabajo alguno, sobre todo desde su huerta que da prácticamente a la muy saliente calle de La Espada. El general Ramón Méndez obligó al comerciante Isidro Alvarado a adquirir tabaco por 100 pesos, a través del infame y arbitrario coronel Redonet.

Los sitiadores reciben la buena nueva de que el general Porfirio Díaz envió 30 carros de municiones para la infantería y artillería, que el teniente coronel Agustín Lozano los entregará cuanto antes, con lo que quedarán perfectamente pertrechados para los días que se acercan y que serán definitivos para ambos bandos.

El 13 de mayo están prácticamente listos los preparativos para la partida sitiada, de modo que algunos creen que la marcha tendrá lugar esa noche o máximo en la madrugada, aunque realmente Miramón la prepara para la noche del 14 de mayo. En el seminario queretano también hay conflicto político y —como dije en un capítulo anterior— el rector Castro y Castro renuncia y es suplido por su segundo, el muy respetable Esteban García Rebollo, cuyo carácter suave y conciliador le granjea la simpatía de alumnos y maestros. Durante el día de ayer y hoy se ha recibido a la gente que convocó el general Mejía para darse de alta en las filas de la reacción, los que no pasan de 200 y a quienes se recluta en el palacio departamental para darles una raquítica preparación militar, siquiera que sepan portar las armas, ya que a la salida del ejército regular del Imperio ellos custodiarán la ciudad en lo que entran los sitiadores. Se explica la poca respuesta a la convocatoria de Mejía por los fracasos en los asaltos anteriores, y —si acaso alcanzaban el éxito— se expondrían a una persecución larga y fatigosa de

la caballería chinaca que terminaría exterminándolos. Maximiliano ordena a Salm supervisar el reclutamiento de Mejía, quien pide paciencia por no tener armas y hombres suficientes y que lo esperen hasta la siguiente noche en que confía tener lo prometido. También al famoso y solemne ex gobernador del Estado durante la intervención norteamericana y promotor de la construcción del Teatro Iturbide, don Francisco de Paula Meza, obliga al bribón de Pancho Redonet a comprar tabaco por 700 pesos sin darle recibo alguno. Varios imperialistas que no sabían con exactitud la fecha y hora exactas de la soñada salida, mejor piden asilo en los hogares de familias residentes, como lo hizo el general Mariano Reyes ante Bernabé Loyola, al que le dijo que sólo irían a la aventurera salida los más notables hombres del Imperio, para marchar más ágilmente, y por ello muchos jefes y oficiales no querían exponerse. “Si el ejército del emperador pocas precauciones tomó para resistir el sitio, la población hizo menos. No tuvo tiempo y tampoco fue debidamente informada del estado de las cosas… Con el aire viciado y el extremo calor de la época, las heridas comenzaron a gangrenarse muy pronto. Luego, el tifo llegó a complicar todavía más la ya de por sí desesperante situación”, comenta con tino Blanca Gutiérrez.[34]

Llegó el 14 de mayo de 1867 y nadie de los sitiados pensaba más que en la salida que debería realizarse esa noche o entradas las primeras horas del día 15, a las tres de la mañana concretamente. Durante el día desertan varios individuos de tropa porque no quieren acudir a una muerte inexorable, según dice el parte del capitán imperialista Rodrigo Adalid; solamente en la línea de San Sebastián se pasaron 200 cangrejos hacia el campo enemigo. Miramón hace correr la versión de que la salida se hará por San Gregorio —para que los informantes de Escobedo le lleven la noticia falsa— por lo que en el cuartel general republicano se ordena el refuerzo en ese cerrillo, cuando en realidad la acción será por otro rumbo. El

[34] Blanca Estela Gutiérrez Grageda, *op. cit.*, pp. 40 y 41.

plan supuestamente iba a tener lugar a las once de la noche y, si fracasaba, cada quien debería tomar su propio rumbo en retirada por donde pudiera o le pareciera, pues las tropas no podrían volver a entrar a la ciudad. Ya se daban deserciones de imperialistas en forma descarada y para la tarde de ese día se sospechaba en el bando imperial que ya no habría más batallas.[35]

Hacia las seis de la tarde,[36] se desprendió de las últimas casas de la población, por la calle de La Espada (hoy esquina de Gutiérrez Nájera con 15 de Mayo), la solitaria figura de un coronel vestido con elegancia y ondeando en la punta de su espada un pañuelo blanco de parlamentario. Su salida fue propiciada desde la casa de Juan Sánchez, alias Juan Camote (actual 16 de Septiembre 95).[37] Llega al noreste de la ciudad, cruza los alfalfares y se detiene frente a la ya famosa trinchera ubicada entre la casa vieja de matanza (el rastro) y el panteón de Santiago (hoy predio que iba del tianguis de La Cruz hasta la calle de Altamirano por la ribera del río), al mando del teniente republicano Concepción Soberanes, alias El Concho. Lacónico, informa López a éste que desea hablar con el jefe del sector, por lo que se da parte al coronel Julio María Cervantes que ordena lleven al compadre de Maximiliano a su presencia. Se le conduce ante el futuro gobernador de Querétaro, quien está comiendo con sus allegados coroneles Carlos Fuero y Juan López, y el ayudante mayor Evaristo Dávalos en el molino de San Antonio (hoy Universidad Marista) y ante ellos se identifica como el coronel Miguel López que desea hablar

35 Carlos Miramón, "Querétaro 1867", en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano*…, *op. cit.*, p. 164.

36 Para Somuano López eran las 8:30 de la noche. Página 182 de su obra citada. Hay una hora y media de diferencia entre varios autores y éste, lo que parece ilógico dada la poca distancia entre la trinchera y el molino de San Antonio. Escobedo, en su informe enviado al presidente Díaz 20 años después aclarando los acontecimientos de la toma de Querétaro, contraviene a Somuano pues dice que lo buscaron de parte de López a las siete de la noche.

37 José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Guía histórica*…, *op. cit.*, p. 30.

urgentemente con el general en jefe Mariano Escobedo.[38] Avisado éste inmediatamente por Evaristo Dávalos, media hora después ordena que no se conduzca a su presencia en Patehé al tal López sino que él acudirá a la tienda del coronel Cervantes para hablar con el jefe imperialista en una hora más, cosa que sucede de manera reservada a solicitud de Miguel. Fue tan reservada la entrevista que nadie supo nunca con certeza de lo que se habló en ella, aunque para el doctor Ratz cuando menos López le informó a los chinacos de la salida proyectada y tantas veces prorrogada.[39] Tan pronto terminó la cita —unos 20 minutos— Escobedo ordenó que se permitiera al coronel reintegrarse a las líneas sitiadas, dándole la protección necesaria. Apenas Miguel se retira, en compañía de un oficial de los liberales, disfrazado éste,[40] el general en jefe comienza a dar terminantes y precisas disposiciones para un ataque que habrá de verificarse a las tres de la madrugada del día siguiente, o sea, la madrugada del 15 de mayo, al convento de La Cruz, haciendo responsable directo del movimiento al general Francisco Vélez a quien de manera violenta ordena se busque. Después de estas instrucciones, todo es actividad en las líneas norte y oriente de los sitiadores y, de prevención, en las líneas sur y poniente. El punto militar de La Cruz comprendía una extensión de aproximadamente mil trescientos metros que iban desde la barda de la iglesia de San Francisquito hasta el Chirimoyo, al decir de Blanca Gutiérrez.[41]

Desde el anochecer hay una tremenda tensión en el terreno de los sitiados, pues sin saber qué pasará a ciencia cierta, se esperan grandes acontecimientos. Esta zozobra se riega por la población civil que hace mil preparativos para protegerse de

[38] Comenta Hilarión Frías que esta cita entre López y Escobedo ya estaba concertada desde antes a través de un abogado liberal —del cual no proporciona el nombre— a instancia del coronel López. Ver *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano*..., *op. cit*., p. 52.

[39] Konrad Ratz, *op. cit*., p. 194.

[40] Hilarión Frías y Soto, “Rectificación a la obra del Conde E. de Kératry”, p. 52.

[41] Blanca Estela Gutiérrez Grageda, *op. cit*., p. 46.

una entrada sangrienta por parte de los republicanos. Moralmente se había dado ya el terrible "sálvese quien pueda". Se verifica entre las sombras de la noche la salida de las monjas carmelitas del convento de Teresitas, las que son esperadas por amables vecinos para llevarlas a sus hogares a pie o en carro. El movimiento en La Cruz es inusitado en esa noche negra y sin estrellas, en la que ningún cañonazo, tiro o grito de alarma se escucha, nada más el pesado y ominoso silencio, no el que da paz al espíritu, sino el que pone en pena al alma. Entre los próximos a Maximiliano, Blasio reparte el dinero de la caja imperial. El monarca apenas se ha enterado de los asuntos en la junta que ha sostenido con sus generales para ultimar detalles de la próxima salida, pues se le ve sumamente nervioso y a cada rato pregunta por su compadre Miguel López. Méndez, fingiéndose enfermo,[42] a través de su incondicional Redonet, solicitó aplazar otras 24 horas la salida[43] —¡sí, otras 24 horas!— con el pretexto absurdo de poder arengar a sus tropas, cosa que no había hecho por estar en cama en su casa, supongo yo que por enfermo, desidioso o irresponsable. Maximiliano no deseó hacer caso de la petición, pero Severo del Castillo lo convenció para que accediera a la prórroga. Miramón está en los últimos preparativos para la salida cuando Del Castillo se presenta ante él y le informa del nuevo aplazamiento. El Macabeo, sumamente enojado, se dirige a La Cruz para que Maximiliano cambie de opinión, pero claro, imperan las opiniones de Méndez y de Del Castillo, que no tenían la visión de don Miguel, quien se muestra disgustado con todos, por lo que el archiduque trata de mimarlo diciéndole que para un movimiento tan importante nada significan 24 horas de aplazamiento. Víctor Darán argumenta que Maximiliano justificó el retardo de la salida por la falta de dinero para pagar las tropas y la debilidad de los caballos por falta de alimento, lo que

[42] Luis Islas García, *op. cit.*, p. 167.

[43] Víctor Darán opina que esa contraorden se dio a la hora de la comida, no en la noche, pp. 182-183, en la obra citada.

sería solucionado en unas horas por Miguel López, quien supuestamente había descubierto un depósito de maíz que podía darse a los famélicos equinos que llevaban muchos días sin alimento.[44] Miramón le replica a su vez: "Señor, Dios nos guarde estas veinticuatro horas", cosa que, para el doctor Ratz, nadie oyó.[45] Dicho esto, se despidió El Macabeo, pues dijo que no había dormido en las dos últimas noches. Todavía se encontró en la puerta de su casa con Mejía y le informó de la prórroga, por lo que el serrano también se dispuso a descansar. Todos los objetos —algunos francamente inútiles— de Maximiliano se han distribuido entre los soldados que van a escoltarlo, al tiempo que dice el supersticioso monarca a Basch que confía en que la salida será una buena empresa, porque el 15 es el onomástico de su madre y cree que eso le traerá suerte. En la tarde de ese día, el comandante de artilleros de apellido Salgado discretamente le comentó a Hans que se preparaba un movimiento importante porque La Cruz iba a ser atacada seguramente antes de la aurora del día siguiente, así que le encargaba las dos secciones de la huerta y cementerio del convento —al que Hans le tenía horror— y que ningún artillero o infante abandonara su puesto en caso de asalto. Llegada la noche, el detallista cronista imperial se hizo bolita y se acostó junto a su cañón envuelto en un sarape después de comer tortillas frías, pensando que siempre a los artilleros les toca la peor parte en cualquier acción de guerra al no poder marchar con su arma como lo hacen los infantes y jinetes. ¡Si no moría inmediatamente, le tocaría fusilamiento!

A las 20 horas Miguel López ya estaba en su casa, ubicada en la calle Sola núm. 5 (actual Reforma 146 y 148) y al recibir a Salm confirma a éste que todas las órdenes del emperador están cumplidas. Sí, así como se escucha: ¡todas las órdenes

[44] Víctor Darán, *op. cit.*, pp. 182-183.

[45] Ratz dice que esta frase de Miramón es un supuesto porque realmente Miramón estuvo satisfecho con la medida "para poder llevar a su infantería completa" y no sacrificarla. Esto último es mío, pues se supone que la infantería sería secretamente sacrificada en favor de los jefes. *Op. cit.*, p. 195.

del emperador han sido cumplidas! Algo había entre López y Maximiliano con respecto a la salida del próximo día, y si López se extralimitó en su encargo ante Escobedo, eso es otra historia. El que asegura que López regresó del campamento acompañado de un oficial republicano —al cual dejó encerrado en su domicilio de la calle Sola en lo que fue a ver a Maximiliano— es don Hilarión Frías y Soto.[46] Por su parte, Blasio dice que López estuvo como a las 10:30 de la noche en su habitación para recoger algún dinero de parte del emperador,[47] sin aclarar el secretario particular el que López viniera de entrevistarse con Maximiliano o si la orden fue dada un tiempo más atrás. Esto lo comento para tratar de saber la hora aproximada de la entrevista entre los dos compadres, aunque ya podemos sospechar lo que trataron… Lo importante es que López se indignó con Blasio por haberle entregado monedas de plata y no de oro, además de que 100 pesos se le hicieron muy poco. El escribano imperial le contestó que no estaba siquiera en la lista de repartición del dinero sacado a la fuerza a los queretanos, así que ya no le daría nada. López, como rastrero que era, no tuvo más remedio que aguantar e irse con lo que le daban.

Sonaron entonces las once de la noche en las poquísimas campanas que sobrevivieron en la entonces devastada ciudad. López se entrevistó a solas con Maximiliano en la habitación de éste en La Cruz. El monarca ya había solicitado esa noche dos veces hablar con López, y su anhelo por verlo era tal que sin cesar mandaba un ayudante a la casa de éste —a la que sólo separaba del cuartel general la plazuela de La Cruz— a que preguntara si el coronel ya estaba de vuelta. “Hay que advertir que cuando López salió para el campo republicano, dejó en su alojamiento a Antonio Jablonsky, a fin de que cuando lo llamaran de parte del emperador contestaran a éste “que había sali-

[46] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, p. 439.
[47] José Luis Blasio, pp. 367 y 368.

do adonde ya sabía".[48] Hablaron acerca de cómo iría el coronel cerca de su soberano cuando el 16 de mayo se intentara la salida y éste le suplicó lo matara de un balazo en la cabeza si por alguna razón caía herido. Dicho esto, y por razones que nadie conoce, Maximiliano condecoró a López con la Cruz de Guadalupe, máxima presea imperial. Se ignora qué más se trató en esta reunión. De allí se fue el coronel López a su alojamiento, sacó al oficial republicano y lo acompañó hasta la trinchera de la calle de La Espada, la cual salvó el chinaco y se enfiló al campo sitiador.[49] Cuando López se retiró, Maximiliano recibió a Salm y le dijo: "Sé que usted no se encuentra satisfecho con esta demora, pero tenga cuidado que los Húsares y guardias de corps dejen los caballos ensillados, un día más o menos no importa". Salm ve que se cumpla esta desconcertante orden y se retira a su habitación en donde consumió una botella de champagne en compañía de su íntimo Schwesinger, después de lo cual se acostó dejando listos sable y pistola. Félix de Salm no se explicaba tantas dudas y contra órdenes de Maximiliano. ¿Para qué dejar ensillados los caballos si la salida era en 24 horas? Seguramente Maximiliano guardaba en su real pecho algo que ni Salm ni nadie sabía, nada más López, quien había sido informado desde días antes que iría a la cabeza de la tropa imperial —no al mando— el día de la salida, en el mayor peligro de muerte, según Ratz al citar las memorias de Teodoro Kählig, testigo presencial y miembro de los húsares.[50] ¿Será por eso que busca salvar el pellejo a cualquier precio? Cambiando de tema y en relación a la marcha del siguiente día, solamente

[48] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, p. 439.

[49] *Ibidem*, p. 439. Aquí difiere don Hilarión Frías de otros historiadores, pues asegura que "a estas horas fue cuando se comunicó la contraorden suspendiendo la salida", es decir, hasta que López no supo una respuesta de Escobedo y la consultó después con el monarca, manda al oficial republicano con nueva información al general en jefe juarista, se aplaza la salida. Para Frías eran las 10:30 de la noche cuando sucede todo esto, culpando de la confusión horaria a Basch, el que asegura que la entrevista de Maximiliano y López fue a las 11, después del incierto consejo de guerra.

[50] Konrad Ratz, *op. cit.,* p. 194.

Miramón sabía cuál era el punto de salida, suprema responsabilidad para El Macabeo.

Blasio hizo amistad con el republicano coronel Francisco Castañeda y Nájera, ayudante de Escobedo que cayó preso en La Cruz, al que esa noche le encarga el escribano imperial recoja al caer la ciudad en manos chinacas la suma de cuatro meses de sueldo y viáticos que dejó depositados en la casa Rubio, y se las haga llegar a su madre, cuando el coronel regrese a México. Blasio mismo daba por perdido este bastión imperialista y dice que al hacerle los encargos a Castañeda jamás le habló de la salida planeada.[51]

Entre tanto, en Patehé, Escobedo concreta sus órdenes de la tarde y le espeta a Vélez que "a las cuatro de la mañana ha de venir López para conducir a usted con las tropas. Sitúese en la línea de Arce, que está frente a La Cruz y allí espere a López". Vélez contesta: "¿Por qué, Señor, se ha fijado usted en mí, cuando tiene usted sesenta generales de más confianza por ser liberales probados, mientras que yo soy nuevo en este partido?" Escobedo lo mira fijamente y seco le contesta: "¡Pues usted va!", y así comienza a prepararse Vélez —el antiguo amigo de Miramón y con quien se peleó por un piano— para cumplir con la misteriosa acción que se le ha encomendado. Se extiende en los cielos de Querétaro una noche lóbrega, intensa, profunda y silenciosa como propicia a un gran desastre. En la penumbra se observó al liberal queretano Hipólito A. Viéytez —quien había recibido atenciones de Mejía— entrar en la casa del Descanso donde habita Papá Tomasito, al que le ofrece un escondite seguro para los próximos acontecimientos, pero el valiente serrano agradece y declina.

•

[51] José Luis Blasio, *op. cit.*, pp. 368 y 369.

El derrumbe de un sueño imperial

Desde las cero horas del miércoles 15 de mayo de 1867, no dejó de haber movimientos misteriosos en uno y otro bando. En el lado republicano se le ve agitado y nervioso a Escobedo, mientras que en el convento de La Cruz pocos son los que duermen a pesar de la prórroga de 24 horas para la salida. A las dos de la mañana caminó Miguel López —vestido de plata— entre la nopalera, magueyal, zarzal y organal destrozados —del lado norte del cerro de El Sangremal— para encontrarse con el general Francisco Vélez en el lado republicano, allá por el panteón de Santiago. Escobedo ha puesto a disposición de Vélez el afamado batallón de Supremos Poderes, mandado por el coronel Pedro Yépez, y el de Nuevo León, comandado por el teniente coronel Carlos Margáin; también los acompañará el general Feliciano Chavarría, el coronel Agustín Lozano y dos ayudantes más del general en jefe, quien está ubicado en la línea avanzada de este encuentro. Afirma el conservador Mariano Cuevas que iba también en esa comitiva el coronel José Rincón Gallardo, pero sin comisión militar sino otra, secreta, para el interior de la plaza.[1] Después

[1] Mariano Cuevas, *Historia de la Nación Mexicana*, México, Porrúa, 4a. ed., 1986, p. 981.

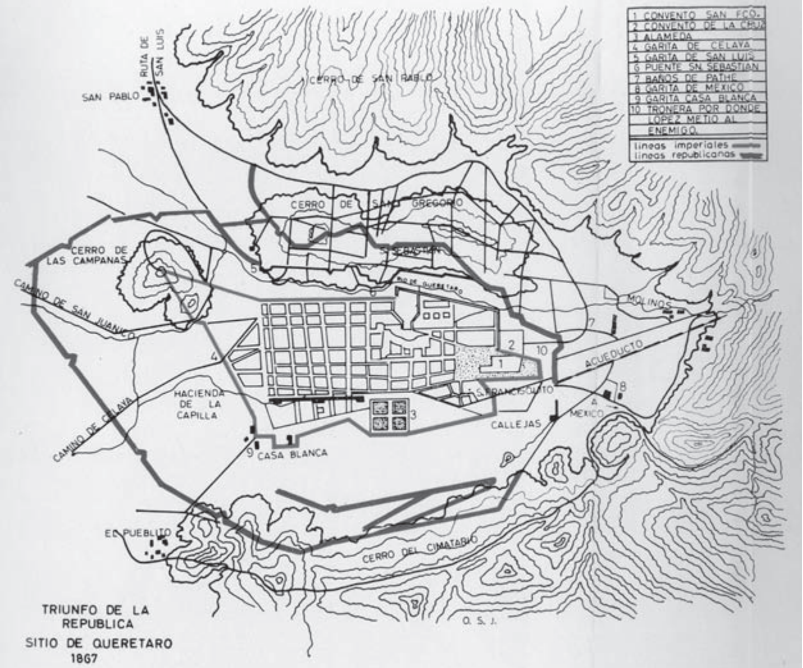
se retiró Escobedo a su cuartel general para esperar los resultados del movimiento que se haría en La Cruz por las tropas de Vélez, a quien le dio órdenes precisas de disparar a López en la cabeza al menor movimiento extraño de parte de éste, aunque para Ratz esto último fue fingido, porque López y Escobedo estaban muy, pero muy de acuerdo.[2] Asegura Somuano que Vélez ya había entrado al zarzal de La Cruz desde la una de la mañana con su gente y sin López, nada más para reconocer el campo donde iba a tener lugar el golpe de mano, y que llegó hasta donde los centinelas imperialistas despreocupadamente dormitaban, y ya luego regresó para esperar a Miguel López.[3]

Ya instalado en su cuartel general, Escobedo repartió instrucciones: nombraría al todavía coronel Julio María Cervantes comandante militar de Querétaro, una vez que se rompiera el sitio, debiendo con sus tropas guardar el mayor orden posible y que de ninguna manera se cometieran desmanes en contra de la población civil; a los generales Amado Guadarrama y Francisco Naranjo los conminó a que con sus tropas de caballería estuvieran listos para moverse a la primera orden; el general Sóstenes Rocha estaba alertado para que con su columna concurriera al punto donde fuera necesaria su cooperación. Los jefes de los demás puntos, tales como El Cimatario, Callejas, garita de México y San Gregorio, fueron exhortados a que estuvieran prontos para avanzar sobre la plaza sitiada una vez que se les anunciara con el repique de campanas desde los templos de La Cruz y San Francisco. Se encomienda al general Alatorre para que ese día distribuya a las tropas republicanas en el interior de la ciudad y al coronel José Rincón Gallardo para que custodie a los prisioneros que se hagan, especialmente a los generales y jefes importantes, además de proveerles alojamiento.

Maximiliano duerme en su celda después del agitadísimo día anterior, y todos sus cercanos también están en brazos de

[2] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 199.
[3] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 187.

Morfeo —y Miramón en los brazos de Afrodita, según los chismosos que no son capaces de tener una vida propia—, esperando el amanecer para seguir con los preparativos de la presunta salida en la madrugada del 16 de mayo. En la casa de La Prefectura se encuentran en espera de instrucciones los hombres del pueblo reclutados por Mejía y precariamente preparados y armados; los caballos de los húsares están ensillados sin saber para qué. Mejía, Méndez y Ramírez de Arellano también están descansando en sus casas. Otros jefes y oficiales ya encontraron alojamientos particulares entre los vecinos para esconderse el 16 de mayo —según ellos— cuando penetren a la plaza los juaristas.



Plano de Querétaro durante el sitio; indica las haciendas que fueron puntos centrales de los combates (de oeste a este): hacia la capilla, Casa Blanca, hacienda de Callejas y hacienda de Carretas.

En la línea del Río Querétaro frente al panteón de Santiago (hoy avenida Universidad esquina con Gutiérrez Nájera)

comienza a caminar López con la pistola de Vélez atrás de él, sirviendo de guía a los chinacos hacia el tapial del convento crucífero. Este movimiento ha podido verificarse hasta ahora en forma imperceptible, puesto que la noche es de una oscuridad profunda, completamente silenciosa y sumamente fresca. López y compañía entran al huerto de La Cruz y punto por punto del cuartel general crucífero van rindiendo a la tropa imperialista, sustituyendo la republicana a ésta, desarmando hábilmente a los reclutas defensores. Antes, López mandó quitar un cañón al sargento imperialista Guzmán de la tronera para facilitar el paso de los republicanos —con malos modales e injurias—, haciendo creer a los adormilados defensores que se trataba de tropas del general Márquez. En los momentos en que se dirigían a la puerta principal del convento, encontraron a dos individuos de elevada estatura, uno de los cuales marcó el "quién vive", a lo que el general Vélez respondió: "la República Mexicana", amenazándolo con su pistola y con las armas de la tropa que lo acompañaba. Una hora después se escuchan pasos precipitados en los corredores del convento. Ya están tomados el cementerio, la huerta, el templo, la torre de La Cruz y cercado todo El Sangremal por tropa liberal. Unos imperialistas miembros de la guardia municipal se quejan de que unos "morenillos" han robado sables, espadas, pistolas, rifles, sarapes y, lo que es peor, sus botellas de vino de jerez y se las han bebido hasta saciarse. Al escuchar José Luis Blasio los ruidos en los corredores, a las cuatro de la mañana, sale y se encuentra con Miguel López y Antonio Jablonsky, y es éste quien le dice: "corra usted a despertar al Emperador, el enemigo ocupa La Cruz y el convento está cercado por los liberales". Blasio, a medio vestir, va por el pasillo en medio de los uniformes grises de los soldados republicanos del batallón Supremos Poderes, despierta al criado imperial Severo Villegas y le dice que despierte a Maximiliano, y éste abre los ojos y se para sin dar crédito a lo que dicen, aunque varios testigos afirman que se despertó tranquilo y se vistió lentamente como

si ya esperara la noticia. Calmadamente se puso un pantalón de montar punto de malla y bota fuerte, levita militar azul de solapa suelta, abrochados los primeros botones y espada ceñida al cinto bajo las faldas de la levita. Finalmente, se tocó con un sombrero blanco de anchas alas con toquilla delgada de oro, cubriéndose con un paletó del frío de la triste mañana. Fue la única vez en su reinado que portó un arma oficial para atacar o defenderse.

El monarca se había acostado a la una de la mañana y una hora y media después había despertado por un ataque de cólicos a causa de su disentería agravada por la influenza epidémica que llevaron las lluvias al cuartel. Ratz considera que la aparente calma de Maximiliano no era por estar coludido con Escobedo sino por un estado de estupor producido por la opiata que le suministró Basch contra dichos cólicos,[4] o sea, que andaba dopado por el opio. El pesadito de Jablonsky entró a la celda imperial para suplicar se dieran prisa, entre tanto, Blasio despertó a Severo del Castillo —al que hubo que empujar en su cama porque no oyó nada a causa de su sordera— y, Severo el criado, despertó al oficial de órdenes Pradillo y al mercenario de Salm Salm. Éste recibe en su celda ya vestido al médico Basch quien le informa que todo se encuentra ya en poder de los republicanos y le sugiere que mande avisar al capitán del estado mayor austriaco que monten los húsares y estén listos para cualquier eventualidad. Basch fue llamado por su jefe, quien estaba muy calmado y le dijo: “No será nada, el enemigo ha de haber penetrado los jardines. Tome usted sus pistolas y sígame”. El médico fue en busca de sus armas, que estaban en su silla de montar, y es hecho prisionero después de varios incidentes además de que un oficial republicano llamado José María Pérez le cogió su reloj y el cinturón lleno de oro para la huida. Los criados, Salm, Severo del Castillo y Blasio van por Maximiliano a su celda y rodeándolo bajan las escaleras conventuales y se dirigen hacia la portería que ya está custodiada

[4] *Ibidem*, p. 201.

por elementos rojos, cuyo centinela les grita: “atrás”. Allí se encuentra a la incierta luz de un farol el coronel José Rincón Gallardo, vestido con camisa blanca de lienzo y peinando sus largos bigotes rubios, quien al ver al grupo y observar que van a ser hechos prisioneros dice al centinela: “Déjalos pasar, son paisanos”. Para Ratz aquí también hay una señal de que López y los republicanos estaban coludidos en algo no muy claro, pues todos iban uniformados con excepción de Blasio que iba de civil o paisano. Este detalle de Rincón Gallardo es un respiro para Maximiliano —porque de querer, ahí mismo lo pudieron haber apresado— y tranquilizó la conciencia de López, quien en el fondo esperaba que su compadre y jefe se salvase. Ratz termina este episodio diciendo que Rincón Gallardo, como banquero capitalino, se encargaría más tarde de pagar “los honorarios” de Miguel López, mediante letras de cambio giradas por la casa Rubio al banco del coronel, y así Escobedo podrá decir que él mismo nunca pagó un centavo a López.[5] Blasio afirma que quizá Rincón Gallardo quiso salvar al emperador o cuando menos no quiso que recayera sobre él la responsabilidad de haberlo apresado.[6] Maximiliano siguió su camino y comentó a sus allegados “Ven ustedes, cómo es conveniente hacer favores”, refiriéndose a que reconoció al hijo de la marquesa de Guadalupe, dama de honor de Carlota. En la plazuela de La Cruz fue rodeado de más personas allegadas y la cruzaron, todavía sumida en la penumbra, rumbo al centro y en la calle Baja de La Cruz (hoy Carranza) los alcanzó Pradillo, que llevaba su caballo y otro para Maximiliano, quien al ser invitado a montar se negó afirmando que seguiría a pie porque los otros no tenían caballos. Cerca de la Plaza de Independencia los alcanzó Miguel López quien dijo a su compadre imperial: “Señor, todo está perdido, el enemigo está en La Cruz y bien pronto ocupará la ciudad, pero tengo un lugar perfectamente seguro para esconder a Vuestra Majestad”.

5 *Ibidem*, pp. 203 y 204.
6 José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 371.

Maximiliano replicó con voz alterada por el enojo: "¿Esconderme? ¡Jamás!" Al llegar al Palacio Departamental ordenó el rubio príncipe que todos se concentraran en el Cerro de las Campanas donde seguramente aún se encontraban tropas imperialistas. Bajaron por la calle de El Biombo y, frente a la casa de Cayetano Rubio, López insta a su compadre a entrar para esconderse —la casa está llena de sótanos— el archiduque le responde con gesto desdeñoso que un hombre de su estirpe no se esconde. El compadre, incómodo, vuelve su caballo hacia la prefectura municipal (hoy Palacio de Gobierno) para desarmar a los hombres de Mejía y no acompaña a la comitiva al oriente citadino. López se fue para nunca más volver a comparecer delante de Maximiliano.[7] La comitiva imperial pasó por la Plaza de Abajo o del Recreo y tomó la calle de El Hospital (hoy Madero), mientras el oficial Juan Ramírez se ofreció para adelantarse al Cerro de las Campanas y avisar al coronel Antonio Gayón lo ocurrido y que esperara a la ya crecida comitiva.[8] Al pasar por el mesón de El Águila Roja (hoy Palacio Municipal) se detiene en él porque allí se aloja el primer regimiento de su caballería y quiere ordenarles que lo sigan hacia el Cerro de las Campanas. En ese momento —según lo relata el acompañante de Maximiliano, Fürstenwärther, citado por Ratz— López nuevamente se presenta a caballo ofreciéndose a transmitir la indicación personalmente, se introduce al mesón y ya no sale. "Parece que es entonces cuando Maximiliano empieza a sospechar de él".[9]

El grupo continuó su camino corriendo y el general Severo del Castillo tuvo que ser llevado en brazos por encontrarse exhausto. Ya cerca del cerrillo de las Campanas llegaron los criados con los caballos, pero prefirieron seguir a pie al igual

7 Mariano Cuevas, *op. cit.*, p. 982. Para el padre Cuevas no hubo la posterior visita de López a Maximiliano, preso en La Cruz, donde presuntamente éste entregó a aquél el famoso billete donde le pedía que mantuviera oculta la participación de Maximiliano en la entrega de la ciudad.

8 José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 141.

9 Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 208.

que su soberano. Mientras, allá en La Cruz, Basch fue llevado primero al campanario y luego a la plazuela, donde hicieron los vencedores una cuerda de prisioneros para llevarlos a la hacienda de Carretas, y le quitaron con malos modos y palabras un anillo que le sobraba del anterior registro al doctorcito. A las diez de la mañana traerían de regreso a La Cruz al mediquillo alemán de parte de Escobedo, quien al ver a su jefe llorando lo abrazó, pero luego se consolaron cuando Maximiliano sonriente le enseñó una cajita de píldoras de opio que recogió de su buró en pleno escape.[10]

De la casa del general Méndez, ubicada en la calle de El Biombo y Plaza de Armas (hoy Palacio de Justicia), salió violentamente su carruaje tirado de buenos caballos, los que chocaron contra el Palacio Departamental y siguieron desbocados hacia el centro. Méndez, a pie, salió de la casa y atravesó la plaza para ir a esconderse en las ruinas del portal Quemado (hasta hace unos meses sede de la Legislatura); al no sentirse seguro allí, siguió caminando entre los portales del mesón de Santa Rosa para dar vuelta en el callejón de don Bartolo (hoy Libertad) y desaparecer en una casa de la acera sur, espiado por la silueta siniestra de un individuo jorobado.

Los húsares no pueden salir de su cuartel por la puerta principal que está llena de chinacos, haciéndolo entonces por la puerta trasera; bajan hacia el oriente y cuando van por la calle de El Biombo se encuentran con López, Rincón Gallardo y una fuerza republicana que vienen saliendo de la 1ª calle de la Penitencia (hoy Vergara); con la mano derecha en alto, López exige a los húsares que bajen de sus caballos y se rindan "en nombre del emperador". Ellos totalmente confusos lo obedecen.[11] Los republicanos avanzaron hacia el centro de la urbe. Se apoderaron del parque general de armas imperialistas depositado en San Francisco y se hicieron también de su torre —la más alta de la ciudad— para repicar las campanas

[10] Samuel Basch, pp. 238 y 239.
[11] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 207.

regocijadamente, con lo que anunciaban a Querétaro y México el triunfo y restauración de la República. Los caballos de los húsares subieron en tropel hacia su mesón (hoy Corral de Comedias de Paco Rabell) y, al creer los republicanos que eran los húsares que cargaban, fueron recibidos con balas que mataron a muchas de estas bestias.

Miramón dormía en su casa ubicada en la calle de San Antonio 13 (hoy Hidalgo 18) cuando, a las tres de la mañana, fue despertado para darle una mala noticia: que sus oficiales de la línea del Río Blanco, Paz, Puente, Ontiveros y Gil de Castro y tres más, se habían pasado a las filas liberales en medio de los disparos de fusil de sus ex compañeros que se mantenían fieles a la causa. Se vistió rápido y fue a la línea a poner calma, y cuando creyó que todo había regresado aparentemente a la normalidad se dirigió al centro; eran las cinco y media de la mañana y cuando no había avanzado sino dos cuadras oyó repicar las campanas franciscanas y, violentando el paso, se dirigió a la plaza abajeña (hoy jardín Zenea) ordenando a un ayudante que fuera por sus caballos y de ahí a La Cruz, se quedó a la espera cerca de la catedral franciscana con sus auxiliares Ordaz y Sepúlveda. Ordenó a éste que llevara a sus tiradores a la plaza, pero el comandante Nava llegó hasta él y le informó angustiosamente: "nos han vendido; toda la fuerza de La Cruz se ha perdido; el coronel López ha entregado la plaza y ya el enemigo me sigue muy de cerca". Al llegar —ahora sí— al centro de la plaza recreativa, Miramón vio que su ayudante Ordóñez estaba amenazado por un jinete republicano —un antiguo húsar belga de apellido Devaud[12] que había cambiado de bando—; El Macabeo tomó su pistola, avanzó 20 pasos y le disparó al neojuarista pero no le pegó a causa de la oscuridad de la madrugada, por lo que el liberal disparó a la vez contra los dos imperialistas, mató a Ordóñez e hirió a don Miguel en la cara —concretamente en la mejilla derecha, pero la bala llegó hasta la oreja y salió astillando el maxilar—, quien todavía

[12] Víctor Darán, *op. cit.*, p. 199.

corrió ciego de ira y tapándose la herida con un pañuelo tras el neochinaco para dispararle un segundo tiro que no acertó y, en cambio, el neorrojillo se le dejó ir en bola con unos 50 hombres del batallón de Nuevo León que abrieron fuego contra el genial Macabeo que montó su caballo de manera veloz a pesar de ir sangrando en abundancia. Va muy conmocionado para su alojamiento en la mansión del Conde de Sierra Gorda. Al llegar y no ser atendido por nadie, acude a la casa del médico Licea en la calle de Capuchinas 17 (hoy Guerrero 19) con el objeto de ser curado, para lo cual se empeñó El Macabeo en que le sacaran la bala que creía tener el general presidente. Licea le explicó que sólo se trataba de un astillamiento del hueso en su mejilla, pero la necedad de Miramón provocó una larga y dolorosa operación que duró dos horas.

Entre tanto, Maximiliano llegó al Cerro de las Campanas, donde lo alcanzaron Mejía, Pachta y el teniente coronel Pedro A. González. Por su parte, los republicanos descendieron de El Cimatario y tomaron violentamente —pero sin resistencia— la hacienda de Casa Blanca y la Alameda, cambiando luego la artillería contra el Cerro de las Campanas, desde donde contestaron inútilmente los imperialistas, sabedores de que estaban rotas las líneas del sur, oriente y norte, y que solamente quedaba por caer la poniente, donde precisamente se hallaban. Para esa hora ya habían entrado a la ciudad los juaristas provenientes de San Pablo, de San Gregorio y de San Sebastián. Bajo una intensa lluvia enviada por el general Rocha, siguió Maximiliano en las alturas del poniente acompañado de sus incondicionales, sin saber qué hacer, viendo hacia el poniente las oleadas de millares de soldados —ya también varios imperialistas unidos a los republicanos— dirigirse hasta donde ellos estaban al grito de “viva la libertad”, creyendo el iluso archiduque que las casacas rojas eran de sus húsares y no de los chinacos. Mejía insiste en que se intente un ataque violento de caballería para romper las filas enemigas, sin embargo, Maximiliano pide otros 10 minutos para esperar a los húsares

y a Miramón, pues no quiere dejarle atrás. Salm oyó cuando el monarca le dijo: “Ahora Salm, una bala feliz”, como queriendo perder la vida en ese momento y en ese lugar, lo cual le sería concedido, pero un mes y cuatro días más tarde. El cerrillo parecía una balsa de la que se aferraban los náufragos imperialistas, pues a cada momento llegaban más y más pidiendo se les dejara pasar, y hubo un rato en que a los mismos partidarios se les negó la entrada, por lo que se fueron por el lado de las troneras para que los artilleros los dejaran saltar.[13] Agustín Rivera dice que máximo eran ochocientos los soldados imperialistas de que disponía Maximiliano en esos momentos,[14] a lo que yo agrego que muchos de los cinco mil que deberían de ser los disponibles habían huido o se habían escondido, pasado a los republicanos o fueron masacrados cruelmente en las calles de la población a la entrada de las fuerzas republicanas sedientas de sangre.

Los asustados vecinos de la sociedad civil se han encerrado en sus casas, pero algunos han salido al pillaje y son castigados y llevados en leva por los republicanos encargados de mantener el orden. El delirio triunfal deja oír sus gritos y balazos de salva en los cerros de los alrededores y por todas las calles. Maximiliano tiene la mirada extraviada en el horizonte, como si no supiera que estaba totalmente perdido y que él —sí, precisamente él—, había buscado ese momento. Entrega su cartera con tres sobres que contienen los papeles más reservados a su secretario particular con instrucciones de que los queme, lo cual se hace en la tienda militar de Gayón, donde había una bujía cerca de una cama, entre el propio Blasio y Fuerstenwaerther. “Desgraciadamente con esos papeles se pierde el diario de Maximiliano dictado a Teodoro Kählig”.[15] Maximiliano no resuelve ni indica nada esperando a Miramón, del que pronto es informado que está herido de gravedad en la mandíbula

[13] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 171.
[14] Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 303.
[15] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 211.

diestra. Dice entonces a Del Castillo y Mejía: "Montemos a caballo y tratemos de abrirnos paso entre esa cadena de hombres que sigue estrechándose en derredor nuestro. Si no conseguimos salir a lo menos ahí encontraremos la muerte". De manera insistente preguntó a Mejía si era posible la salida rumbo a la Sierra Gorda, pero éste le contestó: "Señor, pasar es imposible; pero si Vuestra Majestad lo ordena trataremos de hacerlo; en cuanto a mí estoy dispuesto a morir".

"No hay más remedio que rendirse", afirmó Maximiliano y así se hizo.[16] Mejía se negó a intentar la salida a esa hora porque no quiso cargar con la responsabilidad moral y militar de causar la muerte de su soberano en una acción tan arriesgada. Los mejores jefes imperialistas habían perdido la cabeza, según Alberto Hans.[17] Ordena el rubio imperial que Pradillo y otro oficial se dirijan a la ciudad y se enarbola una bandera blanca improvisada con la lanza de un soldado y una sábana de la tienda de campaña del general Gayón "que los republicanos advierten como la vela rota de la nave imperial que naufraga en un estruendoso embravecido mar de fuego".[18] Marchando con sus tropas por el sur, Ramón Corona advierte la bandera blanca en la colina de Las Campanas y ordena que cese el fuego sobre el cerrillo. Para este momento, sus mismas tropas le daban la espalda a Maximiliano —saltando las trincheras y tirando sus fusiles— y se enrolaban en el festejo republicano buscando con la camaradería y borrachera el perdón. Inútilmente Pradillo busca con su bandera blanca a Escobedo en La Cruz, quien se acerca al Cerro de las Campanas por la línea norteña. Pradillo se topa entonces con el general Joaquín Martínez y que, informado del deseo de Maximiliano, contestó carecer de

[16] Afirma el doctor Ratz, siguiendo las memorias del abogado queretano Ignacio Álvarez (al que Agustín Rivera llama muy mediano historiador), que se integró a la comitiva, que en estos momentos ya suponía Maximiliano que lo habían traicionado, pero sin saber quién, es decir, no ponía nombre y apellido. *Op. cit.*, p. 211.

[17] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 171.

[18] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro*…, *op. cit.*, p. 143.

facultades para ello, pero se prestó para acompañar al emisario imperial a la garita de Celaya donde se encuentra Corona.[19] Maximiliano baja con una mínima escolta el cerrillo rumbo a la garita de Celaya que cubre Sóstenes Rocha, mientras que Guadarrama circunvala el Cerro de las Campanas desde San Juanico. Ante el archiduque llega un ebrio desertor que había servido con Márquez y se había robado la caja de dinero de sus compañeros, de apellido Dávalos, y, en una actitud de bravucón de pulquería, saca su pistola y la dirige a la cabeza y luego al corazón del destronado monarca, quien sereno sostuvo la mirada mientras que sus compañeros se indignan pero no hacen por pegarle, cuando menos, al valentón de cantina porque el emperador se los suplicó con un gesto y se le quedó viendo al borracho agresivo con sangre y ojos fríos, cosa que al temulento impresionó. Luego de que terminó el momento de tensión, el bravucón de Dávalos pidió a Maximiliano un abrazo y éste generosamente se lo concede manchando con sus babas el traje azul de general de división del archiduque. Todavía el monarca en caída tuvo que soportar a otro impertinente igual que Dávalos, sólo que éste es francés, de nombre Félix d´Acis, el cual preguntó con altanería al Habsburgo si era Maximiliano, a lo que éste respondió sonriendo desdeñosamente: "En efecto, yo soy Maximiliano". Entonces el oficial galo, descubriéndose la cabeza dijo tomando una actitud burlona: "Maximiliano de Austria, yo te saludo"; el príncipe le lanzó una mirada llena de desprecio y le dio la espalda.

Por fin llegaron los generales republicanos encabezados por el segundo de a bordo, el general Ramón Corona, a los que Maximiliano dice: "ya no soy emperador" y pide que lo conduzcan ante Mariano Escobedo para tratar asuntos relacionados con su rendición. Corona manda con un auxiliar de confianza a los ayudantes de Maximiliano y a éste, Mejía, Pradillo, Cas-

[19] Fernando Díaz Ramírez, *La verdadera intervención del coronel Miguel López en el Sitio de Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1967, pp. 14-15.

tillo y Salm los escolta él personalmente para evitar que los ofendieran. Le dice al monarca que monte un caballo porque van hacia San Pablo —le llevan al manso "Anteburro"— y así continuaron juntos bajando la cuesta y mucho antes de la garita de San Pablo,[20] a las seis horas de la mañana, coinciden con Escobedo y los Cazadores de Galeana. Cuando la mañana es ya bastante clara y el sol ilumina las bayonetas de la República, se encuentran el vencedor y el vencido cerca de un sauce llorón y al borde de una zanja. Para algunos autores la espada imperial fue entregada a Corona (enfrente del Tecnológico de Querétaro, a un lado del ISSSTE), y para otros a Escobedo, tras un frío saludo mutuo, en San Pablo.[21] Para el historiador Manuel Hernández, Maximiliano entregó su espada a Corona pero éste la rechazó diciéndole: "Devuelvo a usted su espada porque no soy el General en Jefe, soy el Segundo en Jefe. El General en Jefe es el General Escobedo, a quien le mando dar parte de que se rinde usted a discreción".[22]



Rendición de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, 1895, A. Vent., Óleo sobre tela, Secretaría de la Defensa Nacional, Oficina de Ingenieros y Militares y Periférico.

[20] *Idem.*
[21] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 212.
[22] Manuel A. Hernández, *op. cit.*, p. 63.

La entrevista fue brevísima, apenas lo suficiente para que el candoroso austriaco repitiera aquello de que "soy su prisionero; ya no soy emperador" y le pidiera al neoleonés una escolta que lo acompañara al Golfo de México para salir del país, prometiendo no volverse a inmiscuir en los asuntos de la nación mexicana, lo cual naturalmente le fue negado. Con este acto simbólico terminó el llamado Segundo Imperio mexicano. Ratz, siguiendo a Ignacio Álvarez[23] y a Salm, sostiene que Escobedo y Maximiliano regresaron juntos de San Pablo al Cerro de las Campanas para sostener una entrevista privada en una tienda de campaña donde afuera estaban Álvarez y Salm, y que —según ellos— alcanzaron a escuchar algo, como aquello de: "Si se debe derramar aún más sangre tome Usted la mía" o la petición de Maximiliano de que el ejército imperialista sea tratado con las consideraciones debidas o que a la persona de Maximiliano y a los suyos se les considere prisioneros de guerra para ser protegidos por el derecho internacional y no considerados vulgares revoltosos pasaderos por las armas conforme al decreto juarista del 5 de enero de 1862. A todo esto Escobedo con la enigmática frase de "Eso es V. mío",[24] o lo que dice Somuano con más claridad "Eso es Usted del Ejército Republicano",[25] lo que Maximiliano interpretó como aprobación a su situación de prisionero de guerra, cuando el general en jefe quiso decir "ese es problema mío". Escobedo entregó la espada del Habsburgo al coronel Jesús Fernández García y le expresó: "conserve usted esa espada que pertenece a la República".[26] Mejía no entregó la suya, simplemente la rompió, arrojó la empuñadura a los pies de los vencedores y conservó la hoja entre sus encallecidas manos. Escobedo encarga la custodia del príncipe prisionero al general Vicente Riva Palacio. ¡El emperador en manos del poeta que se había burlado de la

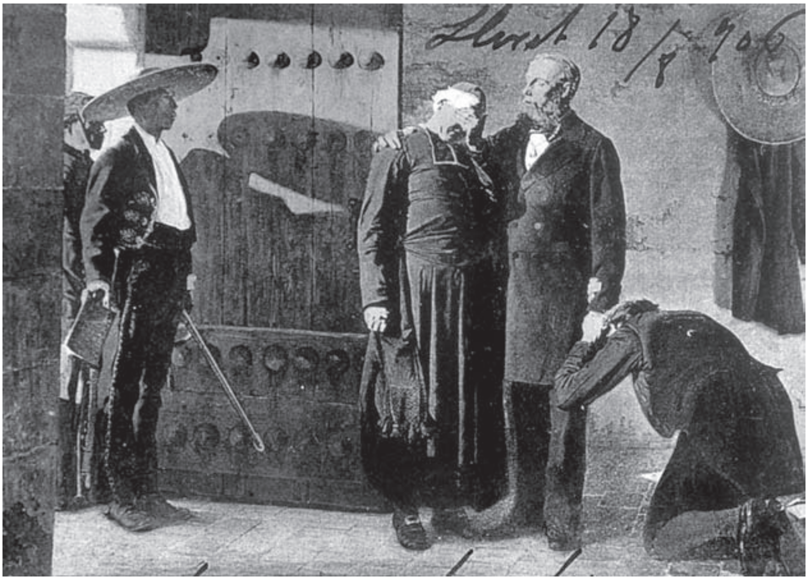
[23] Autor de una muy cuestionada obra llamada *Estudios sobre la Historia General de México*.

[24] Konrad Ratz, *op. cit.*, pp. 212 y 213.

[25] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, p. 192.

[26] *Idem*.

emperatriz Carlota con los famosos versos de "Adiós Mamá Carlota… Adiós mi tierno amor…"!



Despedida de Maximiliano en Capuchinas rumbo al fusilamiento, Postal acuarelada, Colección particular.

Prisionero ya, Maximiliano pide que se le conduzca a la prisión por las orillas de la ciudad, pues no quiere pasar en esa condición por las céntricas calles atestadas de soldados y de vecinos consternados y espantados unos, y curiosos y metiches los más, asomados apenas por los visillos de las ventanas y las rendijas de sus maltratadas puertas. Se le concede este deseo, quedando el brioso equino Orispelo en poder de soldados republicanos que corrientemente se lo disputan como botín de guerra a tiros entre dos: uno que parecía guerrillero y se lo había quitado a un criado imperial y otro de tan mala catadura que no parecía de este planeta; el segundo mató de un tiro en la cabeza al primero. ¡Todo esto pasó a dos metros del caído emperador y de los jefes republicanos! Orispelo había sido llevado al cerrillo por los criados y caballerangos de Maximi-

liano, y lo llevaban de la brida cuando fue arrebatado por los léperos de la tropa chinaca.

Al entrar a la ciudad, Blasio fue atracado por un soldado yanqui, quien con pistola en mano arrebató del pecho del secretario particular el lazo, cajita rusa y anteojos de marinero que Fernando Maximiliano le había encargado al amanecer.

A Riva Palacio lo estimaba mucho Maximiliano, a grado tal que lo exceptuó de la aplicación de la ley del 10 de abril de 1865, conforme al cual todo chinaco sorprendido con armas en la mano sería fusilado sin previo juicio. Don Vicente Riva Palacio, Echegaray y Mirafuentes custodiaron personalmente a Maximiliano y a sus acompañantes, que van de nuevo hacia La Cruz, lentamente, como en una procesión del silencio de viernes santo, siendo recibidos en la improvisada prisión —antes su cuartel general— en medio de una tremenda expectación de cientos de soldados y oficiales que atestaban la plazuela de El Sangremal y lanzaban un grito ensordecedor de entusiasmo por querer ver personalmente a la alteza caída, por lo que es necesario despejar a culatazos la puerta de entrada. Minutos antes Maximiliano le regala su cabalgadura Anteburro a Vicente Riva Palacio en prueba de su afecto. Retornó Maximiliano a su antigua celda pero con otra calidad, a donde acuden a verlo con morbo o curiosidad cientos de soldados republicanos que en su ausencia habían vaciado la habitación y le dejaron nada más que una mesa, una silla, un baúl y el famoso catre de latón; y sólo hasta muy tarde lo dejaron más o menos solo y en posibilidad de tomar el primer frugal alimento de encarcelado. Cuando llegó Maximiliano a La Cruz eran apenas las ocho de la mañana de ese interminable día. Dicen que lloró unos momentos en prisión abrazado a Basch cuando más tarde éste fue conducido de su prisión en Carretas a la celda de su jefe, pero se serenó pronto y se alegró de que no se hubiera derramado demasiada sangre.[27] Se congratuló el archiduque de la conducta de los oficiales enemigos —principalmente de Escobedo

[27] Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, p. 168.

y Riva Palacio—, de los que dijo: "Son mejores de lo que yo creía; me ha dado gusto el oír que ellos aprueban mi manejo durante el sitio. Ya ven ustedes ahora el fruto de mi benignidad para con nuestros prisioneros".[28]



Maximiliano Preso, en *El Libro Rojo*, 1870, Colección de la Biblioteca de las Revoluciones de México.

Prisioneros quedaron también Mejía, Salm, Castillo, Feliciano Liceaga, Manuel García Calvo, Silverio y Jesús Ramírez y además Blasio; y por orden de Escobedo, quedan libres Severo, Tudos y Grill, criados de Maximiliano. El general en jefe visitó al caído emperador en su celda y le preguntó si deseaba que las personas que lo servían personalmente le acompañaran en todo momento a su lado; para ello nada más necesitaba que le diera los nombres, por lo que Maximiliano designó a Ormaechea, Basch, Salm, al coronel Guzmán y al servil Blasio. Se buscó a éstos por todas partes y, al presentarse con su monarca destronado, éste los recibió con una sonrisa y les dijo: "Estoy contento de que todo haya pasado sin derramar sangre, más

[28] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 238.

vale así". Esta afirmación me hace sospechar aún más de que Maximiliano sí mandó a López a entregar Querétaro tras 71 días de sitio y no por cobarde sino para evitar derramar sangre inútilmente de sus alicaídas tropas y ahogar en un baño rojo a la sufrida población. De que pensó que Juárez y Escobedo lo repatriarían a Austria también es cierto, porque nunca dudó de la presión moral de las naciones civilizadas y de la eficacia del Derecho Internacional. Se le olvidó una vez más que el patricio de Guelatao era más peligroso con dos leyes en las manos que con dos pistolas. Al ir Blasio al cuarto que había sido su alojamiento en libertad unas horas antes lo encontró vacío: sin las latas de conservas, sin vinos europeos, sin muebles y sin alhajas, solamente quedaron botellas vacías y rotas que un paladar rupestre o silvestre había degustado a la hora de tomar La Cruz. ¡Saqueo y pillaje tan frecuentes en la guerra! Maximiliano fue obligado a guardar cama por varios días a causa de la disentería que se exacerbó ese día por las violentas emociones.

En la calle de Capuchinas, hacia las tres o cuatro de la tarde,[29] Miramón fue entregado por Licea al general republicano Refugio González, quien era cuñado del médico, y que entrando a la sala de convalecencia lo hizo rendirse; cuando se dio cuenta don Miguel de la situación, le escribió a su amigo el coronel Julio María Cervantes la siguiente nota: "He sido descubierto; estoy herido. Te doy mi palabra de no fugarme", recado que no llegó a su ex condiscípulo sino a Escobedo, que lo regresó con esta orden: "Queda prisionero bajo la responsabilidad del coronel Cervantes". Entonces llegó éste a confirmarle su prisión, en donde ya estaba desde muy temprano. Preguntó Cervantes a su amigo Miguel, al que siempre se le dieron con éxito las cosas y al que había advertido en su charla en el Río Blanco que podía perder: "Pero hombre, ¿qué pasó?, siempre se te había dicho el resultado". "Nada. Con pendejos y

[29] Hay divergencia entre los autores, sin embargo ambas se me hacen exageradas en cuanto a la tardanza en denunciar a un jefe de la importancia de Miramón, odiado enemigo de Juárez.

con muchachos y muchachas ni a bañarse" —respondió Miramón recordando las felonías y tonterías de Márquez, Méndez, López y Severo del Castillo.[30] Cervantes puso una guardia en casa de Licea, más para proteger a Miramón de un atentado que porque temiera su fuga, y así se lo explicó al antiguo compañero de aulas. Licea, en cambio, le sacó a El Macabeo de su levita la cartera con papeles y onzas de oro, los cuales fueron enviados a Escobedo y éste fue a ver a don Miguel y le dijo: "General, aquí tiene usted su cartera; le aseguro bajo palabra de honor que no he leído sus papeles. Puede usted leerlos —contestó Miramón—; son papeles de familia y apuntes míos que no contienen secretos, pero por el peso conozco que faltan seis onzas de oro que dentro había. Debe haberlas cogido Licea —dijo Escobedo— porque tenía oro en la mano cuando me entregó la cartera; voy a hacer que las devuelva. No —replicó Miramón—, si él las tiene, que las guarde en pago de lo que ha hecho conmigo".[31]

Licea se defenderá años más tarde de estos cargos alegando que la cartera la descubrió su cuñado Refugio González y que éste fue quien la entregó a Escobedo y que Miramón sólo recibió atenciones de su parte, además de que El Macabeo le rechazó un ofrecimiento de escape y que más tarde, cuando ya era imposible ayudarlo en su fuga, Miramón se enojó con el médico al rechazar éste un proyecto de escapatoria propuesto por aquél de una manera exigente y grosera. Licea también alegó que antes de hacer la operación en la mandíbula del general Miramón, éste durmió con sobresaltos y delirios, hablando inconsciente.[32] Afortunadamente para El Macabeo, muchos de sus amigos republicanos lo visitaron el resto de la

[30] Luis Islas García, *op. cit.*, p. 304. Lo de muchachos es del autor, aunque aclara que la frase ha sido presentada con muchas variantes. Lo de muchachas es mío, por experiencia propia.

[31] *Ibidem*, pp. 304 y 305.

[32] Andrés Garrido del Toral, "La defensa de Vicente Licea sobre su participación en El Sitio de Querétaro", en *Revista Querétaro, Tiempo Nuevo*, núm. 105, 1994, pp. 35-42.

tarde y noche: Rocha, Vélez, Echegaray y los coroneles Pepe y Pedro Rincón Gallardo, además de los imperialistas Casanova, Moret, Gorbitz y Castillo, en tanto que los ayudantes de Miramón de apellidos Jáuregui y Acebal se escondían en casas de la ciudad y lograron salvarse de la furia chinaca. Con esta denuncia de Licea se acabó el ofrecimiento de Rocha de salvar a su amigo por la noche facilitando su escape. El general Ramírez de Arellano se ocultó en la casa del Mirador en la calle del Rastro (hoy Juárez entre Zaragoza y Reforma) donde permaneció todo el día para escapar de la ciudad pasando inadvertido, vestido de indio. Pasadas estas álgidas horas, Escobedo rindió parte informativo telegráfico al presidente Juárez a través de la Secretaría de Guerra diciendo entre otras cosas que "a las ocho de la mañana se rindió a discreción Maximiliano con sus generales Castillo y Mejía en el expresado cerro [de las Campanas]", ocultando en todo momento el que sus tratos con López apuraron la caída de la ciudad, que en este su informe primero la caracterizó como "a sangre y fuego". Veinte años no son nada y la verdad saldría a relucir en pleno porfiriato.

Desesperada e inútilmente se inició por toda la urbe la búsqueda de Ramón Méndez para hacerlo prisionero, pues tenía muchas cuentas por saldar entre los amigos del general Arteaga al que asesinó. Parece que al autoritario Méndez se lo tragó la tierra pues en ninguna parte apareció, por lo que se encomendó al coronel León Ugalde su búsqueda con la ayuda de los vecinos de Querétaro a los que encarceló, torturó, golpeó, humilló y robó a placer durante el sitio. Se vieron muchos soldados rojos por las azoteas y sótanos de las casas particulares tratando de encontrar al duro conservador.

Recibió contestación telegráfica Escobedo del Gobierno Federal instalado en San Luis Potosí, en que Juárez, a través de su ministro de Guerra, Mejía, felicita al norteño Orejón y a sus tropas por su valor y sacrificio. Los jefes y oficiales imperialistas que no se han podido esconder son hechos prisioneros y conducidos a Carretas, Patehé y naturalmente al templo de

La Cruz y su capilla anexa, donde quedan encerrados 600 mochos. Los republicanos ocuparon como cuarteles los conventos de San Agustín, Capuchinas, Teresitas, el Carmen y La Congregación, además de otros lugares que antes fueron cuarteles imperialistas, entre ellos las casas que habitaron los jefes y oficiales sitiados, que ahora serían alojamiento de los altos mandos triunfantes.

La ciudad de Querétaro vivió ese 15 de mayo de 1867 el día más agitado e importante de su historia, pues tuvo que recibir a 40 mil soldados más a los que había que procurarle alimentos, aparte de los cinco mil soldados sitiados que estaban presos o deambulaban por las orillas como perrillos de carnicería mendigando comida. Al anochecer, parecía que la ciudad entraba en calma aun cuando muchos republicanos vagaban por las calles celebrando la victoria con mucho aguardiente, mientras que los prisioneros en el templo de La Cruz no pudieron ser atendidos con agua y alimentos y han tenido que hacer sus necesidades fisiológicas en el interior.

Fijó el general Escobedo su nuevo cuartel general en la fábrica de La Purísima Concepción —hoy el Seminario Diocesano— dejando en Patehé solamente un pequeño destacamento al cuidado de la artillería que por pesada no se ha podido trasladar al centro. Desde ahí redacta e imprime una proclama para los que lo ayudaron a obtener el triunfo de la República en Querétaro, en el cual Escobedo dejó por un rato de ser lacónico y desbordó entusiasmo en el texto.

Se agregó a los pesares de los confinados en el templo de La Cruz un hecho pavoroso que ha costado muchas vidas por la explosión de pólvora en el interior y el fuego republicano desde el exterior: resulta que en el templo había restos de pólvora imperialista y uno de los prisioneros que fumó apagó su cigarrillo contra el piso e inmediatamente se incendió la nave religiosa provocando una gran lumbre y posterior detonación que fue escuchada en la plaza donde estaban los guardias republicanos que, creyendo que la explosión fue intencionada y que

los prisioneros golpeaban la puerta con el afán de escapar, tiraron sobre la bola de gente dando muerte a muchos prisioneros. A gritos explicaban los de adentro que parara el fuego porque no querían fugarse, sólo se trataba de una desgracia, cesando la descarga por orden de un jefe de la prisión que hizo pecho a tierra al ver morir a su comandante general en la alocada fusilería —cuando éste ya había mandado apuntar una pieza de artillería hacia la puerta del venerado templo— y todo volvió inmediatamente a la calma, pudiéndose haber convertido en una sangrienta carnicería. Trataron de dormir los cautivos en los confesionarios, en las bancas y hasta en el altar los menos religiosos, utilizando —los que pudieron— ropa litúrgica como cobija para poder pasar esa noche.[33]



Iglesia y Convento de la Santa Cruz, 1864, Fotomecánico, INEHRM.

Entre los prisioneros del convento de La Cruz hay ciertas libertades, por lo que unos y otros pueden visitarse para consolarse o para hablar del futuro, como sucede con Mejía que acude a la celda de Maximiliano y lo encuentra triste pero

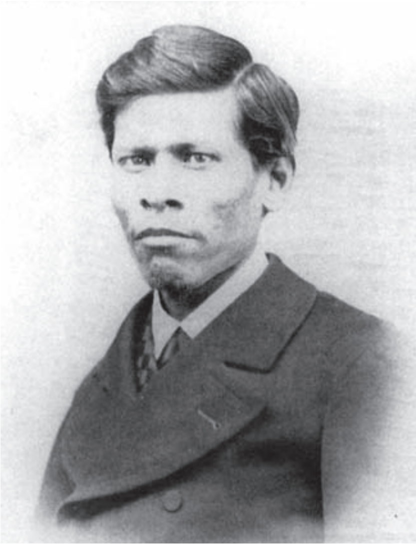
[33] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 148.

resignado a la muerte y agravada su disentería a tal punto que preocupa a Basch. Éste y los criados Grill y Severo dormirán con él. Se enteraron esa noche los cautivos del convento crucífero que López no fue hecho prisionero como todos los jefes imperialistas buscados y encontrados, sino que Escobedo simplemente lo arraigó en su domicilio de la calle Sola núm. 5. ¡Quién sabe qué más logró López en su entrevista o muchas entrevistas que tuvo con el republicano Escobedo!

En los corrillos que han formado los guardianes y prisioneros se comentan cosas como el hecho de que el cangrejo del coronel Santa Cruz trató de huir de los republicanos y fue acribillado, además de que el coronel Campos, jefe de la escolta de Maximiliano, fue llevado a los suburbios de la ciudad para ser fusilado sin juicio y sin decirle siquiera "ahí va el agua". Pero el episodio más sabroso ocurrió esa madrugada a las dos de la mañana (perdonen la retrospectiva), en la casa de Carlos Rubio en la calle de El Biombo (hoy casona de los Cinco Patios). Recibió el rico industrial al republicano coronel y aristócrata José Rincón Gallardo que lo fue a visitar acompañado de Miguel López y de otros más. Rubio sorprendido le dijo a Rincón: "¿Cómo es posible que estés aquí si tú eres de los sitiadores?" Ofreció a los impertinentes visitantes (por la hora que era) una copa y al momento de querer chocar su copa el apestado coronel con el coronel republicano, éste le espetó según dos sobrinas del industrial que oyeron todo: "Yo no brindo con traidores".[34] Detalles como el que Pepe Rincón Gallardo pidió el café y el coñac porque hacía mucho frío carecen de importancia, pero lo que sí es toral es el hecho de que a esa hora, las dos de la mañana, Maximiliano todavía no era avisado de la entrada chinaca a La Cruz, siendo informado de lo anterior hasta las cuatro de la mañana, según el padre Mariano Cuevas. Para éste, la visita a la casa Rubio fue para concertar que Maximiliano allí quedase oculto.[35]

[34] Fernando Díaz Ramírez, *op. cit.*, pp. 19-20.
[35] Mariano Cuevas, *op. cit.*, p. 982.

En la tarde de ese miércoles 15 de mayo, los coroneles Pedro y José Rincón Gallardo —en compañía del general Vega y el coronel Smith— visitaron a Maximiliano, "más por curiosidad que por otro sentimiento", diría Blasio,[36] y después pasaron a platicar con otros prisioneros que estaban en el templo crucífero —entre ellos Blasio— y a los que contaron cómo habían penetrado al convento de La Cruz en la madrugada, guiados por López, y de quien "hablaban en los términos más despreciativos": "Se sirve uno de esas gentes cuando las necesita; pero después se les da un puntapié y se les echa a la puerta".[37] También visitó a Maximiliano el ilustre literato Ignacio Manuel Altamirano, quien esperaba que el gobierno republicano dejara vigentes algunas leyes progresistas expedidas por el Imperio, cosa que le dio mucho gusto al autor de las mismas.



Ignacio Manuel Altamirano, Anónimo, Museo Nacional de Historia-Castillo de Chapultepec, Secretaría de Cultura-INAH.

[36] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 378.
[37] *Idem.*

Junto con el príncipe derrotado quedaron presos 426 civiles y militares, destacando de nuevo —aparte de los ya nombrados en páginas anteriores— el único ministro del gabinete imperial que estuvo hasta el final en Querétaro: Manuel Aguirre, ministro de Justicia, quien se entregaría voluntariamente al día siguiente.[38]

Alberto Hans y otros artilleros de La Cruz fueron conducidos al cuartel de Patehé como prisioneros, donde el recibimiento y el trato recibidos fueron mejor de lo que se esperaban, porque pensaron que iban a ser ejecutados prontamente y en masa. Cree que la causa de esa cortesía es el haber quedado bajo la custodia de un caballeroso republicano de nombre Vicente Riva Palacio, general muy moderado que tenía amigos en ambos bandos. Se les dejó adquirir alimentos de unos vendedores ambulantes que habitualmente iban a mercar allí desde que empezó el Sitio; claro que no todos traían dinero. No faltó ya en el encierro que muchos cautivos encontraran entre sus vigilantes amigos, conocidos, parientes y hasta enemigos, como fue el caso de un oficial de lanceros imperialista que fue reconocido por un antiguo suboficial desertor de su escuadrón, además de ladrón e indisciplinado, que al ver a su antiguo jefe se le fue encima a golpes de espada e insultos queriendo cobrar su degradación y castigo, hasta que los oficiales republicanos se lo quitaron de encima. Otra escena se dio entre dos hermanos que habiendo participado en la batalla de Puebla por el bando liberal, el menor se pasó a las filas del Imperio y estaba ahora en Querétaro como ingeniero militar, mientras que el mayor fue hecho prisionero y enviado a Francia a una cárcel castrense; en Patehé, el mayor buscó al menor y le dijo con la mayor frialdad: “Vaya, ya estás aquí, señor”. El hermano menor se conmovió hasta las lágrimas y no fue sino hasta que el mayor le tendió la mano cuando se fundieron en un abrazo fraterno. Después de esto, como a las diez de la mañana de ese mismo día 15 de mayo, los cautivos fueron formados

[38] José C. Valadés, *op. cit.*, p. 388.

y obligados a marchar hacia La Cañada, lugar muy propicio para ser fusilados como lo fue Campos, el jefe de la escolta de Maximiliano, pero no, nada más se dio ese inmenso rodeo antes de llegar a La Cruz para evitar las trincheras que no podían pasar los jinetes republicanos que los conducían.[39] Se les hizo entrar a la nave principal de la iglesia donde ya estaban otros prisioneros que los recibieron con efusivos apretones de manos. Los oficiales superiores se consideraban condenados a muerte y los subalternos contaban con su poca relevancia para salvar la vida. La comidilla del día —para olvidar el hambre— fue López, para el que imaginaban toda clase de castigos una vez que pudieran propinárselos, y lo menos que se propuso para el nefasto coronelito era el "amarrarlo de salva sea la parte y colgarlo del campanario de San Francisco", que es el más alto de la barroca ciudad. Entre sus captores distinguieron a varios oficiales franceses que habían desertado del Imperio para pasarse a la República, los cuales se portaron bien con sus ex correligionarios presos, aunque eran imprudentes al preverles un futuro no muy cierto en cuanto libertad pronta o vida larga. Víctor Darán cita a Noix, quien en su tratado llamado La Expedición de México afirma que para el 15 de mayo de 1867 los imperialistas sólo contaban con 5 637 efectivos militares.

La corona imperial, forjada por las torpes manos de Napoleón III, había caído al suelo haciéndose pedazos[40] —escribió Hilarión Frías y Soto.

•

[39] Alberto Hans, *op. cit.*, pp. 175-178.

[40] Hilarión Frías y Soto, *op. cit.*, p. 441.

El renacer republicano en Querétaro

Ese 16 de mayo de 1867, el estado mayor republicano ubicado en Querétaro entró en una fase de labor intensa, complicada y urgente para resolver una multitud de problemas de primerísima prioridad: el pueblo queretano esperaba que con la terminación del sitio también acabaría el suplicio causado por el hambre, la sed, las enfermedades y la zozobra que habían destrozado los nervios de todos. Volverían las garantías ciudadanas, el orden y el respeto a la propiedad privada, se reanudarían las actividades económicas, habría nuevamente trabajo y se disfrutaría del estado de derecho.

Escobedo dictó medidas de seguridad que evitaran atropellos y abusos en contra de los civiles y prisioneros de guerra. Se estableció una red de vigilancia con el objeto de no dejar escapar a los generales, jefes y oficiales monarquistas y a personalidades políticas afines a ellos que no estaban prisioneros. Se dieron a conocer las penas en que incurrían los que ocultaban a tales individuos o les impartieran ayuda para eludir el cumplimiento de la temible ley del 25 de enero de 1862. Un grupo de liberales queretanos logró que Escobedo dejara en libertad al antiguo prefecto imperial departamental: el humanitario

médico Manuel Domínguez, sin el cual, más de un liberal local habría sido linchado por los sitiados.

Los saldos de una guerra son siempre los mismos: hambre, destrucción, encarcelamientos, venganzas disfrazadas de justicia, ejecuciones, abusos, robos, odios y recriminaciones. Querétaro, al ser protagonista en la muerte del Imperio, registró con todo su dramatismo la destrucción que provocaron la intolerancia y la incapacidad de los grupos para pactar acuerdos. Si bien con la muerte de las tres ilustres M también se liquidó —aparentemente— al partido conservador, tengo que decir que en una democracia real el vencedor no gana todo ni el vencido pierde todo. Según los protagonistas del Sitio, Querétaro fue uno de los lugares de la República cuyo saldo negativo fue mayor. Dice la doctora Blanca Gutiérrez Grageda que "el rostro de la ciudad era por demás desesperante: barrios en ruinas, edificios perforados por la artillería republicana, plazas y jardines tapizados de escombros y sus árboles talados, cuarteles destruidos, el acueducto averiado, y sus calles y caminos devastados —llenos ahora de fosos y trincheras—. Todo era desolación, miseria y angustia. Las enfermedades, el hambre y el luto eran fieles acompañantes de los otrora belicosos defensores del Imperio… Como resultado de la guerra, la "riqueza pública" desapareció y la bancarrota asomó por todas partes su imagen. Una pobreza general se palpaba en los mercados, en el erario y en la familia. La mendicidad día a día se incrementaba. Los más vulnerables carecían de un techo para pernoctar. Como un síntoma de "duelo público" por la caída del Imperio, la "aristocracia de piel roja" —según denuncia de los liberales— expresó su descontento ocultando los pocos capitales que sobrevivieron a la rapiña y los retiraron de la circulación. En medio de las ruinas, las autoridades tuvieron que partir prácticamente de cero en las tareas de reconstruir la ciudad, reorganizar la administración pública y retornar al orden constitucional".[1] La mayoría de los pobladores se refugiaron en sus casas temerosos de ser aprehendidos o llevados a la leva,

[1] Blanca Estela Gutiérrez Grageda, *op. cit.*, pp. 14-15.

además de que se propagó la noticia, por el ejército triunfante, de allanar casa por casa buscando “traidores”, lo que dio lugar a la comisión de abusos en contra de los ya muy sufridos civiles. Gente que no pertenecía ni perteneció al partido conservador fue a parar de bruces a las diferentes prisiones que se habilitaron a la entrada del ejército sitiador.

Se normalizó el servicio de agua reparando el acueducto; se permitió la libre concurrencia de comerciantes otorgando las máximas facilidades a la introducción de víveres y medicinas. Se procedió a organizar la hospitalización y evacuación de heridos y enfermos; se repartieron medicamentos y se gestionó el envío de nuevas remesas cada vez que éstos eran insuficientes. Se designaron fajinas para levantar los numerosos cadáveres esparcidos en todo el campo de batalla y dentro de la ciudad, dándoles sepultura o incinerándolos.

Se clasificaron, distribuyeron y alojaron a miles de prisioneros, la mayoría de los cuales deberían ser trasladados a Morelia, San Luis Potosí, Zacatecas y Aguascalientes. Se controlaron los armamentos quitados al enemigo, los escasos remanentes de pólvora, municiones y diversos materiales de guerra y se reorganizaron las diversas unidades del ejército vencedor. Un gran número de soldados mexicanos, que servían de manera forzada en las filas imperialistas, solicitaron incorporarse o reincorporarse bajo la bandera de la República y muchos más fueron licenciados, concediéndoles volver al lugar de origen a desarrollar sus labores cotidianas de antes de la guerra. Solamente los soldados extranjeros permanecieron en prisión donde se les dio un trato humano… hasta donde las circunstancias lo permitieron.[2]

El coronel Rivadeneira, médico en jefe del servicio sanitario de los vencedores, prestó atención profesional a Maximiliano y a Miramón en sus convalecencias. Como a Escobedo y a Juárez les urgía finiquitar la guerra cuanto antes, se dispuso que el grueso de las unidades victoriosas en Querétaro, abandonaran esta ciudad con el general Francisco Vélez a la cabeza

[2] Rubén Darío Somuano López, *op. cit.*, pp. 194-195.

y se enfilaran por caminos aprovechables, de manera escalonada, rumbo a la capital del país para pelear bajo el mando de Porfirio Díaz. No se les dio a estos valerosos chinacos el mínimo reposo, ya que a Juárez le apremiaba instalar los poderes federales en su sede natural, la que habían dejado desde 1863. Aquí en Querétaro solamente quedaron una división de infantería, una de caballería y tres baterías de artillería.



General Francisco Vélez, Colección Particular.

Se tomaron medidas para que los centros citadinos de trabajo, educación y templos volvieran a la normalidad. También continuó la desesperada cacería de los generales y altos jefes del ejército imperial que desde el día 15 y para siempre han dejado de serlo, y especialmente se persiguió a Ramón Méndez a quien no se ha encontrado pese a que se han cateado bastantes hogares. En las primeras horas del día 16 de mayo Escobedo había ordenado fijar en los sitios públicos más frecuentados un decreto, en el cual se previene a los jefes y oficiales imperialistas que de no presentarse en un plazo de 24 horas al cuartel general establecido en la fábrica de La Purísima van a ser pasados por las armas inmediatamente que se les encuentre. Este decreto da inmediatos resultados puesto que se presentaron los generales Francisco Casanova, Manuel Escobar, Pantaleón Moret y Pedro

Valdez, además del que fuera el único ministro imperial en el Sitio, Manuel García Aguirre, quienes fueron encerrados en el mismo cuarto donde se encontraba Severo del Castillo.

En la Alameda se habían enterrado cadáveres a poca profundidad, por lo que los malos olores la infestaban y se sentía la podredumbre más que en otros sitios, lo cual atrajo a un gran número de zopilotes que posaban en grupos sobre los troncos despojados de follaje para la alimentación de la caballada y mulada.

A los soldados republicanos encargados de repartir alimentos entre la sufrida población les costó trabajo dar preferencia a "los menesterosos", pues después del Sitio todos los queretanos lo eran. Inmediatamente se restauró la autoridad local, haciéndose cargo de la comandancia militar el coronel Julio María Cervantes, quien instaló su cuartel en la casa de los señores Veraza, sita en la calle de El Biombo, toda vez que los edificios públicos estaban convertidos en cárceles y en cuarteles.[3] Preocupaba al gobierno local la falta de recursos para atender las miles de necesidades de los queretanos, pero lo más urgente era librar a los queretanos de la peste por los muchos cadáveres regados en torno a la ciudad. Maximiliano entró en crisis de sus males físicos y el médico Basch, así como el médico republicano Rivadeneira que lo auxiliaba, han dictaminado que el noble prisionero sea trasladado a un lugar más higiénico que el cochinero de La Cruz. De la casa de Carlos Rubio comenzaron a llegar alimentos adecuados para el archiduque y sus acompañantes con el permiso de los jefes de la República. Dado su estado de salud, Maximiliano se ha visto obligado a decir a Basch: "no daré a mis enemigos el gusto de mostrar debilidad o miedo", en virtud de que son muchos los soldados vencedores que quieren verlo en persona y que, si bien se portan hostiles, ninguno ha atentado contra la dignidad humana o ha faltado al respeto al Habsburgo que tanto mal causara a México. El enfermo logró que se permitiera a sus ayudantes

[3] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 149.

Basch, Grill y Severo dormir en la misma habitación para estar al pendiente de él. Blasio, Maximiliano y Pradillo no fueron registrados al ser hechos prisioneros, por lo que traían dinero en oro dentro del cinturón de víbora y Maximiliano les ordenó estar prevenidos para lo que pudiera ofrecerse… quizá pensaba en sobornar guardias para algún servicio, que iba desde comprar alimentos y medicinas hasta una probable fuga. Recibió también ropa blanca en demasía por parte de encopetadas damas de la alta sociedad queretana, a lo que el austriaco responde en broma “que en toda su vida no había recibido tanta ropa blanca como en prisión”.[4] Mujeres humildes de los mercados cercanos le enviaron durante estos primeros días de prisión frutas y legumbres, además de que un comerciante alemán puso desinteresadamente dinero a su disposición. Bach se quejaba de que él y los criados de Maximiliano comían solamente las sobras de éste.

Durante la noche se escuchaban todavía algunos tiros de fusil, que eran más efecto del entusiasmo de las tropas triunfantes que intención de causar daño. Siguen presentándose solicitudes de antiguos soldados imperialistas para integrarse a las fuerzas republicanas que van de salida a combatir en México a Márquez; su argumento era que fueron reclutados por la fuerza para servir al Imperio. En la metrópoli unos pocos ya saben de la caída de Querétaro, pero a los que la gobiernan no les conviene que dicha verdad se haga pública por el efecto que causaría en contra de sus intereses.

Al ocaso de ese día 15 de mayo —con motivo del accidente que causó la explosión en el templo de La Cruz—, Maximiliano hace ir a su celda al coronel republicano de apellido Margasio, para hacerle saber que él —Maximiliano— respondía de su persona y de quienes estaban presos a su lado, pero que no podía responder de lo que intentasen los demás prisioneros, lo cual resultaba harto inútil pues nadie lo había responsabilizado

[4] Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, p. 168.

de la conducta de todos los encarcelados.[5] ¡Vaya ocurrencia de Fernando Maximiliano!

Al permitírselo sus actividades, Mariano Escobedo escribió a su jefe, el ministro de Guerra, las peticiones de Maximiliano al entregarse prisionero y que eran: 1.- Que existía en poder de su ex ministro Lacunza su abdicación firmada con mucha anterioridad; 2.- Que si era necesaria alguna víctima, lo sea la de su persona; 3.- Que sea bien tratado su séquito y servidumbre, por la lealtad con la que lo han acompañado en los peligros y vicisitudes; 4.- Que no desea otra cosa que salir de México y que en consecuencia espera que se le dé la custodia necesaria para embarcarse. "Le he contestado que nada puedo concederle y que lo que puedo hacer es darle cuenta al Supremo Gobierno, como lo hago, a fin de que resuelva lo conveniente", terminó el general en jefe. Al recibirse este parte a las 4:30 de la tarde en San Luis Potosí, el supremo gobierno ordenó el repique de todas las campanas y abrir salvas de artillería para que los potosinos se enteraran del fastuoso acontecimiento.

Después de la toma de la ciudad Reina del Bajío, se conservó más compacta que antes de la entrada del Ejército republicano la línea de circunvalación, y sólo algunos batallones ocuparon los edificios públicos de Querétaro. Con esto, se quería evitar que se fugasen los imperialistas que no se habían capturado o presentado.[6] Al ser ocupada la plaza por el ejército vencedor, se ordenó que todas las tiendas y zaguanes fueran abiertos, aun cuando las tiendas, como era natural, no tuvieran sino basura y botellas vacías; agradeciendo los habitantes de la ciudad que, debido a las disposiciones y energía de Mariano Escobedo, los jefes y tropa republicanos se manejaran correctamente con el vecindario en los días subsecuentes. Dice Valentín Frías: "A mi casa entraron dos jefes y dos sargentos a buscar hombres; y sin embargo de encontrar en ella a tres o cuatro muchachas y unos chiquillos, no les oí palabras inconvenientes. Mi padre, mi tío

[5] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 150.
[6] Hilarión Frías y Soto, *op. cit.*, p. 448.

y un vecino, estaban en un escondite y nuestro mozo tendido largo a largo en el pesebre de la caballeriza. Nada sacaron de allí".[7] Aclaro que esta familia Frías Frías era de filia conservadora a diferencia de los Frías y Soto que eran de los pocos liberales queretanos, además de que éstos fueron distinguidos intelectuales que brillaron en la misma capital mexicana.

La versión de una supuesta traición pasó de las murmuraciones domésticas a las planas de la prensa nacional en los siguientes días, y hacia el 1o. de julio de 1867 llegaría a las páginas de los más importantes rotativos europeos y norteamericanos.

•

[7] Valentín Frías, *op. cit.*, p. 186.

La caída de Querétaro y sus causas

En la noche del 16 de mayo, poco a poco la ciudad entraba a la normalidad pero la miseria provocada por la guerra todavía tardaría un año en irse de la ciudad devastada. En las líneas de este capítulo quiero hacer un recuento de lo que se pensó en México y en Querétaro de la personalidad de Escobedo, Miguel López, Maximiliano y de la tan llevada y traída "traición" en torno a los hechos de la tarde del 14 de mayo y la madrugada del día 15. La tarea ingrata del cronista e historiador es semejante a la del juzgador: tomar todos los elementos que haya a la mano para así formarnos el mejor de los juicios. Presento a continuación las más variadas versiones sobre estos puntos: "La apariencia de Escobedo es como la de un héroe despistado, general desgarbado y triste; niño crecido, es un general que no lo parece. Me emociona la sobriedad de sus capotes azules y grises, sus botas sin lustrar, la ausencia de condecoraciones, su quepí que corona esa apariencia de zopilote deprimido; o ese sombrero de ala ancha para resistir las lluvias torrenciales",[1] comenta Paco Ignacio Taibo II.

[1] Paco Ignacio Taibo II, *op. cit.*, p. 11.

Nada tiene de extraño que Maximiliano, traicionando a sus ministros, generales y a todos sus partidarios, diese al príncipe de Salm Salm autorización para tratar con las personas del partido contrario, frustrándose en aquella salida tal maniobra, porque Félix no pudo salir de Querétaro a quitarle el mando a Márquez. Salm recibió documentación y órdenes para tratar con el partido liberal y hacer el mejor arreglo posible para el regreso del emperador a Europa. Esto refleja el grado de desmoralización a que había llegado el príncipe austriaco y sus vivísimos deseos de salir de aquella situación. Ese deseo de abandonar la plaza no lo contuvo ante ningún obstáculo, ante ningún medio y a cualquier precio se valió de cualquier persona para lograr su objeto [dijo Bernabé Loyola al reportero del diario *El Sol*].[2]

> Este polémico militar [López] nació en Puebla en 1825 y su vida fue una larga historia de defecciones, traiciones y chaquetazos según lo viera a su conveniencia. Ya desde la guerra con Estados Unidos entre 1846-1848, traicionó a México combatiendo al lado de los gringos y fue de los primeros en enrolarse en el ejército francés de la intervención. Su aspecto es delgado, con grandes entradas en la frente, bigotillo ralo y güero, ojillos azules, mentón oval. Llegó a ser el jefe de la escolta imperial más por su perruna actitud que por su capacidad, lo que se confirma con el desprecio hacia su persona de parte de los demás jefes y oficiales de Maximiliano.[3]

A las seis de la tarde del 14 de mayo de 1867, por la calle de la Espadaña —hoy esquina de 15 de Mayo y Gutiérrez Nájera— el coronel Miguel López llegó a las filas republicanas y dijo a Escobedo que el emperador ya no quería que se le siguiera derramando sangre mexicana por su causa y deseaba negociar la capitulación. López pidió que se permitiera trasladarse a Veracruz, donde había un barco listo para llevarlo a Europa.

[2] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, pp. 191-192.

[3] Andrés Garrido del Toral, *El Querétaro que se nos fue*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 2007, pp. 131-139.



Antonio Jablonsky, fotografía de un óleo en posesión de F. Ortega Cisneros, México (tomada del libro Epigmenio González, de García Rosales, 1989).

A cambio, ofreció franquear el paso a las tropas republicanas para que ocuparan el convento de La Cruz, cuya caída haría que se desmoronase toda resistencia, según cuentan los centinelas que alcanzaron a oír algo en el molino de San Antonio. También es probable que, aprovechando la ocasión, el gestor obtuviera de Escobedo una recompensa de 30 mil pesos y la libertad, en pago a su participación en la maniobra, según dicen los prisioneros de La Cruz que no se la perdonan, al igual que los coroneles Pepe y Pedro Rincón Gallardo. Poco antes de las tres de la mañana del 15 de mayo, López y un cómplice, un oficial apellidado Jablonsky, llegaron al convento de La Cruz, retiraron a los centinelas y sustituyeron por hombres de confianza o engañados, a quienes les escondían o arrebataban uniforme y armas, quienes poco después, sin que se disparase un tiro, permitieron la entrada al convento de un sinnúmero de soldados republicanos.[4]

[4] Después del fusilamiento de Maximiliano y sus dos generales, López quedó en libertad y fue visto como el más execrable de los Judas. Un mes después

¿López fue enviado por Maximiliano ante Escobedo? Sin duda que sí, pero no se sabe a ciencia cierta porque nadie fue testigo del encuentro y nadie supo en qué quedaron, pero los apologistas de Maximiliano dicen que éste no traicionó a sus tropas al entregar Querétaro porque lo que quería era evitar un mayor derramamiento de sangre, sobre todo en la población queretana. Los que creemos que conocemos el carácter voluble de Maximiliano podemos tener el atrevimiento de afirmar que pensó cándidamente que el *jus belli* y *el derecho de gentes* lo iban a dejar en libertad y darle facilidades para tomar una embarcación en el Golfo de México, en Tuxpan o en el puerto de Veracruz. Otra hipótesis es que López sí tenía facultades delegadas por el archiduque y se extralimitó en su papel para salvar su pellejo ante la rotunda negativa de Escobedo para cumplir las propuestas de Maximiliano. Ni el 15 de mayo ni en el resto de sus días, Miguel López pisó una prisión siendo un ex jefe imperialista. Sin duda entró en cochupos —después de cumplir con el encargo de Maximiliano— para su propio beneficio mostrando la ruta a seguir para la toma de La Cruz guiada por él para no despertar sospechas entre los centinelas, no hay que olvidar que era el comandante de La Cruz. Maximiliano y sus generales tenían previsto salir rumbo a la Sierra

---

de muerto Maximiliano, publicó un folleto en el que aseguraba haber obrado por órdenes del emperador, pero nadie le creyó, y hasta su esposa y sus hijos lo repudiaron. Se defendía diciendo que Maximiliano lo envió ante Escobedo para solicitar le concediera permiso de salir con el regimiento de la Emperatriz y unas cuantas personas de su séquito, a cambio de la entrega de la plaza. Según López, a su petición respondió Escobedo que él no tenía ninguna facultad para conceder garantía alguna y mandó decir al austriaco que sólo le quedaban dos caminos: rendirse a discreción o ser batido en un enfrentamiento, según lo relata Blanca Gutiérrez en su obra "Ciudad Estrangulada", *op. cit.*, p. 46. Sólo 20 años más tarde, cuando vivía miserablemente en la Ciudad de México, Escobedo reconoció, en una carta dada a la publicidad, el papel que desempeñó López en la entrega del convento de La Cruz, lo cual implicaba que, después de todo, Querétaro no había sido tomada "a viva fuerza", como dice la versión oficial. Miguel López murió en la Ciudad de México en 1891. Esta versión resumida de los hechos la tomé de la Enciclopedia Mexicana de Porrúa y de la prosa ágil del historiador Ayala Anguiano en su *Historia de México*.

Gorda la noche del 14 y madrugada del 15 de mayo y sin razón la pospusieron para la madrugada del 16, dijeron unos oficiales presos en Carretas. La supuesta enfermedad de Méndez y su famosa arenga no la cree nadie, ni el ingenuo del archiduque. La noche del 14 de mayo López fue condecorado con una medalla al mérito por el propio Maximiliano en la habitación de éste sin razón aparente —según se quejó el médico Basch a sus carceleros en Carretas y luego en La Cruz—, a menos que haya sido para distinguirlo por su entrevista con Escobedo o a manera de compensación por no haberlo podido nombrar general brigadier por la oposición de los principales generales que no lo soportaban [a López, claro].

La madrugada del 15 de mayo Maximiliano caminó de El Sangremal al Cerro de las Campanas y lo alcanzó López hasta cerca de la plaza de Independencia en dos ocasiones y le propuso a su jefe y compadre esconderse y que aceptara un caballo. El austriaco solamente le dijo con desprecio: "ya le he dicho que los monarcas no huyen". Esto quiere decir, con el "ya le he dicho…", que esta conversación era la continuación de otra no lejana, según dijo muy molesto Félix de Salm en sus llamadas memorias. Es mentira que los republicanos entraron a fuerza viva y fuego a tomar la ciudad, a pesar de que eran 40 mil rojos contra cinco mil verdes.[5]

[5] Esa placa, mandada poner en la barda de La Cruz por el presidente Porfirio Díaz y el gobernador Francisco González de Cosío, y luego repuesta por el presidente Díaz Ordaz y el gobernador Manuel González Cosío en 1967 —con motivo del centenario del Sitio de Querétaro y triunfo de la República—, es falsa parcialmente en sus datos. El debate nacional que tuvo lugar en 1887 sobre la supuesta traición de López tuvo que ser amainado por el presidente Porfirio Díaz porque ello no ayudaba a la gran reconciliación nacional. Escobedo reconoció la intervención de López en la entrega (no en la toma porque no fue a viva fuerza la de Querétaro) y como que no quiso entrar al fondo del debate acerca de si López fue traidor o no, o si yendo enviado por el archiduque se extralimitó.

López quiso defenderse de tal acusación mostrando un supuesto mensaje de puño y letra del Habsburgo, con la firma de éste, que le fue entregado por Maximiliano —según él— el 18 de mayo de 1867 en la celda de su compadre. Blasio, el secretario particular de Maximiliano, desmiente este supuesto porque él —Blasio— nunca se separó del prisionero y además sí

Era muy natural que Escobedo y los militares liberales negasen que hubo traición, porque en tal caso, a ellos les cabría muy poca gloria. No es lo mismo ganar un hecho de armas contra todo un Miramón Campeón de Dios que colarse por un agujero comprando conciencias y matando inocentes,[6] opinó el conservador jesuita don Mariano Cuevas.

En las dos batallas de El Cimatario —24 de marzo y 27 de abril— pudo decidirse la suerte de sitiadores y sitiados. En la primera, con un jefe republicano más capaz de dirigir el ataque, con menos desesperación al suceder la derrota del primer asalto, hubieran ocupado los chinacos la hacienda de Casa Blanca sin ningún problema y la toma de la ciudad hubiera sido en forma más rápida. En la segunda, si Miramón no hubiera subestimado a sus contrarios, si hubiera aprovechado la tremenda derrota que les propinó en las primeras horas, si no se hubiese dejado llevar por la euforia del triunfo cambiando el objetivo [la salida] por otro ilusorio como era el de obligar a los chinacos a levantar el sitio, ciertamente los imperialistas hubieran salido, aunque fuese en un "sálvese quien pueda", pues Escobedo los hubiera perseguido sin piedad con sus 10

---

fue reo, mientras que López no y tiene toda la autoridad para afirmar en sus memorias que el coronel y compadre incómodo nunca visitó a Maximiliano en ninguna de las tres prisiones que tuvo. El mensaje fue declarado falso por inconsistencias en los rasgos y en la firma, además de que no era tan inocente el austriaco como para dejar por escrito la indicación de que nadie debía enterarse de las negociaciones del 14 de mayo. Refiere don Valentín Frías en sus leyendas que un campesino de Saldarriaga, municipio de El Marqués, Querétaro —y además antiguo soldado republicano, de los encargados de trasladar el cadáver del fusilado de Querétaro a México—, le contó que una noche que hicieron parada en el camino real, un hombrecillo de ojos claros y algo calvo se presentó ante él muy afligido y le solicitó dejarle rezar al ejecutado unas oraciones, así lo autorizó y lo acompañó a la pequeña capilla donde se velaba el cuerpo, y que de rodillas el extraño estuvo llorando pidiendo perdón a la mortaja de Maximiliano. Al final, el humilde soldado identificó a Miguel López, el que sobrevivió con ciertas comodidades ya que nunca le decomisaron sus bienes y puso unos baños públicos por el rumbo de Tacubaya, donde un perro rabioso lo mordió y le causó la muerte. ¡Justicia divina, exclamaron muchos conservadores! Muerte digna de quien vivió traicionando.

6 Mariano Cuevas, *op. cit.*, p. 983.

mil caballos, pero el objetivo inmediato de la acción se hubiera alcanzado,[7] dice con firmeza Díaz Ramírez.

Era necesario escoger una víctima, pues un partido, por insignificante que sea, jamás se confiesa vencido en virtud de su incompetencia y de la superioridad de su contrincante. Interesados vivamente la vanidad, el amor propio y el espíritu de cuerpo, hay que buscar un pretexto para excusar el mal resultado de un proyecto o de una empresa desgraciada, cuyo pésimo efecto se atribuye, en la generalidad de los casos, a las malas artes de la suspicacia, de la intriga y de la corrupción. Si hubo traidores fueron los lambiscones del círculo íntimo de Maximiliano que lo llenaron de promesas y falsas ilusiones abusando de la candidez de su jefe. La caída de la plaza de Querétaro era inevitable. Al final ya no buscaban "los cangrejos" la salvación del ejército sino su propia salvación,[8] argumentó el bien enterado historiador Miguel Galindo y Galindo.

El final del drama llegó simplemente. En efecto, la entrada de los republicanos a la plaza no fue obra del dinero, ni de la deslealtad, ni del talento militar. Muy fácil es, en efecto, que a la voz de traición quede considerado todo el eje de este sitio y del triunfo de la República. López no era un individuo con alcances ni figura para hablar en representación del emperador, ni éste, educado en la alta escuela del honor, era capaz de entregar su dignidad a un coronel que no veía más allá que un sargento. Escobedo, por su parte, aunque estuviera desesperado porque finalizara el sitio, carecía del genio capaz de reunir todos los eslabones para urdir una operación secreta de tal magnitud —y sin disparar un solo tiro— que lo llevara a tomar la plaza de manera casi incruenta. López, cuando menos, salió en dos ocasiones a hablar con Escobedo, igual que lo hicieron otros, en un intento de salvar su vida amenazada por la chinaca,[9] refiere don José

7 Fernando Díaz Ramírez, *Las dos batallas por Querétaro. Cimatario: 24 de marzo y 27 de abril de 1867*, prólogo, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1966.

8 Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, pp. 601-602 y 604.

9 José C. Valadés, *op. cit.*, pp. 386-387.

C. Valadés. No nada más López sino otros muchos acudieron ante Escobedo para entregar los puntos de defensa a su cargo; la manera como se ocupó la plaza le quitó la gloria como hecho de armas a tan importante jornada. ¿Quién fue el que llevó el primero o primeros mensajes a Escobedo y que éste transmitió a Juárez desde el 17 de abril? Parece verosímil que haya sido López el parlamentario,[10] dijo el padre Mariano Cuevas. Las circunstancias de haber estado López en el campamento republicano la noche del 14, de habérsele visto entre las tropas que ocuparon el convento de La Cruz y de no haber sido arrestado por los vencedores, contribuyen a que se crea generalmente en la referida traición, pero la caída del Imperio —no solamente la de Querétaro— era inevitable, y no es necesario explicarla por la traición de Márquez o López. Los que realmente traicionaron a Maximiliano fueron los que, abusando de su ignorancia, le obligaron a permanecer en el país y a emprender una lucha en que todas las probabilidades estaban en su contra, y le engañaron con promesas que no pudieron cumplirle,[11] argumentó con sapiencia y seguridad el general Vicente Riva Palacio. La Cruz se habría ocupado, hubiera o no resistencia imperialista.

"Fueron inteligencias entabladas entre López y los sitiadores",[12] apuntó Ignacio Manuel Altamirano, poniendo énfasis y comillas para matizar su inteligente frase. Inteligencias entabladas que pueden ser fruto de traiciones o no. Finalmente inteligencias que en mi pueblo llaman acuerdos, cochupos a espaldas de los interesados o concertaciones, por no llamarlas concertacesiones; la famosa salida proyectada por Miramón sólo salvaba temporalmente —y eso si tenía éxito— a

[10] Mariano Cuevas, *op. cit.*, p. 987.

[11] Resumen Integral de *México a través de los siglos*, t. V, *La Reforma*, México, Editorial Compañía General de Ediciones, 18a. ed., 1978, p. 525.

[12] José Arvizu Vázquez Mellado, "El Sitio de Querétaro", en *La Reforma y la Guerra de Intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963, p. 235. Cita a Ignacio Manuel Altamirano de un artículo de la revista histórica *Almanaque de Manuel Caballero*.

la persona del archiduque y a algunos generales, pero a cambio de un lago de sangre imperial.

El general Escobedo tenía noticias fidedignas y exactas de cuanto pasaba en la ciudad, y conocía perfectamente la crítica y desesperante situación de los sitiados a pesar de sus 14 intentos de salida que tuvieron a lo largo de 71 días, por lo que determinó poner término al sitio y ocupar la plaza a viva fuerza, e implementó las medidas pertinentes para una operación atrevida como aquella, cuando un suceso tan extraordinario como inesperado hizo que su determinación se modificara en parte y se retardara unas cuantas horas su cumplimiento: un emisario secreto de Maximiliano logró que se le concediera el permiso para poder presentarse al general en jefe, llevando la misión de proponerle la rendición de la plaza bajo ciertas condiciones, las cuales el general Escobedo rechazó enérgicamente, como la de que Maximiliano saliera de la ciudad escoltado hasta la costa. Esa misma noche del 14 de mayo, López volvió a hablar con Escobedo siendo el resultado de su conferencia que traicionando a los suyos se prestara a guiar los batallones por las horadaciones y caminos abiertos y practicables, dentro de los tapiales de la huerta del convento de La Cruz, acercándonos, sin ser sentidos, hasta el interior del edificio y, por consiguiente, "se nos facilitó apoderarnos de la llave de la ciudad, sorprendiendo y haciendo prisionera —y sin ninguna resistencia— a la guarnición del punto",[13] expresó el general republicano Francisco Otalora Arce que, siendo gente de Escobedo, vislumbraba traición de López al mismo tiempo que reconocía que los chinacos entrarían por la fuerza esa noche del 14 con o sin intervención de Miguel López, cuya acción sólo retardó la embestida. Pregunto yo, ¿por qué López no fue vendado de los ojos y puesto de espaldas como se hace con todos los parlamentarios al llegar a las primeras líneas de centinelas enemigos como lo ordenan la costumbre y ordenanzas militares? Quizá porque Miguel López ya tenía tratos con Escobedo desde antes de esa tarde del 14 de mayo de 1867.

[13] Francisco Otalora Arce, *op. cit.*, pp. 29-31.

Eso de que López dejó a Escobedo y se fue a la plaza para decirle a Maximiliano que a las tres de la mañana se ocuparía La Cruz, hubiera o no resistencia y sin arreglos de ningún género, deja dos hipótesis: "o que don Mariano [Escobedo] mintió a López y a su mandante y pensaba hacer otra cosa o que es un imbécil de tomo y lomo cuando avisa a los defensores, con varias horas de anticipación, el punto preciso del ataque y el ataque mismo",[14] argumenta José Fuentes Mares.

Desde el 17 de abril pasado, Escobedo mandó a San Luis Potosí a un emisario, el general Miguel Blanco, ante Juárez para tratarle las propuestas que había recibido el general en jefe de parte de los imperialistas para rendir la plaza, y el presidente Juárez contestó en una nota reservada lo siguiente:

> Señor general don Mariano Escobedo: El señor Blanco me dijo que en una contestación que dio usted a los de la plaza les manifiesta usted [*sic*] que no fusilaba a los prisioneros. Entiendo que habló usted de la clase de tropa y esto me parece muy político y conveniente, aun cuando la tropa se componga de extranjeros, por razones que diré a usted cuando nos veamos; pero no debe hacerse lo mismo con los cabecillas prominentes y con los jefes, oficiales y sitiados en quienes concurran circunstancias agravantes, pues a ésos debe aplicarse el rigor de la ley. Igual explicación hago al general Díaz, para que todos obremos de acuerdo. Soy de usted amigo afectísimo Q.B.S.M., Benito Juárez. Rúbrica.[15]

Dijo el padre Cuevas:

> Cuando Maximiliano tuvo noticia de la respuesta de Juárez a Escobedo, naturalmente que tuvo que rechazar toda idea de capitulación o rendición, como que ello significaba entregar a los jefes de sus tropas y a su propia persona a una muerte segurísima. ¿Qué pasó entonces entre López y Escobedo? Que López, temeroso de

[14] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 214.

[15] Mariano Cuevas, *op. cit.*, pp. 986-987. El padre Cuevas tomó esta nota de una copia a máquina del documento de referencia que está en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de México.

> sucumbir en Querétaro, por un lado, y con doce mil pesos de oferta por el otro, se resolvió a entregar la plaza. Una entrega de la plaza, autorizada por el soberano y necesaria, se habría hecho a plena luz, con bandera blanca; y no con todo ese tenebroso secreto propio del crimen y de la mala conciencia. Por este solo detalle ya podemos entrever que el emperador no medió en la entrega, tal como ésta se verificó.[16]

Seguramente que Escobedo y López llegaron a un acuerdo, sólo que el general en jefe, dudando que tal pacto se hiciera realidad, indicó a López que de cualquier manera asaltaría La Cruz a las tres de la mañana y así lo hizo; el general Vélez, a quien se encomendó la acción, tampoco estuvo seguro nunca de que López sería leal a lo ofrecido, por eso lo condujo a punta de pistola y casi a cachazos esa madrugada.

José María Rangel, subordinado del general Francisco Arce y de su jefe accidental, coronel José Rincón Gallardo, dijo que

> se me comunicó la noche del 13 de mayo por el coronel Basilio Garza una instrucción reservada para recibir y conducir a nuestro campamento republicano a un jefe de la línea enemiga, que debía salir esa misma noche del convento de La Cruz. La comisión fue desempeñada en los términos que se me ordenaron porque a las once de la noche, más o menos, recibí al coronel imperialista don Miguel López, después de habérseme anunciado por su mozo de estribo, y lo conduje a la presencia de mis superiores. Al volverlo a su fortificación en la madrugada del día 14, me indicó que era probable tuviese necesidad de volver a nuestro campamento, suplicándome estuviese pendiente para recibirlo. Así lo hice, recabando al efecto las órdenes de mis jefes y, en la noche del propio día 15 verificó, en las mismas condiciones y a la misma hora aproximadamente —aunque sin anunciarse ya por su mozo como en la noche anterior— otra salida,[17]

[16] *Ibidem*, p. 987.

[17] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 215. Citando este autor una carta de José María Rangel al general Arce de fecha 20 de julio de 1884. Quizá por la distancia en el tiempo, Rangel se confunde de fechas, y el autor Fuentes Mares trató de arreglarlas sin mucha fortuna.

espetó el ayudante de campo republicano, al que le constaba de manera más o menos clara —pero personal— que López ya andaba en tratos con Escobedo desde cuando menos un día antes al 14 de mayo.

Me voy a permitir contradecir al señor Rangel, por aquello de las fechas y las horas: efectivamente, se le nombró para que esperara a López, pero no fue en la noche sino en la madrugada, concretamente a las tres de la mañana, y no fue el 13 ni el 14, fue una sola vez que intervino y tuvo lugar el 15 de mayo, repito, el 15 a las tres de la madrugada tuvo un único contacto con López; si por órdenes de otros jefes Rangel vio más veces a López es otra historia, pero la que el ayudante de campo vivió con Rincón Gallardo no se remontó a la noche del 13,[18] contestó José Rincón Gallardo refutando a su subordinado.

Dijo el general republicano Juan A. Hernández que él fue enviado por Corona a la calle principal que va de La Cruz hacia el Cerro de las Campanas alrededor de las tres de la mañana y que al oír ruidos provenientes del convento dijo el "quién vive" y le contestaron "el Imperio mexicano" por lo que inició combate ganando la lucha poco después;[19] esto demuestra que si hubo la famosa entrega sólo fue en el huerto y panteón de La Cruz y no en otros puntos.

El capitán Schmid, que estuvo en prisión, relató que López no esperó los últimos días para ponerse en contacto con el general Escobedo. En todo caso, poco importa que haya visto a éste varias veces o que no haya tenido más que una entrevista, lo mismo que haya ido por propia iniciativa o enviado por Maximiliano; la cuestión es ociosa porque: o su misión había recibido una acogida favorable y en esta hipótesis el emperador hubiera sido beneficiado como él (López), o no hubiera tenido esa respuesta favorable —supongamos—, entonces López hubiera debido participar la suerte de su soberano y de todos los

[18] José Arvizu Vázquez Mellado, *op. cit.*, pp. 233-234. Citando carta de José Rincón Gallardo a Espiridión Moreno de fecha 5 de junio de 1887.

[19] Manuel A. Hernández, *op. cit.*, pp. 64 y 65.

demás oficiales del ejército imperialista. Si después de escuchar de Escobedo la negativa a una capitulación y la fecha, hora y lugar de ataque, López tenía que haber vuelto a La Cruz a reforzar las líneas[20] y avisar a quien tenía que avisarle de lo que haría el enemigo en las próximas horas. No avisó a los generales: quién sabe si a su soberano sí lo puso al tanto y éste calló y cayó a la vez. También dijo este señor que Méndez lo mandó cubrir (días antes) con los húsares y la caballería del cuarto de línea a la persona del emperador, que ya no sería López el encargado de ello,[21] externó el maestro Fernando Díaz Ramírez.

Pues López sí fue enviado por Maximiliano, y al no convencer a Escobedo de dejar partir al monarca rumbo al Golfo de México, el coronel traía otro as bajo la manga —que le había proporcionado el propio Maximiliano— y era el de ofrecer entrada libre a La Cruz a las tres de la mañana sin resistencia alguna, para economizar derramamiento de sangre civil y militar, no por cobardía del archiduque —quiero conciliar—; Querétaro se perdió para los imperialistas porque debía perderse ante la falta de elementos, porque no es sólo el valor y la pericia de los generales y jefes lo que se necesita para ganar, se requería además de recursos que no los había ni los podía haber en Querétaro. Los errores de cálculo y estrategia cometidos por los sitiados provocaron que los intentos de romper el cerco tuvieran más probabilidad de fracaso que de éxito. Yo coincido con aquellos que sostienen el planteamiento de que Miguel López sólo obedeció las órdenes que el emperador le dio, como dice Blanca Gutiérrez Grageda.[22] López ni siquiera

[20] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, pp. 141-144. Cita a Paul Gaulot en su libro titulado *Fin d'Empire*, donde a su vez cita carta del capitán Schmid quien fue uno de los acompañantes de Maximiliano en la huida al Cerro de Las Campanas el 15 de mayo de 1867.

[21] Fernando Díaz Ramírez, *La verdadera intervención…*, *op. cit.*, pp. 51-52.

[22] Blanca Estela Gutiérrez Grageda, *Querétaro devastado. Fin del Segundo Imperio*, México, UAQ, 2007, pp. 36-37. La autora se apoya en la defensa que hace Miguel López de su persona y actuación en el Sitio, misma que fue publicada en el Monitor Republicano del 4 de agosto de 1867, cuando Maximiliano ya estaba muerto.

huyó, pero sí pidió a Escobedo un salvoconducto para marchar a Puebla.

"En mi sentir, creo que López no quiso y, hasta cierto punto, no creyó que el emperador fuera a morir. Para obtener esto, es cosa cierta que hubo ruegos ansiosos y nerviosos de él ante Escobedo. Parece que a pesar del regaño de Juárez a Escobedo por andar diciendo que no fusilaría a nadie, el general en jefe quiso encontrar una salida para que Maximiliano no muriese, o por lo menos para que López creyese que su compadre no iba a morir. Si Escobedo se las arreglaba para que Maximiliano no cayese prisionero, éste no moriría y el jefe de los sitiadores no podía ser reprendido por Juárez. Y esto es precisamente lo que intentó Escobedo, que Maximiliano ni muriese en la refriega ni cayese prisionero. Para lo primero, en vez de comisionar a un radical liberal, que tan pronto viese a Maximiliano se le habría lanzado a beberle la sangre, comisionó a Vélez, hombre fino y nada sanguinario, quien no llevaba orden de aprehender al emperador. Para eso comisionó a Pepe Rincón Gallardo que fue quien dejó salir a Maximiliano con aquello de que "déjenlos ir, son paisanos". Si el príncipe no quiso aprovechar la oportunidad de esconderse y fue a caer públicamente en manos republicanas en el Cerro de las Campanas fue por su voluntad. Con ese acto público de rendición, Escobedo tuvo que "olvidar" sus hipotéticas promesas hechas a López, y proceder como procedió porque de otra suerte, si él no coge a Maximiliano, Juárez lo hubiera fusilado a él. Y si Juárez no fusila a Escobedo, Sebastián Lerdo se hubiera encargado de fusilar a los tres,[23] razonó don Mariano Cuevas.

> Si Maximiliano mandó entregar la plaza no implica desdoro ni rebaja la nobleza y la honradez personal del desgraciado príncipe. Entre él y sus allegados se advierten diferencias profundísimas: mientras que en el príncipe se advierte una constante inclinación

[23] Mariano Cuevas, *op. cit.*, pp. 987-988.

> a entrar en relaciones con los republicanos, en sus ayudantes se ve la oposición más resuelta a esa clase de relaciones; las ideas de Maximiliano le acercan más a los liberales que a los conservadores, y por otra parte, era completamente ajeno a los profundos rencores que las largas luchas civiles habían sembrado entre los partidos. Ya hemos visto que el mismo día que salió de la capital para Querétaro mandó un comisionado al general Porfirio Díaz ofreciéndole poner la situación en sus manos, y después, vimos también que entre las instrucciones dadas al príncipe de Salm Salm —para una salida que se convirtió en fallida— figuraba la autorización para abrir negociaciones con personas del partido opuesto,[24]

explicó don Vicente Riva Palacio. López era el encargado de vigilar La Cruz y ésta era el punto de defensa más importante de la ciudad y además cuartel general y dormitorio del archiduque. Si caía La Cruz caía la ciudad y el Imperio.

Se ha dicho mucho, en pro o en contra, sobre si la plaza queretana fue tomada por un hecho de armas o producto de una traición; hasta hoy la pasión de partido no ha querido reconocer la verdad histórica de este episodio que en uno y otro caso en nada altera el triunfo de la República sobre el Imperio,[25] dice Arvizu Mellado. Está perfectamente demostrado y reconocido que el convento en comento, como fuerte, era el mejor defendido y armado; pues estando situado en una pequeña loma que dominaba a toda la ciudad, no es creíble que por ese lugar rompieran el sitio los republicanos habiendo otras partes más fáciles para ser tomadas; por lo tanto es aceptable la general opinión de que la plaza fue ocupada por medio de una traición, según Arvizu Mellado. Entiendo yo que la pasión del momento y de partido, fue la que obligó al general Escobedo y al gobierno juarista a dar la noticia a la Nación y al mundo entero de que Querétaro había caído por el peso de las armas y no por medio de una entrega, con

[24] Resumen Integral de *México a través de los siglos…*, *op. cit.*, p. 528.
[25] José Arvizu Vázquez Mellado, *op. cit.*, p. 224.

traición o sin traición, finalmente una entrega; era más brillante que apareciera como un triunfo armado.

"López me fue a buscar a mi casa para que le hiciera un manifiesto en su defensa para responder así a la opinión pública de las acusaciones que se han desencadenado contra él y que me pagaría honorarios magníficos —y por lo mismo sospechosos— así que le respondí textualmente que 'Vuestra causa no es defendible. Nada en el mundo podrá justificar vuestra conducta. En cuanto a mí, jamás consentiré en aceptar algo, ni en defenderos en modo alguno'",[26] relató don Ignacio Manuel Altamirano.

¿Traición de quién?, digo yo, ¿de Maximiliano a sus generales más cercanos como Miramón y Mejía a los que no les informó de sus planes de entrega incruenta para no bañar en sangre a Querétaro o traición de López a Maximiliano? Los hechos concretos señalan a López, como el caso de que siendo uno de los principales jefes imperialistas nunca fue aprehendido ni perseguido, mucho menos sujeto a proceso y pedirle cuentas por su actuación en la intervención francesa. Gozó de toda clase de impunidades y garantías por parte de Escobedo, pero de eso a que actuó sin consentimiento de su dubitable compadre hay un abismo. Sí se entrevistó con Escobedo; sí iba enviado por Maximiliano; sí pidió garantías para Maximiliano ante Escobedo y no logró nada para su compadre más que fuera hecho prisionero de guerra por un tiempo, pero también pidió algo personal como la libertad de la que siempre hizo gala, pero sobre todo pidió por su vida, que era el bien más preciado en ese tiempo de ajuste de cuentas.

Las acusaciones llegaron a señalar que López entregó dormido a su compadre real y que lo había hecho por tres mil onzas de oro, aunque otras versiones cuantificaron la traición

[26] *Ibidem*, pp. 235-236. Citando a Alberto Hans, quien escribió una carta de homenaje a la muerte de Altamirano, con quien tuvo una gran amistad desde Querétaro, la cual fue fechada en París el 8 de diciembre de 1893 y publicada en México el 10 de enero de 1894 por *El Tiempo*.

en dos mil e incluso hubo quien afirmara que de lo prometido sólo recibió la cantidad de 750 pesos porque los liberales lo habían engañado.[27]

Indudablemente fue Maximiliano quien entregó Querétaro, y López su emisario. Maximiliano con esto no traicionó a nadie pues era soberano y general en jefe y entonces tenía capacidad para resolver lo que se debía hacer. Si no siguió el parecer de sus generales como lo acostumbraba en sus constantes dudas, eso no quiere decir que los traicionó,[28] explica a manera de transacción el historiador conservador Fernando Díaz Ramírez.

> En esos últimos días del Sitio, López se acercaba al emperador y discutía desesperado con él, para meterle en su cabeza la creencia de que todavía podía llegarse a una inteligencia con Juárez y los liberales. López comprendió que las cosas no podían continuar como iban y que todos y él mismo estarían perdidos si a última hora no se encontraba una solución pacífica. Pero el coronel mantuvo el más estricto control sobre sus planes. Nadie del séquito sabía nada, incluso frente a él (Maximiliano), el coronel sólo hacía insinuaciones misteriosas sobre la posibilidad de entenderse con el enemigo y de obtener un perdón general para todos. Es probable, aunque no está demostrado, que también los liberales por medio de un intermediario, hubiesen hecho a López indicaciones en este sentido… Parece que después se habló de capitulaciones incondicionales y, por último, se amenazó también personalmente a López si no se pasaba del lado republicano y les entregaba La Cruz. Pero en el caso de que López accediese a las demandas hechas, se le garantizaba su seguridad y libertad personales y probablemente le fueron ofrecidas otras ventajas. López no pudo resistir estas promesas y amenazas. Según parece, rogó a Escobedo dejase escapar al emperador. El general en jefe pensó entonces que la captura del monarca sería un gran compromiso político para Juárez y que éste quizás le agradecería —sin dar su

[27] Blanca Estela Gutiérrez Grageda, “Ciudad Estrangulada...”, *op. cit.*, p. 39.

[28] Fernando Díaz Ramírez, *La verdadera intervención…*, *op. cit.*, p. 39. Cita el autor a Emilio Olivier.

> consentimiento expreso— el que dejara huir al austriaco. Por eso, sin hacer ninguna promesa formal, Escobedo dio a entender a López que él debía cuidar de que el emperador no cayese en manos de los republicanos, que no se le pondría ningún obstáculo en el camino y siempre que López, como había prometido, entregase la plaza y a todos los demás en manos de los liberales. Después, con su actuar al permitir la salida de Maximiliano de La Cruz, el coronel Rincón Gallardo cumplió evidentemente la promesa hecha a López de posibilitar la fuga [apuntó el informado Rafael Tafolla Pérez]. [29]

Si Maximiliano hubiera sido quien realmente envió a López para entregarle la plaza, ¿por qué no se constituyó prisionero luego que se tomó La Cruz? ¿Qué necesidad tenía de atravesar toda la ciudad hacia el oriente a intentar una última resistencia?, su prisión hubiera quedado perfectamente justificada por la sorpresa, pregunto a manera de duda señores lectores y concluyo diciendo que ¡Claro que eso pretendía Maximiliano!, ser preso en La Cruz, y eso ya lo había conseguido, pero Salm y Del Castillo —que no estaban en el secreto— lo presionaron para salir, al igual que Jablonsky, y sólo el acto del coronel José Rincón Gallardo le abrió el paso por motivos de gratitud, pero Maximiliano no contaba con esta cortesía que a la postre le estorbó. Las pistolas que le dio a Salm no eran de utilidad. El archiduque no fue al Cerro de las Campanas a resistir, lo cual, por lo demás, era imposible. No hubo un muerto en ese lugar aquella mañana por querer resistir,[30] dice el historiador local Fernando Díaz Ramírez.

Contó el conservador periodista e historiador Ángel Pola que "al llegar al convento y subir a los corredores, Vélez y López vieron una habitación por cuyas puertas apenas abiertas salía una ráfaga de luz débil". Que López tentó a Vélez a asomarse y le preguntó por lo que veía, contestando el gene-

[29] Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, pp. 162-166.

[30] Fernando Díaz Ramírez, *La verdadera intervención…*, *op. cit.*, p. 40. Citando las preguntas de Junco y dando el autor la respuesta respectiva.

ral que veía a Maximiliano, el cual se peinaba la barba frente a un espejo de tocador y vestía un sobretodo de color haba. "¿Qué ya sabe todo esto el emperador?, preguntó Vélez a López. —Desde hace rato está enterado de todo, y hasta sabe que estamos aquí— contestó López. —Pero, ¿cómo? tornó a preguntar Vélez, no explicándose cómo podía saberlo el emperador, cuando Miguel no se le había desprendido un momento para nada. —Se lo mandé decir con Jablonsky, desde que entramos en la brecha— finalizó López".[31] Esto lo argumenta Miguel Galindo Galindo, llamando la atención de muchos estudiosos por ser desconocido este pasaje. También dijo Pola que ese mismo día 15 de mayo, ya preso Maximiliano en La Cruz, pasó Vélez y aquél lo detuvo para preguntarle por Miramón y al ser enterado por Vélez preguntó el rubio de manera imprudente: "¿Pudiera Ud. decirnos si también él nos habrá traicionado? —Usted es quien mejor debe saberlo— respondió el neo republicano y el emperador se puso rojo de vergüenza y guardó oprobioso silencio, viniendo a tierra toda su majestad".[32]

"Me dijo Miramón en su pabellón de enfermo que la actitud de López esa noche al presentarse en el cuartel general era singular; estaba pálido y confuso, era patente su turbación y respondía balbuciendo. Maximiliano llegó hasta a excusarlo ante sus generales atribuyendo la turbación de López a la tardanza de acudir a su llamado",[33] anota el joven Fernando Iglesias Calderón, hijo del ministro juarista, don José María Iglesias.

Guillermo Prieto mandó un telegrama donde dice a don Manuel Altamirano que "La historia ha delatado al jefe imperialista López como traidor a su deber, vendiendo el punto a Escobedo, lo que amengua [*sic*] en mucho la heroicidad del

[31] Miguel Galindo y Galindo, *op. cit.*, p. 606.

[32] *Idem.*

[33] Fernando Iglesias Calderón, *Rectificaciones históricas. La traición de Maximiliano y La Capilla Propiciatoria*, México, Tipografía Literaria de Filomeno Mata, 1902, p. 91.

hecho y disminuye los lauros de nuestras fuerzas, tan en buena lid adquiridos. Sin ese accidente, siempre hubieran triunfado las armas nacionales sin dar ocasión a los imperialistas a atribuir a aquella causa la terminación del sitio".[34]

"El acto de López se me hace que era parte de un plan mayor: una conjura para evitar la salida del ejército comandado por Miramón. Tomás Mejía y Ramón Méndez envidiaban al Campeón de Dios y por eso lo odiaban, eran sus enemigos, pero más aún de López",[35] aduce el conservador Fernando Díaz Ramírez.

Vuelvo a insistir que es indudable que Maximiliano envió a López con Escobedo —a lo mejor nada más para conocer las condiciones para una capitulación ya inevitable— pero López, al no obtener del general en jefe republicano la promesa y garantía de embarcar a su compadre para Europa, rebasó su mandato y pactó la entrega. Aún en el supuesto de que López rebasara lo ordenado, el silencio de Maximiliano estaba asegurado ya que López podría contestar "usted me envió, compadre", además ¿qué clase de traición es esa en que el traidor se presenta varias veces ante el supuesto traicionado con el intento de salvarlo, y todo esto cuando estaba cometiendo la traición y aún después que la hubo consumado?[36] Cuando Maximiliano pretendió conferir a López el generalato en los días del Sitio, fue Méndez, secundado de Mejía y Ramírez de Arellano, quien se opuso a ello, para lo cual presentó a su soberano los antecedentes del coronel incluyendo su baja en el ejército de Santa Anna y obligaron al austriaco a desistir en su intento.

[34] José Arvizu Vázquez Mellado, *op. cit.*, p. 236. Cita un párrafo del libro de Guillermo Prieto denominado *Lecciones de Historia Patria*, impresa en 1886, o sea, antes del informe de Escobedo de 1887.

[35] Fernando Díaz Ramírez, *La verdadera intervención…*, *op. cit.*, pp. 28-29.

[36] Blanca Estela Gutiérrez Grageda, *Querétaro devastado…*, *op. cit.*, p. 68, citando a Rafael L. Torres en su completa obra *Estudio histórico sobre la traición de Querétaro*.

Maximiliano detuvo la salida del 14 de mayo para poder negociar con Escobedo. La entrega de la plaza la hizo posible esa demora de 24 horas[37] —reviró de manera tajante Fernando Díaz— además no crean que el padre Soria y Breña, ese indio otomí cincuentón y confesor de Maximiliano, ha liberado a López de la acusación al decir que éste no hizo más que lo que se le mandó y que de su conducta no se quejó el emperador. Está bien que Miguel hizo lo que le mandó su compadre, pero de eso a que un hombre prudente, viejo, sabio, abogado y sacerdote como Soria lo ande comunicando, se me hace harto improbable.[38] Miramón se opuso a ese aplazamiento indicando que el elemento sorpresa se iba a perder y que las razones de Méndez eran infantiles, pues pudo haber arengado a sus tropas a la hora de salir. Maximiliano se sostuvo en la prórroga y además le dijo a El Macabeo que López había descubierto una cantidad de maíz oculta que les sería dada a los caballos y así estarían en mejores condiciones para las jornadas que les esperaban. Nunca hubo esa famosa junta de generales, la determinación la tomó a solas Maximiliano y mandó llamar a Miramón hasta las siete de la noche del 14 de mayo.

El ejército republicano asentado en Querétaro y el gobierno de Juárez en nada manchan su actuación con este triste episodio de nuestra historia patria; si hubo traición por parte de López —que no creo—, en todo caso, se aprovechó la causa republicana de esa circunstancia para dar término de una vez por todas con el gobierno usurpador de Maximiliano y al sufrimiento de millones de mexicanos en general y de miles de queretanos en particular.

En la calle del Rastro esquina con la calle de El Cebadal (hoy Zaragoza), donde estaba ubicado el rastro municipal —la calle ya se llamaba así desde finales del siglo XVIII—, en la casa del Mirador concretamente, estaba escondido el general Manuel Ramírez, quien después de vivir oculto algún tiempo en

[37] Fernando Díaz Ramírez, *La verdadera intervención…*, *op. cit.*, p. 48.
[38] *Ibidem*, p. 46.

París se quejó de López y de Maximiliano, de quienes decía con voz apagada y mirada triste:

> En la víspera de la caída de la plaza en poder de Escobedo, se celebró un gran consejo de guerra presidido por Maximiliano, para discutir si debía o no intentarse romper el sitio; que tanto a Miramón como a Mejía les sorprendió la ausencia de López, oficial superior, a quien hicieron buscar por todas partes sin encontrársele, y que entonces el emperador lo excusó diciendo que le había dado una comisión personal: que a la mitad de la conferencia López se presentó y Maximiliano, levantándose de su asiento, se fue a hablar con él en voz baja lejos del grupo de los jefes y cerca de una ventana. Miramón me confió sus dudas sobre aquella conducta sospechosa de López y aun sobre la lealtad de Maximiliano para con sus partidarios. En la madrugada del día siguiente, La Cruz fue ocupada por los soldados republicanos.[39]

•

[39] Agustín Rivera, *op. cit.,* pp. 305-306. Cita a un articulista de *El Universal* que en 1881 en París le escuchó este relato a Alberto Hans, quien a su vez lo oyó del mismísimo Ramírez de Arellano, con quien lo unía no sólo el amor por el arte de los obuses sino una gran afinidad personal. En la reunión en que el periodista oyó a Hans platicar lo anterior también se encontraba el famoso editor católico e imperialista Mr. Palmé quien dijo estas palabras muy significativas: "Comienzo a creer que ese pobre de López no es tan culpable como se le considera".

La agonía por venir y un juicio a su vez muy juzgado

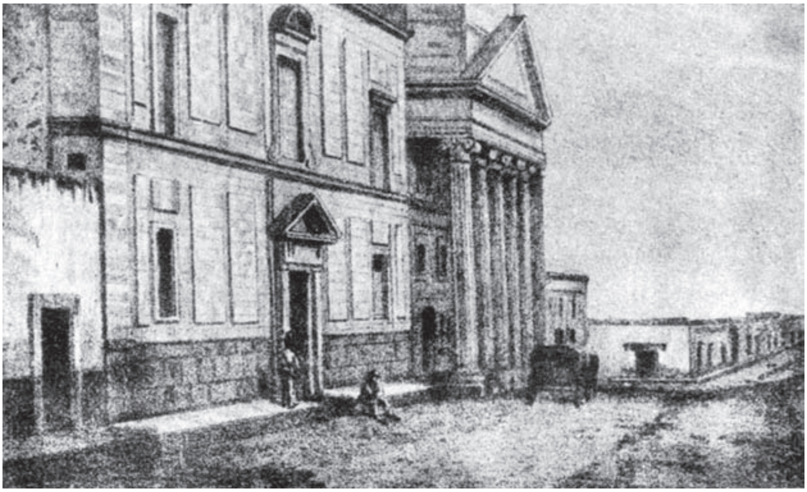
Doliente caravana de derrotados recorrió la ciudad, de El Sangremal a Teresitas, a las nueve de la mañana de ese viernes 17 de mayo de 1867: fue la de Maximiliano y sus íntimos, que por la enfermedad de aquél le fue concedido llevarlo a otra prisión que se improvisó en el recién desocupado convento de Carmelitas Descalzas al que el populacho llama simplemente Teresitas. Un carro de la familia Rubio fue prestado para el traslado del archiduque, ordenado por el general J. Refugio González, en el cual viajaron también Basch, el general Echegaray, el carcelero y el teniente coronel Pradés, escoltados por un piquete de caballería. Los demás prisioneros, Manuel García Aguirre, Severo del Castillo, Manuel Guzmán, Félix de Salm Salm, Agustín Pradillo, Pedro Ormaechea y José Luis Blasio, hicieron el recorrido a pie entre dos filas de celosos soldados republicanos a las órdenes del teniente coronel Margáin. Prácticamente pasó inadvertida la patética comitiva pues ningún queretano acudió a ver pasar a los prisioneros, las calles estaban desiertas, cerradas puertas y ventanas y uno que otro viandante curioso miró al cortejo por pura compasión; mucho era el resentimiento que tenían los queretanos para con los imperialis-

tas por los sufrimientos a que los sometieron.[1] Miramón siguió convaleciendo en la casa de Licea. Cuando la comitiva pasó por la casa de Miguel López, Basch alcanzó a ver a un hombre salir de dicho inmueble llevando el sombrero de general de Maximiliano. Cuando llegó Maximiliano al convento de Teresitas vio una columna de prisioneros afectos a él que se descubrieron a su paso y dijo, haciendo una de sus frases de buen humor: "Ningún príncipe puede ostentar una corte tan numerosa".[2] Llegado al claustro, fue colocado el austriaco en una amplia habitación muy ventilada y con vista al hermoso patio arbolado del convento; se le proporcionó un modesto mobiliario, ropa limpia para cama y medicinas en la medida de lo posible, gracias a la intervención del médico republicano José Siurob. Los demás prisioneros se acomodaron como pudieron, en esteros de coco, cobijados con unos sarapes que les mandó comprar Maximiliano, y con lo indispensable para su aseo personal como peines, jabones, cepillos y toallas. Por supuesto que se les sometió a todo el rigor de prisioneros de guerra, entre otros, el de pasar lista, lo que molestaba a más de alguno de los de alto grado, ya que estaban impuestos a mandar y no a ser mandados. Entre los prisioneros de Teresitas, destaco la presencia del topógrafo austriaco Fürstenwärther, quien escribió allí sus memorias y dejó constancia del lugar donde se confinó a su paisano y a cada uno de los oficiales.[3] Maximiliano suplicó que sus cercanos —entre ellos Blasio y Basch— quedaran junto a él.

En el convento de La Cruz, el general José María Echegaray, quedó como responsable de los prisioneros, a los cuales dividió en la capilla anexa y nave principal del templo; en la pri-

[1] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit*., pp. 150-151.
[2] Samuel Basch, *op. cit*., p. 246.
[3] Konrad Ratz, *op. cit*., p. 225. Dice Konrad Ratz que hoy es difícil saber el lugar exacto de la prisión de Maximiliano en Teresitas por las obras de acondicionamiento que se hicieron ampliando las celdas cuando el convento se convirtió en Seminario Conciliar, sin embargo, en el plano hecho por el fotógrafo austriaco se acaba la duda: Maximiliano en la planta alta y Mejía y Méndez en el patio anexo que hoy ocupa el Conservatorio de Música J. Guadalupe Velázquez.

mera los de alta graduación y en la segunda los oficiales de bajo grado. Los presos se registraron en una lista nominal cuya primera edición se publicó el 17 de mayo, y en la cual Maximiliano figura como "Emperador, jefe del Ejército sitiado, austriaco". En cambio, en la segunda edición, del 18 de mayo, se le nombra solamente como "archiduque", lo que Maximiliano consideraría para su defensa más tarde.[4] Los colaboracionistas de los republicanos, López y Jablonsky, no figuran en la lista, lo que para muchos constituye la prueba más significativa de sus servicios rendidos de manera voluntaria a la causa republicana siendo colaboradores de confianza del antiguo monarca.[5] Por su parte, Escobedo se encontraba enfermo en su cuartel general de La Purísima, sin embargo, no ha dejado de desarrollar actividades.



Ex convento de las Teresitas. En este edificio se reunió el Consejo de guerra designado para juzgar, al terminar el Sitio de Querétaro, a los prisioneros Maximiliano de Habsburgo, Miguel Miramón y Tomás Mejía, sentenciados el 14 de junio de 1867 a ser fusilados, Fotomecánico, INEHRM.

Entre los oficiales prisioneros había unos 20 franceses y de entre ellos 12 escribieron a Escobedo ofreciendo sus servicios, los que fueron rechazados con desprecio por el alto mando republica-

[4] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 383.
[5] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 221.

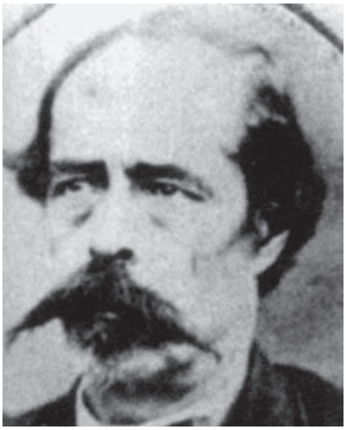
no. Avergonzados por esta bajeza, los ocho compatriotas restantes de estos miserables escribieron una hermosa carta de solidaridad al monarca caído, la que recibió en la prisión de Teresitas.

Firmemente se inició la reorganización del gobierno estatal y es así como se publicó por el comandante militar del Estado de Querétaro, Julio María Cervantes, el primero de sus decretos, en el cual obligaba a los empleados civiles pertenecientes al llamado gobierno imperial a presentarse en un plazo no mayor a 24 horas en la comandancia militar estatal, y de no ser así, serían pasados por las armas de manera inmediata donde se hallaran. La rúbrica de don Hipólito Alberto Viéytez, secretario general de Gobierno, refrendó este instrumento.

Se restablecieron las comunicaciones con la Ciudad de México y con San Luis Potosí a través de diligencias. Se estableció en un segundo decreto una restricción a la libertad de tránsito: se podía circular de la ciudad a puntos foráneos con el requisito de presentar el pasaporte militar, so pena de castigos que no fueron enumerados. Esta medida obedecía al temor de que los generales imperialistas que no habían sido detenidos pudieran escaparse. Inés de Salm Salm, esposa de Félix, viene en camino a Querétaro después de estar cerca del presidente Juárez en San Luis Potosí y solicitar ver a su marido. Las rosas de la princesa comenzaron a expandir su aroma.

Para el 18 de mayo, es nombrado J. Refugio González como responsable de los prisioneros de Teresitas, quien de inmediato resuelve la incomunicación de los más cercanos colaboradores de Maximiliano entre sí, pudiendo ser visitados por separado por sus amistades y familiares. Maximiliano sigue enfermo y le siguen visitando oficiales republicanos por mera curiosidad, por ello, sólo con unos cuantos cambia los saludos de rigor. Le han devuelto sus celadores dos cajas con objetos personales que se le habían decomisado el 15 de mayo, y entre otras cosas están unos libros para regocijo del germano. La segunda edición de la lista de prisioneros que se publica el 18 tiene el objeto de que se sepa el paradero de los deteni-

dos y ahorrar angustia a sus afectos. Corrió la voz ese día de que un sastre, raquítico y jorobado, vecino de la calle de Don Bartolo, había denunciado el inmueble de esa calle en donde se escondía Méndez (hoy Libertad 82 bis), al cual odiaba por haberlo fueteado injustamente antes del sitio, un día que se encontraron e intercambiaron insultos. Cayó la noche y no se encontraba por ningún lugar de la casa al asesino de Arteaga, pero cuando ya se daban por vencidos los soldados en su tercer intento creyéndose engañados por el modistillo —o que éste se había equivocado—, observaron unos objetos mal acomodados —bancos, un barril y macetas— en el patio de la casa, los que al ser removidos con bayonetas dejaron ver la entrada del sótano que servía de escondite a Ramón Méndez, quien salió en paños menores, cubierto de polvo y armado con un fusil, el cual fue hecho prisionero inmediatamente y conducido al anexo de Teresitas, donde esperó a que se decidiera su suerte. La casa donde se escondía el chacal de Michoacán era propiedad de su amigo, el teniente coronel Juan Verna.[6]



General Refugio J. González, fiscal después de la dimisión de Azpíroz, México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

[6] Blanca Estela Gutiérrez Grageda, *Querétaro devastado*..., *op. cit.*, p. 75. Lo único que no me parece en este comentario de la doctora Gutiérrez es que ubica la casa en el barrio de Santa Rosa de Viterbo y no en la calle de Don Bartolo, atrás del mesón de Santa Rosa de Lima.

Para averiguar la verdadera identidad y nacionalidad del aventurero Salm, éste fue sacado de su celda en Teresitas, lo que provocó alarma entre sus compañeros, pues creyeron que iba a ser pasado por las armas. A tal grado llegó la excitación que Pradillo acudió a las ocho de la noche a la celda de Maximiliano a informarle de lo ocurrido, pero ya lo encontró dormido a causa de su mal y se desahogó con Basch. Salm fue regresado a su celda y terminó la alarma. Maximiliano se había entretenido durante el día leyendo la *Historia Universal* de César Cantú, que por orden suya había comprado precisamente en Querétaro José Luis Blasio.[7] Dispuso el cuartel general republicano que Ramón Méndez fuera pasado por las armas en la mañana del 19 de mayo en medio de un dispositivo de seguridad importante para que el acto de justicia pudiera llevarse sin contratiempo alguno. Bach se molestó porque le revisaron sus custodios hasta las recetas que expidió; además creyó que un oficial republicano —antiguo rehén imperialista— había hablado mal de él ante Escobedo. ¡Como si importara mucho al jefe republicano lo que hiciera o dejara de hacer el intrigoso galeno! En esos días se le entregó a Juárez una lista de todos los jefes y oficiales aprehendidos, de los cuales eran generales exclusivamente Miramón, Mejía, Del Castillo, Casanova, Herrera y Lozada, Liceaga, Magaña, Mariano Reyes, Moret, Monterde, Calvo Valdés, Escobar y Silverio Ramírez. Entre los oficiales muchos lograron escaparse, destacando el nombre de Carlos Miramón.

Dramático se esperó ese domingo 19 de mayo en que se fusilará al general Ramón Méndez, el cual pidió como último deseo el despedirse de Maximiliano y sus compañeros generales, mismo que le es concedido. Maximiliano lo recibió en su celda muy conmovido y tratando de consolarlo le dijo: "Va usted a la vanguardia general, pronto seguiremos el mismo camino". Sin contestar, Méndez se despidió para siempre de su jefe moral, quien se quedó tristemente viéndolo partir hacia el

[7] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 383.

paredón. Tomás Mejía, quien le dispensaba una amistad íntima y tierna, con lágrimas en los ojos, le manifestó: "Méndez, estoy seguro de que será hoy delante de esas gentes lo que siempre ha sido usted". Méndez, estrechándole la mano, le contestó: "Sí, don Tomás, seré el mismo". El sanguinario y cruel general fue llevado al templo de Teresitas donde se confesó y comulgó, después de lo cual se le concedieron dos horas para despedirse de su familia, consistente en su mujer, su hijito de 10 años y una hermana suya, y encargar a éstos con el señor Juan Verna. Pronto transcurrió el tiempo y uno de sus celadores hizo una señal con la cabeza, la cual sólo advirtió el intrigante militar. ¡Era la indicación de marchar al encuentro con la muerte! Miente a su familia piadosamente diciendo que se tiene que ir a arreglar una urgencia pero que pronto volverá. De inmediato se le sacó del templo acompañado del padre Agustín Guisasola y fue conducido a la calle de El Cebadal (Juárez casi esquina con Zaragoza), porque los ejecutores habían escogido como lugar para fusilamiento los muros de humildes casitas que miraban al sur, junto a la plaza de toros desmantelada. Está formado ya el recuadro de soldados dando la espalda al paredón y dentro de él un cuadro de frente y más adelante el pelotón que ejecutará la expedita pero justa sentencia. Méndez caminó erguido y sonriendo a quienes lo saludaban al paso. Al llegar al patíbulo le preguntaron si quería alguna gracia y contestó: "Lo que pido es verle la cara al general Régules, porque hasta ahora no le he visto más que las espaldas".[8] Lo acercaron al muro y como a un traidor lo colocaron de espaldas, vendado y de rodillas, rechazando esto el imperialista y exclamando: "No soy traidor, siempre he defendido la integridad del territorio de mi patria, su Independencia y la religión como leal mexicano". Convencido por el padre Guisasola de dar una última y suprema muestra de humildad, Méndez se colocó de rodillas y dio la espalda a sus ejecutores por propia voluntad, pero sin vendarse los ojos, al tiempo que gritó: "Tiren… viva México". Una

[8] Mariano Cuevas, *op. cit.*, p. 991.

terrible detonación siguió y el robusto cuerpo de don Ramón cayó a tierra sin vida, asistido por el virtuoso sacerdote.[9] ¡Ya resplandecía la mañana en ese día de mayo! Desde la esquina, en la famosa casa llamada Del Mirador, muchos oficiales republicanos contemplaron la escena desde los balcones, al igual que el numeroso público que se colocó detrás del recuadro militar. Esta ejecución era de las más esperadas por el fusilamiento cruel de los generales Arteaga y Carlos Salazar por obra de Méndez, pero además, los queretanos estaban hasta la coronilla de los abusos del ahora finado michoacano. De todo esto se dio cuenta el general Manuel Ramírez de Arellano, quien seguía oculto precisamente en la mencionada casona Del Mirador desde la madrugada del 15 de mayo, respirando tranquilo al fin cuando la soldadesca y la chusma curiosa se alejaron del lugar. ¡Cualquiera que fuera la causa que defendiera Méndez, al leer la historia de su fusilamiento se siente emoción de ser mexicano, valiente y bragado!



General Ramón Méndez, Cruces y Campa, Colección Particular.

[9] Agustín Rivera, *op. cit.*, pp. 308-309.

Don Agustín Rivera contó que en esa casona Del Mirador y sus alrededores hubo una persecución en contra de Ramírez de Arellano al ser descubierto en su escondite, pero sin ser identificado como él. Es decir, al oír el ruido hecho por los soldados republicanos que entraron en la casa en cita, salió precipitadamente del cuarto en el que se refugiaba y se hizo pasar por un oficial sin importancia de las filas imperiales dando a los soldados un reloj y parte del dinero que llevaba. Conseguido esto, trepó a las azoteas y se alejó de la casona saltando de una a otra hasta que descendió a la casa de Pancracio Soto y hermanos, donde fue detenido por otra partida republicana. Sin perder la serenidad por esta contrariedad, dijo a los chinacos que era un subalterno del general Ramírez de Arellano y dio a uno de ellos el dinero que le quedaba para verse libre. En el momento en que la tropa rojilla salía de la casa de los Soto, don Manuel volvió a subir a la azotea, regresó a la casa Del Mirador. Apenas había transcurrido una hora de haber llegado, cuando una tropa al mando de un mayor de órdenes de apellido Medina entró en la casa para catearla nuevamente; Ramírez de Arellano volvió a trepar a la azotea y esperó a que se fuera la tropa, bajando otra vez al creer que ya no volvería a ser cateada la casona, pero se equivocó: "el mayor Sierra verificó dos horas después otro cateo y una vez más don Manuel repitió la subida a la azotea y después de un tiempo regresó por tercera vez a su alojamiento y esperó a que llegara la noche para salir de ese lugar tan hurgado y buscar el refugio que finalmente le proporcionó una familia humilde que anhelaba salvarle.[10]

El mayor Görwitz, que estaba confinado en Teresitas, cuenta que recibió una carta de un comerciante alemán de San Luis Potosí, "quien le asegura que sabe de buena fuente que Juárez, a solicitud de todas las cortes europeas y del gobierno de los Estados Unidos, se abstendrá de derramar sangre".[11]

[10] *Ibidem*, pp. 309 y 310.
[11] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 248.

Maximiliano sigue recibiendo señoras altruistas y está de mejor salud.

Desapareció la disentería y los dolores se le han calmado mucho al reo máximo de la República, a quien los oficiales republicanos desarrapados visitan diciendo con simpleza “vamos a ver a Maximiliano”, lo que provocó la ira de Basch y del propio monarca caído, dado lo impertinente de las visitas y expresiones, y cada vez que el médico y los demás ayudantes querían impedir tan inoportunas acciones, los desarrapados sacaban inmediatamente un papelillo mugroso en donde constaba una orden de Mariano Escobedo dando permiso para visitar al Habsburgo.

Ocasionando gran sobresalto entre los prisioneros, se presentó en Teresitas el general Escobedo, quien era acompañado por el general Díaz de León y el coronel Villanueva: todos creyeron que iba a notificarle a Maximiliano que pronto sería fusilado. La histeria era por el antecedente inmediato de la ejecución de Méndez, pero a la hora se desvaneció aquélla cuando se dieron cuenta que todo se debía a una mera cortesía.[12] Escobedo visitó también a su amigo Tomás Mejía a quien le ofreció enviarlo a San Luis Potosí para que se presentara ante el gobierno de la República y arreglara su situación. Pero el queretano general no aceptó tan generosa propuesta si no se le garantizaba que esa misma suerte correrían los demás prisioneros, cosa que no estaba en manos de Escobedo, el cual sólo iba a pagar una vieja deuda con el valiente Jamás Temió. Por su parte, los familiares de Escobedo ofrecieron enviar al general Mejía cuanto necesitara en prisión.[13] ¡Amor con amor se paga! Entre las seis y siete de la tarde llegó a Querétaro la princesa de Salm Salm,[14] quien se alojó en el hotel de Las Diligencias y de inmediato se impuso de la situación que guardaban Maximiliano y su mercenario cónyuge; como es tarde, ya no acudió a ver a Escobedo a La Purísima como era su deseo. ¡Cuántas

[12] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 385.
[13] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 154.
[14] Dice Basch que a las once de la noche llegó la princesa de Salm.

veces quiso entrar a Querétaro durante el sitio para visitar a su esposo al que imaginaba herido y cuántas veces le fue negado el permiso por el ejército sitiador enterados de que Félix no estaba convaleciente de nada! De esto se enteraron los republicanos por medio del sistema de espionaje y contraespionaje manejado por Bernabé Loyola.



Inés Isabel Winona Leclerc Joy, princesa de Salm-Salm.

Por la noche del 19 de mayo fue absolutamente imposible dormir a los detenidos en Teresitas, ya que la guarnición había sido notablemente aumentada ante los rumores de que el serrano general Rafael Olvera marchaba sobre Querétaro para salvar a Maximiliano y acompañantes. Doscientos soldados gritando incesantemente espantaban el sueño al más calado.[15] Cada cuatro horas se escuchaba el solemne "¡centinela, alerta!"

Apenas amanece el lunes 20 de mayo, doña Inés Isabel Winona Leclerc Joy de Salm Salm[16] comienza a movilizarse para

[15] José Luis Blasio, *op. cit.*, pp. 386-387.

[16] Afirma Guillermo Sandoval en su libro *Conspiración Frustrada*, *op. cit.*, p. 24, que el verdadero nombre de Inés de Salm era Eliza Joy y que además de actriz fue cantante.

obtener de Mariano Escobedo la licencia necesaria para visitar a su esposo y a Maximiliano. Acudió a La Purísima a caballo y una vez que obtuvo el permiso se dirigió a sus aposentos en el hotel para arreglarse. A eso de las once de la mañana llegó a Teresitas y le impresionó fuertemente el aspecto de la prisión militar, ya que ella, como artista que era, estaba acostumbrada al glamour de lo delicado, perfumado y fino. Horrorizada vio a su pareja desaliñado, sin bañarse, con ropa puesta por varios días y con la barba crecida, como si viviera en un basurero. Después de los saludos con Félix recibió la noticia de que el austriaco quería que lo visitara, ya que ni siquiera la conoce. Penetró la Salm a la celda de Maximiliano y sintió una gran compasión por el monarca caído que yacía en su lecho. Inmediatamente lo puso al tanto de lo sucedido en México a partir de la segunda quincena de febrero, pero especialmente a partir de la llegada de Márquez a la capital. También hablaron de la opinión pública en San Luis Potosí, sede del gobierno juarista. Por ella se enteró Maximiliano de que va a ser juzgado por un consejo de guerra; que eso lo oyó en la capital potosina.[17] Después de intercambiar secretas y misteriosas palabras sobre la situación de los detenidos, Salm salió decidida a conseguir una nueva entrevista entre Escobedo y Maximiliano. Éste se quedó leyendo el *Romancero* de Heine, que le había conseguido Basch a través de Pitner, para mantener ocupado y distraído a su noble paciente.

El general en jefe se hallaba de muy buen humor ese día, pues esperaba la visita de dos hermanas[18] a las que hace tiempo no veía y accedió a recibir por segunda vez en ese día a doña Inés —que fue acosada por el desagradable capitán Enking—, la que obtiene de su interlocutor la muy anhelada entrevista para esa tarde en La Purísima, sin ser avisados los ayudantes de Maximiliano, que quedaron hechos ascuas cuando se presentó por éste el coronel Palacios sin dar mayor explicación. Carlos

[17] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 234.

[18] Ramírez Álvarez e Inés de Salm dicen que una hermana; y Ratz escribe que dos hermanas de Escobedo.

Rubio facilitó otra vez su diligencia para el traslado de Maximiliano, quien fue acompañado a su cita de los esposos Salm Salm, del coronel Palacios y del coronel Villanueva, el que no dejó de ver de reojo y de manera furtiva a la hermosa dama. Al saber que el importante prisionero iba a salir, todos los reos se acercaron a las puertas de sus celdas para saludarlo. Antes de partir a su cita, Maximiliano entregó a Basch dos documentos: uno era una carta de Ramírez de Arellano enviada desde su escondite y otro era un poema dedicado al archiduque por un soldado francés que estaba preso; para el caso de no regresar, el nada optimista Habsburgo le pidió al médico destruir los textos, especialmente el del prófugo escondido.[19] ¡Seguramente un payo pueblerino muy astuto llevó el mensaje de Manuel Ramírez de Arellano hasta la celda de Maximiliano!



Fernando Maximiliano de Habsburgo, E. Neurdein, Colección Gustavo Amézaga Heiras.

En el jardín de la entrada los recibió Escobedo y todo el grupo paseó bajo la arbolada calzada que todavía hoy, conduce

[19] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 251; y Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 147.

al edificio principal; por un tiempo más o menos largo dialogaron a solas el prisionero austriaco y el general en jefe cosas que nadie más oyó, ni siquiera el intérprete Félix Salm. Muy cordial fue el encuentro a grado tal que el anfitrión ofreció refrescos —que no fueron aceptados— y música de dos bandas —que tocaron estruendosamente, ahogando las voces de los conversadores con su espantoso ruido, según doña Inés—[20] bajo el rumor de la cascada de la fuente, y estuvo El Orejón con sus visitantes hasta la hora del crepúsculo, en que los despidió.

Tres horas duró la salida del austriaco, llegando a su celda a las ocho de la noche. Llegó normal ante sus ayudantes, según Blasio,[21] pero Basch y la princesa de Salm aseguran que arribó muy abatido—[22] manifestándoles que Escobedo le parecía sumamente amable y que Salm les sirvió de intérprete en algún punto de la entrevista. El muy ingenuo creyó que Escobedo le iba a resolver lo pedido en un escrito que éste pondría a consideración del Supremo Gobierno. Para ello, Salm y Maximiliano redactaron y entregaron una carta en francés firmada por Félix y dirigida a Escobedo en la que hicieron gala de ingenuidad al pedir su salida del país, prometiendo no volverse a inmiscuir en los asuntos de México, rogando consideraciones para ellos además de avisar que ¡abdicaba Fernando Maximiliano y que haría rendir las plazas de la capital y Veracruz! Desde luego que esta misiva fue inútil por cuanto Maximiliano era un prisionero que, si de emperador nada tuvo antes, menos lo tenía en ese día como tal ante el gobierno republicano, además de que las ciudades de México y Veracruz caerían en manos de los juaristas con o sin sus órdenes. Blasio escribe en sus memorias que por boca de Palacios —según la princesa, que todo el día estaba vigilada por él— se enteraron que dentro de muy pocos días llegarían órdenes precisas de San Luis Potosí

[20] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 146.
[21] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 388.
[22] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 252.

relativas a todos los prisioneros.[23] Escobedo, que ya sospechaba de la bella y misteriosa mujer de 23 años —nacida en Canadá, de padres franceses— encargó de su vigilancia al "apuesto coronel de ingenieros [topógrafos] Ricardo Villanueva, quien había recibido entrenamiento profesional en el extranjero y hablaba varios idiomas. Con la princesa, que sólo sabía pocas palabras de español, hablaba en inglés".[24]



Ricardo Villanueva, coronel republicano de ingenieros, topógrafo militar, México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

El mismo día 20 de mayo, Escobedo informó a su gobierno que sus oficiales piden el rápido castigo de Maximiliano, además de que él mismo tiene que acudir en auxilio de Porfirio Díaz; por lo que solicitó que se trasladara a Maximiliano a San Luis Potosí. ¡Cómo le quemaba la custodia de tan importante personaje a don Mariano! Le iba a quitar a Querétaro la gloria futura de ser el cadalso donde se sacrifican entrometidos. Dice Ratz que el neoleonés de Galeana no quería cargar con la responsabilidad de un proceso cuyo resultado final no puede

[23] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 388.
[24] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 234.

ser dudoso.[25] El hombre de Oaxaca decidirá que Escobedo sí tendrá que encargarse del juicio de Maximiliano y cargará en sus espaldas las consecuencias que le toquen. Afirma con ironía el doctor Ratz que toda esa negociación fue una farsa. Maximiliano ya había abdicado y por tanto no podía dar órdenes a nadie. Escobedo no tenía por qué negociar. Entonces, se pregunta el historiador austriaco, ¿para qué los invitó? (Yo digo: ¿para qué los recibió a propuesta de Inés de Salm Salm?) Se atreve a conjeturar Ratz que fue para sondearlo y complacer a sus dos hermanas (las de Escobedo) que lo estaban cuidando en su enfermedad y que nunca habían visto a un emperador.[26]

Julio María Cervantes, comandante militar del estado de Querétaro, emitió otro decreto en el que dispuso que todos los militares heridos que hubieren pertenecido al ejército sitiado deben dar aviso de su residencia o lugar de procedencia para disponer lo que convenga, bajo severas advertencias al que no cumpla con ello.[27]

Mejorado notoriamente Maximiliano, el martes 21 de mayo recibe al general Moret y otra vez a la princesa de Salm Salm que se convirtió en el único enlace entre Escobedo y el noble prisionero, pudiendo asegurarse que la bella franco-canadiense se había ganado la confianza del poco sociable general en jefe. Inés volvió a aparecerse a las cinco de la tarde pero ahora acompañada del coronel Villanueva, que no le quitaba los ojos de encima.

Desde San Luis Potosí, el general Ignacio Mejía, ministro de la Guerra del gobierno de la República, envió un propio[28] que llegó ese martes a Querétaro, dándole indicaciones concretas a Escobedo acerca de los detenidos. "Antes de dictar ninguna

[25] *Ibidem*, pp. 237-238.
[26] *Ibidem*, p. 238.
[27] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 156.
[28] Ratz afirma en su obra, en la página 242, que el medio fue un telegrama y no "el propio" (mensajero) del que escribe Ramírez Álvarez. Este telegrama lo recibió Escobedo cuando ya tenía su cuartel general en la llamada Casa de los Tratados, antigua habitación de Ramírez de Arellano, sita en Hidalgo 27 y 29.

resolución acerca de los presos, el Gobierno ha querido deliberar con calma y detenimiento que corresponden a la gravedad de las circunstancias. Ha puesto a un lado los sentimientos que pudieran inspirar una guerra prolongada, deseando sólo escuchar la voz de sus altos deberes para con el pueblo mexicano. Ha pensado, no sólo en la justicia con que se pudieran aplicar las leyes, sino en la necesidad que haya de aplicarlas. Ha meditado hasta qué grado pueden llegar la clemencia y la magnanimidad, y qué límites no permitan traspasar la justicia y la estrecha necesidad de asegurar la paz, resguardar los intereses legítimos y afianzar los derechos y todo el porvenir de la República. El archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo se prestó a ser el principal instrumento de esa obra de iniquidad que ha afligido a la República por cinco años, con toda clase de crímenes y con todo género de calamidades. Vino para oprimir a un pueblo, pretendiendo destruir su Constitución y sus leyes, sin más títulos que algunos votos destituidos de todo valor, como arrancados por la presencia y la fuerza de las bayonetas extranjeras. Vino a contraer voluntariamente gravísimas responsabilidades, que son condenadas por las leyes de todas las naciones y que estaban previstas en varias leyes preexistentes de la República, siendo la última la del 25 de enero de 1862, sancionada para definir los delitos contra la Independencia y la seguridad de la Nación, contra el derecho de gentes, contra las garantías individuales y contra el orden y la paz pública. Hizo que se perpetrasen ejecuciones sangrientas, ordenó que los soldados extranjeros incendiasen y destruyeren poblaciones enteras del territorio mexicano y asesinasen millares de mexicanos. A sangre y fuego pretendió hasta el último momento sostener el falso título que ostentaba, del que no ha querido despojarse sino cuando ya no por la voluntad sino por la fuerza se ha visto obligado a dejar".[29] Después de esta larga exposición contra Maximiliano, culpó directamente a Miguel Miramón y Tomás Mejía como los principales cabecillas de la resistencia sangrienta y dolorosa que el llamado Imperio hizo

[29] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro*…, *op. cit.*, pp. 156-157.

en Querétaro a las armas legítimas de la República, quienes tenían desde antes una grave responsabilidad por haber sostenido por muchos años la guerra civil. Este mismo documento señaló que pudo haberse aplicado el numeral 28 de dicha ley marcial por haberse encontrado a los inculpados *in fraganti*, es decir, en acción de guerra y ser fusilados de manera inmediata, pero, para que hubiera la más plena justificación del procedimiento, era mejor que se verificara un juicio para que se oyera en defensa a los acusados. En tal virtud —termina el memorándum— el Presidente de la República ha determinado que el general en jefe disponga se proceda a juzgar a Maximiliano y a sus "llamados" generales Mejía y Miramón. Respecto de los demás jefes y oficiales se ordenó la formulación de una lista con especificación de clases y cargos que tenían en el llamado ejército imperial, para que pudiera resolverse en cada uno de los casos lo conveniente.

El miércoles 22 de mayo se cumplió una semana de la toma de la ciudad e inútilmente doña Inés Leclerc de Salm trató de obtener permiso para que la prisión de Maximiliano y sus generales sea una casa particular, dotada de un jardín donde respirara aire puro aquél, la que al parecer ya ha encontrado la antigua actriz de circo, pero se le olvidó que el general Escobedo tenía un colmillo más retorcido que los paquidermos con los que ella convivía en su etapa circense. Según la bella güerita, don Mariano se dejó llevar por los reproches que le hizo Refugio González en el sentido de que se estaba tratando a Maximiliano como a un príncipe, contrariando las instrucciones del Supremo Gobierno, además de que él no respondía de la seguridad de los prisioneros en una casa de particulares.[30] Dice Bernabé Loyola que el general Escobedo llegó a tenerle más miedo a la princesa que a un batallón.[31] Para hacer saber de esta mala noticia a su marido y a Maximiliano, Salm regresó a las catorce treinta horas a Teresitas, en medio de los insultos de dos gañanes oficiales chinacos. Les dio las malas nuevas,

[30] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 147.

[31] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 201.

además de advertirles que serían llevados a otra prisión, pues en la que estaba no garantizaba su seguridad, lo cual molesta a Basch. Esa mañana el archiduque recibió al general republicano de apellido Blanco, pero no bien se hubo ido éste, empezó a hablar mal de él y de todos los republicanos, a espaldas del interesado, como siempre. Los republicanos hicieron una leva terrible en las fincas cercanas a la ciudad y de la hacienda de San Juanico; se llevaron a un mayordomo y a un antiguo mozo de confianza, los cuales fueron conducidos a la brigada del general Vicente Riva Palacio, asentada en la hacienda de Carretas. Como el cura y abogado liberal Nicolás Campa era el capellán de la hacienda propiedad de don Bernabé Loyola, éste acudió ante él, que era amigo del general poeta, para que lo ayudara a liberar a sus dos sirvientes. Fue el padre Campa a San Juanico y de ahí se trasladaron en un coche de caballos hasta la lechera hacienda de Carretas, y al pasar por la plazuela de La Cruz vieron en un cuarto del mesón del lugar —que tenía una ventana rasgada con reja de fierro— a varios militares, entre ellos, al general Echeverría y al coronel Miguel López, éste, sentado sobre una mesa, descaradamente a la vista de todo mundo. El ruido del coche hizo que se asomaran a la ventana algunos de los militares que se encontraban en el mesón crucífero, entre ellos Echeverría, que era amigo de Campa y Loyola —principalmente del párroco— y quien al reconocerlos y ver que lo llamaban acudió a su encuentro. Echeverría fue invitado a subir al carro para que los auxiliara en la liberación de los trabajadores de don Bernabé, pero también para que les platicara cómo había sido la toma de La Cruz la madrugada del 15 de mayo, pues sabían que él había acompañado a Pancho Vélez en esa jornada para vigilar a López, de quien se esperaba una traición cuando los introdujera en el convento.

—¿Qué piensan ustedes que nos estaba diciendo ese cabrón de López?... Que ha hecho un gran servicio a Querétaro, que algún día se lo agradecerán —dijo el general republicano.

> —Pues tiene razón —contestó Loyola— porque si ustedes toman la plaza a sangre y fuego no habrían podido ni evitar el saqueo ni las innumerables desgracias que habrían causado los soldados y el pueblo mismo.
>
> —No hay ni puede haber duda: López entregó La Cruz y a mi vista entregó también el Palacio Municipal [*sic*] siguiendo rumbo a San Francisco. De allí deduzco que no haya sido enviado por Maximiliano a solicitar de Escobedo la autorización para salir con su escolta y comitiva al extranjero. Dos veces fue López al cuartel general de Escobedo, y no habiendo logrado el permiso que solicitaba, se resolvió a entregar el convento y lo más que pudiera —afirmó tajante Echeverría disculpando a Maximiliano.
>
> —Es fácil comprender que el emperador, en la situación violentísima en que se encontraba, desconfiando de todos los que lo rodeaban, estuviera persuadido de que sólo la fuga de Querétaro pudiera salvarlo; por consiguiente buscó y encontró la manera de salir de tan grave y peligrosa situación, encomendando a López la misión de entrevistar a Escobedo…

Si tenemos en cuenta el día y la hora en que Maximiliano condecoró a su compadre y favorito Miguel López, tendremos que convenir en que esa condecoración, dada la manera tan misteriosa, y desusada, era necesariamente la recompensa de un gran servicio hecho en aquellos momentos. Y ¿cuál podía ser ese servicio sino el desempeño de la comisión cerca de Escobedo? Esto me parece tan lógico y natural que a falta de otras pruebas me bastaría para quedar persuadido de que Maximiliano mandó a López a solicitar del general enemigo el permiso para salir de Querétaro. Téngase presente que el bondadoso de Maximiliano creyó perfectamente natural que lo dejaran irse, proporcionándole hasta escolta y no se preocupó mucho de sus partidarios ni de la suerte que correrían todos los intereses comprometidos en el Imperio. El príncipe quería salir, salvarse a cualquier costa y de cualquier manera, desde luego que se hizo patente la absoluta imposibilidad de sostenerse en el trono por el partido conservador "…desde luego que para atenuar

el cargo que le resulta por todos sus hechos, se presenta la consideración de que sus primeros y últimos partidarios lo habían engañado y abandonado", argumentó defendiendo con pasión su punto de vista y versión Loyola.

> —No puede suponerse que la ingratitud de López llegase al grado de sacrificar a su emperador —complementó Echeverría.
>
> —Convengo en ello, pero hay que considerar, primero, que López, como todo el mundo supone, incluso yo, que nadie se atreverá a fusilar a un príncipe que no podía ser responsable de la obra de los franceses; segundo, que seguramente López pensó en salvar a su emperador, pero no le dieron tiempo de hacer nada por él ni Pancho Vélez ni usted, señor Echeverría, en medio de los cuales caminaba el traidor, cuidando de su persona porque ustedes dos, sus acompañantes, llevaban sus pistolas amartilladas para romperle el cráneo en caso de una felonía... Surge ahora otra cuestión en la que estoy completamente a oscuras: ¿Recibió López alguna cantidad de dinero, o cuando menos una oferta, puesto que el metal no abundaba en el cuartel general republicano?— replicó y preguntó Loyola.
>
> —No lo sé, ni he querido o pretendido averiguarlo; pero creo que no tuvo necesidad Escobedo de concederle más que conservar la vida y todo lo que le pertenecía, que ya era mucho... todos estábamos persuadidos que eran grandísimos los peligros que corrían los oficiales imperiales, de manera que sólo la garantía de la vida era en aquellos momentos una recompensa de mucho más valor que cualquier cantidad de dinero. En conclusión: no creo que López haya recibido dinero —contestó Echeverría al tiempo que dieron por terminada tan polémica charla al llegar ante el cuartel de Carretas.[32]

Desde las tres de la tarde los reos esperaban ser trasladados pero sólo se llevaron los reclutas a Maximiliano y tuvieron que esperar hasta las cinco y media.[33] Los demás esperaron impacientes la hora de partir, oyendo noticias traídas por dos

[32] *Ibidem*, pp. 202-206.
[33] Ratz afirma que fue a las cuatro y media de la tarde dicho traslado, p. 243.

comerciantes alemanes radicados en la capital potosina: Bunsen y Stephan, los que cuentan del estado de pesar que se vive en la tierra tunera por la suerte del monarca en desgracia y que Juárez había dado la orden de fusilarlo inmediatamente, pero sabedor el zapoteca de las circunstancias de "traición" en que cayó Querétaro, decidió suspender toda ejecución sumaria.[34]

Nuevamente Carlos María Rubio prestó su carro para el uso del archiduque, aunque también sus generales, ayudantes y el coronel Salm fueron conducidos en diligencias. El destino próximo era el que fuera, hasta hace poco, el convento de Capuchinas; la razón que tuvo Escobedo para hacer este cambio consistía en que este lugar era más fácil de vigilar que el anterior. El austriaco fue llevado a una cámara casi subterránea, oscura y fría, por lo que al penetrar en ella exclamó consternado: "Por Dios que esto es una sepultura y eso es de mal agüero". Pues sí, se le había llevado al salón "de profundis", en donde muchas lápidas señalan que están ahí enterradas varias monjas ilustres de la comunidad capuchina. En un rincón se colocó su catre de campaña, al lado una mesita y sobre ella un hachón encendido para que Maximiliano pudiera continuar leyendo su libro de Historia Universal. Este regalito de hospedaje se lo debía Maximiliano al colérico y rudo Refugio González, mismo que recibió el reclamo del mismísimo republicano y coronel Ricardo Villanueva por dicha brutalidad, según la princesa Salm, pero don Cuco simplemente contestó: "Sí, ése es su cuarto, y allí debe dormir, a lo menos esta noche, para recordarle que sus horas están contadas".[35]

Los criados y Basch llegaron hasta las ocho de la noche y éste preguntó por su jefe, a lo que Félix Salm le dijo jugándole una broma al colérico galeno: "El emperador está en un sepulcro". Como el mercenario se dio cuenta de que el terror se pintó en el rostro del médico, le aclaró que Maximiliano vivía pero que no era mentira que estaba confinado en un

[34] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 254.

[35] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 147.

lugar que parecía sepulcro, con frío y olor a tierra húmeda. El archiduque, menos susceptible que Basch, le dijo a éste: "No han tenido tiempo de prepararme una cámara, y entre tanto han empezado a hacerme dormir con los muertos".[36] Para estar al pendiente de su jefe, el médico decidió dormirse sobre la amplia mesa en la que se tendía a las difuntas para velarlas, ya que no le ofrecieron cama sus celadores. Pronto dormirían a pesar de la cercanía de un lúgubre féretro que se encontrara cerca. Los otros prisioneros y los criados también durmieron en esa zona baja del ex convento. Allá en la calle, se escucharon los pasos de hombres y bestias que seguían sumándose a las fuerzas sitiadoras de Porfirio Díaz en México. Dice Bernabé Loyola que cuando el general en jefe dispuso que los prisioneros de Teresitas pasaran al edificio de Capuchinas ya estaba en éste Miguel Miramón, quien de la casa de Licea había sido trasladado a la cárcel general situada en la casona de La Corregidora. Afirma también el liberal queretano que cuando Maximiliano y Miramón se volvieron a encontrar se abrazaron cordialmente.[37]

Durante el día del jueves 23 de mayo, Maximiliano fue conducido a la parte alta del convento de Capuchinas y se le destinó una pequeña celda (en el hoy Museo de la Restauración de la República) que era fácil de vigilar y que daba a un patio arbolado de naranjos. Sus compañeros de infortunio también fueron encerrados en celdas anexas y el delicado de Basch se quejó amargamente de la pequeñez y oscuridad de las mismas, a las que llama calabozos,[38] como si el imprudente germano no supiera que se trataba de una prisión preliminar y sin advertir que en dichas habitaciones vivieron cientos de años delicadas y virtuosas monjas, felices y sin quejarse.

El general Severo del Castillo fue separado de sus compañeros de armas y conducido al que fuera el Casino Español, en donde también se encontraban otros detenidos —generales y

[36] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 255.

[37] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 201. Ramírez Álvarez afirma que el encuentro tuvo lugar hasta el día 23 de mayo, *op. cit.*, p. 159.

[38] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 255.

oficiales— en espera de una decisión sobre su destino inmediato. Blasio, el secretario particular, fue llevado a Teresitas. Entre tanto, el güero imperial siguió leyendo historia universal, en especial, la que tiene que ver con la política de conquista de su antepasado Carlos V de Alemania y Carlos I de España. Por cierto que el güero de Austria se inquietó cuando su celador —un jovencito de dieciséis años— se entretenía jugando con un muñequito vestido de levita azul, calzones rojos, corona en la cabeza y enmascarado, el que al quitarle la máscara dejaba ver una calavera que evocaba a Maximiliano, lo que comentó con Samuel Basch. La familia Rubio siguió alimentando a Maximiliano y financiando los gastos de éste y sus colaboradores principales, con la garantía de la casa imperial austriaca. También esta rica familia tuvo que solventar los gastos del ejército ocupador, además de volver a echar a andar sus fábricas una vez que se regresó a la normalidad.

Por algunas horas Maximiliano se sintió mejor de salud y decidió pasear por el patio de naranjos de Capuchinas acompañado de su secretario particular, José Luis Blasio, con quien no había mantenido comunicación desde que salieron de Teresitas. Comenta Blasio que en esas caminatas Maximiliano volvió a echar a andar su imaginación soñadora creyendo que el gobierno lo iba a dejar ir a Europa; en un exceso de optimismo invitó a su secretario Blasio a irse a Londres por un año para escribir la historia de su reinado y luego ir a Nápoles, Atenas, Turquía y finalmente ir a pasar el resto de sus días en la isla de Lacroma. "Así pues, como siempre, perdido en sus ensueños y en sus ideales, no sospechaba que la muerte lo amenazaba y estaba ya tan cerca de él".[39] Ese jueves, en Capuchinas, Maximiliano tuvo una noche inquieta…

El viernes 24 de mayo ordenó Escobedo el cambio de su cuartel general de la fábrica de La Purísima Concepción a la casona (hoy Hidalgo 27 y 29) que ocupó el presidente Manuel de la Peña y Peña en la firma de los tratados de Guada-

[39] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 390.

lupe Hidalgo, entre 1847 y 1848 y donde vivió durante el sitio el general imperialista Manuel Ramírez de Arellano. A ese domicilio también se trasladó el telégrafo que comunicaba a don Mariano con San Luis Potosí. Asimismo, el general en jefe nombró como fiscal de la causa en contra de Maximiliano y sus compinches al teniente coronel de infantería y abogado poblano Manuel Azpíroz, para que desde luego proceda a instruir la averiguación correspondiente. Ese mismo día, a las tres y media de la tarde, el fiscal Azpíroz nombró como escribano de la causa citada al soldado Jacinto Meléndez, y en la entonces calle de la Flor Alta número 6, en la casa llamada "de la Zacatecana" (hoy Independencia 59) se empezó a escribir el procedimiento en papel común por la falta terrible de papel sellado indispensable para las causas penales. "Se agregará el papel sellado hasta que lo haya".[40] En esa casona de leyenda trágica deberán tramitar desde entonces permisos por escrito todos los que deseen visitar a los prisioneros. Ratz piensa que el nombramiento de Meléndez es por su soltura tanto en caligrafía como en ortografía[41] y su nombre aparecerá en todas las fojas del expediente penal más famoso en la historia patria. Ese mismo día, don Jacinto escribió a mano la portada de la causa de "Fernando Maximiliano de Hapsburgo [*sic*] que se ha titulado emperador de México, y de sus llamados generales Miguel Miramón y Tomás Mejía, sus cómplices por delitos contra la Independencia y Seguridad de la Nación, el Orden y la Paz pública [*sic*], el derecho de gentes y las garantías individuales". De esta fecha al 19 de junio en que se levantará el acta de fusilamiento, el expediente habrá contenido 314 fojas y dos cuadernos con documentos. El doctor Ratz escribe que el abogado Azpíroz era una persona sociable y amena en situaciones cotidianas, pero por los problemas que le ocasionaron los defensores de los tres acusados se volvió hosco e inaccesible.[42]

[40] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 160.
[41] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 245.
[42] *Ibidem*, p. 247.

El codiciado papel sellado se imprimió urgentemente el 23 de mayo en la Dirección General de Rentas y llegó a Querétaro hasta el 30 de mayo de 1867.



Licenciado Manuel Azpíroz, fiscal republicano en el proceso contra Maximiliano, Miramón y Mejía.

Inmediatamente se trasladaron el fiscal y su escribano a Capuchinas para tomar las primeras declaraciones a Maximiliano, Miramón y Mejía, en donde hubo un gran movimiento provocado por la visita que hicieron al rubio príncipe sus amigos de apellido Bahnsen y Stephan, los cuales lo habían inquietado comentándole que no sería difícil escapar de ese lugar, en medio de la postración o depresión en que se encontraba Félix de Salm, quien no ve ninguna esperanza… A las cinco de la tarde[43] separaron de los demás prisioneros a Maximiliano, el coronel Palacios le notificó que iba a comenzar el procedimiento en su contra y lo condujeron del entrepiso al primer piso —no a la planta baja— del ex convento. Bahnsen —vicecónsul de Hamburgo— logra convencer a los jefes republicanos para que Basch alcance a su jefe en su calidad de médico personal en el interrogatorio una hora después,

[43] Ratz afirma que fue a las cuatro de la tarde. *Op. cit.*, p. 251.

aunque no lo dejaron entrar en la celda donde se desarrollaba la diligencia. Maximiliano comenzó a contestar la inquisitiva dando las llamadas "generales de ley", donde se presentó como archiduque de Austria, príncipe de Hungría y Bohemia, conde de Habsburgo y príncipe de Lorena; se negó a contestar las preguntas que consideró de carácter político argumentando su carácter de preso político por razones de Estado y que era ilegal que lo juzgara un consejo de guerra, ya que él no era ni fue militar. Su táctica fue muy clara: no responder a los cargos y ganar tiempo para nombrar defensores. Alega que conoció vagamente la Ley del 25 de enero de 1862 y el fiscal Azpíroz prometió traerle un ejemplar. El abogado poblano lo "incomunicó" en ese lugar que será su prisión definitiva hasta el fin de sus días y lo dejó en compañía de Basch, mientras se trasladó a interrogar a Miramón y Mejía. Esa celda también era un cuartucho oscuro con una puerta y una ventana sin vidrieras ni persianas, a grado tal que Maximiliano mandó poner un sarape para no ser molestado por las miradas de la soldadesca. A su menaje se sumó nada más una mesa. Para cuando Basch se reunió con su jefe Maximiliano, el alemán Bahnsen ya había conseguido hablar con el abogado guanajuatense asentado en Querétaro, Jesús María Vázquez, para hacerse cargo de la defensa del rubio prisionero, y le mandó consejo de que durante el interrogatorio se limitara a negar la competencia del tribunal de guerra y que pidiera un defensor. Todo esto lo llevó Basch en un billete que ocultó cuidadosamente hasta quedar a solas con el acusado. Por cierto que el licenciado Vázquez era un liberal catedrático del Colegio Civil, el más experto en Derecho Procesal al que le atraían el asunto y la personalidad del defenso a pesar de las divergencias ideológicas.[44] Había sido rector del entonces Colegio Civil, pero simpatizó con Maximiliano desde que éste dio el famoso golpe liberal en 1864 para secularizar la educación superior en Querétaro. Su estrategia legal en el asunto que nos ocupa era retardarlo a través de recursos

[44] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 252.

e incidentes con el propósito de que llegara la intervención de las grandes potencias a favor de su cliente. Estas marrullerías legales enojaron a Escobedo, de quien se cuenta amenazó al licenciado con enviarlo a prisión o al paredón.[45]

Al quedar solo Maximiliano con su médico le comentó a éste: "Conmigo no tendrán juego fácil… Ya he recorrido el camino señalado por el abogado; yo también tengo un poco de abogado".[46] Con el objeto de que no se interrumpiera la comunicación con Basch, Maximiliano le pidió al fiscal —que ya había terminado la inquisitiva con Mejía— que le informara a los centinelas que don Samuel era su médico. Azpíroz contestó que no había problema siempre y cuando la comunicación entre reo y galeno fuera en español y no en otro idioma. El alemán aseguraba que los indios guardianes no eran capaces de juzgar en qué idioma hablarían él y su jefe, por lo que con hacerles oír de vez en cuando una palabreja en español los mantendrían tranquilos.[47] ¡En qué concepto nos tenía el galeno germano a los hijos de la raza de bronce!

En otro aposento, el general Mejía fue interrogado y éste se extendió considerablemente para afirmar que era conservador y que siempre defendió su causa y que reconoció hasta el último momento al Imperio como gobierno nacional, y que aunque últimamente preveía ya su caída, él, como hombre de honor, se resolvió a sacrificarse y caer con él. Para finalizar dio una minuciosa relación de batallas en las que participó, destacando que se le preguntara a sus vencidos y cautivos liberales y republicanos de cómo fue de generosa su conducta hacia ellos. Se le incomunicó también y se le tomó la declaración al general Miramón, que hizo una breve relación de los hechos que desembocaron en el sitio recién terminado y que nunca apoyó al invasor francés, pero sí al Imperio una vez que Napoleón III retiró a sus gabachos. Se le incomunicó a don Miguel y siendo

45 Ratz lo afirma en la p. 252 de su importante obra, basado en lo escrito por Fernando Díaz Ramírez en "La vida heroica del general Tomás Mejía".

46 Samuel Basch, *op. cit.*, p. 257.

47 *Ibidem*, p. 258.

ya muy avanzada la noche se suspendieron las diligencias para continuarse al día siguiente. Las celdas definitivas de Maximiliano, Miramón y Mejía tenían los nombres de Santa Rita de Casia, Santa Úrsula y Santa Teresa, respectivamente, aunque Conchita Lombardo y Fuentes Mares digan que la correspondiente a El Macabeo se llamaba Santa Rosa.[48]

Mientras tanto, allá por el mercado de La Cruz, se vio a un hombre solitario y despreciado por todos, que con nadie hablaba, con nadie intercambiaba saludos, vivía realmente en un ostracismo deprimente y su nombre era Miguel López. Paseaba libre por las calles de Querétaro, montando siempre su hermoso caballo colorado, "armado de todas las armas" y vistiendo elegantemente, pero en su mirada había un brillo muy extraño. Ha solicitado y se le ha concedido salir del teatro de la tragicomedia queretana, para lo cual se le extendió un documento firmado el 24 de mayo por el propio Escobedo y que rezaba así:

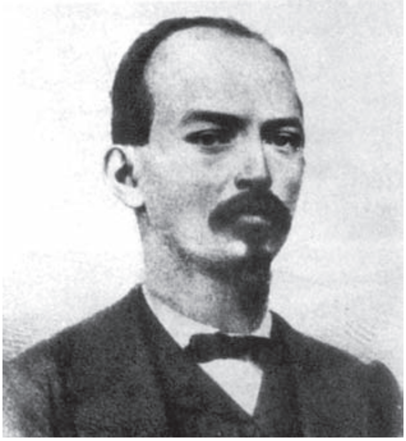
> República Mexicana. Ejército de Operaciones. General en Jefe. El C. Miguel López pasa para el Estado de Puebla, tocando el de México, con el objeto de arreglar algunos negocios de familia, terminados los cuales debe presentarse a este Cuartel General. Suplico a los jefes de fuerzas independientes de este ejército, y ordeno a los que me obedecen, no le pongan embarazo en su marcha. Cuartel General en Querétaro, Mayo 24 de 1867. Escobedo.[49]

Cuentan que Miguel López rogó por interpósita persona o por carta a Maximiliano que lo recibiese para despedirse, pero el rubio se negó a volver a ver al hombre que lo había traicionado.[50] Así que nada de que el ex monarca entregó en propia mano a López un billete en el que aquél rogaba a Escobedo no comentar nada de las negociaciones entabladas por López ante el general en jefe. Esta mentira del billete le costará muy

[48] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 223.
[49] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, pp. 161-162.
[50] Rafael Tafolla Pérez, *op. cit.*, p. 170.

cara a Miguel López cuando en agosto de 1867 quiera negar los cargos de traidor.

Ese mismo día se organizó e instaló el consejo de guerra que habría de juzgar a los tres ases del Imperio, dicho tribunal estaba integrado de la siguiente manera, por puros incondicionales de Escobedo, quien los había nombrado finalmente: presidente, coronel Rafael Platón Sánchez; vocales, capitanes José Vicente Ramírez, Emilio (Emiliano le llaman otros, confundiéndolo con un queretano ilustre del siglo XIX) Lojero, Ignacio Jurado, Juan Rueda y Auza, José Verástegui y Lucas Villagrán; asesor, licenciado Joaquín María Escoto; fiscal, licenciado y coronel Manuel Azpíroz; y escribano, el soldado Jacinto Meléndez.



Coronel Platón Sánchez, presidente del consejo de guerra, grabado tomado de Arias, 1867.

Con rabia se enteraron los prisioneros que Miguel López y Jablonsky habían vuelto a su casa con oro, pero cargados también con el desprecio y las maldiciones de quienes se sentían traicionados. Alberto Hans fue trasladado a la capital tunera y seis meses más tarde sería liberado. López llegó hasta Tehuacán, Puebla, para ver a su familia e intereses. Esa noche, el coronel Villanueva le dijo significativamente a Inés de Salm

Salm: "La cosa se acerca a su fin, nada más que la fuga puede salvar al emperador".[51] Muy afligida por este comentario, la princesa canadiense se dirigió a su casa en donde se encontró con Bahnsen, cuya lastimera cara no estaba propia para disipar los sentimientos de tristeza de Salm, quien no pudo conciliar el sueño preguntándose ¿qué podía hacerse para salvar al monarca caído?

El sábado 25 de mayo continuaron incomunicados los prisioneros, y Maximiliano pidió al fiscal autorización para comunicarse telegráficamente con el barón de Magnus, embajador de Prusia ante su pretendido Imperio, al que le solicitó llevar a Querétaro a los ilustres abogados Rafael Martínez de la Torre y Mariano Riva Palacio, que junto con el queretano Vázquez se encargarían de defenderlo. Este telegrama fue recibido por Porfirio Díaz, quien seguía sitiando a la Ciudad de México, y un ardid encontraría para hacerles llegar esa comunicación a los abogados, a los que Márquez no dejaba salir de la metrópoli. Al observar el archiduque una corona de espinas colgada de un clavo en su celda, le dijo a su médico: "Nadie puede oponerse a que yo pretenda esa [corona]. Si llego a salir de aquí, me la llevaré a Europa como recuerdo".[52] Volvieron a la celda de Maximiliano el fiscal y su escribano como a las seis de la tarde y lo conminaron a que dijera la verdad, a lo que respondió el acusado que la diría mientras no le hicieran preguntas de tipo político; Azpíroz le advirtió que las preguntas tenían que ser de carácter político, y lo apercibe de los efectos de su contumacia al no contestarlas. Una vez aclarado el punto, el fiscal formuló ante el rubio príncipe trece cargos en su contra, y éste se negó terminantemente a dar respuesta alguna porque, siendo tan supersticioso, el trece le recordaba su sino trágico de haber salido el trece de febrero de México a esa ciudad queretana; el 13 de marzo cambió su cuartel del Cerro de las

[51] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 147.
[52] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 259.

Campanas a La Cruz y el 13 de mayo se frustró la salida en que pudo haber salvado el pellejo.



General Tomás Mejía, Anónimo, Colección Rogelio Charteris Reyes.

Todos los cargos se repitieron dos y tres veces para que el acusado no pretextara el no entender ni evadiera las respuestas alegando no comprender el idioma castizo que muy bien dominaba. Concluida la lectura de los cargos, Maximiliano se mantuvo en la misma posición de no contestar a una autoridad incompetente para juzgar a un civil y Azpíroz le manifestó que se darían por confesos todos los delitos si continuaba aferrado a su terquedad. Esto parecía no importarle al güero, que con desparpajo solicitó permiso para escribir una carta al presidente Juárez, la cual redactó en los siguientes términos: "Señor. No conociendo bastante el idioma español, en el sentido legal, deseo que en el caso de que mis defensores lleguen

un poco tarde, se me conceda el tiempo necesario para mi defensa y arreglo de mis negocios privados". Después de tres horas terminó la diligencia para continuar la fiscalía al día siguiente, 26 de mayo, interrogando a Miramón y Mejía. La comida diaria de los presos la traía un soldado de la guardia, quien la recibía directamente del cocinero. El rubio príncipe se encontraba muy débil y pasaba la mayor parte del tiempo en cama, y Basch no permitía que se levantara sino hasta al mediodía, dándole de alimento sopa, pollo, pan común, café, té y un poco de vino rojo.

Ese domingo 26 de mayo, los prisioneros sagazmente encontraron la manera de comunicarse entre sí a través de billetes escondidos en el pan y a manera de cigarros, mientras que Azpíroz y Salgado continuaron la inquisitiva contra Tomás Mejía, el cual hábilmente reputó los cargos en su contra argumentando que

> el gobierno republicano lo puso fuera de la ley y que por tanto no tenía más que hacer la guerra, sin embargo de lo cual, al principio de la Intervención no tomó parte con los franceses; afirmando que si no había reconocido al gobierno liberal era porque no se había [el gobierno liberal] establecido bien en el país y que además siempre se le persiguió, no respetando el convenio celebrado con Rosas Landa y que si reconoció al Imperio fue porque creyó que el país se había dado esta forma de gobierno y que sólo tenía duda sobre la legitimidad de algunos representantes, pues creía que algunos votos en favor del Imperio eran arrancados por la fuerza de las armas francesas; que en esa virtud y teniendo poca fe en Almonte había renunciado a su cargo y que por lo tanto no se juzga cómplice de los delitos cometidos por los franceses pues que si ha derramado sangre en acciones de guerra, su deber así lo exigía habiéndose limitado a defenderse cuando lo han atacado pero que nunca se ha convertido en agresor.[53]

[53] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 163.

Al preguntarle el fiscal, señaló como su defensor a don Próspero Cristóbal Vega, director de los Colegios Nacionales, quien estando presente aceptó desempeñar el cargo. ¡Un liberal defendiendo a un conservador! Qué decente era la política de esos tiempos.



Próspero C. Vega, defensor de Mejía, México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

Hacia las once de la mañana visitó, de manera breve, Escobedo a Maximiliano, dejando ver la posibilidad de que llegaría, según Basch, una sentencia de muerte.[54] De esa visita resultó que ya se le permitía al cocinero llevar directamente la comida al archiduque. Un suizo que estaba de oficial republicano de guardia, de apellido Benaut, dio falsas esperanzas a Basch de que iban bien las cosas para los prisioneros y que pronto saldrían en libertad.

Continuó la causa en contra de El Macabeo, a quien se le hacían cargos tan graves como a Maximiliano por el hecho de haberse proclamado Presidente de la República por el partido conservador, al margen de la Constitución del 5 de febrero de 1857. Más hábil aún que Mejía, Miramón se defendió inteligentemente ante Azpíroz y su declaración fue la más brillante

[54] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 259.

de las tres,[55] tanto por las preguntas hábiles del fiscal como por las respuestas de El Macabeo, que dejaron ver en un estéril expediente legaloide la visión que del México de su tiempo tenía Miramón. Don Miguel nombró como defensores a los abogados Ignacio Jáuregui, otro de apellido Alcalde y a Eulogio Moreno, potosinos y queretano respectivamente. Miramón "preparaba el terreno para que su defensor opusiera la declinatoria de la jurisdicción militar, para lo cual agregó que cuando se promulgó la Constitución de 1857, y a su amparo se estableció el gobierno, él no pudo contraer responsabilidad alguna por tener perdido su empleo y grado en el ejército. Miramón era pues un paisano, tanto que en los documentos oficiales de la República se le aludía como "el llamado general Miramón", y jurídicamente no podía ser enjuiciado ni condenado por un Consejo de Guerra".[56] La gran farsa de la legitimidad constitucional de los actos de los gobernantes es una conducta ordinaria en México desde siempre.

Concluida esta diligencia, Maximiliano quiso hacer gala de sutilezas jurídicas ante la fiscalía, alegando que si era considerado como ex emperador, título que se le dio en la primera lista de prisioneros, debía ser juzgado por el Congreso de la Unión, y si en cambio, era considerado como archiduque austriaco como se le nombraba en la segunda lista de reos, debía ser trasladado a Austria para juzgársele, además de que dicho título nadie se lo podía quitar. De poco valdrían a Maximiliano estas triquiñuelas legales, pues era un hecho irrefutable que había aceptado el ficticio trono de nopal. En su desesperación exigió una entrevista personal con el hombre de Guelatao para hablarle de puntos de mucha gravedad y que se le dejara ver al barón de Magnus para arreglar asuntos de familia, por lo que se le concedió lo segundo pero, en lo que respecta a lo primero, sólo se le permitió escribirle nuevamente a Benito Juárez, al que le suplica una entrevista "a pesar de las molestias que

[55] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 163.
[56] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 227.

el viaje le ocasionaría hasta San Luis Potosí”. Hacia las diez de la noche se presentó a la celda el vicecónsul de Hamburgo asentado en San Luis Potosí, Juan H. Banhsen, que se ofreció para llevar dicha misiva a su destinatario impasible. Para aligerar el tedio, Miramón comenzó a escribir un diario en forma epistolar dirigido a su cuñado Isidro Díaz, opinando sobre su intervención en los sucesos más importantes del sitio queretano. Desde este día, tuvieron los prisioneros un nuevo capellán militar, apellidado Aguirre, además de que se les proporcionó un médico por parte de los republicanos, el facultativo Rivadeneira, quien ya había atendido con anterioridad al monarca en desgracia y a Miguel Miramón, El Campeón de Dios.



Maximiliano, Anónimo, Óleo sobre tela, Colección particular.

Esa noche, Inés de Salm se encontró en los pasillos de la prisión de Capuchinas a Bahnsen y al coronel Villanueva, a quienes les preguntó al unísono “¿Quién quiere ir a San Luis Potosí y pedir a Juárez una prórroga?” El señor vicecónsul se encogió de hombros y dijo: “Nadie quiere ir allá. ¡Pedir una prórroga! Esto es enteramente inútil. Usted no conoce a Juárez. Le conozco mejor. No se debe pensar absolutamente en

eso." Desesperada, la princesa exclamó: "Ahora, coronel, a usted no puedo ni insinuarlo; pero yo que soy mujer, iré".[57] El alemán sólo sonrió de manera sarcástica no muy galante y la terca y esforzada franco-canadiense le preguntó a Villanueva si quería acompañarla a casa de Azpíroz —a quien conocía por haber sido su acompañante en otra ocasión que fue a San Luis Potosí— a donde llegaron a las once y media de la noche. El fiscal de cactus estaba dormido pero el coronel Villanueva lo despertó y le informó que la señora Salm lo quería ver. No sólo con amabilidad sino que hasta con prontitud, el fiscal le permitió hablar con Maximiliano en presencia del coronel republicano. Después de las cero horas de ese 27 de mayo, Inés se apersonó en la prisión, yendo primero a la celda de su marido a quien encontró dormido, pero vestido, el cual se sobresaltó por tan inesperada visita, pensando lo peor en materia de noticias del exterior, pero una vez tranquilizado por su brava consorte se dirigieron a la habitación del güero, quien estaba cansado y aburrido de convivir solamente con Basch, aunque durmieran en cuartos separados. Villanueva y la princesa le explicaron al archiduque que debía firmar una carta dirigida a Juárez pidiendo una prórroga de quince días, la cual había elaborado el propio coronel republicano, supuestamente enamorado de Salm. El objeto de la prórroga era preparar una mejor defensa con abogados reconocidos de la capital. El rubio austriaco condescendió, y una vez firmada la carta le dieron instrucciones a la princesa de no entregar dicha carta sino en las manos de Juárez y, si no pudiera hacerlo, no entregarla a nadie absolutamente. El galante austriaco no pudo contener algunas lágrimas al despedirse de la valiente y coqueta mujer, la cual también estaba muy conmovida porque le parecía que estaba viendo por última vez a su aristócrata amigo y ex jefe. ¡El sexto sentido de las mujeres! Eran entre la una y las dos de la mañana, cuando Villanueva, doña Inés y su criada llegaron a la casa de Escobedo, a quien encontraron de muy buen humor,

[57] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 147.

pues acababa de llegar el de Galeana —acompañado del coronel Doria— de un lugar de recreo *non sancto*. Don Mariano le entregó de buena gana a Salm una carta para el presidente Juárez y el consejo de que aprovechara las mulas de posta entre la triste ciudad y la capital potosina. El señor Juan H. Bahnsen se quiso echar para atrás en la promesa que le había hecho a la gabacha en el sentido de prestarle su carretela ligera para el difícil viaje, pero pensando el alemán que su vehículo pudiera sufrir gravísimos daños, en el peor de los caminos nacionales, le dijo que siempre no, aparte de que era un plan caprichoso de mujer, descabellado e inútil. A esto reaccionó fuera de sí la hermosa dama y logró después de muchos trabajos que el germano cumpliera lo prometido, siempre y cuando la acompañara uno de sus socios mexicanos. Eran ya las cinco de la mañana del 27 de mayo cuando por fin la sensual hembra tomó el Camino Real, rumbo a la garita de San Pablo, donde las cinco mulas se encabritaron y emprendieron un asalto locuaz contra un muro de piedra dañando al vehículo. El protector se puso fuera de sí y con gritos y lamentos inútiles puso orden entre las bestias y un arreglo provisional al carro mientras compraban la refacción en San Miguel el Grande.[58] Todo el camino llevaría la princesa en su mente el rostro pálido y melancólico de Maximiliano, con una mirada de gratitud que se grabó en el corazón para recordarle que a cada minuto que perdiese ella, podía costarle la vida a él.

A la una y media de la madrugada, en la casa de la Zacatecana, el fiscal y su escribano habían declarado en estado de guarda, a disposición de la defensa, el expediente en contra de Maximiliano, Miramón y Mejía, habiendo finalizado las inquisitivas. Juárez tenía prisa y el procedimiento se caracterizaba por ser sumarísimo. Sabiendo que el tiempo fatalmente pasaba, el abogado Jesús María Vázquez y Juan H. Banhsen solicitaron

[58] Para el malpensado que crea que esto es ficticio o de una mala voluntad mía en contra de San Pablo, les pido que vean la veracidad del hecho en las pp. 148 y 149 del *Diario de la Princesa de Salm Salm*.

permiso para comunicar por telégrafo al Presidente de la República que el general Díaz no había entregado el anterior telegrama a los juristas Martínez de la Torre y Mariano Riva Palacio, por no haber recibido órdenes superiores. También se atrevieron a pedir que fueran a Querétaro los embajadores de Austria y Bélgica o en su defecto los de Inglaterra e Italia. Desde luego que se concedió el permiso y el expediente de la causa se puso en manos del cuartel general, y se le advirtió a Escobedo que si bien los procesados han nombrado defensores, sólo el de Mejía se había apersonado a protestar el cargo.

Los prisioneros comenzaron a tener visitas al terminar la averiguación inquisitiva y así los generales pudieron comunicarse entre sí y el coronel Salm obtuvo autorización para visitar a su antiguo jefe. Miramón continúa con su diario culpando a López de traición, merced a lo que le contaron los republicanos Francisco Vélez y Pepe Rincón Gallardo, y reclamó la presencia de su defensor Jáuregui. Poco después recibió la inesperada visita de Escobedo —quien en el fondo sentía admiración por las dotes militares del Campeón de Dios—, con quien conversó largamente, como si fueran dos antiguos camaradas de armas, como si Escobedo hubiera ido al Colegio Militar en lugar de andar de arriero, como si el vencedor no hubiera dispuesto el fusilamiento del hermano de su interlocutor en San Jacinto, apenas unos meses atrás.[59] Al irse el general en jefe, Miramón se entrevistó con Maximiliano por largo rato en la celda del archiduque.

Muy nervioso aguardaba don Bernabé Loyola la noche del 27 de mayo en la salita de espera que el general Escobedo había improvisado en la casona que ocupó recientemente. Todavía guardaba el hacendado queretano cierto rechazo contra el vencedor de Querétaro por la forma tan grosera e irónica con

[59] Respecto a esta plática, yo no estoy de acuerdo con el maestro Ramírez Álvarez cuando señala en su obra ya citada, *Guía histórica*…, p. 165, que en el fondo Mariano Escobedo y Miramón eran amigos; error de apreciación del historiador queretano, porque en todo caso el amigo imperialista de Mariano Escobedo fue Tomás Mejía.

la que lo había tratado en marzo de ese año allá en la hacienda de Alvarado, cuando fue a plantearle que le regresara algunos muebles preciosos que la soldadesca republicana había robado de la finca de San Juanico. Ahora lo buscaba para eso, pero también para una cosa toral a la causa de la República: entregarle los originales del mapa militar de la Ciudad de México, el que había puesto en sus manos [de Loyola] el general Felipe Berriozábal, ministro de la Guerra con Juárez al salir éste de la capital cuando ésta fue tomada por el ejército francés en 1863. Este documento estaba dibujado a gran escala, elaborado por ingenieros militares del estado mayor, y era muy pero muy valioso en las actuales circunstancias en que el general Díaz sitiaba la gran ciudad. En el plano se encontraban delineadas todas las fortificaciones y hasta marcado gráficamente el alcance de las piezas.

El liberal queretano ya había tratado de entrevistarse con Escobedo desde los días en que éste tenía su cuartel general en La Purísima, pero el norteño creía que el objeto de la visita sería el reclamo de los muebles y como no tenía cabeza para esos asuntos frívolos en medio del sitio, la cita fue postergándose hasta el día de hoy. Anunciado por el general Sóstenes Rocha, salió el de Galeana a recibir al señor Loyola de mal talante y sin saludarse ninguno de los dos, el general en jefe dijo: "¿Qué se le ofrece a Usted?", a lo que el pudiente agricultor contestó: "Presentar a Usted este plano de la Ciudad de México, que el señor Berriozábal me confió al pasar por aquí con el gobierno". Casi sin acabar de oír las últimas palabras, Escobedo empezó a llamar a gritos al jefe Blanco, a quien estaba dedicado el mapa cuando éste fue ministro castrense, precisamente en la época que se levantó el tan preciado documento. Loco de alegría, Escobedo exclamó: "Aquí está el plano que venimos buscando desde Monterrey; pase Usted señor Loyola. No sabe cuánto hemos buscado esto para mandárselo a Porfirio Díaz. Se nos había olvidado dónde estaba y quién lo tenía. Figúrese Usted qué bien le viene

para acabar con el enemigo que aún se refugia en México". El general en jefe estaba entonces más que afectuoso con don Bernabé al que no dejó retirar con el pretexto de la lluvia y, por el contrario, lo invitó a sentarse y a charlar sobre la guerra en general, sobre el sitio de México y, sobre todo, de la suerte de los prisioneros en Querétaro, lo cual aprovechó el señor Loyola para abogar por su amigo imperialista, el general Mariano Reyes, jefe de ingenieros de las fuerzas sitiadas, el cual había sido hecho preso en La Cruz y por el cual pedían, ante don Bernabé, las llorosas hermanas Reyes. Escobedo apuntó que la orden era que fueran fusilados todos los generales que hubieren ejercido puestos importantes durante el asedio, y que Reyes estaba considerado como tal. Loyola aduce que Reyes era general por nombramiento del Imperio, pero en el ejército de la República sólo tenía el grado de coronel, y reconocerle el grado superior era como reconocer todos los nombramientos hechos por Maximiliano. Ante este argumento Escobedo dudó, pero el coronel y abogado Doria —que estaba presente— apoyó diciendo que la observación de don Bernabé era perfectamente fundada. Todo esto valió para que en la siguiente lista Reyes apareciera como coronel y fuera sentenciado a siete años de prisión, los cuales no hubo necesidad de cumplir por la enfermedad que lo aquejaba, logrando además Bernabé Loyola que se lo entregaran en custodia para llevarlo a la hacienda de Juriquilla, donde su suegro, Timoteo Fernández de Jáuregui, era dueño. Este mismo día Escobedo quedó como amigo de la familia Loyola y a diario invitaba el orejón a comer a don Bernabé al cuartel general, al grado de reñirlo cuando no podía asistir.

El señor Loyola fue raudo y veloz esa misma noche a llevarle la buena nueva a Reyes que estaba preso en Teresitas, recibiendo malos tratos don Bernabé de parte del general Refugio "Cuco" González, el cual ordenó a un sargento de guardia que llevara hasta las celdas al visitante pero cogido de las solapas de su saco, pues decía que Loyola era capaz de echar fuera

al prisionero y quedarse en su lugar, y a don Bernabé no lo podría fusilar por la amistad que los unía.[60]



Concepción Lombardo y Partearroyo de Miramón, Cruces y Campa, Colección Gustavo Amézaga Heiras.

Para el 28 de mayo, el general Escobedo dispuso que el expediente de la causa criminal en contra de los tres reos principales pasara al renombrado asesor militar, el licenciado José Joaquín María Escoto, quien de manera expedita debía opinar sobre los puntos importantes del mismo, sobre todo en lo relativo a los plazos que tenía la defensa de los acusados. A las cuatro y media de la tarde recibe nuevamente el legajo el fiscal con la comunicación del ministerio de Guerra en la que se concede a Maximiliano la prórroga pedida. Nuevamente prohíben los celadores a Miramón y Mejía comunicarse entre sí, pero el primero sí puede recibir en el transcurso del día a sus amigos Tito y Concha Pinzón, Joaquín Corral y a su de-

[60] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, pp. 210-213.

fensor Ambrosio Moreno. A las cinco y media de la tarde el fiscal requirió a don Miguel para que el defensor ahí presente aceptara el cargo formalmente, independientemente que los otros dos —Jáuregui y Alcalde— lo hagan de manera posterior. Después de una engorrosa espera de dos horas, por fin le entregaron hacia las siete y media de la noche el original del expediente al jurista Próspero C. Vega, defensor de Mejía, el que constaba de cuarenta y tres fojas. ¡En otros tiempos, como el actual, más de un abogado tramposo y trinquetero se hubiera comido literalmente el legajo! Todavía Miramón debió soportar la visita de oficiales republicanos que lo estimaban y/o admiraban, entre ellos el coronel Carlos von Gagern —el mismo que se pasó con todo un batallón al lado chinaco el 27 de abril en la derrota de El Cimatario— quien le comentó que “no estamos tan sedientos de sangre como ustedes creen”. El ingenio absurdo y negro de Basch lo llevó a decir respecto de este comentario: “satisfacción no pedida, acusación manifiesta”. Entre plática y plática, el coronel utilizó saludo y expresiones masónicas a las cuales Maximiliano no respondió, por lo que su interlocutor llegó a la conclusión que no era masón el rubio, y por lo mismo no se aplicaría en el caso del archiduque la regla masónica de que ningún miembro debe atentar contra la vida de otro. Antes de retirarse, Gagern le explicó a su ex jefe los sentimientos de la nación norteamericana respecto a su persona: “Maximiliano no era ni emperador, ni archiduque sino usurpador, ya que había entrado a México sin declaración de guerra para derrocar un gobierno legítimamente constituido”. En ese momento —dice Ratz— el austriaco comprendió por primera vez el peligro mortal en que se encontraba y se hundió en el silencio.[61] Maximiliano siguió trabajando mucho con su abogado Vázquez, mientras que Antón von Magnus, en su casa del viejo Distrito Federal, recibió la visita del abogado Mariano Riva Palacio, viejo sabio y político liberal que había rechazado la

[61] Konrad Ratz, *op. cit.*, pp. 264-265.

invitación de Maximiliano para ser su ministro de Gobernación. Don Mariano acababa de recibir de manos del general Porfirio Díaz, en el cuartel general de éste, situado en las goteras de la ciudad capital, el telegrama que Maximiliano le envió a Magnus en el que le rogaba apersonarse en Querétaro. Acto seguido, el embajador prusiano decidió acudir a la convocatoria del monarca caído.[62]

Por la mañana del 29 de mayo, Maximiliano se hundió en la melancolía que le provocaba recordar que en una fecha como la de ese día, pero de hacía tres años, desembarcó en suelo mexicano. Sabía el austriaco que un tribunal formado por jóvenes novatos y sin experiencia lo iba a juzgar: "¡en manos de quién pone Juárez sus relaciones internacionales, si apenas saben leer y escribir!" —exclamó el antimexicano de Basch.[63]

El Macabeo esperaba con ansiedad que su esposa Concha Lombardo pudiera salir de México para visitarlo; quería verla una vez más pues sabía que la prisa apremia a la justicia o venganza republicana y el final se precipitaba. El Campeón de Dios y Mejía dirigieron una comunicación al cuartel general para cuestionar la competencia del tribunal que los iba a juzgar por complicidad con el austriaco. El general Mejía pidió ampliar su declaración, por lo que el fiscal requirió a su abogado para que llevara el original del expediente a la fiscalía, la cual lo recibió a las tres de la tarde y procedió a realizar la diligencia en la celda de don Tomás, el cual se defendió alegando su retraimiento en la Sierra Gorda, razón por la cual no podía darse cuenta cabal de la situación política que privaba en el resto del país, pidiendo además que los generales Escobedo y Treviño declarasen sobre su conducta cuando en sus manos cayeron prisioneros, y señaló también la relación generosa que tuvo con el general José María Arteaga cuando ambos peleaban por la posesión de Querétaro, tanto en la guerra de Reforma como en la de Intervención francesa. La fiscalía envió notificación a

[62] *Ibidem*, p. 266.
[63] *Ibidem*, p. 267.

Escobedo para que declarase en torno a la conducta de Mejía, suspendiendo entre tanto la causa para que don Mariano Escobedo contestara la comunicación que acaba de enviársele. Maximiliano remitió a las nueve de la noche un largo ocurso al general en jefe y a quien correspondiera con el objeto de que su causa se suspendiera por incompetencia de origen del tribunal o consejo de guerra que lo iba a juzgar. Consultado el asesor José Joaquín María Escoto sobre dicho alegato, opinó —y así se hizo— que se reenviara el oficio a Maximiliano para que su defensa lo presentara ante quien correspondiera, es decir, ante Juárez. Para Ratz, Escobedo quería lavarse las manos en cuanto al juicio y sólo aparecer como un mero ejecutor de órdenes de sus superiores.[64]

Anuncia por telegrama Inés de Salm que pronto regresaría a Querétaro con resultados algo favorables y no dijo más, haciéndose la misteriosa. Digo esto porque no traía en su bolso más que la prórroga, la cual ya era conocida merced al telegrama enviado por el ministro de Guerra a Escobedo anteriormente. La misma Salm sabía que el original de la prórroga ella ya lo tenía en su poder y que por telégrafo se enviaba comunicación en ese sentido a la triste ciudad, pero quién le quita a esa mujer su valiosa intervención en ese espinoso asunto, al que Juárez ya le había dado carpetazo, de no ser por las súplicas de Inés ante el ministro José María Iglesias. Se lanzó al camino la actriz franco norteamericana, quien se hizo acompañar ahora por un alemán de nombre Guillermo Daus, cargada de regalos para los prisioneros de parte de las hermanas del vicecónsul Bahnsen.[65]

Como muchos chilangos sitiados creían —engañados por Márquez— en el triunfo de los imperialistas en Querétaro, los sitiadores, al mando del héroe del 2 de abril (Porfirio Díaz), enviaron en las granadas papelitos, dando cuenta de la caída del Imperio y de la prisión del güero de Austria, por lo que

[64] *Ibidem*, p. 265.
[65] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, pp. 150-151.

muchas legaciones extranjeras se negaron a seguir guardando las pertenencias y documentos que por encargo de Maximiliano se habían depositado en sus sedes. ¡No querían comprometer su situación con el gobierno juarista!

Después de muchos días de concluido el Sitio, por fin unos soldados republicanos dan con el archivo del Imperio en Querétaro, encontrando varios decretos firmados por el príncipe durante el cerco a la ciudad.[66] Este archivo era el oficial del Imperio, no el archivo privado de Maximiliano.

El fiscal Azpíroz y su escribano Meléndez acudieron el 30 de mayo a la prisión de Capuchinas para notificar formalmente de la prórroga concedida por la Presidencia de la República a Maximiliano, Miramón y Mejía, precisamente en este orden, firmando de enterados éstos. Azpíroz recibió una dura comunicación de Escobedo en la que éste le ordenó seguir con el procedimiento, ya que no está en las manos del propio representante social el determinar si es o no competente para seguir con tal procedimiento.

Este día se hace la primera publicación del periódico local denominado *La Sombra de Arteaga*, fundado y dirigido por el conocido literato liberal Luciano Frías y Soto. Este rotativo de tendencias liberales sería una publicación de carácter literario y político, donde colaborarían los sufridos rojos queretanos que durante el Sitio soportaron persecuciones y exacciones de parte de quienes ahora estaban siendo juzgados o sepultados. Hasta finales de 1867 fue relativamente independiente del gobierno local, quien en los últimos meses del agitado año en curso lo tomó como diario oficial, situación que a la fecha de hoy prosigue.

La gracia y belleza femeninas se hicieron presentes en Capuchinas, ya que llegaron precisamente en este día a Querétaro, una desde San Luis Potosí y la otra desde México, la princesa de Salm Salm y doña Concha Lombardo de Miramón. Inés llegó cansadísima a la ciudad a las once de la mañana, y aun-

[66] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 211.

que hubiera querido tomar un baño y arreglarse, pensó que Maximiliano hubiera tomado por un crimen su demora, y con sus zapatillas rotas, el vestido arrugado y cubierto de barro, los pies desollados, las manos y la cara sucia, los cabellos en completo desorden, pareciendo un espantajo más que una actriz como verdaderamente era, se dirigió a Capuchinas donde el archiduque la recibió a pesar de tener otras visitas. La acompañó a Capuchinas el señor Daus, quien le comentó a Basch —según afirma éste— "que el general enemigo, Treviño, indignado por la traición [de López], se marchó de San Luis".[67]

El monarca en desgracia se conmovió mucho con la visita de Salm y le expresó su agradecimiento con palabras muy bondadosas. Ya en ausencia de doña Inés la había condecorado (¿con qué título legítimo si ya no era emperador?) con la orden de San Carlos, fundada por Carlota cuando era emperatriz de México y que consistía en una pequeña cruz de esmalte blanco y de adentro verde con la inscripción "Huimilitas", y que se llevaba en un moño colorado. Por otra parte, la señora de Salm desconfiaba de un proyecto de fuga planeado por su marido, el cual en el papel era magnífico pero de escasa probabilidad, dada la poca categoría de los subalternos republicanos empleados por Félix de Salm, quienes después de haber pertenecido al ejército francés se pasaron a los liberales y le parecían a la bella dama unos viles cuyo único y exclusivo interés era sacar dinero.[68]

No teniendo pues demasiada confianza en la anhelada fuga, Inés obtuvo del rubio archiduque la autorización para ir a México por el barón de Magnus y otros plenipotenciarios extranjeros, así como por los abogados de renombre. La esforzada mujer obtuvo de Maximiliano una carta dirigida a Márquez para que no la arrestara en la capital, otras dirigidas a los juristas Riva Palacio y Martínez de la Torre y al padre Fischer. No quiso dejar Maximiliano sin resolver sus asuntos de dinero

[67] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 262.
[68] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, pp. 150-151.

y remitió otra carta dirigida a Carlos Sánchez Navarro. También logró Salm un pasaporte de Escobedo dirigido a Porfirio Díaz. Nunca realizó este viaje por culpa de su marido. Digo que por culpa de su cónyuge porque el proyecto de fuga había madurado tanto que cuando ella ya tenía un pie en el estribo para realizar su misión en la capital federal fue informada de que el escape de Maximiliano debía tener lugar el 2 de junio, por lo que decidió quedarse, dado que no le alcanzaba el tiempo para ir y regresar puntualmente en la fecha citada.

En la celda de Miramón hubo alegría por la visita de doña Concha, quien se quedó con su pareja hasta las nueve de la noche, enseñando al general los trabajos escolares de sus hijos Miguel y Conchita, advirtiendo que el niño avanzaba en geografía pero no en escritura y que la niña sí se esforzaba en esta materia. La señora se confiesa muy molesta por haber sido informada por el mismísimo Porfirio Díaz —a quien le presentó su amigo Juan Espinoza de los Monteros— cómo fue que cayó la plaza queretana y "cómo los señores Rincón Gallardo facilitaron el dinero para completar la suma exigida por el traidor, agregando que no creía que hombres así vendidos pudieran ser fusilados, con lo que proporcionó a la futura viuda un consuelo".[69] Concha llegó acompañada del amigo de la familia llamado Alejandro Argándar, el que por pena no quiso entrar a la celda, pero al verlo en la puerta Miramón le llamó para que le diera un abrazo. Como Alejandro lloraba, Miramón le preguntó: "¿Dónde están los pantalones?" "Me da vergüenza tenerlos delante de ti", contestó Argándar mientras dejó solos a los esposos para que pudieran platicar íntimamente. El Macabeo por fin se decidió a hablar con el corazón abierto a su amada y le dijo: "No te hagas ilusiones, haz de cuenta que tu marido está gravemente enfermo; que lo ven los mejores médicos, pero que el mal no tiene remedio."

Maximiliano se acercó a la celda de El Macabeo para regalarle una botella de vino del Rhin, pero doña Concha lo recibió

[69] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 223.

con una andanada de reproches por no haber confiado en Miguel en horas definitivas para el Imperio, lo que ahora daba por resultado estar en esa triste situación. Muy conmovido contestó Miramón a la matrona que se dolía de no haber conocido antes a don Miguel. Doña Concepción Pinzón llegó por la tarde a Capuchinas con la niña más pequeña del Campeón de Dios a quien éste no conocía, y fue ese un acto tierno de amor filial al encontrarse la recién nacida con el padre prisionero. Mientras esto pasaba en la triste ciudad, allá en la capital de la República se reunieron en el hotel Iturbide el barón de Magnus, Riva Palacio, Martínez de la Torre y el padre Fischer, secretario privado de Maximiliano, quien desde que supo de la prisión de su antiguo jefe contrató como abogado defensor de éste al licenciado Eulalio María Ortega y el objeto de la cita era presentarlo a los dos reconocidos jurisconsultos como su ayudante; éstos aceptaron gustosos sabiendo que además de Derecho, el señor Eulalio conoce de Historia, y eso es útil para el juicio que los ocupaba.[70]

El 31 de mayo de 1867, Jesús María Vázquez, único defensor de Maximiliano hasta ese momento, interpone el recurso de apelación en contra del proveído del general Escobedo donde éste niega que haya problema de competencia en la causa seguida a su defenso. Maximiliano recibió, además de la princesa y al príncipe de Salm, a un abogado estadunidense, Federico Hall, por recomendación de Inés. Este jurisconsulto conocía perfectamente el sistema jurídico mexicano y ayudaría al licenciado Vázquez en la preparación de la defensa. Su posición era que Maximiliano sí era responsable de las acciones militares del ejército francés en contra de México por haber firmado el Tratado de Miramar, pero que se iría en contra de la inconstitucionalidad de la Ley del 25 de enero de 1862. La perspicaz señora logró convencer al rubio de que buscara la protección del gobierno estadunidense y éste le pidió al señor Bahnsen enviara un telegrama a su nombre dirigido a Washington, cosa que dijo que

[70] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 266.

hizo —a Inés— y que además nunca recibió contestación, ante la admiración de Maximiliano por tanta descortesía.[71]

Escobedo se encontraba en el dilema de declarar o no en relación a la conducta de Mejía para con sus prisioneros de guerra, ya que él mismo fue salvado por el indio serrano cuando lo había derrotado y apresado en Río Verde, San Luis Potosí, en los territorios dominados por Jamás Temió. Opinando que sería ilegal, dado que el juez no puede ser testigo, y que resultaba innecesario porque recaía sobre hechos de pública notoriedad además de que el punto a tratar no afectaba el asunto principal, aconsejó su asesor José María Escoto[72] que Escobedo no acudiera a rendir testimonio y así se denegó la petición de don Tomás.[73]



José María Escoto, jurista que durante el proceso de Maximiliano fue asesor militar del general Escobedo, Litografía tomada de Arias, 1867.

En el transcurso de ese día se recibió comunicado de Porfirio Díaz en el que dio cuenta de que haría lo posible por contactar con Magnus y de que la noche anterior se enteró a

[71] Princesa Salm Salm, *op. cit.,* pp. 152-153.

[72] Ramírez Álvarez insiste en su obra citada que el nombre del asesor era Joaquín M. Escoto, pero Ratz en ese punto es más certero y hasta fotografías del abogado ofrece en su obra también citada.

[73] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *op. cit.*, pp. 169-170.

don Mariano Riva Palacio de su nombramiento como defensor de Maximiliano. El fiscal Azpíroz opinó que no era procedente el recurso de apelación interpuesto por la defensa del austriaco, por lo que el procedimiento no se suspendió y continuaron las diligencias. El mismo fiscal cesó la incomunicación de los detenidos entre sí y para con personas del exterior, además de entregar copia de su declaración a Maximiliano según lo solicitó éste.

El Habsburgo escribió a su familia una carta en la que solicitó ayuda para doña Concha Lombardo de Miramón y sus menores hijos en el caso de que él y El Macabeo sufrieren la muerte. Esto lo hace para apagar el remordimiento que siente hacia el general presidente a quien hasta ahora le agradece su fidelidad y al que ahora ama de todo corazón. Basch se atrevió a afirmar que el juicio en contra de su jefe era porque el gobierno de la República era débil y necesitaba de la sangre para mantener su legitimidad ante las tropas triunfantes, es decir, un perdón a Maximiliano le crearía a Juárez un serio problema para mantener el orden en el país. Por otra parte, dicho médico aseguraba que Maximiliano estaba irritadísimo contra Márquez y que le había oído decir a varias personas que: "si pusiesen en mis manos a López y Márquez dejándome en libertad para escoger entre los dos, dejaría yo ir a López, traidor por maldad, y haría colgar a Márquez, traidor a sangre fría y por cálculo".[74] Se le pasó al archiduque darle la atenuante a su incómodo compadre, que lo hizo por miedo y no por maldad.

Haciendo gala de su belleza e inteligencia, la princesa de Salm estaba trabajando en un plan de fuga que ella misma concibió y que consideraba superior al de su marido, ya que por la vía legal el panorama no era nada prometedor. Se discutieron pormenores entre los detenidos y doña Inés, poniendo objeciones Maximiliano en tres vertientes: primero, que huyan también Miramón y Mejía; dos, qué tan digno es para un noble como él andarse escapando como vulgar criminal; y tres,

[74] Samuel Basch, *op. cit.*

qué dirán si llegan los embajadores y no lo encuentran. Ante esta infantil objeción Félix de Salm responde que "estarían encantados de saber que estaba en otra parte y no en prisión". La acción estaba prevista para la noche del 2 y la madrugada del 3 de junio, ya que Salm había hecho muchos amarres y enlaces con oficiales y jefes republicanos, y estaba convencida de la ayuda de éstos. Para que nadie sospechara de la huida, Maximiliano le encarga a Basch le prepare algunas medicinas "por si tiene que salir a ver a Juárez" y le ordenó dárselas al príncipe Félix de Salm.

Mejía recibió a su humilde esposa o amasia, la indígena tolimanense Agustina Castro Martínez, quien llevó a su pequeño hijo en brazos. También Miramón vio ese día a su Concha del alma, la que por acuerdo de los dos iría a San Luis Potosí a entrevistarse con el hombre de Guelatao con el objeto de rogar clemencia para su esposo. Había inquietud entre los cercanos a El Macabeo porque sus abogados no llegaban y hasta pensaron en ir a romper el cerco que sufría la capital. Sin embargo, su amigo republicano Sóstenes Rocha lo consoló y se ofreció a ir en persona a gestionar por él ante el Supremo Gobierno. El general republicano Joaquín Martínez, quien había sido comisionado por Escobedo para perseguir al general Rafael Olvera, gente de Mejía, y para apaciguar a los pueblos del interior del Estado, ese día rindió magníficas cuentas de su accionar: en el salón de cabildos del palacio municipal de Jalpan culminó la rendición del bravo subordinado de Jamás Temió, el mismísimo Rafael Olvera, quien consideró no continuar con la lucha que tantos perjuicios había causado al país y dejó a las poblaciones afectas a él en entera libertad para que resolvieran sus casos particulares en los términos más convenientes (previamente, el 28 de mayo, había entregado las armas en Tolimán).[75] Elaboraron un acta y la firmaron el general Martínez, el general Rafael Olvera, el subprefecto municipal Hilario Pedraza, el secretario del ayuntamiento Rafael Montoya, y los representantes de

[75] *La Sombra de Arteaga*, núm. 3, 6 de junio de 1867, pp. 2 y 3.

Landa de Matamoros, Saucillo, Tilaco, Tancoyol, Ahuacatlán, Pinal de Amoles, Bucareli y San Pedro Escanela.[76]

En Querétaro, la princesa Salm no hallaba cómo justificarse —sin levantar sospechas— ante Escobedo, el que no hubiera hecho el viaje a México después de tanto apresurar con pasaportes al general en jefe, pero se le ocurrió visitarlo y explicarle que temía que Porfirio Díaz no respetara su carta y la detuviese o, aún más, la expulsara del país; que mejor le consiguiera un salvoconducto del presidente Juárez. Al oír esto, Escobedo dijo que con su carta bastaría y encogiéndose de hombros y meneando la cabeza mandó un telegrama a don Benito Juárez, considerando Salm que no podría marcharse hasta que llegase la respuesta. El austriaco se sorprendió mucho de volver a verla porque la hacía en camino, pero se divirtió mucho cuando Inés le relató lo que había hecho con Escobedo. Por otra parte, el señor Bahnsen no se sentía bien en Querétaro porque temía la fuga del emperador caído y, peor aún, que lo involucraran en ella, por lo que se marchó a la capital tunera.[77] A la medianoche del 31 de mayo —casi las cero horas del 1o. de junio—, doña Concha Lombardo de Miramón tomó la diligencia rumbo a San Luis Potosí, donde habrá de entrevistarse con el hombre de roca llamado Benito Juárez García, quien ordenó a Escobedo, a través del ministro de la Guerra, que comunicara a Maximiliano que no se podía acceder a su deseo de verlo en San Luis Potosí, "en atención a la distancia que les separaba y a lo perentorio de los plazos del juicio; pero que se le notificase que en la causa que se le instruía podía hacer constar todo lo que le conviniera".[78]

Esa noche se aparece un hombre encapuchado en la celda de Mejía y le habla quedamente, muy cerca del oído, para proponerle salvarlo, sacarlo de allí, y para ello contaba con influencias en el gobierno y prestigio ante los militares. Somnoliento

[76] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *op. cit.,* pp. 171-172.
[77] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 152.
[78] Agustín Rivera, *op. cit.*, p. 313.

Mejía, no pudo reconocer la voz de su encapuchado interlocutor, pero tenía la suficiente conciencia como para preguntar cuál sería la suerte de su antiguo jefe Maximiliano y de su compañero Miguel, a lo que el lóbrego y críptico personaje dijo que la propuesta no incluía más que a él: Tomás Mejía, a quien no pocos liberales veían con simpatía por noble, caballeroso, humano y congruente. Con determinación don Tomás contestó que no aceptaba ningún trato donde fueran excluidos sus dos compañeros de infortunio. La conseja queretana dirá que fue Escobedo el que le propuso personalmente a Mejía el salvarlo, pero en 1891, en una pocilga situada en la Ciudad de México, la viuda Agustina Castro de Mejía, le dirá a un reportero de *El Universal* que el autor de la propuesta de fuga no fue Escobedo sino un militar de apellido Alcaraz y que su esposo no había querido fugarse porque dicho proyecto le pareció candoroso e imposible.[79] La noche de referencia estuvo llena de acción: Ramírez de Arellano se ha disfrazado de indio o gañán y ha logrado engañar a las tropas de las garitas que circunvalan la ciudad y se dirige a la capital donde se entrevistará con Márquez venciendo el cerco de Porfirio Díaz. Después a escribir en París la historia del sitio queretano. Maximiliano jugó al ajedrez con el aventurero Salm Salm y traveseando con su perrito de nombre King Charles Baby, además de leer *Imitación* de Kempis.[80]

Lo que más molestaba a los abogados y cronistas del Imperio era la irritante ficción de legalidad —que según ellos— Juárez le imprimía a este proceso judicial. Si al ser detenidos e identificados hubieren sido fusilados, lo hubieran entendido mejor por "estar dentro de la normalidad que llamaban infortunio del vencido", pero todo ese aparato montado por Escobedo en acatamiento de órdenes superiores les parecía contrario a la Constitución y se preguntaban:

[79] *Ibidem*, p. 314.
[80] José C. Valadés, *op. cit.*, pp. 389-390.

> ¿quién es Juárez para constituirse en poder judicial? ¿Por qué ordenaba que se juzgara a los tres ilustres prisioneros con una ley de excepción y en un tribunal de excepción y por ciertos delitos políticos que eran precisamente los que desde el punto de vista legal no deberían castigarse con la pena de muerte? El mismo Escobedo, que era quien era, como escriben por allí, no se atrevió a tocarlos y en cambio sí fusiló a Méndez aplicándole la ley del 25 de enero de 1862. Pero comprendió que los prisioneros principales superaban con mucho los marcos de su jurisdicción y no quiso dar un solo paso sin antes consultar y recibir órdenes. El mismo Juárez caviló varios días en lo que tenía que hacer. Si la ley referida era de auto aplicación que con sólo identificar a los detenidos fueren fusilados ¿quién era Juárez para detener el cumplimiento de la ley y habilitar a un grupo de militares a que se constituyeran en autoridad judicial?[81]

Lo que puedo contestar como constitucionalista e historiador es que desde que terminó la guerra reformista Juárez nunca dejó de gobernar con facultades extraordinarias dadas por el Congreso de la Unión, las cuales siguieron vigentes durante la Intervención y el Imperio, dándole al Ejecutivo de la Unión poderes para expedir normas generales y constituirse en tribunal según lo ameritara el estado de excepción o emergencia que vivía el país. Pero de que hay contradicciones entre el trato a unos —como Méndez— y a otros, tienen razón los conservadores.

•

[81] Luis Islas García, *op. cit.*, pp. 306-307.

Intento frustrado de fuga

Aunque Escobedo envió a Porfirio Díaz más de 14 mil efectivos para apoyar el sitio a la Ciudad de México, todavía se encontraban 15 mil soldados republicanos en la ciudad de Querétaro atentos a la prisión y juicio del austriaco; todo esto hacía que un plan de fuga para los prisioneros de Capuchinas se viera casi imposible. Aun así, la empeñada en ese loco proyecto era Inés de Salm y no su aventurero marido, quien había sido el autor del mencionado plan. Entre la gente que se empleó para los preparativos de la fuga se encontraba un antiguo teniente republicano, quien había recibido dos mil pesos como pago para sobornar guardias, el cual —nada más se fue a San Luis Potosí el señor Bahnsen— se largó rumbo al norte con el dinero que le había sido confiado. Salm mandó un telegrama al vicecónsul de Hamburgo a la capital tunera para que detuviera al ladrón pero sólo recibió un telegrama de reprimenda en clave: "Vuestros amigos en San Luis desean que no los comprometáis con telegramas, como lo habéis hecho hoy".[1] El ladrón había estado en casa de Bahnsen a quien atemorizó, a grado tal, con denunciarlo ante el gobierno juarista, por lo que ya no procedió en su contra el veleidoso alemán.

[1] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, pp. 152-153.

También un capitán de caballería republicano había exigido la entrega de 500 pesos en forma inmediata para participar en la fuga y, cuando la Salm le pidió esperar a que ella hablara con su marido o con el monarca en desgracia, el oficial republicano estalló con amenazas de denuncia. El plan no tenía pies ni cabeza. El abogado estadunidense, de apellido Hall, conocía completamente el plan de la fuga y se había encargado de tener preparados los caballos que se habían comprado para el objeto indicado, pero fue obligado a salir de Querétaro el 5 de junio, quizá por la denuncia del capitán de caballería. Hall fue asaltado camino a México y pidió auxilio a Escobedo para atrapar a los facinerosos y a la princesa le solicitó un caballo a través de su mozo, el cual, al no recibir respuesta rápida de Inés, procedió a robarlo de las caballerizas de la casa donde se alojaba la Salm, propiedad de la viuda Pepita Vicencio, cuyo marido había perdido la vida en el Sitio a manos de los juaristas, y era por eso que simpatizaba con las locuras de su hermosa inquilina. Inés dio parte del robo al coronel Villanueva y éste dispuso de una patrulla que inmediatamente alcanzó al ladrón, quien puesto en prisión escribió una dura carta a la Salm donde la amenazaba con descubrir el plan de fuga si no era puesto en libertad. La princesa no hizo caso de la carta y Villanueva dejó libre al bribón en cita después de algunos días.

Inició el mes de junio de 1867 con la negativa de los abogados defensores de Mejía y Miramón para recibir el expediente del proceso, ya que, al así hacerlo, sólo tendrían 24 horas para responder de la acusación, lo cual era harto precipitado. En lugar de ello interpusieron dos ocursos cuestionando la jurisdicción del consejo de guerra y algunas fallas en las formalidades esenciales del procedimiento seguido a sus clientes. Cabe mencionar que don Próspero Cristóbal Vega no cobró ningún centavo a Mejía ni a su amada Agustina. El abogado de Maximiliano hizo lo mismo además de esperar la resolución de otra apelación que está pendiente. Esa misma tarde del 1o.

de junio de 1867, el cuartel general contestó negativamente a las peticiones de los acusados.

En la ciudad había algarabía por la liberación de presos que fueron oficiales de menor importancia en el ejército sitiado. El dinero emitido por el gobierno nacional comenzó a circular con mayor regularidad. En su celda, Maximiliano recibió otra vez al tránsfuga de Carlos Gagern, quien ahora ya no tiene esperanzas de salvación para su ex jefe, y le dice a Basch: "No cabe duda: el emperador será fusilado". Maximiliano había sostenido momentos antes una agria discusión con Gagern acerca de la legalidad con la que se conducía el gobierno mexicano, al que el tránsfuga comparaba con el gobierno de EU, cosa que le chocó al archiduque que sólo dijo: "Allí [EU] reina el Derecho, y aquí prevalece únicamente la voluntad y el capricho de un partido".[2] Félix de Salm comentó al médico Basch que consultando la opinión de 12 oficiales republicanos, todos creían que sería fusilado su jefe. Maximiliano le habló a Basch de un extraño viaje a San Luis Potosí y le encargó que le preparara los medicamentos que se llevaría Félix en caso de que el galeno no lo acompañara. ¡Claro que el médico no estaba invitado a la fuga!, además Basch afirmó que su patrón le dijo por la noche: "el viaje no tendrá lugar por ahora".[3] Era la prórroga a la primera fuga por esperar la llegada de los defensores y de los diplomáticos provenientes de la capital sitiada.

Ese tedioso sábado moría y Mejía y Miramón jugaban dominó hasta las diez de la noche, hora en que se acostaron —cada uno en su celda, obviamente—, para disponerse a dormir.

El domingo 2 de junio Maximiliano se lo pasó con Hall y el abogado Vázquez. Vuelve a estar bien y puede estar de pie la mayor parte del día. Se ha levantado la comunicación entre el ex monarca y sus generales y hasta juegan al dominó entre ellos y con Basch. En medio de los sueños de fuga, el archiduque intercambia billetes secretos con Félix de Salm y Miramón,

[2] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 263.

[3] *Ibidem*, pp. 263-264.

que Basch lleva y trae, con el pretexto de acudir a la celda de El Macabeo a curarle la herida que todavía trae en la cara desde el 15 de mayo por la madrugada.

En relación al procedimiento judicial, los acusados volvieron a "recibir palo" en sus apelaciones y empezaron a desesperar a grado tal que Maximiliano dirigió una carta a Escobedo quejándose de lo burocrático de la justicia mexicana, además de que el plazo para su defensa ya había empezado a contar, estando indefenso. Miramón recibió la visita de su amiga Naborita, quien le llevó de nuevo a su hijita recién nacida, recibiendo además la noticia de que su hermano Carlos y sus amigos Ramírez de Arellano, Acéval y Segura, han logrado escapar. La princesa y el señor Daus partieron a México en busca de los ministros extranjeros y de los defensores del austriaco.

El lunes 3 de junio, conocido en San Luis Potosí el acto heroico de Damián Carmona, el gobierno local de aquella circunscripción solicitó a la comandancia militar de Querétaro que se le realizara al héroe un reconocimiento, poniendo aquel gobierno una corona adornada con piezas de oro para ser entregada al hombre del 27 de abril. Se nombró a otro escribano en el proceso seguido a los ilustres prisioneros, recayendo el nombramiento en el sargento segundo Ricardo Cortés. Visitó por primera vez el licenciado Ignacio Jáuregui al general Miramón y aceptó y protestó el cargo. Asimismo, se le notificó junto al otro defensor de El Macabeo, licenciado Moreno, que empezaba a correr el plazo de 24 horas para que formularan su defensa. Eran las nueve de la noche y tendrían sólo hasta el otro día, a la misma hora, para entregar el legajo.

En forma extraña, se han removido a las tropas de guardia del afamado batallón de Supremos Poderes, el de Cazadores de Galeana y el de la Compañía de Lanceros, y en su lugar se ha puesto a la banda de guerra de dicha compañía, la que no ha dejado dormir a los detenidos en toda la noche. Todavía los ilusos prisioneros durmieron vestidos creyendo que la fuga se daría esa misma noche o, por mucho, en la madrugada, pensando

que los dos celadores, a quienes habían sobornado, dejarían instrucciones a sus sucesores de facilitar el escape. El cambio de la guardia les debió advertir que esperaban en vano.[4] El archiduque puso a Basch en el secreto de que esa misma noche habrían de fugarse a caballo en un viaje de seis horas y que el médico no estaba invitado porque su presencia habría de aumentar dificultades a la empresa. En otro orden de ideas, se anuló la concesión otorgada al extranjero Francisco A. Kieffer para el establecimiento de la línea telegráfica entre Querétaro, San Luis Potosí, Morelia y San Miguel de Allende, por no haber cumplido con el compromiso contraído y por haber prestado grandes servicios al llamado Imperio. En el puerto de Veracruz se presentó formalmente Antonio López de Santa Anna el 3 de junio de 1867 a "tomar posesión del gobierno nacional" que supuestamente le había ofrecido Márquez, el que era "profundamente adicto" al ex dictador, según Darán, y que inmediatamente intervinieron los vigías ingleses y americanos apostados en el heroico puerto y obligaron al viejo caudillo a retirarse.[5]

Para el martes 4 de junio, el defensor de Miramón, Ignacio Jáuregui, ya estaba empapado del juicio y lo considera inconstitucional a todas luces, por lo que sostiene con Escobedo una larga entrevista y éste sólo promete poner las consideraciones del abogado ante el Supremo Gobierno por vía telegráfica. La princesa de Salm nunca salió de Querétaro, como los prisioneros pensaban, y siguió bordando puntos finos para la fuga. Maximiliano se distrajo jugando dominó con Félix de Salm ante la mirada aburrida de Basch. Mejía siguió enfermo y bastante decaído. Maximiliano lo quiso consolar prometiéndole que se lo iba a llevar a Europa una vez que el juicio llegara a un término feliz. El serrano un poco entusiasmado contestó: "Señor, no le seré gravoso; yo soy hombre que no tiene necesidades y no haré más que pescar". El Macabeo se desaburrió

[4] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *op. cit.*, p. 175.
[5] Víctor Darán, *op. cit.*, p. 155.

escribiendo su diario y jugando al solitario mientras conversaba con su carcelero. Su amigo, el liberal Sóstenes Rocha, partió a la capital tunera a rogar por él, tal y como lo había ofrecido.

Los abogados defensores fueron citados por la fiscalía para el día siguiente a las siete y media de la mañana en el cuartel general porque había algo muy importante para serles informado. Julio María Cervantes, comandante militar del estado de Querétaro, hizo la elección de los miembros del Ayuntamiento de esta ciudad, con el objeto de regresar a la normalidad constitucional y dejar atrás autoridades ilegítimas que tanta vejación cometieron en contra de la población. Como alcaldes, Homóbono Subías, Ignacio Castro, Francisco Cabrera, Francisco Padilla, Juan N. Salgado y el licenciado Juan Lojero; como regidores fueron nombrados Luciano Frías y Soto, licenciado Juan Vega, Manuel Frontera, Luis F. Pimentel, licenciado Antonio Pérez, Pedro Castera, Francisco Martínez Carrillo, licenciado Ramón Martínez de los Ríos, Ricardo Barasorda, José Villa, licenciado Juan N. Frías y José Isaac Centeno; como síndicos procuradores, los abogados licenciados Manuel Mendiola y José María Canalizo. Todos ellos tomarán protesta el 6 de junio de 1867.[6]

El miércoles 5 de junio amaneció con la noticia de que el Supremo Gobierno, concretamente Sebastián Lerdo de Tejada, envió un telegrama a Escobedo donde se les concedió a los defensores de Maximiliano —que estaban por llegar a Querétaro— un nuevo plazo de 24 horas para que pudieran realizar en forma su defensa. A las doce del día el fiscal notificó esta resolución a Maximiliano, el cual pidió que la misma fuera turnada a sus defensores, de los cuales, sabe que llegaron en la madrugada de ese día a la ciudad de Querétaro. Pidió que además se sumara a la lista de abogados de su causa al licenciado Eulalio Ortega. El plazo comenzaría a correr a partir de las cinco de la tarde; Miramón y Mejía también fueron beneficiados con esta resolución. Martínez de la Torre y don Mariano

[6] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *op. cit.,* pp. 176-177.

Riva Palacio inmediatamente atacaron la constitucionalidad del llamado "consejo de guerra" y acudieron ante Escobedo para solicitar otra ampliación del plazo dado, a lo que el general contestó que el gobierno sólo concedió 24 horas y nada más. Entre estos dos juristas y el abogado Ortega existió la triste persuasión de que en el orden de las probabilidades, funesto iba a ser el resultado del juicio. Inmediatamente se trasladaron a ver a su defenso, en el que miraron esa angustia de quien ve de cerca a la muerte, pero el archiduque se ocupó más en la plática de preguntar por conocidos y amigos de la Ciudad de México que en cuestionar sobre sus puntos de defensa.

Mariano Riva Palacio le envió a Sebastián Lerdo de Tejada un telegrama en el que severamente le pidió que:

> Ud. sabe cuánto interesa al honor del país que esta defensa sea verdadera en el fondo y no sólo de apariencias. ¿Podrá hacerse en veinticuatro horas?, cuando el doble de tiempo no alcanza para ver los documentos que esta tarde se nos van a entregar por Maximiliano… Término [sic] tan perentorio haría imposible la defensa y nosotros y el país nada podríamos contestar satisfactoriamente sobre el hecho de dejar indefenso a un hombre que cree que tiene en esos documentos uno de los apoyos principales para su defensa…

Asimismo, le preguntó a Lerdo si se iba a ampliar o no el plazo y si el presidente Juárez lo podía recibir en la ciudad tunera. Pronto, unas horas después, recibió el prestigiado jurista una contestación en la que se le daban tres días más de prórroga común a todos los acusados e inmediatamente salió para su audiencia con el hombre de la máscara de nopal, acompañado de don Rafael Martínez de la Torre, dejando a Ortega y a Vázquez la tarea de trabajar en el expediente directamente, o sea, ellos a las relaciones públicas o políticas y los otros a la ingrata labor de tinterillo.

Recibió el archiduque la visita del ministro von Magnus y de su secretario Scholler, a quienes se agregaron el enviado de

Bélgica Horricks y el cónsul francés Forest, los que después de conversar algo más de una hora con el prisionero, le dieron a este aliento, al grado tal que el rubio comentó al irse los visitantes: “Ahora sí espero que nuestros negocios caminarán mejor; por fin hay uno que hará las cosas como debe”, refiriéndose el archiduque a Magnus. Al día siguiente llegaron el barón Eduard von Lago, ministro de Austria —con su secretario Schmidt von Tavera— y el señor Curtopassi, embajador de Italia. Tavera nunca vería en persona al prisionero austriaco, siempre lo dejaron esperando a su jefe en la entrada del convento, por lo que éste entabló pláticas con un capitán alemán que militaba en las filas republicanas y que era comandante de la guardia apostada en la puerta capuchina. Este señor llevaba por nombre Carlos von Kreutz y le propuso un plan de fuga —seguramente enviado por Escobedo para escrutar entre los diplomáticos oscuros proyectos—; el ministro Lago fue informado y accedió prometiendo apoyo financiero aunque casi no traía dinero.[7]

Según Inés de Salm, la llegada de estos extranjeros no fue provechosa para el monarca caído, ya que esos señores no conocían para nada su posición ante el gobierno republicano, el que no les reconocía ningún fuero o título por haber estado acreditados por sus respectivos países ante el Imperio. Puede ser que su modo de obrar y el tono que adoptaban hayan sido perfectamente correctos y conformes con su importante posición, como representantes de grandes potencias; pero parece que habían olvidado una cosa muy esencial, a saber: que no eran ministros cerca del gobierno liberal sino de un emperador a quien aquél consideraba usurpador. Olvidaban además que el gobierno republicano hacía muy poco caso de todas aquellas cosas que ellos representaban, sabiendo que no podía temer algo el gobierno de la República mientras a Juárez lo cobijara la sombra del coloso del Norte. Por ello, Escobedo le dio permiso a Magnus de visitar a Maximiliano pero en calidad de

[7] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 278.

amigo, no de diplomático. Magnus era el más prudente de entre los ministros extranjeros a la hora de comprender su situación política. Inés, siendo de Norteamérica, podía comprender a los mexicanos en sus burlas hacia la importancia que se daban los ministros foráneos pensando que Juárez y su gobierno no atentarían contra la vida del güero por temor a una condena o venganza de Europa.[8]

La señora Inés acudió a buscar a los ministros y defensores para informarles de la postura de Juárez y su ministro Iglesias, quien estaba en una disposición bastante favorable y al que no le disgustaba la idea de un arreglo, según el cual las potencias extranjeras se comprometían a pagar un rescate considerable o a garantizar la deuda de la guerra de México si se perdonaba la vida del príncipe austriaco. Cuando Magnus se enteró del plan de fuga lo juzgó una locura diciendo que no era necesario meterse en una empresa tan riesgosa y dio a entender que una fuga era poco digna de un emperador, que lo mejor eran las relaciones diplomáticas y se dejara el gran escape como último recurso, que dinero sobraría para tal fin.[9] Parecía que el general en jefe había oído rumores sobre las enormes sumas que los señores ministros querían meter en los bolsillos republicanos, por lo que aumentó sus medidas de seguridad, cambiándose él mismo de domicilio hasta la casa de la esquina (hoy Hidalgo 33) que da frente a Capuchinas, para vigilar en sus ratos libres desde su propia azotea. También con esto, Escobedo ganó privacidad al no tener el cuartel general en su misma casa, además que de su anterior residencia no podía ver hacia Capuchinas porque se lo impedía el enorme muro que quedaba del antiguo convento de Santa Clara.[10] El norteño de Galeana ya sabía de un primer intento de fuga: el del príncipe Félix de Salm, no del de su esposa Inés… por el momento.

8 Princesa Salm Salm, *op. cit.*, pp. 153-154.
9 *Ibidem*, p. 155.
10 José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Guía histórica…*, *op. cit.*, p. 36.

El barón De Lago, ministro de Austria, aprovechó la visita que hizo a Maximiliano para enterarlo del sistema de mentiras que Márquez había implementado en la Ciudad de México haciendo creer a la sufrida población que de un momento a otro llegarían tropas de Querétaro en su auxilio. Se permitió que a los reos se les llevaran documentos desde afuera, pero les prohibieron el uso de cubiertos para que no atentaran contra su vida o para que no los utilizaran como armas en un futuro intento de escape. El convento capuchino parecía una fortaleza por la gran cantidad de soldados que fueron apostados no solamente en las afueras sino también en su interior. Nuevamente está con Miramón su esposa Concha, con la que pasa un rato muy agradable y la que inocentemente le comenta sobre un plan de fuga ideado por ella y por su amiga la viuda, el cual consiste en convencer a los vecinos del convento que la dejaran trepar una escalera a sus azoteas y así huir por allí. Miramón nada más se quedó pensando en lo inútil de tal esfuerzo, pero nada le comentó. ¿Qué no se daba cuenta doña Concha que el claustro, azoteas, huerta y patios estaban en un verdadero estado de sitio?

Todas las visitas fueron despedidas a las ocho de la noche, sin excepción, y a la medianoche un guardia debía entrar a la celda de los reclusos para verificar que todavía se encontraran allí. No cabía duda de que el Habsburgo cifraba sus esperanzas exclusivamente en una intervención diplomática. Ya Juárez había retrocedido ante la imposibilidad moral de fusilar a tanta gente (500 prisioneros) a un mismo tiempo, y temiendo —según Hans— a represalias internacionales, decidió definitivamente la suerte de los presos que no eran solamente Maximiliano, Miramón y Mejía. Esta disposición era para hacerse efectiva el 9 de junio como ciertamente sucedió. Los tenientes y subtenientes de origen mexicano fueron puestos en libertad bajo la sobrevigilancia de las autoridades republicanas restauradas. Los de origen extranjero permanecieron encerrados. Los oficiales superiores enviados a Morelia fueron los más

desgraciados por haber sido puestos en prisión con criminales del orden común que se ensañaron con ellos ante la complacencia de los celadores. Los capitanes mexicanos y los subalternos extranjeros fueron divididos en tres grupos y enviados a Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí. Los suboficiales perdieron sus galones y, al igual que muchos ex combatientes imperialistas, fueron enrolados en el ejército vencedor a pesar suyo— sigue diciendo Hans— y que con el tiempo y la ocasión casi todos desertaron.[11]



Francisco Redonet, coronel del tercer batallón de línea de la brigada de reserva dirigida por el general Méndez.

Serán juzgados en otro proceso, sólo para civiles, el ex ministro Manuel García Aguirre, el ex prefecto doctor Manuel Domínguez y el ex comisario Domingo Pasos. Serán enjuiciados como forajidos y bandoleros de refinada crueldad Francisco Redonet, Jesús "Bueyes" Pintos, José Almanza y Emeterio Maldonado. Se le dio completa libertad al médico Basch; pero a José Luis Blasio, secretario particular de Maximiliano, se le vigilaría por el gobierno republicano durante dos años en el si-

[11] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 184.

tio que él eligiera para vivir, sin ser esto obstáculo para seguirle juicio si aparecieren nuevos cargos contra él.[12] Por su parte, esa tarde el fiscal urgió a Escobedo para que le consiguiera del gobierno federal documentos importantes para fundamentar los cargos en contra de los tres detenidos, como los preliminares de La Soledad, las actas dando cuenta de saqueos y desmanes de las tropas francesas en pueblos y villas y el decreto que ponía fuera de la ley a don Tomás Mejía.[13]

El 7 de junio se prohibió el uso de cubiertos en las celdas y se cortó a los prisioneros toda comunicación: sólo sus abogados, médicos y esposas podrían visitarlos, con excepción de Inés de Salm que podría visitar al austriaco. Ya eran mil los soldados que se encontraban en Capuchinas y, como es lógico, provocaban un ruido infernal y expedían olores nauseabundos al ser insuficientes los servicios sanitarios, lo que aumentaba el martirio de los internos. Como la salud de Maximiliano siguió deteriorándose se convocó a una junta de médicos donde participaron Basch, Rivadeneira, José Siurob, Frías y otros, aprobándose el cambio de habitación del archiduque siempre y cuando lo ratifique Escobedo. Rivadeneira nunca firmó el acta para no comprometerse ante éste. Miguel Miramón recibió una vez más a Concha, pero ahora con su hijita, las que le hacen olvidar el disgusto que tuvo con su abogado, al que de plano le dijo que: "Supuesto que esto es lo que ha hecho, señal será de que no puede hacer más". Acudió a la prisión el general Francisco Paz para decirles a los tres procesados, de parte de Escobedo, que se sabe de la maquinación de una evasión y les advierte que si se persiste en la idea, y llega a ocurrir la fuga, se usará el "último rigor". Miramón, que ciertamente nada sabe del proyecto de Salm, contestó "que presume que algo pasa y que ya su esposa habló con el fiscal sobre ello y aprueba las intenciones del general en jefe respecto de los que quisieran evadirse". ¡No me ayudes compadre!, se quedó pensando

[12] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Guía histórica…*, *op. cit.*, pp. 181-183.
[13] Konrad Ratz, *op. cit.,* p. 280.

Maximiliano al oír la expresión recta de El Macabeo. Esa noche se terminaron las visitas desde las siete de la noche y seis jefes republicanos durmieron en los pasillos para vigilar personalmente que la tan traída fuga no se diera. Contrastando con el silencio y la pesadez que se respiraba en las Capuchinas, afuera todo era jolgorio en ese viernes 7 de junio, ya que en la Plaza de Abajo se celebraba una serenata con las bandas militares de los cuerpos que se encontraban todavía en la ciudad. Acudió a ella Escobedo y quedó muy satisfecho cuando le fue dedicada la marcha *El Sitio de Querétaro*, compuesta por Mateo Cervantes, director de la banda del segundo batallón de Zapadores, la cual fue muy aplaudida al terminar su ejecución.[14]

El sábado 8 de junio visitó el ministro de Italia a Maximiliano. Miramón se trasladó a la celda del monarca en desgracia junto con doña Concha y Javier Corral, por lo que ambos recibieron la noticia de las disposiciones del gobierno juarista respecto a los demás prisioneros, incluyendo la buena nueva de libertad a oficiales y algunos civiles. La princesa levantó el ánimo de Maximiliano al contarle que Escobedo le platicó haber recibido un telegrama que, entre otras cosas, dijo que el archiduque y sus dos llamados generales, Miramón y Mejía, serían juzgados por el Congreso,[15] lo que a mi parecer fue falso y fruto de la socarronería de Escobedo o del entusiasmo juvenil de Inés que ya no sabía cómo llamar la atención de su admirado barbado austriaco.

La princesa Inés estaba indignada en contra del ministro belga, quien se atrevió a decir a Escobedo algo incomprensible para su posición: que el gobierno liberal estaba en su perfecto derecho de fusilar a Maximiliano. Sí, es cierto, pero él no podía decirlo en su carácter público. Don Mariano y sus oficiales no lo bajaron de cobarde e indecente, según Agnés.[16]

[14] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 184.
[15] *Ibidem*, p. 185.
[16] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 155.

Frente a Capuchinas se apuesta un batallón y Maximiliano imprudentemente comentó: "Así me gusta; tiemblan los de abajo porque el león se agita en su jaula". Achacó el austriaco el descubrimiento del intento de fuga a la indiscreción de las señoras y dijo: "A las mujeres les debemos esto; creo que ha sido la mujer de Miramón la que charló". ¡Qué cobarde criterio el de Fernando Maximiliano, echarle la culpa a las aguerridas damas que procuraban su salvación! Por qué mejor no pensar que un secreto que comparten más de dos ya no es tal. En su dichoso secreto estaban implicadas centenares de personas... Maximiliano no estaba bien y se sentía en extremo débil. Esa tarde marcharon hacia el destierro y el confinamiento o a prisión de tres a seis años los jefes imperialistas, de capitán a general, y han quedado en libertad los soldados y oficiales subalternos, los que hasta el día siguiente, domingo 9 de junio, podrán salir de la ciudad de Querétaro, luego de recibir un severo regaño de Escobedo por su traición a la patria.

Llegó también de la Ciudad de México Curtopassi, el encargado de los negocios de Italia. El italiano Curtopassi se dirigió al médico republicano Rivadeneira prometiéndole —no dándole— 10 mil pesos en oro si conseguía que se trasladara al archiduque a una casa particular, más higiénica que la prisión y de donde se podría sustraer más fácilmente a éste, pero al no ver claro el médico sino puras promesas, no tuvo confianza y se le hizo más ventajoso informar del intento de soborno a Escobedo que tratar con el codo italiano. No fue el pedimento en sí lo que alertó a los republicanos sino la cantidad ofrecida.[17]

Muchas otras medidas se tomaron en la ciudad ese 8 de junio, para evitar no sólo la evasión de los tres ilustres prisioneros, sino que también se investigó entre la sociedad queretana a presuntos implicados en el frustrado proyecto.

Ese día también llegaron a la capital potosina los defensores de Maximiliano, los cuales fueron recibidos en diferentes tiempos por Sebastián Lerdo de Tejada y por Benito Juárez, a

[17] *Ibidem*, pp. 155-156.

quienes les solicitaron dos cosas: juicio de Maximiliano ante el Congreso y posponer el mismo treinta días para una mejor defensa. La noche del domingo 9 de junio, Juárez, el impasible, quien sin ánimo de enemistad ni deseo de venganza, y con toda tranquilidad, les dio una respuesta de intransigente resolución que aumentó los temores de los juristas defensores: el gobierno sólo obraba guiado por las exigencias de justicia y eso no permitía modificación alguna. El juicio debía continuar y no habría más prórrogas de plazos legales. Por vía telegráfica, Riva Palacio y Martínez de la Torre participaron tan dolorosa respuesta a sus colegas de Querétaro, puesto que, denegada la solicitud de prórroga, es a éstos a quienes les incumbe hacer los alegatos, quedando los dos prestigiados letrados en la capital potosina en espera de una sentencia que se antojaba condenatoria y en espera también de formular en el momento necesario el recurso de súplica. Ellos se comunicaron con el vicecónsul suizo que habitaba en San Luis Potosí, John Bahnsen, pidiendo su auxilio, por lo que éste contactó a su vez con el conocido Antón von Magnus para que se trasladara de la triste ciudad a la capital tunera e intentara una defensa diplomática.[18] Maximiliano y compañía no pudieron dormir bien esa noche por el intenso ruido hecho por los centinelas que gritaban frecuentemente su "alerta", además de que a las cuatro de la mañana de ese domingo 9 de junio tocaron fuertemente los clarines.

Mientras tanto en Querétaro, el mismo domingo se puso en vigor un decreto del 13 de noviembre de 1861, expedido por el ministerio de Guerra y Marina, con el objeto de acabar con el bandolerismo que se desató por los alrededores de la capital queretana. Bastará que haya un acta firmada por dos personas de probidad que declaren en contra de un individuo para que éste sea ejecutado por ladrón. Conchita de Miramón recibió carta de su amigo Argándar quien le hizo saber que Márquez no dejó salir de México a los abogados Parada y Partearroyo, los cuales habían sido nombrados por su

[18] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 281.

esposo como defensores, lo cual pone violento a El Macabeo. Conforme a lo ordenado por el gobierno federal, las autoridades locales formaron una comisión para homenajear a Damián Carmona por su acto del 27 de abril, y la integraban los más famosos liberales queretanos: Jesús María Vázquez [abogado de Maximiliano], Mariano Vázquez, Hilarión y Luciano Frías y Soto, José María Rivera, Ramón Rubio, Crescencio M. Pérez e Hipólito Alberto Vieytez.[19] Impresionante es el acto en el que Escobedo amonesta y deja en libertad a los prisioneros de grado menor. Lo menos que les dijo el general en jefe fue: "El Supremo Gobierno tenía en sus manos la vida de los que olvidando que eran mexicanos han peleado a favor de un extranjero elevado al poder por los invasores; pero el gobierno magnánimo siempre perdona a los que hasta hoy han sido enemigos de su patria, porque espera que su conducta futura corresponderá a la clemencia que se usa con los extraviados hijos de México…"[20]

Más tarde recogieron sus pasaportes y con lágrimas en los ojos anduvieron pidiendo alojamiento entre la noble población antes de partir. En cambio, la caravana de jefes y oficiales de alto grado fue doliente por lo mal vestidos, sucios, cargando mugrosas y modestas maletas y mal olientes petates donde dormían en prisión, pues se les había ordenado que llevaran sus pertenencias para que reposaran en las noches de su largo camino. Cincuenta capitanes fueron enviados a Zacatecas y otros tantos a Guanajuato, y 72 a San Luis Potosí. Para aliviar un poco su precaria situación, Escobedo dio cuatro pesos a los que fueron enviados aquí cerca, pero a los que se dirigían a la prisión del cerro de La Bufa en Zacatecas les otorgó siete pesos. La liberación de los antiguos imperialistas de ínfimo grado y el destierro y confinamiento de los de alto grado fueron vis-

[19] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, pp. 185-186.

[20] *Ibidem*, p. 186.

tos con sorpresa agradable por los vecinos de Querétaro, pues esperaban una ejecución masiva como ocurrió en San Jacinto.

Quedaron presos en la levítica ciudad queretana los generales Severo del Castillo, Casanova, Herrera, Lozada, Ramírez, Moret, Valdez, Escobar, Liceaga, Calvo, Magaña y el tal Salm Salm, que demostró su grado con un nombramiento hecho de prisa por Maximiliano, aunque Miramón y Mejía no estuvieran de acuerdo. También quedaron prisioneros los coroneles Monterde, Reyes, Redonet, Othón, Díaz y Rodríguez y los tenientes coroneles Pittner, Almanza, Maldonado, Terreros y Rebollo, además de personajes odiosos para los queretanos, por sus abusos en las exacciones, como son El Oso Rodríguez, Bignauz El Mamas, Ramírez el Bueyes Pintos, El Güero Delgadillo, Castro y Armendáriz, los tenientes Navis y Maldonado y los civiles García Aguirre, Manuel Domínguez, Pasos y José Luis Blasio.[21] Basch cree que su jefe no será fusilado sino enviado a prisión al puerto de Acapulco.[22]

Para el lunes 10 de junio, los ilustres prisioneros —entre los que cuento a Severo del Castillo— tenían la convicción de que serían pasados por las armas, deduciendo esto por la sencilla razón de que los generales ordinarios o de no tanta importancia iban a ser condenados a 10 años de prisión. Mejía y Maximiliano se veían cada día más enfermos, aunque al serrano queretano le quedaba el consuelo de que su amasia, Agustina Castro, había viajado de Tolimán a Querétaro y lo acompañaba casi todo el día. Miramón recibió la visita de don Victoriano Vega, quien le trajo saludos de sus subalternos y le relató la patética salida de los prisioneros rumbo a El Bajío, al semidesierto y al norte. El archiduque decidió hacer su testamento, auxiliado por el barón De Lago, Schmit von Tavera, y Basch, a quien le consulta si ha omitido o no a alguien a quien le deba favores. Entre otras cosas, no olvidó disponer el pago de ocho mil pesos a Carlos Rubio por un préstamo que le hizo durante el Sitio, y el encomendar a

[21] *Ibidem*, pp. 186-187.
[22] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 270.

Carlota la custodia de Conchita Lombardo y sus pequeños hijos, olvidando por completo al bebé y a la esposa de Tomás Mejía, doña Agustina Castro, quien a pesar de la buena voluntad de los amigos del general quedará en pobreza extrema. Finalmente, y muy digno del carácter frívolo de Maximiliano, rogó a Félix de Salm que con ayuda de su liberal ex ministro, Fernando Ramírez, escribieran la historia del Segundo Imperio.[23]

Aunque Maximiliano tuvo leves mejorías en su salud, Basch afirmó que le convenía hacerse el enfermo grave para que los republicanos no sospecharan del proyecto de fuga que ya había empezado a olvidarse. El archiduque todavía recibió a Magnus, quien se despidió de él antes de partir a San Luis Potosí, ese mismo día, y decidió acostarse desde la cinco de la tarde intercambiando impresiones con su médico particular, el que intentó inyectarle ánimos diciéndole que todo se resolverá para bien y que sólo se trataba de una comedia para aparentar ante Europa y que, al final, llegaría el perdón; a lo que el austriaco se mostró escéptico y respondió que "me fusilarán sin remedio… yo nunca he esperado nada realmente. No había querido hasta ahora afligir a ustedes y por eso he fingido que creía posible salvarme. No quedaría aún otro camino que la fuga…"[24]

Continuaba el litigio mientras tanto, en el que enconadamente se vieron envueltos los defensores, el fiscal, el asesor jurídico de Escobedo y éste, resolviéndose ese día las apelaciones hechas por Maximiliano contra las resoluciones dictadas, aclarándose que cuando se interpusieran recursos inadmisibles no se darían curso a los pedimentos que solamente demoran el juicio. El gobierno juarista rechazó también la concesión de un indulto a Maximiliano y a sus generales, por considerar que éste no cabía, ya que no habían sido sentenciados todavía los acusados.

El martes 11 de junio se realizó el traslado de los generales que estuvieron presos en el Casino Español, y fueron llevados a

[23] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 282.
[24] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 271.

Teresitas en donde se afirmó que serían juzgados. Todo el trayecto lo hicieron acompañados de las miradas compasivas de los curiosos vecinos. Anunció el coronel Palacios al médico Basch que desde San Luis Potosí el gobierno le concedía la libertad y le advierte que si así lo desea puede pedir pasaporte para irse de México.

El galeno replicó de manera inmediata que permanecería en prisión para atender a su paciente. En cuanto al procedimiento jurídico, los defensores del rubio apelaron ante el cuartel general republicano el otorgamiento de un plazo probatorio por ser cosa esta un derecho natural, a lo que el fiscal se opuso argumentando que desde el día anterior, a las diez de la mañana, venció el plazo para ofrecer pruebas, por lo que el proceso quedaba en estado de ser visto en consejo de guerra. Con toda formalidad, el fiscal Azpíroz, acompañado de su escribano, acudió ante Escobedo a entregar el expediente que hasta ese momento se componía de 150 fojas. Como muchos oficiales imperialistas de baja graduación —que fueron puestos en libertad— no tenían más ropa que la usada durante el Sitio, se les permitió seguir usándola siempre y cuando no llevaran distintivos militares de ninguna índole, so pena de perder el beneficio concedido.[25]



El presidente del consejo de guerra, teniente coronel Rafael Platón Sánchez, Colección Particular.

[25] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 189.

El miércoles 12 de junio, a primera hora, Escobedo devolvió el expediente al fiscal por considerar —junto con su asesor especial— que estaba bien elementado, y se dio a la tarea de formalizar el nombramiento de los integrantes del consejo de guerra, que sería presidido por el teniente coronel Platón Sánchez y por los comandantes capitanes que nombrara a la mayor brevedad posible el mayor general, resultando designados José Vicente Ramírez, Emilio (Emiliano digo yo) Lojero, Ignacio Jurado, Juan Rueda y Auza, José Verástegui y Lucas Villagrán, despachando los oficios correspondientes con cita para el día posterior, a las ocho horas en el Teatro Iturbide, para instalar dicho órgano jurisdiccional. También fueron notificados de todo ello los defensores. Se tomaron las providencias de seguridad para custodiar a los acusados en su traslado desde Capuchinas y estadía en el coso queretano. Sabedor el archiduque de la celebración del consejo, se negó terminantemente a acudir, no así sus generales. Foresta, el cónsul francés en Mazatlán, fue a visitar a Maximiliano y al notarlo enojado por tener que acudir al juicio lo trató de consolar diciéndole: "No olvide usted que el banquillo de los acusados fue un pedestal para Luis XVI y María Antonieta". Para Fuentes Mares esto fue un "consuelo de los mil demonios porque el hombre [Maximiliano] no tenía el menor interés de subir al pedestal con el pecho acribillado".[26]

El Teatro Iturbide iba a ser la sede del juicio por ser el único sitio de la ciudad con un cupo para más de 600 personas sentadas (670 le caben hoy en 2009) y se encontraba arreglado como para una fiesta, incluyendo festones en el escenario, lo que puso en congoja a Inés de Salm, quien no podía imaginar a su adorado Maximiliano, débil y enfermo, sujeto a la mirada del público y degradado por éste, por lo que se empeñó en convencerle de no asistir a dicho foro y en darle a tomar un medicamento que lo hiciese parecer más enfermo. De todos modos, el rubio pensó que lo obligarían a asistir, incluso por

[26] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 233.

la fuerza, pero ya Inés había convencido a su admirador Villanueva que tomara las medidas pertinentes para que el acusado extranjero estuviera tranquilo. Para cuando se volvieron a ver Maximiliano e Inés, como a las dieciséis horas, resultó que éste no pudo conseguir dinero para la fuga y ofreció documentos de crédito a cambio. Sí, le cambió la jugada a Salm al decirle que sólo podía dar dos letras de cambio, por 100 mil pesos cada una, pagaderas en la casa de Austria, con la familia imperial, prometiendo, eso sí, cinco mil pesos en efectivo para sobornar guardias de bajo grado, los cuales entregaría el güero a su valiente amiga a las nueve de la noche. Miramón platicó con su defensor Jáuregui quien le dio el nombre y grado de los integrantes del consejo marcial, a lo que El Macabeo —que esperaba generales y no capitanes— con ironía contestó: "bien los conocerán en su casa". "Es probable que los oficiales más prominentes querían evitar la tara de que se les atribuyera la culpa de la muerte de Maximiliano, por lo que se escogieron hombres menos caracterizados o reputados", escribió vía telegráfica el reportero Clark del *Heraldo de Nueva York*.[27]



Teatro Iturbide, 1867, Fotomecánico, INEHRM.

[27] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 309.

Un gran movimiento de tropas se registró en Capuchinas por la noche al ser relevada la guardia ordinaria por un fuerte destacamento de caballería; las puertas de las celdas de los prisioneros debían permanecer toda la noche entreabiertas. Mejía sufre una fiebre tenaz. En la ciudad hubo también mucho barullo pues los más significados vecinos querían obtener un billete de entrada para presenciar el juicio que iniciaría el siguiente día, lo que era bastante difícil pues a la mayoría de la oficialidad republicana que no estaba de servicio se le ordenó asistir. El archiduque mandó llamar al médico Rivadeneira para que se convenciera de que estaba realmente enfermo y que por ese motivo no podría asistir al juicio, y dicho galeno no tuvo más opción que declararlo así.[28]

Previo a la instalación del consejo de guerra —considerado como una farsa digna del teatro por los observadores europeos—, en ese jueves 13 de junio, el teniente coronel Carlos F. Margáin ejecutó la orden de que a las seis de la mañana se formaran frente al templo de San José de Las Capuchinas 50 Cazadores de Galeana debidamente montados y armados, más 50 hombres del batallón de Supremos Poderes, quedando todos ellos al mando del coronel Miguel Palacios.[29] A eso de las nueve de la mañana,[30] una escolta acudió a las celdas de Miramón y Mejía para llevarlos en un carro cerrado —custodiado por cuatro compañías de infantería y una de caballería— al Teatro Iturbide, en donde había una banda militar tocando músicas alegóricas, lo que se le hizo de mal gusto a los seguidores de los enjuiciados. El foro estaba completamente abarrotado y, sin embargo, la concurrencia —entre la que había pocas damas que estuvieron por breve tiempo, según Von Tavera—[31] guardó un silencio expectante: ¡van a ser testigos del acto más importante de la historia patria! El coso se encontraba pobremente

[28] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 272.

[29] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 191.

[30] Ramírez Álvarez dice que “cerca de las 8 de la mañana…” y Basch que a las nueve.

[31] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 284.

iluminado por lámparas de petróleo y unos cuantos candelabros; en el escenario —transformado en sala judicial mediante bastidores— estaba la mesa de la presidencia del consejo de guerra, las de la fiscalía y de la defensa así como los banquillos de los tres acusados, destinando el más bajo de ellos para el ausente, ya que la estatura de Maximiliano era considerable. La luz era tan mortecina que no se pudieron tomar fotografías del evento —no existía el flash— y se recurrió a dibujantes. Cuando los generales sujetos a proceso llegaron, fueron conducidos al vestíbulo del coso para esperar la determinación de que había iniciado el consejo, pero como esto se retardó, Miramón y Mejía tomaron asiento custodiados por una valla de soldados. Fue a saludarlos el jefe de la plaza queretana, Julio María Cervantes, quien recibió de El Macabeo una fuerte ironía: "Hombre, dile a 'El Orejón' que ¿qué placer tiene en estarnos atormentando? ¿Para qué consejo de guerra y todas esas tonterías?, más valía que de una vez nos mataran y que se acabara así este mitote".[32] El mismo cuerpo edilicio había suspendido una importante sesión sobre la reconstrucción de la ciudad sitiada por 71 días: prefirieron los concejales acudir morbosamente al teatro que hacer su delicado trabajo.[33] ¡El proceso era el tema número uno entre los habitantes de la triste ciudad!

Según Inés de Salm, ese 13 de junio ya tenía de su lado al coronel Villanueva, quien ejercía el mando sobre todas las guardias de la ciudad y "consideraba como una desgracia para su país, si su gobierno le mandaba fusilar [a Maximiliano]".[34] Dice la rubia canadiense que el coronel rehusaba recibir dinero para sí, aunque era bastante pobre y tenía unas hermanas

[32] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, pp. 191-192. Ratz, en su obra citada, p. 285, escribe que Miramón dijo: "Hombre, pregúntale al orejón [*sic*] por qué le gusta torturarnos aquí. Para qué un consejo de guerra y todas estas tonterías. Más valdría que nos fusilaran sin más".

[33] Libro de Actas del Municipio de Querétaro. Archivo Municipal.

[34] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 156.

que mantener, confiando sólo en que el príncipe austriaco se lo llevara a Europa y le asegurara su porvenir. A pesar de este convencimiento, Villanueva le decía a la artista ecuestre que él solo no podía efectuar la fuga, había que convencer también al coronel Palacios, quien tenía a su cargo el mando superior en la prisión de Capuchinas. Para este fin, pidió la suma de 100 mil pesos[35] que Maximiliano debía colocar en el banco de Carlos Rubio. Aquél le dijo que Magnus se los daría, pero el prusiano ya se había dirigido a San Luis Potosí y no contaba la bella intrigosa con un solo centavo en la mano. Aunque Maximiliano tenía más fe en Antón de Magnus que en otra persona, al haber salido éste, le indicó a Salm que se dirigiera con su petición de dinero al barón De Lago, representante de su tierra, Austria, la misma de su hermano el emperador Francisco José. Este sujeto se había escondido por dos días del Habsburgo, ya que tenía pavor que los republicanos atentaran contra "su sagrada persona".[36]

Maximiliano quedó enteramente solo, esperando lo que le deparaba el destino; y en el convento capuchino no se escuchó durante todo el día más rumor que el de los pasos de los centinelas que lo vigilaban. A las once de la mañana, allá en el Teatro Iturbide, comenzó el fiscal Azpíroz la lectura de la acusación, anticipándola con el certificado de los médicos que aseguraban que el austriaco no podía salir de su celda.[37] Por fin, a las tres de la tarde, inició el consejo su tarea sustancial y fue introducido al escenario don Tomás Mejía —subiendo la escalera con gran esfuerzo, enfermo y con el uniforme descuidado— junto con su abogado Próspero C. Vega, quien hizo una extraordinaria defensa subrayando cómo Mejía había respetado las vidas de los liberales y republicanos que caían en sus manos, a manera de jalón de orejas para Escobedo y Treviño que estuvieron en esa situación.[38] Dice Ratz que el discurso del

[35] Ratz afirma que fueron dólares, no pesos. *Op. cit.*, p. 296.
[36] Princesa Salm Salm, *op. cit.*, p. 157.
[37] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 392.
[38] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 290.

jurista Vega no correspondía a una lógica jurídica sino que era un argumento dirigido al corazón de los jueces.[39] Su principal punto de defensa fue el de considerar que don Tomás nunca colaboró con la Intervención sino que más bien esperó su desenlace en la Sierra Gorda y que si apoyó al Imperio, en todo caso era un error y no un crimen. Cuando el presidente del consejo le hizo la rutinaria pregunta de cómo se llamaba, Papá Tomasito burlonamente contestó: "Bien lo saben ustedes". Cuenta don Bernabé Loyola que en un pasaje de su defensa, el relativo a que nunca atacó sino que se había limitado a defenderse en la Guerra de Reforma y en la de Intervención (además de haber sido defensor de la soberanía nacional contra los yanquis en la batalla de La Angostura)[40] el noble serrano "derramó algunas lágrimas".[41] Se defendió el indio serrano también con el argumento de que al darse cuenta de que el Imperio ya no respondía a la confianza del pueblo, él renunció varias veces ante el gobierno imperial, el cual no le aceptó la dimisión, y ni modo de que él, siendo tan firme y leal, abandonara su puesto como vulgar desertor. A las cuatro fue llevado don Tomás al vestíbulo y de ahí a Capuchinas, mientras que entró Miramón, elegante y orgulloso, imponente y avasallante, y se dirigió al banquillo de los acusados en compañía de sus abogados Jáuregui y Moreno, los que argumentaron que la Constitución de 1857, en su artículo 23, prohibía la pena de muerte y, que entonces, se aplicara la mayor sanción a su defendido, pero diferente a la pena capital. Cita Ratz a Von Tavera —testigo del acto—, quien dijo que la mirada altiva de Miramón no podía ser sostenida por los jueces que varias veces se vieron obligados a bajar la vista.[42] El Macabeo no dejó de ver repetidamente su reloj de bolsillo con aire aburrido por considerar los alegatos de sus defensores como buenos técnicamente, pero expresados sin calor. Concluida esta defensa a las dieciocho horas, el

[39] *Ibidem*, p. 290.
[40] Anotación propia de Andrés Garrido del Toral.
[41] *El sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 218.
[42] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 292.

ex presidente de la República centralista fue trasladado a Capuchinas entre un mar de gente que atestaba las calles, al tiempo que los defensores de Maximiliano, Eulalio María Ortega y Jesús María Vázquez, iniciaban una larguísima defensa en donde, lo mismo se argumentaba que el consejo era incompetente para juzgar a su cliente, que sustentaba que Maximiliano no era usurpador y que había observado una conducta favorable a los mexicanos ante los opresores franceses. A las veinte horas concluyó la fatigosa diligencia última y los defensores se trasladaron a las celdas de sus representados a cambiar impresiones sobre lo ocurrido en el foro, mientras que los miembros del consejo de guerra se declararon en sesión secreta, asistidos por el asesor jurídico de Escobedo.[43] “Los capitanes imberbes e ignorantes que formaban el consejo marcial habían quedado impresionados con los alegatos de los defensores”, pensaron éstos. Maximiliano escuchó todo eso postrado en su cama, muy triste, y mandó llamar a Miramón a quien le confió negocios de familia y la certeza de que seguramente los fusilarían el 14 de junio, a las diez horas, haciéndole ver el Campeón de Dios a su ex jefe que no tuviera tan siniestros pensamientos y que a los sentenciados a muerte, cuando menos, se les dan 24 horas para prepararse.

Hasta esa noche, según Salm, el coronel Miguel Palacios no estaba enterado de nada, y decidió abordarlo a las ocho de la noche, cuando ella saliera de prisión, y hacerse acompañar de él a la casa que habitaba en la calle tercera de San Antonio,[44] a menos de dos cuadras de Capuchinas, a pocos pasos del cuartel y la casa de Escobedo, y tratar de convencerlo, dándole el poco efectivo, la promesa de la libranza por 100 mil

[43] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, pp. 193-194.

[44] Aquí dice Basch en su obra citada, pp. 276 y 277, que necesitaba hablar con Inés urgentemente; la encontró en la calle en compañía de los dos coroneles y fue testigo de lo avanzado de las negociaciones, donde la misma Salm le pidió llevara a Maximiliano su famoso anillosello personal, quien se mostró confiado esa noche en el éxito de la empresa por la forma en que Villanueva y Palacios se comportaron con todo desparpajo delante del médico, como si estuvieran de acuerdo con la fuga.

pesos o dólares y garantizar el futuro del coronel, su esposa y su pequeño hijo. Digo promesa porque ni siquiera Leclerc de Salm llevaba el documento ofrecido —ni el otro que era para Villanueva— porque se encontraban en manos de Maximiliano para obtener las firmas de los ministros europeos. Este Palacios era un indio de 19 años que apenas sabía leer y escribir, pero que era valiente y querido por sus jefes. Después de dos horas de llanto y ruegos de la princesa, no pudo arrancar ésta de Palacios más que la promesa de que lo iba a pensar y que le diera hasta el siguiente día para meditarlo, lo que desesperó a Salm, que tenía planeada la fuga para esa misma noche en punto de las diez horas. La charla tuvo lugar en un pequeño cuarto del primer piso de la señorial casona, no en los altos como inventan historiadores poco serios.[45] Palacios se retiró íntegro de la casona, y por íntegro me refiero a que estaba en paz con su conciencia, con sus jefes, con su mujer y su hijo, y no como dicen supuestos historiadores que escriben y hablan sobre un encuentro carnal entre el indio republicano y la rubia del Canadá francés. Otros, más prudentes, inventaron que ella llegó a desnudarse para tentar la libido del coronel y hacer despertar sus demonios del mediodía y que luego él saltó por la ventana hacia la calle. Lo que sí está demostrado es que el multicitado Palacios, y después Villanueva, fueron ante Escobedo, que vivía cerca, y le contaron todo.

Recibió, por separado, Maximiliano al barón De Lago entre las veintiún y veintidós horas con treinta minutos, mientras que Basch hacía uso por primera vez de su derecho a la libertad y salió de la prisión para refrescarse con aire puro y poner en orden su cabeza, que le daba vueltas por la incertidumbre del futuro de su jefe. Después de firmar las libranzas al barón De Lago, éste salió a la casa de Diligencias, en la calle tercera de San Antonio, para recolectar la firma de algunos ministros extranjeros que todavía andaban en Querétaro. Cuando en el exterior de la prisión Basch le reveló a Lago para qué eran las

[45] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 298.

referidas libranzas o letras de cambio,[46] éste entró en un estado de nerviosismo y con unas tijeras cortó su firma de los dos documentos aduciendo que no podían firmarlas ni él ni los otros ministros europeos, so pena de ser colgados. Éstos, al ser enterados, se sumaron a la negativa y le rogaron a Basch que los excusara ante el monarca en desgracia, pues consideraban el asunto sumamente peligroso. Cuando la noticia de la negativa de De Lago llegó a Austria, fue una razón más para cargar sobre el barón toda la culpa por el fracaso del intento de fuga,[47] la cual, consideramos varios historiadores, estaba condenada al fracaso desde un inicio.

Esa noche, a Maximiliano lo vigilaron de manera especial, le prendieron lámparas en la puerta y además le colocaron una en el suelo de su celda.

A las siete de la mañana del viernes 14 de junio, Maximiliano mandó llamar a Basch y le hizo varios encargos; entre otros, el de avisar al ministro Lago que ese mismo día le llevara al Habsburgo el testamento para su firma, y a Curtopassi de Italia y Hooricks de Bélgica que le llevaran también, para signarlas, las cartas que les había encomendado. El médico germano también visitó a la princesa Salm en su domicilio, pero al salir se encontró con el general Refugio González, quien le preguntó sobre "su enfermo" de manera muy burlona y que había dado orden a un oficial para que condujera a Samuel Basch y a un alemán de apellido Schovensiger —criado de Félix de Salm— ante el general Escobedo. Como Basch rezongó alegando estar en libertad, el rudo Cuco ordenó entonces que se lo llevaran al cuartel del batallón de Coahuila donde permanecería incomunicado.[48] También se

[46] Ratz opina en su obra citada, p. 296, que fueron pagarés los documentos de crédito citados.

[47] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 300. Este mismo autor refiere que, por causa de *Las memorias de la princesa de Salm*, Lago fue despedido de su puesto en el cuerpo diplomático austriaco.

[48] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 277.

dijo que lo condujeron al Casino Español donde fue interrogado sobre el proyecto de fuga.

Debido a la situación planteada por el proyecto de fuga en el que podrían estar envueltos los embajadores extranjeros, ordenó el general en jefe que éstos salieran inmediatamente de Querétaro —menos Eduard von Lago de Austria—, dándoles tiempo suficiente nada más para recoger sus pertenencias de los mesones en los que estaban hospedados desde la madrugada del día cinco de junio, en la casa de Diligencias, en la antigua mansión del marqués de la Villa del Villar (hoy Hidalgo 19 esquina con Allende), cerca de la casa que ocupaba Escobedo.

Descubierta la conspiración por la delación de Palacios, Escobedo disponía ya de la prueba deseada y decidió la expulsión inmediata de la ciudad de Querétaro de la princesa de Salm, además la de los diplomáticos De Lago, Tavera, Curtopassi, Forest y Hoorickx —como apunté líneas atrás—, con la amenaza de que si volvían a esta ciudad en menos de una semana, serían fusilados;[49] ellos fueron enviados a Tacubaya y ella a San Luis Potosí. A Forest, ex cónsul francés en Mazatlán, Escobedo lo corrió de su despacho a portazos secos y negándole el plazo de dos horas para partir: para él era la orden de partir inmediatamente.[50] A los ministros europeos siquiera les dejaron sacar sus cosas del hotel de las Diligencias, pero a ella, Escobedo le dio un trato muy poco cortés al sentirse engañado y se negó a recibirla y le prohibió que se despidiera del monarca en desgracia y ni sus cosas le dejaban sacar hasta que un escolta se portó flexible y la acompañó hasta sus dos habitaciones para vigilarla y ayudarla con su equipaje —del que se cayó un frasco con esencia de rosas, la cual se esparció por toda la casa— y subirla a un coche de caballos propiedad de don Bernabé Loyola. Ya despidiéndose de su anfitriona, la Salm recibió un mensaje del general en jefe para que pasara

[49] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 195.

[50] Fuentes Mares, *Juárez, el Imperio y la República*, México, Grijalbo, 1983, p. 218.

a verlo, pero ella, sintiéndose indignada, ignoró al norteño y se dirigió al norte de la ciudad donde abordó una diligencia que partió a San Luis Potosí por la Calle Real de San Pablo, después de escribir una carta a su esposo. Antes de tomar camino hacia San Pablo, ordenó al cochero que la llevara a la casa de Bernabé Loyola, y al llegar allí se bajó del vehículo y se le quedó mirando al hacendado liberal algunos minutos, el cual estaba en su balcón. "Como era muy astuta, yo no sé qué comprendió en mis ojos, pero me saludó y volviendo a subir al coche desapareció" —refiere don Bernabé Loyola.[51] Esta señora iba decidida a obtener el perdón de Juárez para el Habsburgo. Era pura novela por lo que hacía y escribía, que posteriormente publicaría a modo de "memorias". Todos los extranjeros que se encontraban en la ciudad fueron buscados y a muchos de ellos se les hizo prisioneros para interrogarlos sobre la tan comentada fuga. Los que no se presentaran en el cuartel general en un plazo de 24 horas serían severamente castigados.[52] Esa tarde, el general en jefe mandó traer a su cuartel general urgentemente al liberal hacendado Bernabé Loyola, a quien a menudo invitaba a comer, y éste encontró muy nervioso y molesto al norteño de Galeana por aquello de la presunta fuga de Maximiliano, con la ayuda de ministros extranjeros y de la princesa de Salm. Después de los alimentos acudieron en coche a la hacienda de San Juanico, a donde Escobedo pensaba trasladar a los tres ilustres prisioneros, atendiendo la petición de los médicos, de asignarle un lugar más ventilado a Maximiliano, mas, encontrando la finca toda dañada por el ataque y destrucción del 22 de marzo, pareció titubear diciendo al liberal propietario: "Nunca hubiera yo imaginado una destrucción tan completa, una ruina tan espantosa". Sin embargo, insistió en pasar a la citada hacienda a sus notables reos arreglando puertas y ventanas, pero al final desistió de tal proyecto por el inconveniente para notificar

[51] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 220.
[52] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 195.

y llevar a cabo las diligencias del juicio.[53] A este argumento habría que sumar que, un lugar tan alejado de la ciudad, a dos kilómetros aproximadamente, sería más difícil de vigilar.

Don Bernabé contó al diario *El Sol* que "en los momentos del consejo [de guerra], todo lo olvidé: las persecuciones, las pérdidas de dinero, los malos tratos, el hambre, los encarcelamientos, todo cuanto había pasado durante el sitio. Todo se me borró de la memoria, porque no pensé más que en la desgraciada suerte de Maximiliano y en la de sus generales Miramón y Mejía".[54]

Hilarión Frías y Soto se refirió a Maximiliano y aliados en estos términos:

> El pobre rey destronado se hacía muchas ilusiones, y con él todos los que estaban a su alrededor. Y una de esas ilusiones fue la de que se podía realizar la fuga proyectada. Ésta sólo ha merecido el desprecio de los que conocen todos los detalles de este incidente. La señora de Salm era el alma de aquella conspiración, en la cual entraron sin duda los adictos que tenía el prisionero en torno suyo, los ministros extranjeros y algunos agentes secundarios de poco valer. Y en efecto, con esa ligereza peculiar a la mujer, la señora de Salm llegó a disponer caballos para los fugitivos cuando aún no se había dispuesto la manera de que éstos salieran de sus calabozos. Porque varios jefes militares la galanteaban con buenas palabras, ella dio por realizado el plan y así continuó con sus trabajos. Éstos, como partían de una ilusión, tuvieron que estrellarse… El regio prisionero es otra cosa; es un alma tan noble y de un temple tan recto… Yo fui el primero que pedí en "La Sombra de Arteaga" el perdón para los reos.[55]

Este detalle de don Hilarión Frías y Soto, sobresaliente republicano, se corrió por todo Querétaro, al grado que José Luis Blasio, secretario particular imperial y ahora preso en Tere-

[53] *El sitio de Querétaro*, *op. cit.*, pp. 213-214.
[54] *Ibidem*, pp. 213-214.
[55] Hilarión Frías y Soto, *Rectificaciones a las memorias…*, *op. cit.*, pp. 452-454.

sitas, agradeció[56] el gesto generoso y civilizado de quien no quiere ver a sus vencidos adversarios políticos en la hoguera o en el paredón.

Trasladaron a Teresitas nuevamente a algunos jefes y oficiales, entre los que se cuenta a Félix de Salm, a quien incomunicaron rigurosamente en otra celda por haber participado en el proyecto de fuga. Maximiliano y Miramón tienen una amplia conversación sobre los acontecimientos del día y no ven más que nubarrones en su horizonte personal inmediato, pues están ciertos de que se les condenará a muerte. El Macabeo recuerda con ternura el folletinesco plan de fuga alterno que su esposa presentó para que él huyera a través de una cuerda por la azotea de Capuchinas o el de escaparse disfrazado de mujer con un vestido ampón de matrona mexicana. "En don Miguel Miramón nunca se vio la hipocresía del traidor sino la enemistad franca del que defiende sus ideas",[57] dijo Fuentes Mares.

Allá en el Teatro Iturbide, en ese 14 de junio de 1867, alrededor de las doce y media del día, terminó la lectura del proceso que inició a las ocho de la mañana, en que el fiscal pidió la pena de muerte para los tres inculpados. ¡La presencia de Juárez se sentía en la sala![58] Los defensores replicaron llamando infame[59] al fiscal por haber depositado hasta ese mismo día dos cuadernillos más de acusaciones y pruebas en contra de sus defendidos que no constaban en el interrogatorio, y el consejo de guerra pasó a deliberar a puerta cerrada, terminando a las once y media de la noche: la sentencia fue condenatoria por unanimidad ¡pena de muerte! Según la legislación de 1862, la resolución sólo podía ser o absolutoria o de pena máxima, nada de prisión perpetua o destierro. Otra vez, Escobedo da muestras de desconfianza en la capacidad de juicio de sus novatos capitanes que integran el consejo marcial y pone el expe-

56 José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 400.
57 José Fuentes Mares, citando al defensor Moreno en su obra *Miramón el Hombre*, *op. cit.*, p. 240.
58 *Ibidem*, p. 243.
59 José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, pp. 194-195.

diente en manos de su asesor jurídico Escoto para que rinda un dictamen u opinión.[60] Dice el doctor Ratz que la ley del 25 de enero de 1862 permitía la figura del asesor jurídico para los miembros del consejo de guerra y que éstos, en el caso que nos ocupa, al no tener conocimientos jurídicos, se limitaron a copiar con algunas variantes un texto que les preparó Escoto para la hora de otorgar su voto particular.[61] Sólo el periodista queretano, Luciano Frías y Soto, fue "al parecer el único periodista mexicano que asistió al proceso como testigo presencial" y por ello publicó en su periódico *La Sombra de Arteaga* un reportaje sobre el proceso. Por cierto que su rotativo estaba en los sótanos del ex convento de San Antonio.[62]

Al terminar su trabajo el asesor jurídico, don Mariano transmitió la resolución condenatoria por vía telegráfica al gobierno federal, residente en San Luis Potosí, a donde precisamente sale un propio con cartas de Miramón para Sebastián Lerdo de Tejada con objeto de lograr algo favorable para su causa. La guardia de caballería asentada en Capuchinas hizo un infernal ruido con su chocar de tacones y sables y por lo mismo no dejaron conciliar el sueño a Maximiliano y a Mejía que siguieron muy enfermos: el primero de una diarrea consecutiva causada por una disentería agudísima y grave; mientras que el segundo seguía sufriendo fiebres reumáticas severas.

Allá en la capital tunera, Lerdo de Tejada le contestó a los defensores Martínez de la Torre y Riva Palacio: "Ahora o nunca podrá la República consolidarse". Lerdo de Tejada escribió a su amada Antonia Revilla, la de Chihuahua: "De los aprehendidos el que tiene más a su favor es Mejía. Siempre ha sido leal a su bandera y nunca ha sido sanguinario…" Al hermano de Concha Lombardo, Alberto, don Sebastián nada más le dijo: "Muchachito, vaya usted a consolar a su hermana porque el día en que tomamos preso a Miramón lo condenamos a muerte".[63]

[60] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 220.
[61] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 305.
[62] *Ibidem*, p. 308.
[63] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 246.

Don Miguel se dedicó entonces a leer *De Imitationes Christi*, el consolador libro de Tomás de Kempis.

En la capital del país, Ramírez de Arellano llega por fin hasta Márquez al que le habla de manera confidencial sobre lo que pasó en Querétaro y ambos acuerdan seguir mintiendo al pueblo chilango sobre la suerte del pseudoimperio y el iluso emperador.

El viernes 15 de junio, a las diez de la mañana, el coronel Villanueva y el médico Rivadeneira sacaron a Basch de su encierro y lo llevaron ante Escobedo, el cual le otorgó permiso para volver a Capuchinas al lado de su paciente, no sin antes decirle: "Ya conozco los antecedentes de Ud., y le hago responsable de cuanto pueda suceder con Maximiliano; y a Ud. es a quien mandaré colgar primero", a lo que el germano contestó: "Señor, haga Ud. lo que le parezca".[64] El desgraciado príncipe recibió a don Samuel con sorpresa, ya que había recibido falsas noticias de que lo habían trasladado a San Luis Potosí. Aclarado el punto, le encargó el austriaco al germano, una vez más, que el testamento se hiciera válido aunque Lago lo haya dejado a medias. En eso estaban cuando el coronel Julio María Cervantes, comandante militar de la plaza, visita al ilustre prisionero, sumándose de manera inesperada Tomás Mejía quien —en complicidad con Miramón— sin más preámbulo le da la noticia de que la princesa Carlota Amalia había muerto en Europa. Con estoicismo recibió la fatal nueva Maximiliano y sólo afirmó: "un vínculo menos en la vida", y de inmediato continuó dictando una carta dirigida a Lago, en cuya posdata agrega: "En este momento acabo de saber que mi pobre esposa dejó por fin de penar; esta noticia, aunque me ha afligido profundamente, por otro lado me sirve de infinito consuelo en estos momentos". Y sí, cesaba la angustia por la suerte que correría Carlota, viuda y privada de la razón. Al poco rato llegó un ayudante de Escobedo para saber si el príncipe había sido ya notificado de la infausta noticia. Esto quiere decir que la falsa

[64] Samuel Basch, *op. cit.*, pp. 277 y 278.

información —de buena o mala fe— le llegó a Mejía por voz de los republicanos. Con serenidad, los tres presos esperaban la publicación de la sentencia que ya conocían y Maximiliano se dedicó el resto del día a dictar a Basch cartas de despedida para familiares y amigos estando presentes los criados Grill y Tüdös. A mediodía llegó el padre Soria y Breña, quien venía recomendado por el abogado Vázquez; sin embargo, Maximiliano no se confesó con él inmediatamente, ya que aseguró a Basch: “Yo no me confieso indistintamente con cualquier sacerdote y he mandado llamar al padre para ver si estamos de acuerdo acerca de algunos puntos preliminares”.[65]



Carlota Amalia de Saxe Coburgo, 1865, Óleo sobre tela, Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, Secretaría de Cultura.

Tanto en la capital tunera como en Querétaro continuó la lucha jurídica por salvar la piel de los condenados a muerte, y los defensores de éstos presentaron un largo escrito donde re-

[65] *Ibidem*, p. 279.

cusaron el nombramiento de Joaquín M. Escoto como asesor del juicio cuando ya había sido asesor de la instrucción, y eso les parecía que lo hacía juez y parte, contraviniendo uno de los principios generales más sagrados del Derecho. Al transmitir el fiscal Azpíroz su sentir a Escobedo respecto de la recusación y externar que tienen razón los defensores en su argumentación, Mariano Escobedo declara que no ha lugar a un nuevo nombramiento de asesor y se enoja con Azpíroz al que remueve de su cargo sin más explicaciones que el de haberse puesto del lado contrario. ¡Qué imparcial y objetivo era el norteño! El nuevo fiscal de la causa será de hoy en adelante Refugio González acompañado del sargento segundo de ambulancia Félix Dávila como escribano.[66] Con agradable ironía escribe Ratz: "Quizá en previsión del impacto psicológico de esta noticia [de la sentencia de muerte] en los reos, [se] nombró como nuevo escribano a Félix Dávila, segundo cabo sanitario.[67] Dice Ratz también que el mismo Azpíroz quiso desatenderse voluntariamente del cargo de fiscal si la sentencia era la pena de muerte para el archiduque, con el que había tenido una relación muy humana y al que no le podía notificar personalmente una cosa así, y que esto ya había sido hablado con Escobedo, lo mismo que la dimisión de los escribanos Meléndez y Cortés que también estaban agotados por tan intenso trabajo.[68] La primera actuación de Cuco González, cuñado de Vicente Licea, es la de declarar terminado el juicio, para lo cual acepta la opinión del asesor, por lo que se deberá notificar formalmente la sentencia a los defensores y acusados; no siendo encontrados los primeros, tampoco se les notifica a los segundos por razones que se ignoran.

El gobierno juarista había sopesado diversas hipótesis sobre el qué hacer con los enjuiciados y escogió la más terrible de las responsabilidades: la de la sangre. "No pensó en matar

[66] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *op. cit.*, p. 197.

[67] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 311.

[68] *Ibidem*, pp. 310 y 311.

al emperador y sus generales, sino romper con la bandera de la guerra civil. Y la sentencia de muerte quedó ratificada, no en nombre de la vindicta nacional, sino en pro de la conveniencia pública…La bella heroína de todo ese drama era la República",[69] a decir de Hilarión Frías y Soto.

Maximiliano acudió a la celda de Miramón, y delante de doña Concha le participó del fallecimiento de Carlota, por lo que ésta ya no cuidará de la señora Concepción Lombardo y sus pequeños hijos, sino que en su lugar el emperador de Austria y el rey de Bélgica se encargarán de su manutención. Se estrechó aún más la vigilancia en Capuchinas en donde Maximiliano dormirá —desde esta fecha y hasta el día 19— en compañía de su médico.

En San Luis Potosí, los abogados Riva Palacio y Martínez de la Torre —antiguos y cercanos amigos del indio de Guelatao— han presentado una brillante y extensa solicitud de indulto ante el presidente Juárez; contestó el general Ignacio Mejía, ministro de Guerra, que el indulto para Maximiliano y compañía no procedía porque no se había notificado oficialmente la sentencia. Allá en la ciudad de los palacios, *El Diario del Imperio* siguió publicando mentiras a los chilangos y capitalinos sobre un iluso triunfo del Imperio sobre la República.

El domingo 16 de junio por la mañana, Escobedo firmó la sentencia y ésta fue llevada a Capuchinas por Refugio González, su escribano, el coronel Miguel Palacios y una tropa de soldados que formaron fila delante de la celda de un pálido pero sonriente Maximiliano, el cual oyó al fiscal y, dominando sus emociones, simplemente dijo: "Estoy pronto", que en el idioma de Dante quiere decir "estoy dispuesto o listo". Miramón pidió que fuera revocada la sentencia por el ministro de Guerra. Unos guardias cruzaron sus bayonetas para impedir el paso a Concha Miramón, quien forcejea cual luchadora, y que consigue llegar hasta la celda de su cónyuge, el cual le

[69] Hilarión Frías y Soto, "Rectificación a la obra del Conde E. de Kératry", *op. cit.*, pp. 20 y 21.

dio la infausta noticia. Mejía, en cambio, simplemente tomó la pluma y sin pronunciar una sola palabra firmó. El guerrero empedernido que por fin se había enamorado y amancebado con una jovencita se despedía de este mundo casi en plena luna de miel. Se sabía desde antes que el general Escobedo le ofreció a Mejía salvar la vida por las dos ocasiones en que éste se la había salvado, pero el noble indio queretano manifestó a toda suerte de enviados republicanos que correría la misma suerte que sus compañeros de dolor. Apunta Fernando Díaz Ramírez que la esposa de Mejía rechazó cualquier ayuda proveniente de Escobedo al que consideraba el asesino de su cónyuge.[70] El mismo autor considera que don Mariano nunca tuvo el poder suficiente para salvar sin riesgos para su propia persona a Mejía, tal y como lo reconoció la esposa del mismo Escobedo de manera pública en 1891, porque así se lo había confiado el vencedor de Querétaro. Sin embargo, el general Amado Aguirre escribió que a las doce de la noche de ese día, Escobedo fue a Capuchinas con el objeto de pagar la deuda que tenía pendiente con Mejía al ser capturado en Río Verde por el coronel Tinajero años atrás, en 1863, y en donde don Tomás Mejía le facilitó la fuga con todo y sus ayudantes. De igual modo pues, dice Amado Aguirre que Escobedo dijo al sentenciado: "… abajo en la puerta del cuartel está un caballo ensillado que me permito regalarle, con dos ayudantes y una escolta para que le conduzca a usted a la sierra de Querétaro, donde sus familiares lo esperarán sin duda para vivir tranquilo, y con lo cual dejo saldada una deuda sagrada de gratitud que conservaba siempre para usted y que guardaré mientras viva". Sigue diciendo Aguirre que "con suma sorpresa recibió el general Mejía tan noble proposición" pero que la declinó al no contemplarse en la fuga a Miramón y a Maximiliano, y después de insistir el republicano al conservador, se estrecharon en un abrazo y se despidieron ambos con los ojos rasados por las lágrimas, no sin

[70] Fernando Díaz Ramírez, *La vida heroica del General Tomás Mejía*, México, Jus, 1970, pp. 140-141.

antes pedir el bravo serrano por su esposa y un pequeño hijo, a lo que el jefe republicano accedió y juró solemnemente encargarse de ello, gestión que apoyaron el ministro de la Guerra y el mismísimo Juárez, a decir de Aguirre.[71] El mismo autor profundiza en dicho pasaje y nos relata que Juárez reaccionó ante aquella negativa heroica y temeraria de esta manera:

> No me extraña la respuesta del señor Mejía; no podía esperarse otra cosa de él, porque es de nuestra raza, y especialmente de la mía. Eso no lo habrían hecho los blancos del otro lado del mar. Debemos lamentar la pérdida de un hombre como ese, que pudo haber hecho mucho a favor de la patria, si sus malos consejeros no lo hubieran hecho volver de Arroyo Zarco, cuando en 1862 iba a presentárseme a México para ofrecer sus servicios en bien de la nación. Sírvase usted, señor ministro, decir al señor general Escobedo, que lamento sobremanera el mal resultado de sus nobles gestiones, aprobando su noble oferta al señor Mejía, a la cual me adhiero en todas sus partes, en lo que se refiere a velar por su familia.[72]

A Concha Lombardo le daba pena la soledad del Habsburgo, al que fueron a visitar ella y su marido a su celda, presentándose a sus ojos tan pálido como un muerto y lamentando no tener a nadie que pudiera encargarse de su cadáver. Al ver a la matrona, Maximiliano le tendió la mano y le aseguró que la casa imperial de Austria vería por el futuro de ella y de sus hijos. Asimismo, entre los dos convencieron a la enérgica señora para que tratara de convencer a Juárez de otorgar el indulto, por lo que viajaría al otro día hacia el norte, sin saber que este incómodo viaje fue planeado por su esposo para evitarle el dolor de contemplar el cruento sacrificio del que iba a ser sujeto.

Se corrió la noticia de que ese mismo día, a las tres de la tarde —como Cristo—, sería la ejecución de la sentencia,

[71] Amado Aguirre, “Episodio histórico entre los Generales Don Mariano Escobedo y Don Tomas Mejía”, ocurrido en Querétaro en junio de 1867, en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano…*, *op. cit.*, pp. 187-188.

[72] *Ibidem*, pp. 188-189.

aunque erróneamente estaba señalada para las dieciocho horas por culpa del telegrafista que inicialmente había enviado el telegrama. El jefe de Telégrafos de San Luis Potosí encontró al barón de Magnus en la calle y le comunicó lo anterior (que realmente era a las quince horas), por lo que raudo y veloz, el plenipotenciario alemán, junto con los dos defensores del Habsburgo, redacta una elocuente y larga carta de súplica en que solicita el indulto o, cuando menos, una prórroga de tres días con el objeto de que Maximiliano tuviera tiempo de disponer instrucciones para su familia, y la entrega en el despacho de Lerdo de Tejada. Todo esto de las negociaciones de Magnus para lograr una prórroga no se sabía en Querétaro. Después de tres cuartos de hora de consultar con Benito Juárez la petición de don Antón von de Magnus, don Sebastián contestó a los interesados que la ejecución de los tres sentenciados y condenados sería la mañana del miércoles 19 de junio. Ante la negativa del indulto, Martínez de la Torre y Riva Palacio se dirigieron por vía telegráfica al gobierno de Estados Unidos para que interviniera, con ayuda de potencias europeas, en favor del desgraciado príncipe, no obtuvieron al final ninguna ayuda efectiva, sólo una débil comunicación del secretario de Estado estadunidense enviada a Juárez sin comprometerse para nada.

Después de una larga meditación en el cuartel general, se señala al Cerro de las Campanas como el lugar del fusilamiento, y se dispone el envío de tropas suficientes para formar un amplio cuadro al sitio de la ejecución. En la celda de Miramón, a la una de la tarde, el padre Soria celebró una misa junto con otros sacerdotes —que se mostraron consternados y temblorosos— y dio la comunión a los condenados a muerte, concediéndoles indulgencias para la hora final.

A las doce del día, en el convento de Teresitas, un oficial entró a la celda de José Luis Blasio, antiguo secretario del monarca, y le dijo que lo siguiera por órdenes de Escobedo. En el pórtico conventual lo esperaba una escolta de ocho hombres que lo condujeron por el centro de las calles hasta Capuchinas donde

fue enterado por su jefe que él mismo [Maximiliano] le pidió al general en jefe que lo llevaran a su presencia para dictarle las últimas cartas, entre ellas, una a la princesa Alicia de Iturbide, con la que había un litigio pendiente. Dice Blasio que la celda "era muy estrecha [y] la famosa cama de latón, una mesa, un lavabo y dos o tres sillas componían el mobiliario de la última morada imperial".[73] El fiel secretario vio con enojo a un lépero oficialillo que custodiaba la puerta de la celda con las piernas indolentemente estiradas sin mostrar cortesía alguna cuando alguien pasaba, ni con Maximiliano siquiera. Cuenta Blasio que Grill lloraba en la celda de al lado y que él mismo sollozó, a lo que el austriaco los increpó porque en nada ayudaban en darle la fortaleza necesaria para afrontar con aplomo su destino. Además le dijo a su noble secretario que lo de las cartas era un pretexto nada más para verlo y despedirse de él y comentarle que lo había recomendado a la familia imperial austriaca para que le procuraran ayuda y empleo. Que, en todo caso, las cartas las habría podido dictar a Basch.

Afuera de Capuchinas esperaban las tropas que conducirían a los reos al patíbulo, y Maximiliano en su celda seguía dictando a Blasio y a Basch correspondencia dirigida, entre otros, a Carlos Rubio, al que le pide dinero para el embalsamamiento y traslado de su cadáver a Europa y que éste fuera sepultado junto al de la princesa Carlota, además de pagar sueldos y viáticos para Basch y los dos criados extranjeros. Estas trágicas previsiones que el archiduque dictó a Blasio sobraban, ya que el gobierno mexicano las había tomado en cuenta para costearlas por su cuenta.[74] En esos momentos entraron al aposento el coronel Palacios y el teniente coronel Margáin, a los cuales el archiduque les agradeció las atenciones recibidas y les entregó una bolsa con cinco onzas de oro para que se repartieran entre los soldados que debían fusilarlo. Al quedar solos nuevamente, Maximiliano entregó a Blasio una pequeña cartera,

[73] José Luis Blasio, *op. cit.*, pp. 395-397.
[74] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 313.

autografiada con lápiz con la fecha del 16 de junio de 1867 y éste la recibió con veneración y se despidieron abrazándose dos veces, pecho con pecho, y el escribano sintió entonces una lágrima ardiente en su mano. ¡No pudo más y se retiró llorando como un loco atravesando los patios y pasillos de Capuchinas, literalmente atestados de tropa, saliendo a la calle a las doce y pico y dirigiéndose en medio de su escolta hasta su celda en Teresitas donde sollozó por otras dos horas hasta que un centinela se apiadó de su dolor y le comentó del aplazamiento de la ejecución de la sentencia![75] Todavía le dice Maximiliano a su médico que "…esto de morir es mucho más fácil de lo que yo me había figurado. Me hallo completamente dispuesto".[76]



Maximiliano, 1865, Ramón Pérez, Óleo sobre tela, Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec, CNCA-INAH.

Cuando faltan sólo quince minutos para las tres de la tarde y Maximiliano se despide de sus criados, quienes llorando le besan las manos, entregó su anillo nupcial a Basch y le hizo la encomienda de hablar pormenorizadamente con sus padres

[75] José Luis Blasio, *op. cit.*, pp. 397-399.
[76] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 280.

y parientes del Sitio de Querétaro y de sus últimos días, además, decirle a su madre que murió como buen cristiano. Se acercó llorando y pidiendo disculpas el oficial designado para mandar el piquete de fusilamiento, y el rubio respondió: "Es usted soldado, tiene que cumplir con su deber". Dieron las tres y nadie se presentaba para llevar a los reos al suplicio, y así dieron las cuatro de la tarde con Maximiliano conversando con los sacerdotes y los abogados Vázquez y Ortega, mientras que sus dos compañeros de infortunio mataban el tiempo leyendo en sus devocionarios o hablando con los sacerdotes que los asistían. Contemplando el cálido y hermoso día queretano, Maximiliano afirmó: "Siempre he deseado morir en un día hermoso, al menos este anhelo mío se ha cumplido".[77] Pues no se le va a cumplir tal deseo porque desde San Luis Potosí ha llegado a las dos de la tarde[78] un telegrama que ha convertido al cuartel general de Mariano Escobedo en un panal. Estaba Maximiliano despidiéndose, de una manera conmovedora, de sus criados cuando entraron en su celda el coronel Palacios, el nuevo fiscal y su escribano para notificarle la prórroga para el día 19 de junio,[79] lo mismo que a sus generales. El Habsburgo se mostró contrariado con el aplazamiento de su muerte y dijo: "Lo siento, a estas horas ya me había yo despedido completamente de este mundo. Es una crueldad, ya me había resignado a morir".[80] Al hacérsele notar que la prórroga pudiera traer un plus como el indulto o perdón por la presión de las potencias europeas, afirmó: "Que hagan lo que gusten; yo no pertenezco a este mundo".[81] Miramón es más agradecido con Dios al saber la noticia y decidió esperar con cierta ilusión los días por venir, aunque dijo: "Nos van a matar dos veces". Y así se separó

[77] *Ibidem*, p. 281.
[78] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 317.
[79] Basch incurre en el error de afirmar que era para "el sábado 19 de junio". Ya no sabía en qué día vivía el intrigoso galeno.
[80] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 320.
[81] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 282.

de Concha, el amor de su vida, con quien compartió ocho años y medio de un amor inmenso en medio de la guerra.

Cuando se recibió el telegrama que comunicaba la prórroga, Escobedo no estaba en el cuartel general porque quería observar con catalejos el fusilamiento desde el valle de El Pueblito, así que el abogado asesor Escoto lo descifró y quedó perplejo: ¡Cómo detener los preparativos en curso! A él y al coronel Juan Soria se les iluminó el entendimiento y mandaron decir a Palacios que no condujera a los reos al patíbulo, así que ordenaron a un mensajero cabalgar hasta El Pueblito para que llevara la noticia al general Escobedo, el cual confirmó la suspensión. ¡Esta prórroga fue más un nuevo castigo a los condenados que una última gracia, pues permitió prolongar todavía su suplicio durante más de sesenta horas![82]

Los cuatro mil soldados de la tropa asignada al fusilamiento fueron retirados del siniestro cerrillo de Las Campanas y la ciudad quedó en silencio mucho antes de que cayera la noche. Maximiliano todavía le escribió a su amiguísimo del alma, el conde Bombelles, con quien, dicen las malas lenguas,[83] sostenía una relación más allá de lo normal. Ahora el abatido era el padre Soria y no Maximiliano, el cual consoló al virtuoso vicario y abogado queretano, el que no dejará de asistir a Capuchinas de aquí y hasta la hora y día del sacrificio.

En San Luis Potosí continuaron Magnus, Salm y los abogados defensores intentando el indulto negado "por oponerse a este acto de clemencia las más graves consideraciones de justicia y de necesidad de asegurar la paz de la nación." Al saber esto, Magnus salió rumbo a Querétaro a las doce de la noche esperando llegar en doce horas a esta ciudad para estar cerca de su amado amigo. En Tacubaya, el barón De Lago escribió a Khevenhuller, que peleaba al lado de Márquez, y le contó todo lo que verdaderamente sucedió en Querétaro; asimismo, se dirigió a Porfirio Díaz para pedirle que les hiciera saber a los

[82] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 193.
[83] José Manuel Villalpando, *Yo Emperador*, México, Planeta, 2004, p. 69.

soldados austriacos que ya no tenían por qué pelear en México y que era mejor que salieran a reunirse con sus demás compatriotas que estuvieran listos para embarcarse hacia su tierra.

El lunes 17 de junio, Maximiliano redactó una comunicación a los generales y jefes de alta graduación, presos en otros sitios dentro de la misma ciudad, agradeciéndoles su lealtad. Esa jornada transcurrió pesada y lenta para los ilustres prisioneros, lo mejor que podían hacer era arreglar las cosas del espíritu que tenían pendientes. Dictó el rubio a Basch una carta dirigida a su madre, la archiduquesa Sofía, a quien le pidió por la señora Lombardo de Miramón y sus hijos. En el Cerro de las Campanas se podía observar a vecinos morbosos que habían acudido a ver el lugar donde serían ejecutados los ilustres imperialistas, no faltando los ventajosos, que hasta cosas para la vendimia llevaron. En el interior de la ciudad se veían las calles desiertas, como en un gran duelo por el devaluado monarca al que las féminas y chiquillada queretanas recuerdan con simpatía por sus galantes y caballerescos detalles. Doña Concha de Miramón fue acompañada en su aventura ante Juárez por el abogado Jáuregui en un guayín que lograron conseguir para no viajar en las incómodas diligencias.

Para colmo de males, el telégrafo se interrumpió en Querétaro por un desperfecto serio y fue preciso utilizar el de San Miguel Allende (de Tacubaya a San Juan del Río llegaba solamente el telégrafo, así que los mensajes urgentes entre Escobedo y Porfirio Díaz eran puestos en el teletipo una vez que los llamados *propios* recorrían una distancia de 58 kilómetros), donde a cada momento se enviaban mensajeros particulares y oficiales para no perder el contacto con San Luis Potosí, donde Salm ya consiguió hablar y amenazar al licenciado José María Iglesias con la puntada de que el presidente estadunidense Johnson es "su muy buen amigo" y al que le dirá de los malos tratos recibidos por ella y la falta de indulgencia para con Maximiliano. Más tarde sería recibida por el mismo Juárez, quien le reiteró la negativa al perdón y aparte le impidió regre-

sar a Querétaro, con la solemne promesa de que a su marido Félix de Salm Salm no le pasaría nada.

A Juárez nada le costaba haberse acercado a la capital del país llegando a Querétaro después de la toma de la ciudad, sucedida el 15 de mayo, pero sabía que hubiese sido muy incómodo estar cerca del teatro de trágicos acontecimientos como el juicio y la ejecución de tan altos personajes, además de ser molestado con súplicas de perdón de una manera tan inmediata. De por sí en San Luis Potosí, a 200 kilómetros de distancia de la Jerusalén de América, no se daba tiempo para atender a lloronas; menos tranquilidad iba a tener en el mismísimo escenario de la tragicomedia. Esto se reafirma con el telegrama múltiple que le mandaron en esa fecha, desde San Miguel de Allende, decenas de encopetadas damas queretanas que le pedían salvar la vida del rubio.[84] ¡Mujeres malinchistas! ¿Por qué no le pidieron también por el chaparrito mestizo Miramón y por el viejo indio Mejía?

Durante ese día 17 de junio Maximiliano se abrió de capa ante Miramón y le manifestó: "Qué tarde le conocí a usted". El Macabeo, conmovido, se retira a su celda y le dice a su confesor Pedro Ladrón de Guevara: "Padre, es cierto; si el Emperador me hubiera creído; si me hubiera dado toda su confianza él no muere en el cadalso, el Imperio no cae y la suerte de la patria sería otra..."[85] En el claustro de las Capuchinas sólo se escuchaban el cambio de guardia y el grito de alerta, mientras que los condenados dormían tranquilamente, sin haber recibido el anuncio salvador que esperaban. Blasio sigue intentando inútilmente que lo dejen ir a Capuchinas a servir a su jefe... ¡Nunca más lo volvería a ver!

El martes 18 de junio, el abogado Vázquez llevó a la celda de Maximiliano la contestación de los generales y jefes encerrados en Teresitas, quienes se solidarizaron con su ex jefe y "se apuntaron para verse con él en el cielo". Al mediodía se

[84] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro...*, *op. cit.*, p. 205.
[85] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 255.

presentaron en Capuchinas el barón de Magnus y el vicecónsul de Hamburgo, Bahnsen, quienes habían llegado de San Luis en la madrugada, acompañados del médico alemán Szanger, quien estaba preparado para auxiliar en el embalsamamiento si Basch continuaba preso.[86] Eran realistas estos europeos, no como otros. El príncipe austriaco y Basch entregaron papeles importantes al abogado Jesús María Vázquez para que los salvaguardara hasta después de la ejecución y fueran entregados por el intrigoso Basch a la familia de Fernando Maximiliano. Éste, en una carta de su puño y letra, dio las gracias a sus abogados defensores por su "perseverancia y energía" y dirigió un telegrama al gobierno en el que pidió se perdonara la vida de sus dos generales, Mejía y Miramón, "para que yo sea la única víctima, que es lo que pedí desde que caí prisionero".[87]

Enseguida, Maximiliano escribió una carta al impasible Juárez que fechó en día 19 de junio porque, según él, debía enviársele ese día, es decir, al día siguiente, la cual, entre otras cosas, decía lo siguiente: "A punto de sufrir la muerte por haber querido hacer la prueba de si con nuevas instituciones políticas era posible poner término a la guerra civil, que desde hace tantos años aflige a este desventurado país; afronto con gusto la pérdida de la vida, si este sacrificio mío puede contribuir a la paz y a la prosperidad de mi nueva patria. Pero persuadido profundamente de que nada duradero podrá fundarse sobre una tierra empapada en sangre y sacudida por fuertes conmociones, os conjuro de la manera más solemne, y con la sinceridad propia del momento en que me hallo, a que mi sangre sea la última que se derrame; así como también, a que consagréis aquella perseverancia que condujo vuestra causa a la victoria, y que en mis días de fortuna supe conocer y apreciar en vos, al noble fin de conciliar los ánimos, y de procurar una vez a este

[86] Samuel Basch, *op. cit.*, pp. 283 y 284.
[87] *Ibidem*, p. 284.

desgraciado país la paz y la tranquilidad fundadas sobre bases firmes y estables”.[88]



Retrato del emperador Maximiliano, G. Rodríguez, en Advenimiento de SS. MM. II. Maximiliano y Carlota al trono de México, 1864, Colección Centro de Estudios de Historia de México Carso.

El Habsburgo recibió al canónigo Pedro Ladrón de Guevara, cura de catedral, y se confesó. Después entró al aposento el ilustre sacerdote Manuel Soria y Breña, quien le llevó el borrador de una carta que el prisionero quería enviar al papa Pío IX, a quien por este medio le pidió perdón y que lo lle-

[88] *Idem.*

vara en sus oraciones para que su alma encontrara la paz,[89] documento cuyo original rescató en el Archivo Vaticano en el 2014 el embajador de México en El Vaticano, Mariano Palacios Alcocer. El canónigo Soria también recibió el encargo de solicitar a Escobedo autorización para celebrar una misa mañana antes del fusilamiento, a lo que éste accedió siempre y cuando fuera oficiada a las cinco de la mañana. Eran cerca de las tres de la tarde de ese martes 18 de junio en Capuchinas cuando el coronel Palacios interrumpió el coloquio entre Maximiliano, Magnus, Basch y el coronel Villanueva; el recién llegado se dirigió a los dos alemanes y les dijo que era preciso que el archiduque se entendiese personalmente con el general Escobedo para las disposiciones concernientes a su cadáver. Al saber Maximiliano lo anterior dijo: "Esto sí que es indecente", por lo que Basch dictó una carta al coronel Villanueva —que sabía alemán— en la que el austriaco comunicó su deseo de que su cuerpo fuera entregado a Magnus y al propio Basch para transportarlo a Europa. Miramón recibió un telegrama de despedida de su esposa y otro de la asociación gregoriana, de corte militar. A las cinco de la tarde llegó contestación de San Luis Potosí negando la solicitud al príncipe de Habsburgo en la que solicitaba gracia para El Macabeo y para Papá Tomasito. A las veinte horas Maximiliano se metió en cama quedándose solamente Basch en el aposento, a donde llegó el coronel Palacios —como a las nueve de la noche— a decirle al condenado que Escobedo aprobaba la que sería su última voluntad respecto de su cadáver.[90] A las once y media alguien se metió a la habitación del archiduque: era Rivadeneira que iba de parte de Escobedo, el que estaba afuera en el pasillo. Maximiliano encendió la luz, preguntó el motivo de la visita e hizo entrar a Escobedo y retirarse a los dos médicos. Después de que el sentenciado le regaló un retrato suyo autografiado al neoleonés, la última cita duró poco. Dice Basch que Maximiliano

[89] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 207.
[90] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 285.

masculló: "Escobedo vino a despedirse de mí. ¡Vaya! De mejor gana hubiera yo seguido durmiendo".[91] Maximiliano apagó la luz de su lámpara y después de una hora por fin durmió, con una respiración sosegada, la que sería su última noche en este plano del universo… El doctor Basch le suministraba dosis grandes de opio para atenuar sus males y se afirma que en sus últimas horas, entre el 18 y 19 de junio de 1867, estuvo completamente dopado.

Otra versión cuenta que Mariano Escobedo, el general en jefe, acudió a la celda de Mejía hasta este día 18 (y no el día 16 de junio) cerca de la medianoche y le propuso a éste que se dejara conducir a San Luis Potosí fuertemente escoltado, bajo su responsabilidad (la de Escobedo), para arreglar su situación, pero el bravo queretano se negó a tan gentil ofrecimiento si sus dos compañeros iban a ser fusilados.[92] Miramón dictó una tiernísima carta a su adorada Concha, donde además le encargaba hacerse cargo de minucias como el pago de los abogados defensores y cuidar la trenza de su madre que estaba en poder de su amigo Ordóñez. También escribió a su amigo del alma, el general Manuel Ramírez de Arellano, a quien le encargaba la formación de su hijo Miguel, quien jamás deberá tomar las armas si no es contra un enemigo extranjero. Dice Víctor Darán que Miramón nunca creyó en la clemencia de sus enemigos ni en la eficacia de los medios —jurídicos y no jurídicos— puestos en práctica para salvar su vida, disponiéndose a repartir su escaso patrimonio entre familiares y amigos: a éstos les dejó su biblioteca, a su esposa 800 pesos y a su abogado Moreno dos caballos.[93] Finalmente escribió: "Todas las puertas se han cerrado, menos las del cielo…" Durmió tres horas antes de salir al cadalso.

Mejía, por su parte, formuló un sencillo testamento en el que dejó a su joven mujer, Agustina Castro, y a su pequeño

[91] *Idem.*
[92] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 205.
[93] Víctor Darán, *op. cit.*, p. 255.

hijo, dos casas de adobe y dieciocho vacas, sus únicas propiedades. Maximiliano, sin saberlo, dejaba una loca en Miramar, Mejía un hijo en cuna y una mujer semienajenada, pero Miramón dejaba más críos y una mujer fuerte y robusta, de los cuales (sus críos) uno estaba en brazos. Cuando sus compañeros visitaban en su celda a Mejía, éste apenas respondía a medias con palabras ininteligibles, volviendo a caer en el silencioso abatimiento de los indios. Más tarde le sacarían sus trapitos a Mejía sobre un hijo bastante grandecito y una legal esposa…

Allá en el árido paisaje potosino, el presidente Juárez vivió la más agitada noche de su vida: no solamente lo incomodó la patética carta de Magnus sino que también lo cimbró de los pies a la cabeza el número infinito de cartas donde se le pedía el perdón para Maximiliano, entre ellas la de las reinas sajonas Victoria e Isabel, primas de Maximiliano, y de su suegro Leopoldo y los reyes de Suecia y Prusia.[94] Además de ver llorar al científico abogado Rafael Martínez de la Torre, todavía a altas horas tiene que soportar, conmovido, los llantos y razonamientos de Inés de Salm, la cual se arrodilló y abrazó las piernas del presidente salpicando de lágrimas el levitón de éste. A cada pedimento seguía una negativa y de manera terminante le dijo el hombre de Guelatao a la franco-canadiense: "Señora, me causa verdadero dolor verla de rodillas, mas aunque todos los reyes y reinas estuvieran en vuestro lugar, no podría perdonarle la vida; no soy yo quien se la quita, son el pueblo y la ley los que piden su muerte; si yo no hiciese la voluntad del pueblo, entonces éste le quitaría a él la vida y aún pediría la mía también".[95] Al salir la princesa todavía había en la antesala presidencial 200 señoras que iban a pedir clemencia por los tres condenados, entre ellas Concepción Lombardo, a quien el zapoteca ya no tuvo ánimos de recibir y la canalizó a Lerdo de Tejada.

94 Blanca Gutiérrez Grageda, *op. cit.*, pp. 85-86.
95 Princesa Salm Salm, *op. cit.*, pp. 164-165.



Inés Isabel Winona Leclerc Joy, princesa de Salm-Salm, Colección Gustavo Amézaga Heiras.

Entre tanto, en las tabernas de Querétaro llenas de oficiales y parroquianos del pueblo llano, se corrían apuestas y consejas. En un bar convivían unos militares exaltadamente en torno a unas botellas de "marranilla", cuando uno de ellos dio un fuerte puñetazo a la mesa y gritó: "Deberían partir el cadáver de Maximiliano y repartir sus pedazos entre todos los estados de la Federación".[96] Esta cruel afirmación se explica no solamente por los humos del alcohol sino también porque eran soldados que habían peleado ya durante 10 años y habían sufrido la pérdida de muchos seres queridos y que vieron morir boca abajo y boca arriba a miles de compañeros de armas en el campo de batalla y a decenas de amigos entrañables. Al respecto, también Porfirio Díaz se manifestó en contra de un posible indulto y dijo a sus íntimos: "Si se concede el indulto, no sé cómo voy a poder contener al ejército".[97]

[96] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 208.
[97] *Idem.*



General Porfirio Díaz Mori, Colección
Gustavo Amézaga Heiras.

Lerdo de Tejada, el cerebro del gobierno juarista, había contestado a los defensores que "El perdón a Maximiliano pudiera ser muy funesto al país, porque en lo conocido de su variable carácter, no habría gran probabilidad de que se abstuviera de toda otra seducción. ¿Quién puede asegurar que Maximiliano viviera contento en Miramar, o donde la providencia lo llevara, sin suspirar por el regreso a un país del cual se ha creído el elegido?"[98] "La amnistía a todos los traidores sería el colmo de la inmoralidad", dijeron los liberales radicales.

En el cuartel general se recibió un largo telegrama. Era de Sebastián Lerdo de Tejada y puntualizaba al detalle lo que debía hacerse con los cadáveres de los fusilados: con los de Mejía y Miramón se dejaba entera libertad para hacer con ellos lo que los deudos quisieran y, si éstos no acudían, entonces el cuartel

[98] Resumen integral de *México a través de los siglos*, *op. cit.*, p. 533.

general se haría cargo del embalsamamiento, oficios religiosos, transporte e inhumación de una manera digna. Pero en lo referente al cuerpo de Maximiliano se dieron instrucciones muy precisas de que para nada se dejara ninguno de los puntos anteriores en manos de particulares: todo debía hacerse por personal médico y militar del gobierno mexicano bajo estricta vigilancia de la autoridad. ¡De por sí que con todos esos cuidados que previó Lerdo, todavía hay un autor sensacionalista que anda escribiendo que Maximiliano no murió en Querétaro sino que huyó y fue a envejecer y a morir a Centroamérica! ¡Vaya ganas de ganar dinero a costa de escribir tonterías que los lectores no preparados en la Historia se creen a pie juntillas y luego lo andan divulgando como cosa cierta!



Sebastián Lerdo de Tejada del Corral, Ibarra y Contreras, Colección Particular.

Existe una leyenda muy queretana en torno a los auxilios esperados por los imperialistas antes y durante el Sitio. El general Tomás Mejía —Jamás Temió, como lo llamaban los serranos y citadinos— vivía con la esperanza de que llegara de la Sierra Gorda el general Rafael Olvera, oriundo de Jalpan, con miles de hombres de refuerzo y un cargamento de oro y plata.

La plata en monedas y el oro en lingotes; todo ello proveniente de las minas ubicadas en San Antonio de El Doctor, comunidad perteneciente a Cadereyta, en donde Jamás Temió gozaba de amigos generosos que no dudaron en hacer una cooperación para ayudar —no tanto al Imperio sino al amigo— y reunieron hasta 75 mil pesos en plata, algo de barras de oro y treinta mulas para el traslado. Esto, antes de finalizado el Sitio de Querétaro.



Tomás Mejía, en *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861-1867*, Madrid, 1867, Colección Centro de Estudios de Historia de México Carso.

Lejos habían quedado para Mejía aquellos días en que, gobernando su tierra natal, nombró a la Virgen de El Pueblito generala del ejército conservador, imponiéndole el bastón de mando en día legendario. Mas este amor no menguaba su apego por la Virgen de Soriano, a la que con rústicas palabras se dirigía cuando se encontraba en batalla orándole: “Madre mía de Soriano, sácame del charco”. En esos momentos se encontraba atrapado junto con un príncipe inestable que

nunca entendió que las mejores ideas para evitar el sitio o escapar de él venían de Miramón y de él —Mejía—, nunca del traidor y canalla de Leonardo Márquez. No queda nada para rescatar a Papá Tomasito —como le llamaban los indígenas serranos— más que el tesoro escondido en El Doctor, por lo que el recurso mineral empieza a salir de los escondites. Son oro y plata relucientes, puros, y en grandes cantidades. Sobre los lomos de los asnos y mulas va cayendo la preciosa carga, y se le disimula en burdos costales, revolviéndola entre el blanco maíz. Allí iban los indios de Mejía entre difíciles vericuetos, de El Doctor hasta Higuerillas, de Higuerillas a Tolimán y de Tolimán a Bernal, haciendo este extraño recorrido que pudo ser más directo por Vizarrón, y de ahí a Bernal, pero las circunstancias de la guerra así lo exigían. En este risueño pueblo fueron recibidos por el próspero comerciante don Tiburcio Ángeles, quien los atendió en el mesón de su propiedad San José (actual casa de los hijos de doña Chela Cabrera Delgado). Para Edgardo Cabrera, el tesoro fue dejado en los sótanos de la casa de don Tiburcio (hoy casa de la familia Martell Montes en la plaza principal de Bernal) y en el túnel que unía aquélla con la iglesia parroquial, no en dicho mesón.[99] Para el maestro Ramírez Álvarez, todavía pasó la recua del tesoro por el municipio de Colón, llegando hasta la hacienda de La Esperanza, antigua propiedad de doña Josefa Vergara y Hernández, benefactora de Querétaro, en donde la descarga de fusilería del Cerro de las Campanas los encontró el 19 de junio de 1867 a las siete y pico de la mañana,[100] por lo que, dolidos por considerar que el mencionado tesoro no había servido para salvar la vida de don Tomás y sus dos compañeros de armas, decidieron tirar o esconder dicha fortuna en la Peña de Bernal, concretamente en la mina denominada Chicarroma o Chica Roma, según las lenguas de la maravillosa.

[99] Edgardo Cabrera Delgado, *El tesoro del Emperador*, México, Viterbo Editorial, 2007, pp. 87-102.

[100] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Leyendas de Querétaro*, México, Editorial Ndamaxey, 1967, pp. 147-152.

Los afectos o seguidores de Mejía sentían que les quemaba las manos tal riqueza si no había servido para tan noble y alto fin. Todavía hay aventureros y gambusinos que andan en busca de la plata y el oro de Papá Tomasito.

Cadalso republicano

Con la estupenda coreografía de la ciudad de Querétaro[1] como fondo, Maximiliano —al igual que sus generales— se despertó con un toque de diana a las tres y media de la madrugada de su nuevo y último día: miércoles 19 de junio de 1867. Basch se levantó y llamó a los criados Grill y Tüdos indicándoles que prepararan la celda para la misa que había de tener lugar a las cinco, habiendo improvisado el altar días antes doña Concha de Miramón. Los sacerdotes llegaron a las cuatro de la mañana y confesaron a los penitentes; al sonar las cinco en el reloj comenzó el oficio religioso encabezado por el padre Soria y Breña, quien se notó conmovido y de vez en cuando interrumpió con sollozos la homilía. La concurrencia nada más era el médico, los dos criados, los cuatro sacerdotes y los tres condenados, quienes recibieron el viático con devoción y vestidos elegantemente de negro, solamente que Mejía se colocó debajo de su chaleco la banda azul de general divisionario. A las 5:45 de la mañana se les sirvió un desayuno

[1] Ramón Valdiosera, *Maximiliano vs. Carlota. Historia del affaire amoroso del Imperio Mexicano 1865-1927*, México, Editorial Universo México, 1980, p. 197.

que consistió en media botella de vino tinto, pollo, pan y café.[2] El gobierno puso especial empeño en que la última mesa de los presos fuera digna y decorosa. Inmediatamente después de tomar sus alimentos, Miramón escribió tres documentos donde resaltó el cierre de su *diario* y la súplica a Concha, su esposa, de que no guardara rencores para quienes le hacían tan grande mal. El indio recio de Mejía no querrá ya saber nada de las cosas de este mundo y siguió preparándose para la otra vida.

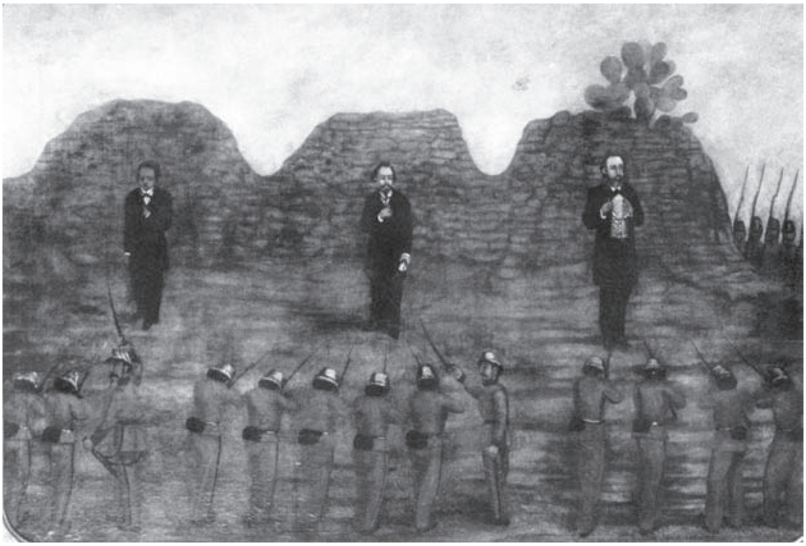


General Díaz de León, jefe de Estado Mayor de Escobedo, México, Secretaría de Cultura-INAH-Sinafo-FN.

La ciudad había despertado a las cuatro de la mañana con el ruido ensordecedor de las tropas marchando de sus cuarteles hacia el cerrillo del cadalso, al ritmo de tambores, cajas de guerra y toques de clarín. Iban a las órdenes del general Jesús Díaz de León y se integraban por cuatro mil soldados. Hacia las seis de la mañana quedó formada la tropa en el Cerro de las Campanas, incluyendo los tres pelotones de fusilamiento —uno para cada condenado— que estarán a escasos cinco pasos del paredón,

[2] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 286.

que fue hecho con los adobes que forzosamente habían fabricado los reos de las cárceles queretanas antes del sitio para construir trincheras. A esa distancia ni modo que fallaran los tiradores al mando del capitán Simón Montemayor, quien será ascendido a mayor y luego será rico terrateniente, encontrándose con la muerte a temprana edad, a los 33 años de edad.[3] Me quedo con la versión de que fueron tres pelotones, uno para cada condenado, formados cada uno por siete miembros según las fotografías del señor Aubert,[4] las cuales fueron tomadas siete días después de ocurrido el fusilamiento por orden de Escobedo. Para don Bernabé Loyola —que no fue testigo ocular del fusilamiento— sólo hubo un pelotón común para los tres ajusticiados.[5] Eran tan especiales las armas de los tiradores escogidos para la ejecución que, al terminar, en su cuartel les fueron recogidas éstas y les dieron otras de uso ordinario. Los miembros de los pelotones eran sargentos segundos.



Fusilamiento de Maximiliano y los generales Mejía y Miramón, 1867, Patricio Ramos (atribuido), Colección Daniel Liebsohn.

3 Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 329.
4 *Idem.*
5 *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 235.

En Capuchinas, Maximiliano, apurado por el capitán de Supremos Poderes, Rosendo Allende, volvió a entregar al médico Basch su anillo nupcial, que lo había unido a Carlota, le repitió los encargos y le dio también un escapulario para su madre, la archiduquesa Sofía, el que le había regalado su confesor Soria. A las seis y media de la mañana fue por los detenidos el coronel Palacios, fuertemente escoltado, y los condujo a los carruajes de sitio 10, 13[6] y 16, que habían sido alquilados por el cuartel general desde la noche anterior y que ya esperaban afuera del claustro. Antes de bajar la escalera, Miramón le preguntó a Maximiliano quién, si Mejía o él, haría el papel de Dimas y quién el del mal ladrón, llamado Gestas, a lo que el austriaco contestó: "Señor general, ya no es tiempo de chanzas, puesto que la cosa es bastante seria". Pero todavía en el corredor capuchino Maximiliano bromeó a Miramón preguntándole si le parecía bueno el traje que llevaba para el suplicio, a lo que El Macabeo contestó con una sonrisa en los labios: "Señor, como es la primera vez que me van a fusilar, no puedo decir a usted si ese traje que lleva sea adecuado al objeto". Aún tuvieron tiempo para intercambiar comentarios sobre el sentimiento que invadía al rubio imperialista el no haber conocido a fondo a Miramón y éste le reprochó en tono amistoso el que hubiera confiado más en Márquez que en él, porque de no haber sido así ahora estarían cubiertos de gloria consolidando el Imperio.[7]

Por su parte, Víctor Darán afirma que también Maximiliano le preguntó a Miramón el significado de las dianas y toques de clarín que se escuchaban hasta el corredor, a lo que éste también afirmó que no sabía por ser la primera vez que lo fusilaban. Que el abogado Eulalio Ortega fue testigo de este comentario por acompañar a la comitiva e ir dialogando con el archiduque.[8] Basch se despidió de Maximiliano en el des-

[6] Número 12 dice Bernabé Loyola al diario *El Sol*, en *ibidem*, p. 231.
[7] Amado Aguirre, *op. cit.*, pp. 189-191.
[8] Víctor Darán, *op. cit.*, p. 272.

canso de las escaleras y ahí quedó, ya no pudo más, le faltaban las fuerzas.[9]

Ocupó el carro 10 Maximiliano en compañía del padre Soria; Miramón subió al carro 16 acompañado del canónigo Pedro Ladrón de Guevara y, finalmente, Mejía ascendió al carruaje 13 en medio de los religiosos José María Ochoa y José Francisco Figueroa.[10] Se organizó la marcha con una fuerza de caballería al frente y otra posterior, que pasaron por las calles de El Placer, La Laguna, La Fábrica, San Antoñito y de El Campo (actuales Hidalgo poniente, desde Guerrero hasta Tecnológico).

Los queretanos discretos se asomaron curiosos con el rostro pintado de terror, desesperación, indignación y siempre de respeto, tras los visillos, azoteas, ventanas y balcones, pero los de clase baja se formaron atrás de la retaguardia para acompañar al fúnebre cortejo hasta el cerrillo más famoso de todo México, claro, a partir de ese día.

La mujer de Mejía, doña Agustina Castro, desmelenada y muy descompuesta trató de subir al estribo del carro que conducía a su pareja rumbo al calvario y fue arrebatada del mismo brutalmente por los guardias y atropellada por una rueda, quedando de hinojos y herida en la frente y mejillas con su hijo en brazos al tiempo que daba gritos desgarradores. Media hora[11] —acaso— tardó la lúgubre comitiva en llegar a la falda oriente del cerro de referencia; el primero en bajar fue el archiduque —que lo hace por la ventana ya que la puerta se trabó—, quien consolaba a su lloroso y presunto consolador, el padre Soria.

Miramón le dijo al padre Ladrón de Guevara que ahí estaba el cadalso y le entregó un retrato de su cónyuge y un reloj para ser dados a su amada Concha. El Macabeo tomó un crucifijo y bajó del coche, teniendo un ligero momento de indecisión, del que se recuperó rápido, para ascender la cuesta. Mejía,

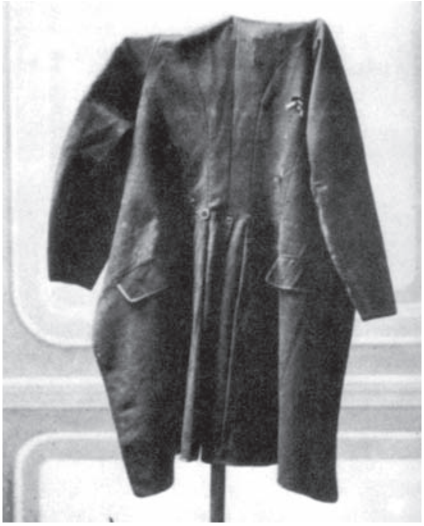
[9] Samuel Bash, *op. cit.*, p. 286.

[10] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro*..., *op. cit.*, p. 212.

[11] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 195.

sólo tuvo para dar al padre Figueroa su humilde sombrero, descendió del vehículo y con paso incierto fue cuesta arriba abrazando su crucifijo, sufriendo terriblemente por lo que ya sospechaba: que su linda y joven amasia presentaba ciertos síntomas de una incipiente locura.[12]

Maximiliano les dio ánimos con un desabrido "vamos, señores". Tras los soldados del cuadro hay solamente 50 curiosos a lo mucho: todos de clase baja, exceptuando a los parientes de los dos generales condenados, según testimonio del barón de Magnus.[13] Doña Agustina Castro siguió gritando enloquecida de dolor con su pequeño en brazos, tras la cortina militar frente al paredón, pero su marido no la escuchaba a causa del demoniaco barullo de los preparativos, y tampoco la vio por estar absorto en su diálogo con Dios, el Dios al que entregó toda su vida militar.



Levita de Maximiliano, A. Peraire.

Llegados al lugar del fusilamiento —bello circo donde el César era el que iba a morir, no un vulgar gladiador—, los tres

[12] *Ibidem*, p. 192.
[13] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 331.

sentenciados se pusieron frente a su respectivo pelotón, de espaldas al paredón, luciendo Maximiliano un faldón roto de su levita, desgarrado por un cactus. Por cierto que esta prenda de lujo le fue prestada por el rico industrial Carlos Rubio, pues el Habsburgo sólo contaba en su celda con una chaqueta de paño claro.[14] El oficial Simón Montemayor leyó una disposición que condenaba a muerte a quien se opusiera a la ejecución. Dice Bernabé Loyola que dicho oficial se acercó al príncipe para pedirle perdón por la orden que iba a ejecutar.[15] El archiduque pidió permiso y se adelantó hacia sus verdugos para dar una moneda de oro a cada uno y suplicarles que no le tiraran al rostro. Ya de nuevo en su lugar hizo una proclama en voz alta en que resaltó la libertad e independencia de México. ¡Qué desvergonzado al decir eso, siendo un intruso en los asuntos que sólo concernían a los mexicanos! Mejía repartió una sola moneda a los miembros del pelotón que lo iban a fusilar, para que fuera repartida entre ellos. Miramón sólo reparte ojos de pistola. El Macabeo sacó un papel de entre sus ropas y a viva voz lanzó un mensaje donde se deslindaba del título de traidor para él y su descendencia. El romántico de Fernando Maximiliano alzó la mirada para contemplar el cielo intensamente azul, con un sol brillantísimo, que hacía resaltar la inmensa gama de verdes de los cerros que circundaban entonces el valle de Querétaro. Extasiado por la vista y el perfume del espliego matinal, exclamó que en un día tan bello "quería morir". Dio su sombrero y pañuelo a uno de sus criados sollozantes —Tüdos, a quien le pidió dijera a su madre Sofía que "para ella fueron mis últimos pensamientos"—[16] y abrazó a sus dos generales, y les comentó: "dentro de breves instantes nos veremos en el cielo". Todavía bromeó con ellos sobre si habrían de caer de cara al sol o boca abajo. Miramón dijo que boca arriba pero Mejía pidió que no se hablara de ello.[17] En lo alto se vie-

[14] *Idem.*

[15] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 232.

[16] José Luis Blasio, *op. cit.*, p. 403.

[17] Konrad Ratz, *op. cit.*, pp. 330-331.

ron zopilotes que formaron una negra corona sobre la cabeza del Habsburgo, quien se despidió de Miramón cediéndole el lugar central y ocupando él el extremo izquierdo al tiempo que le dijo: "General, un valiente debe ser admirado hasta por los monarcas. Antes de morir quiero cederos el lugar de honor". Se dirigió a Mejía y le espetó: "lo que no se premia en la tierra lo premia Dios en la gloria". Mejía alcanzó a musitar "Madre Santísima".[18] Dice Agustín Rivera que "Mejía fue tan avaro de sus palabras como el rico de su oro; no quiso proferir ninguna palabra inútil, miró con noble orgullo y desdén a sus enemigos, los juzgó indignos de dirigirles la palabra y no les dio satisfacción alguna, dejando a la posteridad el juicio de sus hechos".[19]



Pelotón de fusilamiento, J. Gómez, Óleo sobre tela, Museo Nacional de Historia-Castillo de Chapultepec, Secretaría de Cultura-INAH.

[18] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 214.
[19] Agustín Rivera, *op. cit.*, pp. 339-341.

En esos momentos, un niño vestido con elegancia se acercó a Maximiliano y le ofreció tres vendas finísimas bordadas por encopetadas damas queretanas, vendas que llevaba en charola de plata. Maximiliano las tomó pero enseguida las dejó caer,[20] quizá para morir con los ojos viendo de frente a los opresores.



Ejecución de Maximiliano, 1868, Édouard Manet, Litografía, Museo de la Armada, París.

Toda esta larga sucesión de hechos ocurrió en un silencio harto sepulcral, lleno de tensión, en el que aún algunos soldados estaban llorosos. El penoso silencio fue roto por el capitán Simón Montemayor, que gritó los terribles "preparen, apunten…", Maximiliano se separó la barba y señaló su pecho; Miramón dijo "aquí", mostrando su pectoral y levantando la cabeza, mientras que Mejía separó de su cuerpo el crucifijo, para que las balas no lo dañasen, dejándolo en su mano derecha, extendida, lejos de su tronco. Se oyó el "¡fuego!" e inmediatamente se escuchó una descarga perfecta que pareció

[20] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 232.

producida por un solo fusilero. "Esa descarga echó por tierra a las tres columnas del Imperio", dijo don Bernabé Loyola.[21] Como fulminados cayeron al piso los ejecutados y Maximiliano movió una mano, fruto de los estertores de una breve agonía, presentando cinco heridas de bala, una en el corazón, una en el pulmón derecho y tres en el bajo vientre. Las tres primeras fueron mortales por necesidad. Una bala prendió fuego a su chaleco, del que el propio moribundo arrancó el botón superior, apagando la lumbre los fusileros con un cubo de agua que ya estaba preparado ex profeso. El príncipe dijo: "Ay, hombre, hombre", moviendo los ojos y los brazos todavía,[22] y el capitán Montemayor dio la orden para el tiro de gracia a la altura del pecho.

El soldado apuntó pero no pudo disparar —quizá por la tensión del momento— y don Simón Montemayor mandó a otro a disparar pero el rifle no sirvió, cumplimentándose la orden hasta el tercer intento.[23] Por la cercanía de los tiradores, ninguna bala quedó en el cuerpo del príncipe, todas salieron.

Con anterioridad había dado instrucciones para que los tiradores no apuntaran a la cara. Con el tiro último volvieron a prenderse las ropas del europeo. Mejía también recibió el tiro de gracia. Según Bernabé Loyola —que no fue testigo ocular de los hechos, repito— el tiro de gracia lo ordenó Montemayor a Blanquet, quien lo dio de manera magistral.[24] En la casa del niño Valentín F. Frías estaban las señoras de la casa llorando al pie de una imagen de la Virgen María, también el futuro cronista de la ciudad, conservador como ninguno, rezó por los ajusticiados.[25]

En su cuartel general, Escobedo fue acompañado por don Bernabé Loyola y no dejó de pasearse en sus aposentos como

[21] *Ibidem*, p. 234.
[22] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 331.
[23] *Idem*. Aquí Ratz da la versión de Tüdos, testigo presencial y criado de Maximiliano.
[24] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 234.
[25] Valentín Frias F., *op. cit.*, p. 186.

león enjaulado, hasta que el repique de campanas, precedido por la carga de fusil, le anunció que todo estaba consumado, lo que festejó gritando: "justicia nacional". Basch estaba abatido en Capuchinas. Eran las siete horas con cinco minutos y la descarga se oyó claramente en la parte baja de la ciudad, no así en las partes altas como La Cruz y San Francisquito. En la mayoría de los hogares había luto y se rezó de hinojos. ¡Fue el epílogo de un sueño dorado construido en cimientos de arena!

Allá en el Cerro de las Campanas se oyeron las voces alzadas de "Viva la República, Muera el Imperio", mientras que el médico Melesio Calvillo Hoyos —que se había mantenido a 15 pasos del cadalso— levantó el certificado correspondiente y lo firmó, pidiendo que también lo hiciera después el médico Reyes, que estaba ausente por andar en la capital tunera.[26] Con premura se rompió la formación militar y las tropas regresaron a sus cuarteles al tiempo que conminaron al petrificado padre Manuel Soria y Breña a abandonar el lugar, porque su misión había terminado. Los tres ataúdes para los sentenciados eran iguales, ordinarios, baratos, más corrientes que comunes, pintados de negro verdoso, con adornos amarillos y de madera de pino, cuyo costo fue de un peso cincuenta centavos por cada caja. Como Maximiliano no tenía una complexión parecida a un mexicano ordinario —medía un metro con ochenta y cuatro centímetros— no cupo en la caja, así que se le flexionaron las largas y flacas piernas para que cupiera, aunque algunos mal pensados piensan que inclusive se las quebraron. Mejía fue recogido por doña Agustina y amigos del bravo general occiso, quienes recibieron el aviso de que el cadáver de su antiguo amasio y jefe —respectivamente— sería llevado al templo de San José de Las Capuchinas —lo mismo que el de Maximiliano—, donde sería embalsamado por cuenta de Escobedo. La mortaja de Maximiliano fue celosamente cuidada por un nutrido destacamento militar al mando del coronel Palacios, mientras que la de Miramón fue recogida y vestida con un su-

[26] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, pp. 215-216.

dario por su amigo Joaquín Corral y su cuñado Alberto Lombardo, para ser trasladada a la macabra casa de la Zacatecana.



El cuerpo de Maximiliano en su ataúd después del primer embalsamamiento, F. Aubert. Colección Musée Royal de l'Armée, Bruselas, Bélgica.

Cuenta el señor Loyola que al ser trasladado el cadáver de Maximiliano del cerrillo al templo de San José de Las Capuchinas, unas damas enlutadas y llorosas se acercaron a la caja de muerto y empaparon sus pañuelos en sangre real.[27] Al llegar a Capuchinas a las ocho de la mañana, Palacios saludó a Basch de mano y sin poder guardar sus emociones exclamó que Maximiliano "era una alma grande".[28] El fiscal Refugio González y su escribano Félix Dávila levantaron el acta correspondiente de la ejecución de sentencia y cerraron el expediente, el cual entregaron a Mariano Escobedo, que a su vez dio parte por vía telegráfica al supremo gobierno de dicho cumplimiento. Se dijo que, después de recibir la noticia del

[27] *El Sitio de Querétaro*, *op. cit.*, p. 235.
[28] Samuel Basch, *op. cit.*, p. 286.

fusilamiento, Juárez cayó durante una semana en un estado de decaimiento. Seguramente fue la reacción que sigue a cuando uno concluye con un estado de tensión prolongado, productor de adrenalina, y ya luego viene la calma.

No había pasado mucho tiempo después del fusilamiento cuando ya la celda de Maximiliano presentaba pintas expresando dolor, pesar, perdón y resignación, hechas por los celadores.[29] Del cuartel general se ordenó que los médicos Licea y Rivadeneira hicieran la necropsia y el embalsamamiento, el cual duró ocho días, pudiendo Basch estar presente en todo eso. Dice el doctor Ratz que el general y médico Rivadeneira ni las manos metió en tales operaciones por no ser su especialidad.[30] El cuerpo de Maximiliano se depositó en una larga y fría mesa cubierto con una sábana, cercano al cadáver de Mejía, a donde acudieron Escobedo y el señor Loyola, observando que el cadáver del príncipe casi estaba como cuando vivía, salvo la lividez cadavérica, pero el rostro de Mejía estaba más feo que en vida, "como una pesadilla".[31] Algunos morbosos presenciaron la triste tarea del ginecólogo Licea, que dejó pasar al fotógrafo francés Francisco Aubert, para que se llevara a fotografiar las ropas de Maximiliano en su estudio privado. Después de tomar las placas, Aubert entregó los vestidos a Basch, pero otros objetos menores del príncipe austriaco fueron guardados por Licea en su casa —al igual que la mascarilla del muerto que hizo el propio Vicente—, quien los fue a ofrecer por 15 mil pesos a la princesa de Salm, "que así lo había solicitado para el vicealmirante Tegetthoff". El gobierno republicano, ansioso de guardar el "decoro nacional", mandó abrir proceso al doctor Licea, requisando estos objetos para entregarlos a Tegetthoff. También resultó de mal gusto el que Aubert y un tal Pereire hubiesen hecho y vendido cartas de naipes con las fotos de las reliquias de Maximiliano.[32]

[29] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 216.
[30] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 339.
[31] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 217.
[32] Konrad Ratz, *op. cit.*, pp. 341-345.



Camisa de Maximiliano, Colección Musée Royal de l'Armée, Bruselas, Bélgica.

Los curiosos queretanos acudieron al cerrillo a contemplar las piedras tintas en sangre donde cayeron los jefes reaccionarios, unos para colocar cruces de vara y el escudo imperial y otros para llevarse morbosamente piedrecillas como recuerdo. Mientras, de San Luis Potosí llegó la orden de no entregar el cadáver del archiduque al barón de Magnus hasta no realizarse la necropsia y otros trámites legales, lo que causó estupor en los seguidores de aquél. Misma solicitud y misma respuesta hizo y recibió el barón De Lago, sólo que ambas más diplomáticas. La princesa de Salm Salm y la viuda de Miramón regresaron de allá completamente abatidas. En las afueras de México, Porfirio Díaz recibió cable telegráfico de Escobedo en que se le informó de las ejecuciones, mismo cable que el héroe del 2 de abril mandó reproducir por millares para ser distribuido en la gran ciudad, por lo que Márquez —al enterarse de ello— renunció a su cargo de lugarteniente y fue a esconderse para intentar huir. Vidaurri también lo hizo pero fue encontrado y fusilado, mientras que Manuel Ramírez

de Arellano huirá como polizón a París. Lago le propuso a Díaz la capitulación de la ciudad pero éste le contestó al embajador austriaco que lo consultaría con su gobierno instalado en la capital potosina. En Querétaro quedaba liquidada la gran reyerta mexicana del siglo XIX —dijo Fuentes Mares.[33]



Cruz de cantera roja procedente del monumento conmemorativo en el centro de las Campanas, que se encuentra en Austria (Apostel).

Los abogados defensores del austriaco, Martínez de la Torre y Mariano Riva Palacio, escribieron un brillante memorándum sobre el proceso en que, a pesar de ser patrocinadores de la causa de Maximiliano, escriben objetivamente esa parte de la historia de México, colocándose hasta donde es posible por encima de prejuicios y de odios de partido.[34]

[33] José Fuentes Mares, *op. cit.*, p. 260.

[34] Martín Quirarte, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1993, p. 53.

Y después del Imperio, el triunfo de la República

El jueves 20 de junio se entregó a la viuda de Mejía el cadáver de éste y después fue objeto de un modesto funeral, donde asistieron principalmente campesinos de los alrededores, para depositarlo unos días en la capilla de La Santa Escala en el templo de San Antonio;[1] la mortaja fue llevada después a la Ciudad de México donde sería la inhumación en el panteón de San Fernando. El cadáver de Miramón fue embalsamado y también sería llevado a la capital del país, a San Fernando, con su padre que estaba enterrado allí. El cadáver de Maximiliano seguía en Capuchinas donde fue visitado por muchos curiosos insanos, los cuales tampoco dejaron de ir al cerrillo del poniente, donde un recalcitrante partidario monarquista formó una ofrenda que contenía una *M* coronada, dejándola sobre el sitio en que su adorado monarca cayó fulminado.[2] Sobra decir que en Querétaro no existieron los elementos químicos necesarios para hacer un buen trabajo de embalsamamiento. Por fin Mariano Escobedo salió de Querétaro rumbo a San Luis Potosí para informar a detalle sobre los pormenores del Sitio y del consecuente fusilamiento, para así, manifestar cosas

1 José Guadalupe Ramírez Álvarez, *Leyendas de Querétaro*, *op. cit.*, p. 350.
2 José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 218.

o menudencias que por telégrafo y vías oficiales no se podían decir. Hasta el 20 de junio tuvo lugar la ceremonia en honor a Damián Carmona, frente al templo de San Francisco en la antigua plaza del Recreo.



Tomás Mejía después de ser fusilado, A. Peraire, Colección Particular.

En México, Díaz volvió a abrir fuego contra los sitiados por haber recibido de Juárez un no rotundo a una rendición condicionada. Los austriacos se refugiaron en el Palacio Nacional y ondearon una bandera blanca, para hacer notar que ya no participaban en las hostilidades. Ante tal situación, Tavera ofreció la rendición incondicional al valiente Porfirio, que tomó la Ciudad de México al día siguiente —21 de junio— y sólo dejó en manos de lo que restaba del Imperio la ciudad de Veracruz, en donde poco a poco tomaron ruta hacia Europa tanto extranjeros como mexicanos a los que la República no

les sentaba bien. Juárez recibió tardíamente la hermosa epístola enviada por el célebre escritor galo Víctor Hugo,[3] en que le pide fervoroso y romántico perdonara la vida del príncipe que ya había dejado este mundo desde el 19 de junio.

Para el viernes 21 de junio, los médicos legistas iniciaron el retiro de las vísceras de Maximiliano pues no había manera de conservarlas, y con métodos anticuados se procedió con el vaciado total de sangre. De modo subrepticio comenzaron los rumores de que Licea estaba vendiendo pañuelos y gasas con pelo, piel y sangre del cadáver de referencia, sobre todo a ricas damas de la sociedad local que tenían para pagar un recuerdo de aquel al que amaron tanto. El niño Valentín F. Frías fue llevado por su madre al lugar de la ejecución y ya toda huella de sangre había desparecido, porque como había tanta piedrecita, el vecindario se había llevado ya, como recuerdo, todas las que se empaparon con la sangre de aquellos valientes. Sólo se veían tres pequeños promontorios de piedras con unos pedazos de adobe al pie, teniendo una cruz rayada cada uno, y sobre los promontorios una tosca y mal forjada cruz de varas cortadas por alguna gente piadosa. “Después de que mi señora madre y mi buena tía desahogaron su pena y rezaron un buen rato por las ánimas de aquellos héroes, recogieron piedrecitas y nos volvimos a nuestro lugar tristes y meditabundos”, escribió el inmenso cronista.[4]

Los amigos de Maximiliano volvieron a solicitar la entrega del cadáver de éste para llevárselo vía San Luis Potosí rumbo a Tampico y de ahí a Viena. Se dijo que estaban enfermos de la impresión del fusilamiento los sacerdotes que asistieron a los ejecutados del día 19 de junio, en especial el padre Soria.[5] Se

[3] La carta fue escrita desde Hauteville House, pero fechada el 20 de junio de 1867, cuando ya Maximiliano y sus dos generales estaban muertos. *El Sitio de Querétaro*, en *El Sol*, *op. cit.*, p. 230.

[4] Valentín Frías F., *op. cit.*, p. 186-187. Don Valentín además refuta el lugar donde actualmente se encuentran las columnas que indican el lugar de los caídos, pues él afirma que no corresponden los monumentos de 1884 al lugar donde estaban los promontorios de piedra y vara.

[5] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 223.

supo algo en Querétaro de la caída de la capital hasta el 22 de junio en que con toda certeza se publicó en *La Sombra de Arteaga*, que sigue editándose en los sótanos del convento de San Antonio. Los chismes dieron lugar a que descendieran la estima y el prestigio social de que gozaba Licea antes del Sitio: ahora lo rodeaba una pesada atmósfera que lo llevará en un tiempo más a encarar un proceso penal ante un juez de la Ciudad de México por la acusación que le haría el vicealmirante austriaco, al que supuestamente el médico le ofreció en venta la mascarilla de muerto y órganos de Maximiliano.

El sábado 23 de junio desayunaron los queretanos con el macabro rumor de que la ciudad sería devastada piedra por piedra y que la entidad desaparecería como estado miembro de la Federación Mexicana: esto, por haber sido afecta al Imperio, a grado tal que los republicanos la bautizaron como Ciudad Traidora, y que se harían efectivas estas medidas radicales una vez que pasara por esta ciudad, rumbo al entonces Distrito Federal, el presidente Benito Juárez. Los más significados queretanos se comprometieron a presentar un informe de cuánto sufrieron miles de vecinos precisamente por no querer ayudar voluntariamente a los imperialistas que se apoderaron de la urbe y sus alrededores.[6] Muchos fuereños republicanos echaban en cara a los queretanos el no haber emprendido operaciones en contra del Imperio desde la plaza. "Bien sabe Dios que hay aquí [en Querétaro] más gente dispuesta a llorar al Archiduque, que no a alegrarse porque lo aprehendieron". Los queretanos contestaron "¿Acaso nosotros habíamos llamado a Maximiliano y los suyos?" Aquí es donde los franceses no pudieron reunir ni siquiera 10 firmas de adhesión al Imperio en 1863-1864, recordó Luciano Frías y Soto en su periódico *La Sombra de Arteaga*.

Fue reabierta y puesta en funcionamiento de nuevo la paralizada fábrica El Hércules, propiedad de Carlos Rubio, quien la recibió de los republicanos. Algunos exaltados y trasnochados

[6] *Idem.*

liberales fuereños propusieron que el Gólgota queretano ya no llevara el nombre de Cerro de las Campanas sino el muy extraño y exótico de Roca Tarpella del Imperio.[7]

El domingo 24 de junio Escobedo escribió, desde San Luis Potosí a su cuartel general, que se sacara una foto al vehículo que sirvió de transporte a Maximiliano rumbo al patíbulo. Se pidió que la placa fuera tomada lejos de miradas acusadoras, por lo que se escoge como escenario la esquina de Ribera del Río con calle de El Puente, frente al mesón de la Otra Banda o de San Sebastián. Teniendo conciencia de que el triunfo republicano en Querétaro es realmente la segunda independencia de México, los objetos relacionados con este hecho histórico empiezan a revalorarse y se ha soltado una verdadera plaga de compradores, que hasta a los mismos sacerdotes de los condenados les quieren comprar los crucifijos utilizados en los momentos postreros.[8] En otro orden de ideas, se designó al coronel Cosme Varela como fiscal especial para la investigación de los muchos delitos cometidos por los imperialistas a los indefensos queretanos: no deben quedar impunes las múltiples tropelías. Esta indagatoria tenía dedicatoria contra el general Severo del Castillo que todavía estaba preso en Teresitas esperando sentencia. El día lunes 25 de junio —lo mismo que el martes 26— transcurrió con el levantamiento de denuncias en este sentido, muchas de las cuales provocaron horror por los abusos imperiales cometidos.

El miércoles 27 de junio, a la semana del fusilamiento, por fin se concluyó el malhecho embalsamamiento de Maximiliano por Licea, al que se le aumentó su fama tétrica, por el decir popular que no tenía más comprobación que el chisme de boca en boca. Decían los sin quehacer que el ginecólogo de referencia se lavó las manos con sangre del ex monarca en el propio cadáver y que su amigo el coronel Palacios había ordenado echar las vísceras del rubio a los perros. El corazón de Maximiliano se

[7] *Idem.*
[8] *Idem.*

colocó en un frasco de vidrio esterilizado y relleno de alcohol de 90 grados para ser entregado a Basch. El corazón de Mejía estuvo depositado también en un frasco con alcohol, pero en la casa de Licea, quizá esperando que la viuda lo recogiera previo pago de elevados honorarios, hasta que el gobierno procesó al galeno y lo obligó a entregarlo. El de Miramón lo recogió Concha con la intención de llevarlo consigo a Europa, pero el padre Ladrón de Guevara la persuadió de tal intento y optó por entregar el corazón de su amado a Navorita para que sus parientes lo depositaran en Cerro Prieto. Rivadeneira rindió informe de esa operación al general Mariano Escobedo y entregó, el jueves 28 del mismo mes, el cadáver de Maximiliano a Miguel Palacios, que montó una fuerte vigilancia dentro y fuera del templo capuchino. Don Mariano regresó el 28 de junio a Querétaro.

El público en general pudo visitar el cadáver que estaba ya en una doble caja, de cedro y zinc, con un cristal que permitía ver la cara del difunto, el cual estaba vestido con un pantalón negro, botas militares, levita azul con botones dorados, camisa blanca, corbata y guantes de cabritilla negra; aspecto éste al que estaban tan acostumbrados los queretanos desde el 19 de febrero que llegó a la ciudad. Corre la conseja popular que los ojos de vidrio azul que luce el cadáver fueron arrancados a la imagen de Santa Úrsula o de San Gonzalo, ubicadas en el templo de Santo Domingo, sito a unas dos cuadras de Capuchinas, pero eso era totalmente falso, ya que Licea mandó traer los ojos postizos de la Ciudad de México.[9] Por cierto, Licea aclaró que Rivadeneira no intervino en la tétrica tarea de embalsamar y quien lo ayudó fue el médico D´Orbscastel.[10] Se informó en Querétaro que, desde el día 27 de junio, cayó Veracruz en poder de la República, y con la heroica ciudad cayó también el último baluarte del sueño imperial.

[9] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 347.
[10] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 230.

El 29 de junio trataron infructuosamente los allegados a Maximiliano de recoger su cadáver pero Lerdo de Tejada volvió a dar una negativa, permitiendo sólo que en el templo de San José de Las Capuchinas se le hicieran oficios religiosos al enemigo caído. Como seguía vacante la plaza de obispo de Querétaro, hace la función el vicario Manuel Soria y Breña, quien encabezó las honras fúnebres a su amigo y feligrés muerto. Al ver que había sido poco respetuosa la gente en general con el recinto donde estaba depositada la mortaja imperial, el cuartel general decidió llevarlo con el resguardo del batallón de Supremos Poderes a la casa de la familia Cabañas Muñoz Ledo, ubicada en las calles de El Ángel y Segunda de Santa Clara (hoy Archivo Histórico del Estado, en Madero 70), la triste tarde del 30 de junio. Esta casona, que fue construida a finales del siglo XVIII por la familia Septién Castillo, fue adquirida en junio de 1867 por el comandante militar de la plaza, Julio María Cervantes, para convertirla en palacio gubernamental, y al saber que era probable la visita a Querétaro del presidente Juárez en los próximos días, se apresuró a arreglarla. Digo que se trató de que nadie pudiera ver la famosa fiambre imperial, por lo que fue depositada en el cuartito ubicado a la derecha del entresuelo, subiendo la escalera principal del edificio en mención. No se permitió el paso a nadie.

Hasta el 1 de julio de 1867 se supo en Europa del fusilamiento de Maximiliano, llenando de luto las cortes y de remordimiento a Napoleón III y a su frívola esposa Eugenia de Montijo. El papa católico Pío IX celebró las honras fúnebres del archiduque asistiendo *in throno* para pedir por el alma del ajusticiado, cuyo cuerpo presente (ficción jurídica del Derecho Canónico) fue incensado y rociado pomposamente. Cuando los liberales queretanos se enteraron de este acontecimiento respondieron indignados en *La Sombra de Arteaga*: “¿Cuándo el Santo padre celebrará honras por el descanso de tantos que fueron víctimas del Imperio?”[11]

[11] Blanca Gutiérrez Grageda, *op. cit.*, p. 86.

José Luis Blasio, ex secretario particular de Maximiliano, fue sacado de Teresitas y conducido a la oficina de Escobedo donde éste le preguntó por su grado militar. Blasio contestó que ninguno, ya que siempre fue del servicio civil y en ese momento recibió su liberación y escogió su natal Ciudad de México para ir a residir, por estar allí su familia y en donde tendría que reportarse con el ministro Lerdo de Tejada. Antes pasó dos días en la casa de la familia Trejo para hacerse de viáticos, lo que no le fue difícil conseguir entre los bondadosos vecinos. Hizo el viaje en caballo prestado, acompañado de los dos fieles criados, y cuatro meses después llegó a Veracruz donde visitó en el castillo de San Juan de Ulúa a sus amigos presos: Félix de Salm, a quien su esposa le consiguió permutar la pena de prisión por la de destierro; Severo del Castillo, y el general Manuel Escobar, antiguo prefecto municipal de Querétaro. Félix de Salm se fue con Blasio a Europa y éste no se explica el porqué la princesa Inés no hizo el viaje con ellos.[12] A Blasio le correspondería estar en Trieste en el recibimiento de los restos de Maximiliano, acompañando a la familia imperial de Viena con la que se fue a vivir.

El 2 de julio se nombraron magistrados para reintegrar, después de muchos años, el Poder Judicial de Querétaro; fueron designados los abogados Ambrosio Moreno, José María Canalizo, Vidal Martínez de los Ríos y Antonio Hernández como juzgadores, y Manuel Mendiola como fiscal, los que tomarían posesión el 3 de julio, mismo día en que Miguel López —sito en México— recibió de los generales Francisco A. Vélez y Feliciano Echeverría una constancia de que fue hecho preso en La Cruz[13] el 15 de mayo. Seguramente el siniestro personaje quería amortiguar su fama de traidor. ¡Quién se lo iba a creer con esos antecedentes de infiel y desleal que bien merecido tuvo desde la invasión norteamericana de 1846-1848!

[12] José Luis Blasio, *op. cit.*, pp. 407-409.
[13] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *El Sitio de Querétaro…*, *op. cit.*, p. 235.

Para el 4 de julio quedaban muy pocos presos en las prisiones locales, salvo Salm, Severo del Castillo y Manuel García Aguirre. El que menos posibilidades de salvar el pellejo tenía era el sordo Severo, por la gran cantidad de abusos cometidos en contra de los queretanos, los cuales habían ido en gran medida a ratificar sus acusaciones en el juicio que se le siguió a aquél, aunque algunos por compasión no acudieron, como es el caso del señor Loyola, a quien traicionó de todas a todas. Se tiene noticia cierta de que al día siguiente (5 de julio) llegaría a la ciudad de Querétaro Benito Juárez (la primera en su camino a México) y el gobierno local aceleró los preparativos. Se habían adquirido nuevos muebles para la habitación de él y para las de sus acompañantes, pues se pensaba que se quedaría una o dos noches en el flamante nuevo Palacio de Gobierno, que duraría como tal hasta el 25 de julio de 1981.

La ruta que seguirá el patricio oaxaqueño es Santa Rosa Jáuregui, San Pablo, San Gregorio, Cerro de las Campanas, ribera del Río hasta el Puente Grande o de El Marqués, vuelta a la derecha por calle de El Puente, Miraflores, El Tesoro, La Alhóndiga y llegada a la esquina del Portal de Carmelitas con calle de El Hospital (actuales Juárez y Madero), donde se le había construido un arco floral. De allí será llevado a su alojamiento. Todos los vecinos debían de adornar el frente de sus casas.

El día viernes 5 de julio por la tarde estuvo la ciudad en espera del hombre de Guelatao, y en esa vigilia cayó un fuerte aguacero a eso de las diecisiete horas, duró mucho tiempo y empapó a todos pero no acabó con el entusiasmo de un pueblo voluble que lo mismo recibía a gritos y sombrerazos a un monarca, cuatro meses antes, y ahora daba la bienvenida a un sobrio republicano con las venas hinchadas de sangre zapoteca. Al fin llegó a San Pablo Querétaro el inteligente indio de San Pablo Guelatao, alrededor de las nueve de la noche, desde cuya garita y hasta el Palacio de Gobierno estatal no dejó de recibir vítores, recordando su triste paso del 4 de junio de 1863 rumbo a Guanajuato llevando como equipaje solamente su famoso

carruaje, su levita, la Constitución de 1857 y el Archivo de la Nación, o el ya lejano viaje del 15 de enero de 1858 al iniciar la guerra de Reforma y en el que se alojó en la humilde casa del general Arteaga, el cual vivía en los anexos del entonces (1867) Palacio Municipal (desde 1981 Palacio de Gobierno) en la calle de Guadalupe 3 (hoy Pasteur).[14] En medio de farolas y "gallos" de los diferentes barrios citadinos, se le condujo a la sala principal donde departió con lo más selecto de la sociedad queretana, 80 personas en total, contando a Escobedo y a sus oficiales de más alto rango, a los miembros del Club José María Arteaga, a Julio María Cervantes, quien se quedaría con la gubernatura de Querétaro y le cerraría el paso para siempre al gran jurista cadereytense, Ezequiel Montes Ledesma, que todos los puestos importantes ocupó, menos el más anhelado por él: el de gobernar su tierra. Dentro de los triunfales discursos que se dieron esa noche, destacó el de Luciano Frías y Soto por hacer la defensa de esta prócer ciudad ante Juárez y sus ministros Lerdo e Iglesias, pues mucho se hablaba de desintegrar al Estado de Querétaro en una próxima reforma constitucional. Su hermano Eleuterio fue más allá y dijo: "Querétaro no es la ciudad traidora. Es la ciudad víctima de la traición. No es la ciudad maldita sino la que lanza su anatema a sus opresores [...] Querétaro tiene la honra de ser la tumba del pretendido Imperio". Después de esto pasaron a degustar un sencillo y severo banquete amenizado por una banda militar.

Aprovechando Escobedo que ya no había visitas indiscretas, abordó al presidente y le dio pormenores graves del Sitio, cuando de pronto la charla se encaminó en torno al asunto de Tomás Mejía. "Pero hay otro secreto que sí me pertenece porque es mío y puedo comunicarlo a usted: yo quise salvar a Mejía; le ofrecí la vida porque le debía atenciones y grandes favores", dijo Escobedo, a lo que Juárez preguntó: "¿Y qué contestó?" "Me preguntó cuál sería la suerte de Maximiliano, y como en

[14] Fernando Díaz Ramírez, *Juárez en Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1972, p. 13.

mis palabras advirtiera la verdad, me dijo terminantemente que no aceptaba nada y que correría la suerte de sus compañeros de infortunio", respondió a su vez el neoleonés. Ante esta verdad, el Patricio del Sur quedó pensativo y sólo atinó a decir lacónico: "Era indio y era leal". La casa de gobierno estatal se había convertido por una noche y dos días en Palacio Nacional y por ello lo guardó una imponente fuerza militar. A fuerza de voluntad, un adolescente queretano de apreciable familia, descendiente del primer gobernador constitucional del Estado, logró que lo dejaran quedarse a dormir cerca del presidente al que tanto admiraba; su nombre era José María Diez Marina,[15] al que acompañó el mayordomo de la hacienda de Miranda, un tal Terrazas. El patricio y sus ministros durmieron a profundidad porque en unas pocas horas continuaría su camino a México, de donde salió en 1863. Quiero agregar que el programa elaborado con anterioridad a la visita no fue cumplido por los problemas que se atravesaron en el camino del futuro benemérito y que por tal causa llegó retrasado a la prócer ciudad. Simplemente cuento que salieron 50 carruajes de la capital potosina y, por lo accidentado del viaje, llegó a Querétaro sólo una pequeña comitiva acompañando al impasible y pétreo Juárez.



Tomás Mejía, Anónimo, *ca*. 1866, Fotomecánico, Biblioteca Nacional de México, UNAM.

[15] *Idem.*

Apenas despuntaba el alba de ese 6 de julio y ya estaba en pie el zapoteca refrescándose en el corredor de la casona gubernamental. Fue visto por el gobernador Cervantes, quien lo alcanzó en compañía de Lerdo de Tejada, el mayordomo Terrazas —que los alumbraba con un farol— y el joven Diez Marina, dirigiéndose los cinco al descanso de la escalera principal para luego introducirse a una pequeña estancia donde se hallaba un largo ataúd que reposaba sobre cuatro bancos de madera. Todos se acercaron y, como la tapa de la caja fúnebre estaba levantada, contemplaron la mortaja del que un día soñó heredar el trono de Moctezuma. Se acercó un poco más el presidente Juárez, alumbrado por el poblano coronel Cervantes,[16] y pudo observar durante 10 minutos[17] el rostro que reflejaba la rigidez cadavérica, el embalsamamiento deficiente y uno de los ojos de vidrio azul desviado. Ni una sola palabra se pronunció. Salieron del oscuro cuarto los tres próceres y Diez Marina y Terrazas cerraron la caja y la habitación, mientras que el patricio se dirigió nuevamente a sus habitaciones a tomar un frugal desayuno, tal y como su espartana forma de vida se lo dictaba. A las ocho de la mañana fue despedido por Cervantes —a quien ese día le oficializó su cargo de gobernador del estado de Querétaro de Arteaga— en medio de una guardia de honor a la investidura presidencial.[18] Basch contempló impotente, por la Calle Real, el paso del carruaje presidencial: no lo dejaron acercarse a Juárez para pedirle la devolución del cadáver de su antiguo jefe. El 15 de julio llegará el jefe de la Nación a la Ciudad de México, desde donde pronunciará para el mundo su inmortal apotegma: "Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz". Quizá el presidente no quiso permanecer mucho tiempo en Querétaro para

16 Marta Eugenia García Ugarte, *Breve historia de Querétaro*, México, FCE (Breves Historias de los Estados), 1999, p. 153.

17 Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 348.

18 Para Blanca Gutiérrez Grageda, la partida de Juárez fue ese sábado 6 de julio de 1867 a las ocho de la noche, lo que me parece improbable por lo peligroso del camino en horas nocturnas.

no ser molestado por los familiares y amigos de los prisioneros que todavía estaban en la ciudad y para los cuales pedían libertad, como fue el caso de varias señoras que lo abordaron para solicitarle clemencia para con Severo del Castillo. Aun así, mi queretana ciudad cooperó con 1 600 pesos para construir un monumento a la victoria republicana en el zócalo nacional, a pesar de la pobreza en que estaba sumergida.

Cervantes tuvo que enfrentar no solamente al hambre y a la economía local devastada, sino también una abierta oposición de grupos armados en los distritos de Cadereyta, Tolimán y Jalpan. Con el puro distrito cadereytense se abarcaba la mitad del territorio estatal, así que imagínese, amable lector, el tamaño de los frentes abiertos para don Julio María, a quien tampoco querían los capitalinos queretanos de sepa, ya que éstos exigían los puestos públicos para los nacidos en Querétaro y el recién nombrado gobernador no cumplía con el requisito constitucional, y menos con el de la queretanidad acendrada. Esta oposición era tanto de liberales como de antiguos conservadores, juzgándose que dicho enfrentamiento llegaría a niveles de ingobernabilidad.[19] El dilema futuro de la sociedad política queretana será, a partir de este momento, ya no de liberales versus conservadores sino cervantistas contra anticervantistas; regionalistas o localistas contra fuereños que iban a decidir los destinos, según sus filias o sus fobias: pragmatismo puro más allá de ideologías, como en el Querétaro de principios del siglo XXI. A un año del triunfo de la República surgió el Plan de Jalpan, con el que un grupo de ilusos conservadores manifestaron derrocar a Juárez de la Presidencia para que el jefe de la Nación lo fuera Antonio López de Santa Anna. ¡Sí, ese comediante y farsante político decadente llenaba el ojo de nuestros serranos a falta de un hombre íntegro como Tomás Mejía! En el municipio de Bernal, distrito de Cadereyta, se reunieron 17 personas —incluidas las autoridades municipales— para acordar la paz, ya que este risueño pueblo —al decir

[19] Blanca Gutiérrez Grajeda, *op. cit.*, pp. 14-16.

del prefecto de Cadereyta— había sido la única población del distrito que se había unido a “los traidores de la sierra”.[20] Lo cierto es que un año después del triunfo republicano, Bernal era el escondite principal de los alzados contra el gobierno, sobre todo del guerrillero José M. Zarazúa. En Bucareli, en Vizarrón y en Peñamiller siguió dando dolores de cabeza el guerrillero imperialista Catarino Reséndiz, que fusilaba y colgaba autoridades pueblerinas en compañía de Luis Vega y Felipe Mejía, hasta que fue apresado en octubre de 1867.

En el periódico *La Sombra de Arteaga* se publicó una defensa en favor de la ciudad y Estado de Querétaro ante el críptico rumor de repartir el territorio local entre los estados vecinos o dividirlo para hacer distritos militares, según Vicente Licea,[21] sin importar la suerte de los 160 mil habitantes que poblaban la Entidad y 60 mil la capital. Dicha apología de Querétaro la hizo el periodista y analista Carlos de Gagern, quien en lo más lúcido de su escrito afirmó que los liberales de Querétaro “nunca han traicionado la santa causa de la independencia nacional” y que “es el único Estado de la República en el que no ha habido ni una sola defección entre los liberales”.[22] Lo que más aterraba a los queretanos —aparte de este rumor— era la plaga de bandoleros que a diario asaltaban diligencias que salían rumbo a México, San Luis Potosí o Guanajuato, siendo el punto más crítico el de la Cuesta China donde merodeaba una mujer fea, borracha, jugadora, fanática del antiguo Imperio, chaparra y de piernas arcadas, a la que apodaban La Carambada. No se descartaba que campesinos de los alrededores participaran en estos atracos, por la situación económica que todavía era difícil, pero lo que más chocaba al gobierno local era que, en su mayoría, los bandoleros eran viejos soldados imperialistas que fueron beneficiados con la libertad y que, al no tener los medios para regresar a sus

[20] *Ibidem*, pp. 94-95. Sacados estos datos de *La Sombra de Arteaga* y del *Siglo diez y nueve*.
[21] Andrés Garrido del Toral, “La defensa de Vicente Licea…”, *op. cit.*, p. 37.
[22] José Guadalupe Ramírez Álvarez, *op. cit.*, pp. 242-243.

lugares de orígenes, buscaban recursos como fuera. También se supo que los más peligrosos bandidos eran expresidiarios de las cárceles queretanas que fueron liberados por Maximiliano a cambio de trabajos forzados en las trincheras. La gente robaba lo que fuera, a grado tal que el material de escombro resultante de la destrucción de las capillitas del exconvento de San Francisco desapareció. Los redactores de *La Sombra de Arteaga* se atrevieron a calcular que más de 90 por ciento de los habitantes de Querétaro y San Juan del Río se dedicaban a actividades delictivas y que sólo 3 por ciento de la población de dichos distritos era honrada y vivía de su trabajo.[23] Pienso que exageró en sus cálculos y porcentajes el señor Luciano Frías y Soto, y hasta creo que debieron exigírsele notas de disculpas al agredir de esa forma a un pueblo sufrido por las interminables guerras y al que ahora consideran delincuente en una gran mayoría calificada. ¡El colmo de la rapiña llegó a su punto más alto cuando la prefectura municipal se dio cuenta de que las llaves doradas —no de oro— de la ciudad de Santiago de Querétaro habían desaparecido del lugar donde estaban custodiadas![24] La población no participaba mucho en el arreglo de su ciudad, no querían saber nada de las cosas públicas, además de que para reforestar la Alameda se impusieron multas a hombres y mujeres que cortaran más de seis flores por familia. Lo único malo era que tal disposición no aclaraba si era por día o por semana o por mes dicha cuota. Cuando llegaba una compañía teatral a la triste ciudad los juglares se aburrían, pues la gente no iba porque no estaba para fiestas.

Miguel López siguió pidiendo testimonios de su actuación en la toma de la ciudad. Defendía su actuar argumentando que "otro factor que incidió de manera significativa en el ánimo de la tropa fue la mala calidad del parque construido en la maestranza [de la ciudad de Querétaro sitiada], pues la pólvora no tenía el alcance suficiente y ensuciaba los fusiles Enfield, de

[23] Blanca Gutiérrez Grageda, *op. cit.*, p. 15.
[24] *Idem.*

manera que a los pocos tiros la bala no llegaba a la recámara y esto hacía que se reventaran los cañones". Además acusó al general Ramírez de Arellano —artífice de la idea— de emprender criminales especulaciones hasta por 10 866.31 pesos.[25] "¿Por qué si la lucha era ya física y moralmente imposible, se ha de suponer que era necesario que un hombre traicionase para que el ejército sitiado sucumbiese?" Todavía retó López —a quienes lo acusaban de traidor— a que lo demostraran ante un tribunal y se comprometió a asumir las costas judiciales, y para ello dejó en depósito por un mes las escrituras de su casa.[26] Qué ridículo López al pedir esto último: nadie lo podía acusar de traición jurídicamente porque esa figura no estaba penalmente tipificada y en el Derecho Civil —que sí estaba— era nada más para asuntos de familia y testamentarios. Por otra parte, ¿qué diablos significaba entregar las escrituras de una propiedad inmueble a alguien? Eso y nada son dos nadas, pues no hay transferencia del dominio en la simple exhibición de escrituras, porque falta un acto constitutivo del nuevo derecho. A la terrible reclamación de ¿por qué seguía libre, al contrario de otros jefes imperialistas que habían caído en prisión?, López simplemente contestó que el general Vélez obtuvo de Escobedo el permiso para que él —López— pudiera viajar a México para arreglar los comprobantes necesarios a su vindicación; que esto lo hicieron los dos republicanos como una consideración porque lo habían "visto sufrir tanto".[27] Escobedo, el otro protagonista de la charla del 14 de mayo por la tarde noche, contestó tajante en el informe que rindió al presidente Porfirio Díaz en 1887: "El coronel imperialista Miguel López, aunque infidente para con la patria, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate".[28] Cuando el general Escobedo presentó su informe anotando lo anterior, el coronel José Rincón Gallardo cam-

[25] *Idem.*
[26] *Ibidem*, p. 63.
[27] *Idem.*
[28] Informe del general Escobedo dirigido al Presidente de la República, p. 174.

bió de opinión respecto de López y, después de 20 años de groserías y desdenes, lo fue a buscar a su casa en la metrópoli disculpándose por "estar ignorante de la causa" que originó la entrega de la plaza de parte de Miguel López la madrugada del 15 de mayo.[29] Poco tiempo después falleció el tal López —que era además tío de la jovencita esposa de Bazaine— y dicen las consejas populares que la causa de su muerte fue la mordedura de un perro rabioso.

El 10 de julio causó conmoción entre los vecinos de Querétaro el saber que el consejo de guerra ordinario había condenado a muerte a los generales imperialistas Severo del Castillo, Casanova, Moret, Ramírez, Reyes, Valdés, Herrera y Lozada y a Félix de Salm Salm. El general Del Castillo obtendría finalmente la conmutación de la pena al haber sido dejado en libertad por unas horas para despedirse de su familia prometiendo regresar al amanecer del día de la ejecución. Esa libertad furtiva se la dio el coronel Carlos Fuero en el Casino Español sin pedir autorización a Escobedo, por lo que al enterarse éste le dijo a aquél que —si no regresaba Severo del Castillo— el fusilado iba a ser el propio Fuero. Al otro día llegó Del Castillo haciendo honor a la palabra empeñada. Los demás generales serían beneficiados con la conmutación hasta el 16 de agosto de este agitadísimo 1867: las penas iban a variar entre diez y dos años de prisión.

El pueblo de Querétaro, siempre noble y generoso, a través de *La Sombra de Arteaga*, pidió al gobierno de Juárez que se abrogara la Ley del 25 de enero de 1862, dictándose una amnistía general para ya no bañar a México en sangre, y que los hijos de los vencidos no llevaran el título de traidores. Esto y un gran memorial no son obra de conservadores locales sino de los más grandes y radicales liberales de la ciudad. La operación del perdón y reconciliación en México llegaría hasta la administración de Porfirio Díaz, quien viviría en carne propia los celos, resentimientos, envidias y apegos al poder del Juárez

[29] Blanca Gutiérrez Grageda, *op. cit.*, p. 69.

de carne y hueso, al que él —Porfirio— se encargaría de llevar a los altares de la patria erigiéndole sus primeros monumentos, que van desde el hemiciclo de la Alameda Central capitalina, hasta los humildes bustos de yeso con pintura dorada de una humilde escuela primaria vespertina pública de San Pablo Tolimán. Ciertamente, esa Ley del 25 de enero de 1862 no daba escala a la culpabilidad ni grados a la pena; le daba igual quién había matado a la vaca o quién sólo agarrado su pata. Claro, también pedían los liberales queretanos que amnistía no se tradujera en impunidad. La amnistía, que sí llegó, tranquilizó a muchos que temían el derramamiento de sangre en proporciones insospechadas. Volvieron a la vida. Los colaboradores del exemperador arriba citados sólo fueron suspendidos de sus derechos políticos; y el único que podía rehabilitárselos era el gobierno federal.[30]

Para pensadores de la talla de Ignacio Ramírez, El Nigromante, mejor Escobedo hubiera fusilado en el acto a Maximiliano —cuando lo cogió infraganti en la ladera oriental del Cerro de las Campanas— y no simular un juicio apoyado en una ley inconstitucional a todas luces.[31] Se hacían más grandes las diferencias ideológicas entre el liberal radical de sangre queretana y el liberal moderado de Oaxaca. Tal crítica venida de un conservador le hubiera sido indiferente al patricio de Guelatao, pero viniendo del cerebro liberal más brillante del México decimonónico ¡le cayó como cubetazo de agua fría!

Para el 13 de julio siguieron los trabajos de reconstrucción en la triste ciudad porque existían todavía muchos cadáveres insepultos, cañerías destruidas, casas derruidas hasta los cimientos, hogares sin puertas y sin ventanas que sirvieron de hoguera a la soldadesca, además de trincheras abiertas y desperdicios bélicos regados por todas partes. Era tanta la penuria que hasta el reloj de San Francisco —catedral de Querétaro—

[30] *Idem.*

[31] Ernesto de la Torre Villar, *La Intervención Francesa y el triunfo de la República*, México, FCE, 2a. ed., 2006, pp. 25-29 y 169-190.

se detuvo porque no hubo dinero para pagar al encargado de darle cuerda. No era raro encontrar infantes semidesnudos temblando de hambre y frío. La beneficencia era inexistente y los agiotistas muchos. El fantasma del cólera parecía asomarse en el valle queretano por culpa de insistentes rumores que finalmente fueron aquietados por los médicos que diagnosticaron "diarreas primaverales".[32]

Julio María Cervantes no dejó de llamar a los más talentosos queretanos a participar en la reorganización de la justicia, catastro, seguridad pública en caminos, hospitales, hacienda pública e instrucción primaria y secundaria, entre los que contamos a Agapito Pozo, Silvestre Méndez, Hilarión y Luciano Frías y Soto, José María Rivera, Francisco Diez Marina, Bernabé Loyola, Carlos María Rubio, Manuel Marroquín, Nicolás Campa, Próspero C. Vega y Zacarías Oñate. No sé por qué, ya desde entonces, los ricos de mi Querétaro del alma demostraron que el capital y sus propietarios no tienen partido político: están con el que gane, los muy convenencieros, cero ideología y cero convicciones. ¡Pobrecitos de los ricos: lo único que tienen es dinero! Hasta el 18 de julio a las ocho de la mañana se levantó acta del registro civil de la defunción de Maximiliano, y eso que ya había sido nombrado como autoridad municipal Benito Santos de Zenea.

Durante el verano de ese 1867, abrumado por los ataques de su correligionario Ignacio Ramírez, El Nigromante —queretano de sangre y sanmiguelense por accidente—, de periódicos y de gobiernos estadounidenses y europeos, en el sentido de que no debió ejecutar al príncipe austriaco, Juárez decidió cambiar su postura reticente respecto del cadáver de Maximiliano y entregarlo a sus deudos siempre y cuando se pidiera de "un modo regular y conveniente", o sea, que Austria lo pidiera oficialmente, lo que significaría el reconocimiento de esta potencia al nuevo gobierno mexicano: el de la República.[33]

[32] Blanca Gutiérrez Grageda, *op. cit.*, pp. 87-91.
[33] Konrad Ratz, *op. cit.*, p. 358.

El 9 de septiembre de aquel año, el gobierno juarista decidió trasladar el cuerpo de Maximiliano de Querétaro a la Ciudad de México.[34] El ministro Lerdo de Tejada y el presidente Juárez visitaron el cadáver de Maximiliano en el convento de San Andrés en la Ciudad de México después del segundo embalsamamiento, ya que en el camino de Querétaro al entonces Distrito Federal, el cuerpo inerte se cayó dos veces al agua por los accidentes del camino, en plena época de lluvias, y lo dejó en un estado tan lamentable —peor que el del embalsamamiento hecho por Licea— que hubiera provocado una reclamación diplomática. En San Andrés pudo apreciar Juárez que Maximiliano estaba mal formado: piernas y brazos muy delgados y largos, en proporción a su tronco, y la barbilla de chivo —que tenía que cubrir con la barba— muy al estilo de Carlos V y sus descendientes.



Doctor Vicente Licea, ginecólogo, médico de los generales (imperiales), jefe de una red de espías durante el Sitio de Querétaro.

Esta nueva operación fue llevada a cabo por cuatro médicos capitalinos que reimplantaron los órganos del cadáver

[34] Kalipedia.com, *Los restos de Maximiliano*, Santillana, Internet, 24 de noviembre 2004.

en sus cavidades naturales —los que Licea conservó en recipientes de plomo— para acabar con las suspicacias de que se había traficado con ellos; tuvo un costo de 12 mil pesos para el gobierno federal, un poco más de 700 y pico de pesos por sustancias químicas, amén de que uno de los médicos que la hicieron murió intoxicado por veneno cadavérico.[35] Se colocó a la mortaja en un nuevo ataúd, de madera de rosas y zinc. Me parece oportuno anotar que Inés de Salm acusó, formalmente por la vía penal ante el gobierno juarista, al médico Vicente Licea de traficar supuestamente con los órganos y vísceras de Maximiliano y de robar la mascarilla de yeso hecha al cadáver de éste, por lo que el galeno estuvo preso por dos años mientras demostró su inocencia en la última instancia ante el Tribunal de Súplica, en que logró acreditar que la famosa necropsia la hizo sin elementos químicos apropiados y sin recibir ningún apoyo del gobierno federal, ni siquiera del personaje designado por éste para realizar la macabra tarea. Licea se defendió de la acusación de haber entregado a Miramón, pues declaró que el mismo oficial que hirió a Miramón frente a San Francisco siguió a El Macabeo hasta la casa del médico y desde ese momento montaron guardia. También se defendió de no haber robado monedas de oro a Miramón esa mañana, sino que entregó la cartera y monedas áureas al mismísimo general Escobedo y que si mandó hacer a su costo la mascarilla del rostro del cadáver de Maximiliano fue con autorización del gobierno de la República y con motivo de preservar para los tiempos por venir tal reliquia histórica. En su defensa, Licea utilizó términos muy duros en contra de la princesa de Salm.[36] El exitoso abogado defensor del médico queretano lo fue el entonces muy joven Manuel Romero Rubio, futuro suegro del presidente Porfirio Díaz.

[35] *Idem.*

[36] Ramón del Llano Ibáñez, "Los harapos del Imperio", en *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano*, *op. cit.*, pp. 217-254. Este archivo original se encuentra en el fondo de Condumex.



Maximiliano y Carlota recién casados, Guémar Fréres, Colección Particular.

La carta de Beust, canciller austriaco, pidiendo el cadáver, no fue hecha a nombre del Estado de Austria sino de la familia real, aceptándola México por el dolor y enojo que seguramente sentía el emperador Francisco José ante la muerte de su hermano menor en el Cerro de las Campanas. El 3 de octubre de 1867 fue entregado el cadáver al almirante austriaco Tegetthoff y subido a La Novara, la misma embarcación que en el ya lejano 1864 lo trajo desde tierras lejanas. Todavía el 5 de octubre los marinos austriacos divisaron el Pico de Orizaba desde altamar, arribando a Trieste el 16 de enero de 1868, donde fue trasladado en FFCC a Viena, a donde llegó finalmente dos días después; de Las Capuchinas de Querétaro al convento de Los Capuchinos de la capital de Austria: ¡macabra semejanza! Mientras tanto, una bella loca tenía ratos de lucidez y viviría sesenta años más, hasta enero de 1927, preguntando por su amado Maximiliano. Desde octubre de 1866 Carlota Amalia fue examinada por el doctor Riedel, un

especialista vienés en cuestiones de trastornos mentales, y fue sometida a un tratamiento psiquiátrico en Miramar, cosa que no se le ocultó a su esposo. En cambio, a Carlota se le ocultó el trágico fin de su marido durante varios meses, porque su estado de salud mental nunca dejó de ser crítico, y hay quien se atrevió a decir que esa vulnerabilidad nerviosa le vino de herencia materna.[37] Algunos autores manejan que su delirio de persecución nació desde el momento que se supo embarazada de su guardaespaldas belga, y otros, más serios en el campo de la psicología, encontraban ya problemas emocionales en la niña Carlota, en cuya correspondencia anotaba: el "demonio viene a turbarme".[38] Lejos de la leyenda romántica sobre Carlota, la esposa del emperador Maximiliano de Habsburgo, el académico Adolfo Arrioja Vizcaíno se introdujo a los "pliegues secretos" de la vida de la emperatriz y trató de desentrañar las causas que la llevaron a la locura.



Carlota, Anónimo, *ca.* 1866, Óleo sobre tela, Colección particular.

[37] Enrique Aguilar y Susanne Igler, "Carlota de México, Versiones Literarias de un personaje histórico", en *Obras Selectas de la literatura mexicana del siglo XX, ensayo*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1998, pp. 16-18.

[38] Marco Antonio Macías López, *Un estudio psicoanalítico sobre el duelo. El caso de la Emperatriz Carlota*, México, UAQ, 2002, p. 124.

El presidente del consejo de guerra que juzgó a Maximiliano, Platón Sánchez, y uno de los miembros de ese jurado morirían asesinados poco tiempo después, sin pena ni gloria, en una sublevación de antiguos soldados imperialistas incorporados por la fuerza a las tropas republicanas.[39]

Termino este episodio de la historia patria y de mi patria chica afirmando que Maximiliano fue un soñador; Carlota —la divina loca—[40] fue una ambiciosa inteligente a quien le disgustaba el no poder llevar la voz cantante en Austria, donde sólo la voluntad del hermano mayor de los Austrias, Francisco José, se escuchaba. Cuenta la estudiosa Patricia Galeana que, con los adelantos médicos de hoy, los trastornos temporales de Carlota hubieran sido fácilmente curados con ansiolíticos.



Alegoría de la locura de Carlota y el fusilamiento de Maximiliano, Valleto y Cía., Colección Rogelio Charteris Reyes.

[39] Alberto Hans, *op. cit.*, p. 191.

[40] Mateo Solana Gutiérrez, *Maximiliano de Habsburgo*, México, Editorial Polis, 1940, p. 127.

La tragedia de Maximiliano consistió en el hecho de que estuvo imposibilitado para realizar las buenas obras que hubiera podido consumar, que en términos generales no eran distintas de las que los liberales trataban de afianzar, porque cerca de él había conservadores que se lo impidieron y, en la lejanía, estaban los liberales radicales que de ningún modo dejaron de considerarlo intruso. Lo que sí me queda claro, a 150 años del fusilamiento del príncipe austriaco en Querétaro, es que la mayoría de los mexicanos ya perdonaron a los infelices emperadores las desgracias que trajeron a México, tal vez por el trágico destino que finalmente sufrieron. No hay que cerrar los ojos al hecho evidente de que Maximiliano consumó el nacionicidio[41] contra México y que el que nos recuperó como estado nacional fue Benito Juárez. Todavía el viajero inglés James Frederic Elton llamó cobarde a Juárez y valiente a Maximiliano, además de decirnos a los mexicanos asesinos, plebeyos, rateros y cobardes, a los que los filibusteros del norte del río Grande ven como una simple tierra de promesas para apropiarse de todo tarde o temprano, y que las potencias europeas nos van a castigar por haber matado al noble de Maximiliano. ¡Qué atrevimiento de este sajón al referirse a nosotros de esta manera; se ve que en su largo viaje por el desierto de Matehuala a Monterrey no aprendió nada de México, y para muestra bastan las litografías que hizo y donde se nota que era un pobre observador porque —en la referente a Querétaro— no se parece en nada a mi noble ciudad![42]

El vencedor de esta aventura fue don Benito Juárez García, quien se preservó ante el mundo como el Presidente de la República Mexicana y Benemérito de las Américas.[43] Finalmente, la espada rendida de Maximiliano le fue entregada por Escobe-

[41] Ricardo Orozco (introducción, selección y notas), *La Muerte de Maximiliano de Habsburgo. ¿Castigo justiciero? ¿Venganza partidista?*, México, Cultural y Librero (México y lo mexicano), 1998, p. 110.

[42] Frederic Elton James, *Con los franceses en México*, México, Conaculta (Mirada Viajera), 2005, pp. 126-127.

[43] Marco Antonio Macías López, *op. cit.*, p. 118.

do y la llevó en su carruaje aquella mañana del 15 de julio de 1867 en que entró como César a la Ciudad de México.[44]

¡No importa cuán patriotas y juaristas seamos, pero no podemos menos que evocar con cierta nostalgia la sombría grandeza de este episodio de la historia!



Benito Juárez, 1880, José Escudero y Espronceda, Óleo sobre tela, Colección Recinto de Homenaje a Don Benito Juárez, SHCP.

•

[44] Antonio Arriaga, *La patria recobrada*, México, FCE, 1967, p. 74.

Fuentes consultadas

Águila Herrera, Jesús, *Querétaro, su historia sus leyendas*, México, Lobs, 1981.

Aguilar, Enrique y Susanne Igler, "Carlota de México, Versiones Literarias de un personaje histórico", en *Obras Selectas de la literatura mexicana del siglo xx, ensayo*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1998.

Arce, Francisco O., *El Sitio de Querétaro del 11 de marzo al 15 de mayo de 1867*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1967.

Arias, Juan de Dios, *Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo del Ejército del Norte durante la Intervención Francesa*, México, Imprenta de Nabor Chávez, 1867.

Arriaga, Antonio, *La patria recobrada*, México, fce, 1967.

Arrioja Vizcaíno, Adolfo, *Mamá Carlota: el fin de la fugaz emperatriz de México*, México, Planeta, 2008.

Arvizu Vázquez Mellado, José, "El Sitio de Querétaro", en *La Reforma y la Guerra de Intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1963.

Azpeitia, Hugo (pról.), *Iglesia y sociedad en Querétaro. Los años de la Reforma (1854-1880)*, Ramón del Llano, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 2000.

Balbontín, Juan María, *Estadística del Estado de Querétaro (1854-1855)*, México, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, 1993.

Basch, Samuel, *Recuerdos de México*, México, Editorial México Universitario, 3a. ed., 2003.

Blasio, José Luis, *Maximiliano íntimo. El Emperador Maximiliano y su Corte. Memorias de un secretario particular*, París-México, Librería de la Viuda de C. Bouret, 1905.

Cabrera Delgado, Edgardo, *El tesoro del Emperador*, México, Viterbo Editorial, 2007.

Conte Corti, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 2a. reimp., 1984.

Cuevas, Mariano, *Historia de la nación mexicana*, México, Porrúa, 4a. ed., 1986.

Darán, Víctor, *El general Miguel Miramón. Apuntes históricos*, t. II, México, El Tiempo, 1887.

De la Llata, Manuel María, *Así es Querétaro*, México, Ex Libris, 3a. ed., 1991.

De la Peza, Ignacio y Agustín Pradillo, *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México*, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1870.

De la Torre Villar, Ernesto, *La Intervención Francesa y el triunfo de La República*, México, FCE, 2a. ed., 2006.

De la Vega Macías, María Concepción, "La destrucción del convento franciscano en Querétaro", en *Constitución de 1917, Querétaro capital de la República*, México, Instituto de Estudios Constitucionales del Estado de Querétaro, 2013.

De León Toral, Jesús, *La Intervención Francesa en México. Historia militar*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962.

Del Llano Ibáñez, Ramón, *Iglesia y Sociedad en Querétaro*, México, Gobierno del Estado, 2000.

——— (comp.), *Miradas sobre los últimos días de Maximiliano de Habsburgo en la afamada y levítica ciudad de Querétaro durante el sitio a las fuerzas del Imperio en el año de 1867*, México, UAQ/Miguel Ángel Porrúa, 2009.

——— (comp. e introd.), *Boletín de Noticias: Testimonio de un Imperio*, documentos facsimilares, México, UAQ, 1998.

Del Paso, Fernando, Prólogo a *Máximas mínimas de Maximiliano*, México, Editorial Píldoras Amargas, 2007.

Desternes, Suzanne y Chandet Henriette, *Maximiliano y Carlota*, México, Diana, 1967.
Díaz Ramírez, Fernando, *Galería de queretanos distinguidos*, México, Editorial Carmelitas, 1972.
———, *Historia del Estado de Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1979.
———, *Juárez en Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1972.
———, *La verdadera intervención del coronel Miguel López en El Sitio de Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1967.
———, *La vida heroica del general Tomás Mejía*, México, Jus, 1970.
———, *Las dos batallas por Querétaro. Cimatario: 24 de marzo y 27 de abril de 1867*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1966.
———, *Vida militar y política de Leonardo Márquez Araujo*, México, Editorial Libros de México, 1978.
El Sitio de Querétaro, versión periodística de *El Sol*, México, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, 1994.
Elton James, Frederic, *Con los franceses en México*, México, Conaculta (Mirada Viajera), 2005.
Fortson, James, *Los gobernantes de Querétaro*, México, Gobierno del Estado, 1987.
Frías, Valentín, *Las calles de Querétaro*, México, Gobierno del Estado y Presidencia Municipal de Querétaro, 3a. ed., 1995.
Frías y Soto, Hilarión, *Rectificaciones a las memorias del médico ordinario del emperador Maximiliano*, México, Editorial México Universitario, 2a. ed., 2003.
Fuentes Aguirre, Armando, *Juárez y Maximiliano. La Roca y el ensueño*, México, Diana, 2006.
Fuentes Mares, José, *Juárez, el Imperio y la República*, México, Grijalbo, 1983.
———, *Miramón el Hombre*, México, Joaquín Mortiz, 3a. ed., 1978.
Galeana, Patricia, *Las relaciones Iglesia-Estado durante el Segundo Imperio*, México, unam, 1991.
Galindo Galindo, Miguel, *La gran década nacional 1857-1867. La República Liberal. Obras Fundamentales*, t. III, México, inehrm, 1987.

García Ugarte, Marta Eugenia, *Breve historia de Querétaro*, México, FCE (Breves Historias de los Estados), 1999.

———, *Hacendados y rancheros queretanos (1780-1920)*, México, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 1992.

Garrido del Toral, Andrés, *Constitución de Querétaro*, México, INEHRM/Instituto de Estudios Constitucionales del Estado de Querétaro, 2016.

———, *El Querétaro que se nos fue*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 2007.

———, *Episodios queretanos*, México, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, 1996.

———, "La defensa de Vicente Licea sobre su participación en El Sitio de Querétaro", en *Revista Querétaro, Tiempo Nuevo*, núms. 104 y 105, 1994.

——— *Maximiliano en Querétaro*, México, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, 2010.

——— (pról.), *Memorias de Concepción Lombardo de Miramón en Querétaro*, México, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, 1993.

———, *Queretalia*, México, UAQ-Facultad de Derecho, 2002.

———, *Queretalia, Crónica del Cronista*, México, Fondo Editorial de Querétaro, 2014.

Gutiérrez Grageda, Blanca, *Querétaro devastado. Fin del Segundo Imperio*, México, UAQ, 2007.

———, "Ciudad Estrangulada. Querétaro 1867", en *Revista Ciencia UAQ*, número Especial de Ganadores del Premio Alejandrina 2007, México, 2008.

Guzmán, Jesús y Guzmán Raz, *Bibliografía de La Reforma, La Intervención y El Imperio*, México, Monografías Bibliográficas Mexicana, 1930.

Hans, Alberto, *Querétaro. Memorias de un oficial del Emperador Maximiliano*, México, Editorial Jus, 1962.

Hernández, Manuel, *Memorias del general de división Juan A. Hernández sobre La Guerra de Intervención en el occidente y el centro de la República*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962.

Ibarra de Anda F., *Carlota (Infidelidades de Maximiliano)*, México, Editorial La Prensa, 1958.

Iglesias Calderón, Fernando, *Rectificaciones históricas. La traición de Maximiliano y La Capilla Propiciatoria*, México, Tipografía Literaria de Filomeno Mata, 1902.

Isla Estrada, Augusto, *El Sitio de Querétaro y la restauración de la República*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1992.

Islas García, Luis, *Miramón, caballero del infortunio*, México, Editorial Jus, 2a. ed., 1989.

Jiménez Gómez, Juan Ricardo, *Mercedes Reales en Querétaro, los orígenes de la propiedad privada 1531-1599*, México, uaq, 1996.

Jiménez Jiménez, Lauro, *Las Casas Reales de Querétaro*, México, Fondo Editorial de Querétaro, 2016.

Junco, Alfonso, *La traición de Querétaro*, México, Editorial Jus, 3a. ed., 1960.

Kalipedia.com, *Los restos de Maximiliano*, Santillana, Internet, 24 de noviembre 2004.

Kératry, Conde E. de, *Elevación y caída del Emperador Maximiliano. Intervención Francesa en México*, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez, 1870.

La Sombra de Arteaga, núm. 3, 6 de junio de 1867.

Lombardo de Miramón, Concepción, *Memorias*, México, Porrúa, 2a. ed., 1989.

Loyola, Bernabé, *El Sitio de Querétaro, memorias íntimas*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 1967.

Luna Sánchez, Patricia, *El Molino de San Antonio antes de Cortés*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 2005.

Macías López, Marco Antonio, *Un estudio psicoanalítico sobre el duelo. El caso de la emperatriz Carlota*, México, uaq, 2002.

Márquez, Leonardo, Refutación al Libro *Las últimas horas del Imperio* del general de brigada Manuel Ramírez de Arellano, Nueva York, 1869.

———, Manifiestos, *El Imperio y los Imperiales*, México, Editorial F. Vázquez, 1904.

Máyer, Edelmiro, *Campaña y guarnición. El ambiente republicano contra el Imperio de Maximiliano*, México, Departamento del Distrito Federal, 1985.

Merla, Pedro, *Semblanza depurada de Miramón. Réplica al Libro Miramón, caballero del infortunio*, México, Editorial Peregrina, 1967.

Moreno Pérez, Edgardo, *Vuelo y andanzas por los barrios de Santiago de Querétaro*, México, Archivo Histórico del Estado, 2005.

Naredo, Manuel, "Aquí Querétaro", en *Diario de Querétaro.*

Ochoa Ruiz, María Gloria Reyna, *Miguel Ruiz Moncada y el cine*, México, Instituto Queretano de la Cultura y las Artes, 2012.

Orozco, Ricardo (introducción, selección y notas), *La Muerte de Maximiliano de Habsburgo. ¿Castigo justiciero? ¿Venganza partidista?*, México, Cultural y Librero (México y lo mexicano), 1998.

Pola, Ángel (prólogo y notas), *Los traidores pintados por sí mismos. Libro secreto de Maximiliano*, México, Imprenta de Eduardo Dublán, 1900.

Pruneda, Pedro, *Historia de la Guerra de Méjico, desde 1861 a 1867*, México, fce, 1996.

Quirarte, Martín, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, México, unam, 1993.

Ramírez Álvarez, José Guadalupe, *El Sitio de Querétaro*, México, Gobierno del Estado de Querétaro, 2a. ed., 1973.

———, *Guía histórica del Sitio de Querétaro y triunfo de la República en 1867*, México, Gobierno del Estado, 2a. ed., 1973.

———, *Leyendas de Querétaro*, México, Editorial Ndamaxey, 1967.

———, *Querétaro, Visión de mi Ciudad*, México, Municipio de Querétaro, 4a. ed., 2016.

Ramírez de Arellano, Manuel, *Las últimas horas del Imperio*, México, Tipografía Mexicana, 1869.

Ratz, Konrad, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, México, fce, 2003.

———, *Querétaro: Fin del Segundo Imperio mexicano*, México, Conaculta/Gobierno del Estado de Querétaro, 2005.

Reed Torres, Luis, *El general Tomás Mejía frente a la Doctrina Monroe*, México, Porrúa, 1989.

Resumen integral de *México a través de los siglos*, t. V, *La Reforma*, México, Editorial Compañía General de Ediciones, 18a. ed., 1978.

Rivera, Agustín, *Anales mexicanos: La Reforma y el Segundo Imperio*, México, Comisión Nacional para las Conmemoraciones Cívicas de 1963, 1963.

Rivera Cambas, Manuel, *Miguel Miramón. Presidentes de México*, México, Editorial Citlaltépetl, 1971.
Rocha, Sóstenes, "Apuntes históricos sobre El Sitio de Querétaro", en *El Sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 3a. ed., 1982.
Salm Salm, Princesa, "Diario", en *El Sitio de Querétaro según protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 3a. ed., 1982.
Sandoval, Guillermo, *La conspiración frustrada*, México, Archivo Histórico del Estado de Querétaro, 2006.
Solana Gutiérrez, Mateo, *Maximiliano de Habsburgo*, México, Editorial Polis, 1940.
Somuano López, Rubén Darío, *Liberación de la patria mexicana en Querétaro*, México, Sedena, 1967.
Tafolla Pérez, Rafael, *El Imperio y La República*, t. 23, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, (Congreso Nacional de Historia para el Estudio de la Guerra de Intervención), 1963.
Taibo II, Paco Ignacio, *El general orejón ese*, México, Ediciones B (Ficcionario), 2007.
Tamayo, Jorge L., *Epistolario de Benito Juárez*, México, fce, 1957.
Valadés, José C., *Maximiliano y Carlota en México. Historia del Segundo Imperio*, México, Diana, 2a. reimp., 1977.
Valdiosera, Ramón, *Maximiliano vs. Carlota. Historia del affaire amoroso del Imperio Mexicano 1865-1927*, México, Editorial Universo México, 1980.
Vera Soto, Antonio Eduardo, *80 exposiciones ganaderas en Querétaro, la más antigua del país*, México, Asociación Ganadera del Estado de Querétaro, 2015.
Villalpando, José Manuel, *Maximiliano. Trilogía del Imperio*, México, Clío, 1999.
———, *Yo Emperador. Memorias de Maximiliano de Habsburgo*, México, Planeta, 2005.

A 150 años
del Sitio de Querétaro
y el triunfo
de la República

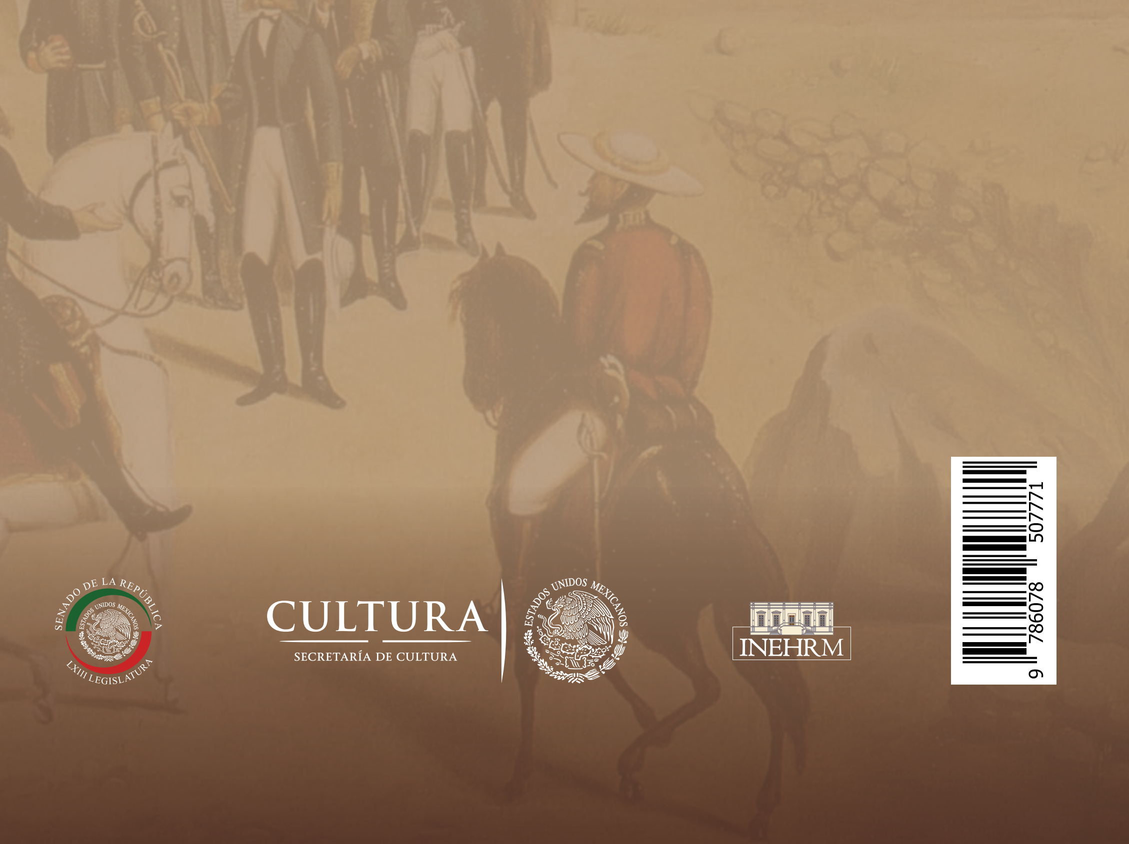
Fue editado por el Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
y el Senado de la República - LXIII Legislatura.
Se terminó de imprimir en 2017,
en los talleres de Hear Industria Gráfica,
Pino Suárez núm 372, Niños Héroes,
C.P. 76010, Querétaro, Qro.

Su tiraje consta de 1 000 ejemplares.

El cronista de la ciudad y del estado de Querétaro, Andrés Garrido del Toral, nos entrega una versión de lo acontecido en el que fue el último bastión del Imperio, cuya caída significó el triunfo de la República.

A diferencia de otras obras que centran su atención en Maximiliano, Miramón y Mejía, el autor nos presenta a la ciudad y a la población como protagonistas de los hechos históricos. Si bien utiliza fuentes de primera mano, el cronista relata también anécdotas y leyendas que nos permiten conocer el imaginario colectivo sobre los acontecimientos. Sin tomar posición en los temas controvertidos, deja que el lector llegue a sus propias conclusiones.

En esta obra podemos ubicar hechos y personajes en su justa dimensión, en el marco del sesquicentenario de estos acontecimientos que constituyen el tiempo eje de la historia nacional, cuando se dio la segunda independencia de México.



SENADO DE LA REPÚBLICA
LXIII LEGISLATURA
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
INEHRM
9 786078 507771